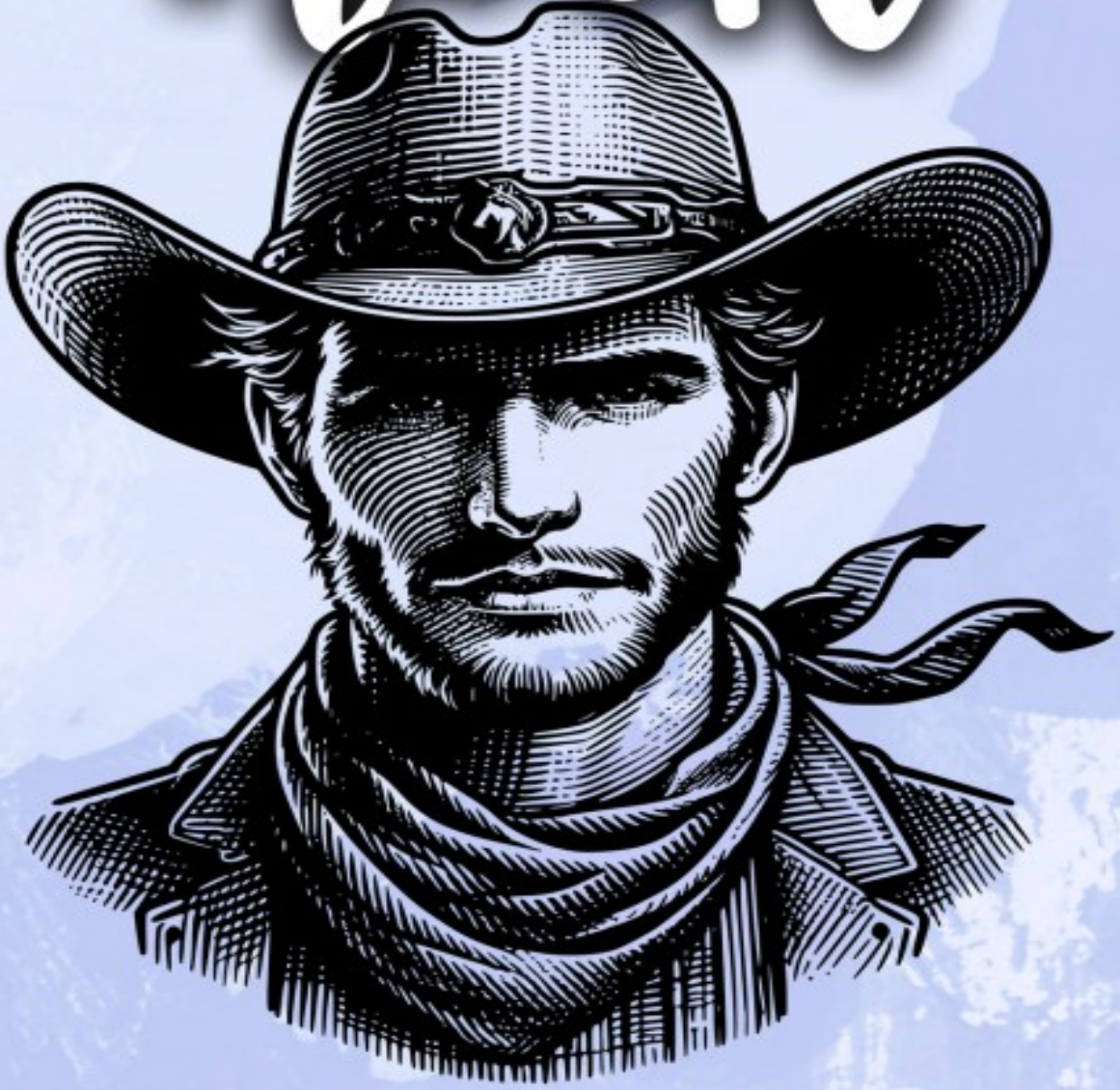
RED RANCH I

REDneck



LALY EVERHART

REDNECK
RANCH I



LALY EVERHART

Derechos de autor © 2026 Jose A. Martínez Figueredo

Título Original: Redneck
©2026 Laly Everhart
©2026 J.A. Martínez Figueredo
Depósito Legal: 2604155282335
1º Edición 2026
Maquetación: Laura Nuño
Corrección: Ruth Guerrero
Lalanuno80@gmail.com / @lalanuno_

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A José
Siempre a José.

CONTENIDO

REDNECK
Derechos de autor
Dedicatoria
SINOPSIS
MANDAMIENTOS DEL INFLUENCER
MANDAMIENTOS DEL RANCHERO
Redneck
User85432
1
2
3
4
5
6
User85432
7
8
9
10
11
12
User85432
13
14
15
16

17
18
User85432
19
20
21
22
23
User85432
24
25
26
27
28
29
30
31
32
User85432
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

EPÍLOGO RIKA
EPÍLOGO RHYS
Agradecimientos
SERIE RED RANCH
Acerca del autor
Libros de este autor

SINOPSIS

Una Influencer.
Un Ranchero.
Un búfalo en mitad de la carretera.
Y una sartén de hierro fundido.

RIKA (ButterWill)
Mandamiento nº1: nunca confíes en un tipo con pinta de asesino y una pick-up negra.
Mandamiento nº2: si lo haces, no te enamores.

Huir sonaba más fácil en mi cabeza.

La realidad: tirada en una carretera perdida en Montana, sin cobertura y un cowboy con cara de pocos amigos ofreciéndome ayuda.

Le dije que no. A él, a su ayuda y a sus ojos aguamarina.

Ahora estoy atrapada en su pueblo, rodeada de caballos, vacas… y de Rhys. Nos caemos mal. Mucho. Pero entre pullas y ese empeño suyo en sacarme de quicio, empiezo a olvidar quién era… y a preguntarme quién quiero ser.

RHYS (Redneck)
Mandamiento nº 1: no te fíes de una chica de ciudad.
Mandamiento nº2: si, además, es californiana, e influencer, sal por patas.

Solo iba a ayudar. Lo juro. Pero el abejorro tiene aguijón, lengua afilada y una tormenta detrás de esa sonrisa falsa. No encaja aquí. Ni conmigo.

Debería mantener las distancias. Pero ahí está, colándose en mi rutina, en mi rancho… en mi cabeza. Cuanto más la veo, más claro

tengo que se va a marchar.

Lo siento por ella, porque dejarla ir ya no es una opción.

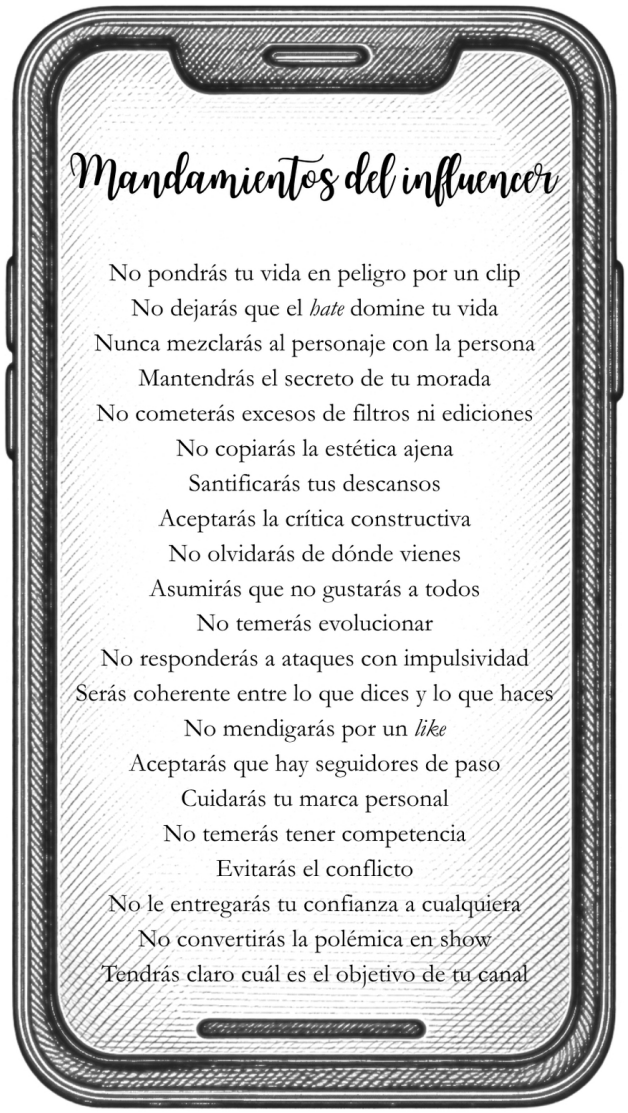
Warning!

Esta novela es una comedia romántica de cowboys que contiene los siguientes tropos:

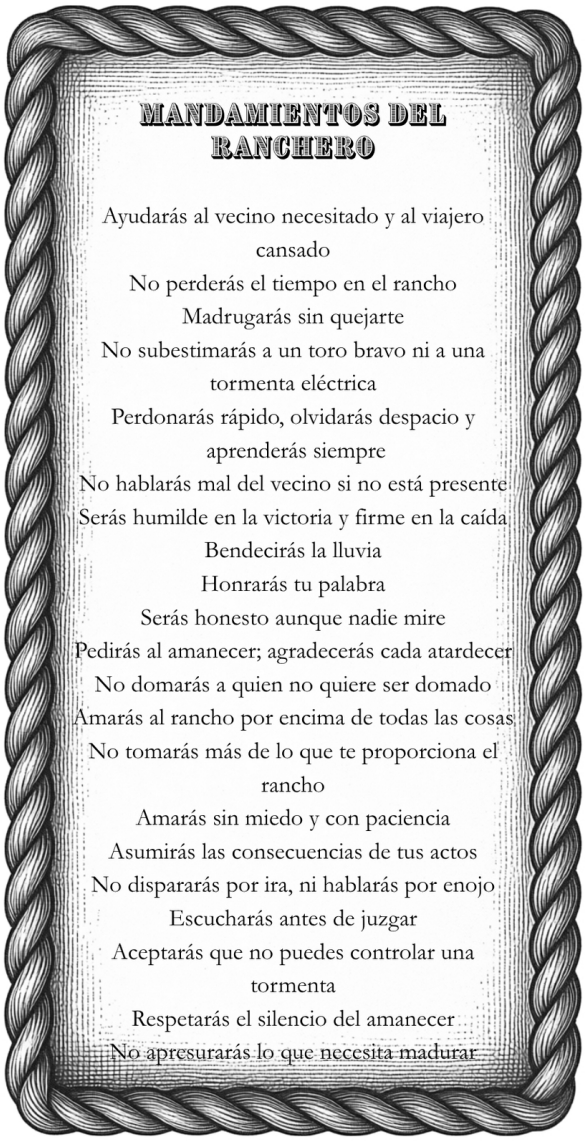
- Enemies to lovers (Vamos, que se llevan a matar)
- Small town (Con cabaña y rancho incluido)
- Familia (Y qué familia)
- Autodescubrimiento.
- Alta tensión.
- HEA (Felices por siempre jamás)

Redneck es la primera entrega de la serie **Red Ranch**. Cuatro novelas independientes y autoconclusivas que crean adicción. Prepárate para un chute de risas, sonrisas y alguna que otra lagrimilla.

MANDAMIENTOS DEL INFLUENCER



MANDAMIENTOS DEL RANCHERO



REDNECK



Término utilizado en Estados Unidos y Canadá que hace referencia al estereotipo de hombre blanco que vive en las zonas rurales del país. El origen está en que, por el trabajo constante de los trabajadores rurales expuestos al sol, sus cuellos terminan enrojecidos, en concreto la zona de la nuca. Hoy en día se suele utilizar de forma peyorativa, para designar a la población blanca, conservadora y de escasos recursos e inteligencia.

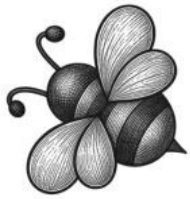
La traducción literal es *cuellos rojos*. La traducción oblicua, *paleto*.

User85432_



Todos aman a ButterWill.
No puedo culparlos. Yo también lo hacía.
Hasta que empecé a odiarla.

1



No pondrás tu vida en peligro por un clip
(Salvo para conseguir una fotaza)

RIKA

Es una cosa curiosa el miedo.

Mientras estoy aquí parada, con las manos aferradas al volante a la espera de poder avanzar, recuerdo lo que mi padre me dijo un día: «Miedo come a miedo». Entonces, con seis años, no supe interpretar sus palabras, pero ya adulta sé que se refería a que siempre hay males mayores por los que preocuparse.

Y razón no le faltaba, porque yo, que le tengo pánico a los animales, sobre todo si son más grandes que yo, aquí ando, más aburrida que asustada a la espera de que un búfalo se aparte de mi camino.

—No. No tengo miedo.

Confieso que en condiciones normales esto lo diría para envalentonarme, pero la verdad es que la bestia parda que se ha detenido frente a mi coche, y que no tienen ninguna pinta de querer moverse, no me da miedo. Por norma general estaría gritando y con un ataque de pánico, pero con todo lo que tengo encima, la cosa cambia bastante.

Así que sí; ahora que sé lo que es el verdadero miedo, puedo decir alto y claro que no estoy para nada aterrorizada.

Eso sí, me da un poco de repelús, y, por qué no decirlo, mucho respetito, porque, joder, es enorme. Mide cerca de metro y medio, un poco menos que yo, y debe de pesar una tonelada, frente a mis ciento diez libras. Vamos, que no hace falta adivinar quién tiene todas las de perder en una pelea cuerpo a cuerpo.

Dado que no tengo otra cosa que hacer hasta que le dé la gana marcharse, me dedico a observarlo. Me fijo en las piernas traseras y veo que son ridículas en comparación con el resto del cuerpo. Deben de ser los nervios, el cansancio o que continúo en estado de shock por los acontecimientos de los últimos tres días, pero esta peculiaridad de la bestia me provoca un ataque irracional de risa.

La verdad, no sé cómo soportan el peso de tremenda joroba, tan grande, que no se sabe dónde termina esta y dónde empieza la cabeza. Y da un poco de asquete. No porque huela mal, que lo ignoro, pues tengo las ventanillas subidas debido al frío, sino porque tiene muy mal aspecto, con el pelo de la cabeza todo enmarañado y cosas pegadas a él. A saber qué.

No estoy muy puesta en el tema, pero tenía entendido que los búfalos se extinguieron. Se los cargó un tal Buffalo Bill, ¿no? Creo que en realidad no se llamaba así y que pasó a la historia con ese nombre, aunque, visto lo visto, bien podrían haberle apodado Buffalo *Kill*.

Al mirar al bicho casi comprendo su obsesión por liquidarles. Es feo de narices, sobre todo cuando saca la lengua, que es más negra que mi futuro. Ahora se ha puesto a dar berridos, no sé si a mí a modo de advertencia, o porque está llamando a sus colegas. Espero que no sea ni lo uno ni lo otro, y que solo sea un reclamo porque se siente solo, hambriento o aburrido.

Me está dando pena, fíjate. De hecho, y pese a la fealdad, cuanto más lo contemplo, y más me acostumbro a él, más entrañable me resulta. Si no fuera tan cobardica, me bajaría del coche y le sacaría mil quinientas fotos, y más con este maravilloso paisaje de fondo.

Ahora entiendo por qué llaman a Montana *The big sky country,* pues el cielo parece no tener ni principio ni fin, de un azul tan intenso como el color de mis ojos. Pero no es solo esto lo más bonito del paisaje. Al fondo, a mi izquierda, más allá del río Gallatin, se alzan las Montañas Rocosas, de asfixiante altura y picos coronados de nieve pese a estar a finales de septiembre. El atardecer ha arrojado luces naranjas sobre ellos y parece lava fundida. El cielo, hasta ahora de un azul cerúleo, se ha pintado de rojo y malva. Estamos a las puertas del otoño, por lo que algunos árboles han mudado el verdor de sus hojas a un color ocre o amarillo. Otros, los de hoja perenne, siguen conservando el verde en su máximo esplendor.

Lanzo un suspiro ensoñador y me fijo de nuevo en la bestia parda. Ahora ha girado la cabeza hacia mí y me está haciendo ojitos.

Joder, es monísimo.

Dudo. Si me bajo, ¿me embestirá? No se le ve agresivo. Es más, incluso parece manso, como si estuviera acostumbrado a la presencia humana. ¿Podría morir corneada? Podría. ¿Tiene pinta de que me ataque? No quiere moverse, cuando menos echar a correr tras de mí, así que ¿voy a arriesgarme y a poner mi vida en peligro por una foto?

Seeep. Voy a arriesgarme y a poner mi vida en peligro por una foto.

—A la mierda —digo apagando el motor del coche y buscando mi cámara de fotos en el bolso.

Tengo un momento de duda, pero como buena *tiktoker* me recuerdo la importancia de aprovechar las luces, y este atardecer es de lo mejorcito. Además, este momento sería único. Fotos y vídeos de postureo en Coachella hay millones en las redes sociales, pero ¿cuántas *influencers* se han tomado una foto con un búfalo en pleno Montana, con semejante atardecer y a un palmo de distancia, eh?

Ninguna.

—A la mierda —repito y, envalentonada, me bajo del coche.

Le hago unas cuantas fotos con la puerta a modo de escudo, pero al ver que no tiene intención de atacarme salgo de mi

escondite y me animo a hacerme un *selfie* con él de fondo. Sonrío al ver que, en cámara, parece que está posando conmigo.

Agito la mano, agradecida, pero abro mucho los ojos cuando veo que hace amago de echar a andar hacia mí.

—Joder, joder, joder…

Contengo el aire, porque correr no me parece buena idea, pero la bestia se limita a agitar la cabeza antes de cambiar de dirección y darme la espalda.

—Será cabrón —digo con una media sonrisa de camaradería y pura incredulidad.

Tal parece que justo estaba esperando que le echara una foto.

Sonrío relajada mientras le veo marchar, pero entonces aprovecho para grabarlo en vídeo y así callar bocas cuando mis *haters* me acusen de que es Photoshop o IA.

Que oye, una cosa es que me tenga que esconder y otra no aprovechar mi retiro forzoso para documentar mi paso por Montana. Así tengo material que subir cuando regrese a mis redes.

Y a mi vida.

Agito la cabeza para deshacerme de tan sombríos pensamientos y me centro en el búfalo que se marcha. Mientras busco el ángulo ideal, escucho a lo lejos el ruido de un motor. Recuerdo entonces que estoy sola en medio de la nada, que ya está cayendo el sol y que lo mejor es darme el piro a la de ya.

Me subo al coche y enciendo el contacto. No hace nada, salvo un ruidito que no presagia nada bueno. Boqueo como una estúpida antes de volver a intentarlo. Esta vez parece que quiere arrancar, pero después de que todas las luces parpadeen, termina por apagarse.

Me quedo paralizada, incapaz de admitir que el coche se ha estropeado.

—No te creo —me oigo musitar. Más que incredulidad, hay pánico encubierto en mi voz.

Lo vuelvo a intentar, pero esta vez el coche no hace nada de nada.

Empiezo a ponerme nerviosa y un pelín, ahora sí, asustada, sobre todo cuando veo que están desapareciendo las últimas luces

del día y que el ruido de motor del otro coche suena cada vez más cerca.

Miro por el retrovisor, pero me asusto al percatarme de que ya está prácticamente a mi altura. El coche, una *pick-up* negra que parece salida de una película de terror, aminora la marcha al adelantarme, hasta casi detenerse a mi altura.

Me cago viva.

Lo observo con disimulo, recelosa, pero me sobresalto cuando veo que baja la ventanilla. Dentro, un paleto con sombrero de vaquero incluido, me está haciendo aspavientos y dirigiéndome (supongo, porque no veo ni un pimiento con tan poca luz) una mirada enfurruñada. Me grita algo, pero no logro escucharlo, bien sea porque tengo las ventanillas subidas, bien porque él lleva la música muy alta, algo tipo *Country* con *vibes* turbias.

Ahí, creando ambiente.

Ante la imposibilidad de una conversación, me dedica un mal gesto que hace que yo aparte la vista, la clave al frente y le ignore.

Me conozco muy bien, y sé que soy de mecha corta. En otro sitio y otro contexto le hubiera plantado cara, pero aquí, fuera de mi zona de confort, no me la voy a jugar.

Suspiro, aliviada, al ver que me deja por imposible, porque acelera y se marcha haciendo ruedas. El asfalto de la carretera no está muy bien, así que levanta una nube de polvo. No me importa, siempre y cuando se vaya a tomar viento fresco a quinientas millas de aquí.

Ahora, ya a solas, intento poner el coche en marcha, con la esperanza de que el problema sea un sobrecalentamiento del motor y que ya se haya enfriado. Pero no; sigue sin arrancar. Y yo solo quiero llorar.

Como diría Taylor Swift, *I swear I don't love the drama; it loves me.* De verdad, os lo juro: el drama está enamoradísimo de mí, aunque preferiría que no me quisiera tanto, porque llevo una racha… ¿*Drama Queen*? Sí, soy.

Me derrumbo y me permito llorar, pero no me salen las lágrimas. Tal vez porque estoy tan acostumbrada a lucir siempre una sonrisa, a fingir que todo está bien, que mis glándulas lacrimales se han

obstruido por falta de uso y de exceso de máscara de pestañas. Uno nunca sabe si va a haber cerca (o lejos) alguien con un teléfono en la mano, dispuesto a inmortalizar tus momentos más bajos.

Si lo sabré yo bien.

Me obligo a no pensar en esto último, entre otras cosas porque estoy en medio de la nada, en una carretera secundaria flanqueada por altísimos y frondosos abetos y sin iluminación alguna, y lo último que necesito es la autocompasión.

¿Cómo he llegado a esto? Principalmente, por gilipollas. Solo a mí se me ocurre aceptar la propuesta de mi amiga Sarah: esconderme en el lugar menos poblado y más recóndito de la América profunda. A ver, como solución es perfecta, aunque solo en la teoría. En la práctica es bien distinto, y más si no has tenido tiempo de planificar nada. De hecho, y esto es lo que más me preocupa, ha sido mi representante, Sarah, quien se ha encargado de todo. Menos de prestarme un coche en condiciones. No me ha podido dejar su flamante Tesla, no. Ha tenido que elegir el más viejo. Y, ojo, no estoy siendo superficial, pues me da igual el modelo de coche con tal de que me lleve a mi destino, cosa que no va a pasar.

Presiento que voy a entrar en bucle, así que decido dejar de compadecerme y empiezo a priorizar la ristra de problemas que acarreo, que no son pocos. El más grave, el que me ha llevado a donde estoy ahora, ya está en manos de quien tiene que estar. Yo poco o nada puedo hacer, salvo esconderme hasta que pase la tormenta. Por lo tanto, me centro en el problema más acuciante: cómo salir de esta carretera en la que me he quedado tirada. Y todo por querer atrapar la imagen de un puto búfalo, saltándome el mandamiento número uno de los *influencers*: no pondrás tu vida en peligro por un clip.

Si es que soy gilipollas.

«Deja de compadecerte y haz algo», me reprocho.

Tengo razón, así que pienso en mis posibilidades.

Mis conocimientos en mecánica son nulos, por lo que ni me molesto en abrir el capó para ver cuál ha podido ser el problema. Total, tampoco sé cómo abrirlo. Insisto en que es un coche que no

es mío, así que desconozco su seguro y las coberturas que pueda (o no) tener, por lo que decido llamar a Sarah y que ella lo gestione todo, pero, para sorpresa de nadie, descubro que no tengo cobertura.

—No.Te.Creo…

Al fin logro llorar. Arranco con hipidos ridículos, casi a trompicones y más falsos que los viajes de lujo que algunas publican en Instagram, pero luego lo hago a moco tendido, con un torrente de lágrimas que no parece tener fin. Lloro con desesperación, sintiéndome sola, perdida, inútil… Vamos, como me vengo sintiendo desde la muerte de mi padre, solo que ahora, además de en el sentido figurado, también en el literal.

Como veo que esto puede ir para largo, y el tiempo corre en mi contra, controlo el llanto mientras me bajo del coche.

¿Mi intención? Buscar cobertura. ¿Es buena idea abandonar el coche? No. ¿Tengo otra opción? Sí, esperar a que alguien pase y pedirle ayuda. ¿A quién? ¿A un oso?, ¿a un lobo?, ¿o al primer paleto psicópata con una *pick-up* negra?

No tengo alternativa, así que alzo el móvil sobre mi cabeza buscando cobertura. Me alejo unos metros del coche, pero, para mi desconsuelo, sigo sin señal.

Me giro de golpe cuando escucho que algo cruje a mi espalda, pero suelto un sollozo de alivio al ver que se trata del búfalo. *Buffy*, como le he apodado, brama y se acerca unos pasos a mí. Verle me da en cierto modo consuelo. Me aterra su corpulencia y que pueda atacarme, pero es lo más parecido a un ancla en este momento. Es, por llamarlo de algún modo, lo malo conocido. *Buffy* me da mucho más que compañía en una noche que presiento va a ser muy larga: me da seguridad.

Sí, *Buffy* no me da ni pizca de miedo.

La *pick-up* negra, conducida por un paleto psicópata que viene de vuelta, sí.

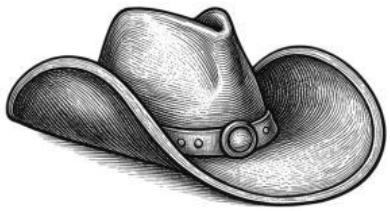
Mucho mucho miedo.

—Voy a morir —mascullo mientras corro hacia el coche y encerrarme en él de por vida.

Porque lo tengo clarísimo. He visto las suficientes películas de terror como para saber cómo va a acabar esta historia.

Manda narices que me haya marchado de Los Ángeles por una amenaza, para encontrar en Montana una certeza.

2



Ayudarás al vecino necesitado y al viajero cansado
(Aunque no te lo agradezcan)

RHYS

Tengo un cabreo monumental.

Yo, que suelo ser de sonrisa fácil y carácter tranquilo, estoy que me llevan los demonios.

Puto Larson y su codicia…

Al final son ciertos los rumores de que se está planteando la creación de un club privado residencial por parte de una compañía multimillonaria de Chicago.

De hecho, ya han empezado a mover fichas y han comprado el rancho de los Johnson por el triple de su valor. Esto ha sido suficiente para activar todas las alarmas y que nos pongamos a investigar. Así, nos hemos enterado de que a más de un rancho les han hecho una propuesta de compra.

En *Red Ranch* no hemos recibido nada, aún, y creo que uno de los motivos es que queda al otro lado del supuesto proyecto.

En cambio, la tierra de los Larson es otro cantar.

El problema reside en que una de las parcelas de los Larson la tenemos arrendada por un periodo de quince años. Y solo quedan

dos para que finalice dicho contrato. Si Larson vende el terreno (unos nada despreciables ocho mil acres de buen pasto para nuestro ganado), la promotora tiene la obligación de mantener dicho contrato durante esos dos años. Después…

Después, nos pueden dar mucho por el culo.

—Putos californianos, putos pijos y puto dinero —mascullo golpeando el volante.

Sé que el coche no tiene la culpa, pero con algo me tengo que desquitar. Sin embargo, no logro consuelo.

Joder, odio ser portador de malas noticias, y más después de lo que nos está costando remontar el rancho tras la pandemia. Esa sí que ha hecho pupa. Y no solo por las muertes y por el descalabro que hizo en la economía del país, sino también porque a los urbanitas, después de estar encerrados, les ha dado por comprarse casitas en el campo.

Casitas, mis cojones. Menudas mansiones se están construyendo. Y, claro, con las mansiones quieren infraestructuras, como buenas carreteras, centros comerciales, resorts de lujo y todo tipo de pijadas. Las pistas de esquí y los campos de golf son sus preferidos, así que necesitan grandes extensiones de terreno. ¿Y quiénes lo tienen? Pues pobres ganaderos a los que nos está costando un huevo salir adelante y a quienes los impuestos nos están acribillando, así que no se nos puede culpar de que al final sucumbamos a la presión y acabemos vendiendo, con lo que ello supone: que Montana se llene de pijos.

En los últimos cinco años hemos sido testigos de un incremento masivo del turismo, y de cómo Bozeman o Big Sky se llenan de californianos. La mayoría solo vienen en verano, pues no aguantan un invierno en Montana ni hartos a sopa. Todavía hace buena temperatura y aquí siguen, comprándose sombreros que luego dejarán olvidados en el fondo de un armario, con botas vaqueras con espuelas que no han tocado un caballo en su vida o flipando cuando ven un búfalo.

Mira, como los gilipollas de delante, que se han detenido a echarle una foto a uno. No se han echado a un lado, no; se han parado en todo el puto medio de la carretera.

—Hay que ser subnormal —digo cuando veo que, además, han dejado que una niña salga del coche para grabar a un búfalo.

¿Es que esa gente no sabe que, aunque sean herbívoros, pueden matarte de una cornada o incluso aplastarte? ¿Qué se piensan, que son *atrezzo*?

Seguro que sí.

Conforme me acerco, veo que la niña vuelve al coche, pero lejos de montarse atrás, lo hace en el asiento del conductor. Vale, lo mismo me he equivocado y no es una niña sino una adolescente. Por pura curiosidad, aminoro la marcha cuando llego a su altura. Bajo la ventanilla y me inclino sobre el asiento del copiloto para verla mejor.

No, no es una niña, ni una adolescente. Es muy pequeña, eso sí, pero se trata de una mujer hecha y derecha.

Todo lo que tiene de guapa, lo tiene de insensata. Tal vez el enorme moño que se gasta le pesa tanto que la sangre no le llega a la cabeza. ¿A quién se le ocurre detenerse en mitad de una carretera, y sin luces (pese a que está cayendo el día), para bajarse a echarle una foto a un animal salvaje?

Trato de advertirle de lo peligroso de su *pequeña* hazaña, pero como estoy cabreado, lo pago con ella y no soy nada comedido, así que le suelto:

—¡¿Estamos tontos o qué?!

Sé que no me puede oír, porque yo llevo la música muy alta y ella tiene la ventanilla subida. Sin embargo, y como se lo he dicho haciendo señas muy específicas, me mira de reojo, pero luego, tras resoplar enfadada, clava la vista al frente y alza el mentón.

Me está ignorando a propósito. Eso me cabrea más, pero al final decido pasar de ella, por lo que piso el acelerador y me largo de aquí.

—Anda y que te den.

Ojeo por el retrovisor en un par de ocasiones, pero al ver que no se pone en marcha, me dispongo a olvidarme de ella. Pues anda que no tengo cosas más importantes en las que pensar.

Sin embargo, de forma casi inconsciente (recalco lo de casi), mis ojos vuelan de la carretera al retrovisor, pero ya ha caído la noche y

no se ve nada. De haberse puesto en marcha, debería ver las luces. Pero nada; a mi espalda no hay más que oscuridad.

—Me cago en todo —mascullo.

Piso el freno y me quedo unos minutos parado, con los ojos clavados en el retrovisor a la espera de verla venir. Pasan cinco, y seis, y siete… y hasta diez minutos, y la insensata no aparece. Si ha dado media vuelta, es algo que ignoro. Lo mismo tiene algún problema (con el coche, porque es evidente que mental sí lo tiene), y se ha quedado tirada.

Resoplo, y mucho. Debería olvidarme de ella, pero el ranchero que hay en mí, el buen vecino, me obliga a ir a averiguarlo.

Sí, tengo un serio complejo de héroe. Y sí; que sea una damisela en apuros, y preciosa, influye mucho en la decisión que tomo, que no puede ser otra que poner el coche en marcha de nuevo y dar media vuelta para ir a rescatarla… digo, a ayudarla.

Me la encuentro en el mismo sitio, aferrada al volante. Gracias a las luces de mi camioneta le veo mejor el rostro.

Sí que es guapa.

Me digo que no debo pensar en eso ahora, y más cuando parece que está llorando (a juzgar por los churretones negros de sus mejillas) y que se muestra asustadísima. Si yo fuera ella también lo estaría, ahí sola, en medio de la nada, con el peligro de que una bestia salvaje me ataque.

Detengo la camioneta a su lado y me bajo. Golpeo la ventanilla con los nudillos, pero ella, tras apretar los labios, finge hablar con el móvil. Exasperado, lanzo un largo suspiro y vuelvo a llamar.

Al fin me mira, a la espera de que yo diga algo. Como no me gusta hablar a gritos, le indico con señas que baje la ventanilla. Ella agranda mucho los ojos y niega con vehemencia.

Cago en todo… Al final voy a tener que vocear.

—¿Todo bien?

Acompaño la pregunta alzando los pulgares y arrugando el entrecejo en señal interrogante. Intento que mi semblante muestre preocupación para que confíe en mí. Sus ojos van de mis dedos a mi cara. Lo hace de reojo y antes de asentir. Agacha la cabeza y simula hablar con alguien por teléfono.

No sé si es insensata o terca. ¿Acaso no ve el peligro al que se enfrenta si se queda aquí?

Vuelvo a golpear la ventanilla con los nudillos. Ella me mira con cara de culo.

—¿Qué? —responde de malas maneras.

Joder, qué borde. Encima que uno se molesta en ayudar. Suspiro, apoyo las manos en mis muslos y, antes de enfrentarme a ella, miro al suelo para insuflarme paciencia.

Algo me dice que la voy a necesitar.

—No sé si eres consciente de dónde estás, pero lo mejor es que te vayas echando leches de aquí.

Ella parece dudar y ojea a su alrededor, hasta que acaba su inspección en mí. Lo hace con gesto interrogante.

—¿Por qué?

Suspiro. Guapa; mucho. Tonta; ya te digo yo a ti que sí.

—Porque no es buen sitio para acampar.

—No pienso acampar —me refuta, como si el gilipollas fuera yo por haberlo pensado siquiera.

Gruño.

—Ni para quedarse a dormir en el coche —insisto.

Ella se mueve inquieta en el asiento, pero alza el mentón.

—Porque tú lo digas —me dice mirándome como a un gusano.

Si a que no me gusta que me contradigan cuando sé que tengo razón le sumamos que lo hagan en un tonito de niña rica malcriada, el resultado es que me entren ganas de matarla.

O de besarla, porque, vaya, qué condenadamente guapa es.

«Rhys, céntrate», me amonesto. Si ya me lo dice Liam: me pierde una cara bonita.

—Sí, porque yo lo digo. —Me doy cuenta de que he sido demasiado autoritario, porque ella alza una ceja. Me obligo a suavizar mi tono y ser más delicado—. Ya estás moviendo el culo.

Bueno, no lo he dicho gritando, así que eso ha sonado algo menos déspota.

Algo.

—Anda y vete a pastar, *redneck* —me suelta.

Vuelvo a gruñir. Por norma general, no me molesta que me llamen paleto. Es más, cuando los de ciudad se dirigen a nosotros con ese término, piensan que nos están insultando, aunque en realidad nos sentimos muy halagados.

Ahora, en cambio, hace que me cabree.

Más.

—Después de ti, *preppy*[1] —digo haciendo ademán de dejarle paso.

Ella mira mi mano, luego al frente y de nuevo a mí. Algo me sacude al ver miedo en sus ojos.

Son azules, pero debido a lo oscuro que está, no puedo determinar qué tonalidad. Ignoro por qué me gustaría tanto saber cómo se verían a la luz del día.

—Estoy hablando —me replica señalando el móvil. En el fondo (muy en el fondo), me divierte su actitud—. No pretenderás que use el teléfono mientras conduzco. Además de ilegal, es peligroso.

Casi río por tan flagrante mentira.

—No estás hablando con nadie. Eso lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe cualquiera que viva a cincuenta millas a la redonda. Aquí no hay ni pizca de cobertura —explico, y señalo hacia el este—. De hecho, no la hay hasta dentro de unas cuatro millas, justo en la intersección con la carretera que va a Miltown.

Abre mucho los ojos. Yo achico los míos al verla hiperventilar, lo que me hace sospechar cuál es su problema.

Sin mediar palabra, y tras un resoplido, abro la portezuela y ella pega un alarido que casi me deja sordo. La ignoro y meto el brazo para darle al contacto. También ignoro el escalofrío que me sacude al rozarle sin querer el pecho.

Y, joder, qué bien huele. Cierro los ojos para empacharme de su aroma, pero ella aprovecha mi ensimismamiento para reaccionar: se retuerce, grita con verdadero pavor y me manotea. Sin querer queriendo me hace un par de arañazos en la cara con sus larguísimas (y postizas, porque una sale volando) uñas. Gruño y le amonesto con la mirada mientras giro la llave, pero el coche está

más muerto que mi primera mascota, que el dios de los gatos lo tenga en su Santa Gloria.

Me aparto, para su alivio y mi paz mental. Demasiado tentadora…

—Ha muerto —anuncio.

—¿Qué? —pregunta entre jadeos.

Tiene la respiración agitada, lo que provoca que su pecho suba y baje de forma hipnótica. Tanta, que por un segundo (tal vez alguno más) me quedo embobado. Viste una camisa de manga larga, pero la lleva abierta y bajo ella una camiseta de tirantes, tan escotada que se aprecia lo bien servida que va, pese a ser tan pequeña y estar tan delgada.

Tal vez está operada, como la mayoría de las californianas. Vuelvo a mirar su rostro, buscando otro indicio de su gusto por las operaciones de estética, pero, para mi sorpresa, no veo que tenga botox ni en la frente (al alzar las cejas le han salido arrugas) ni en los labios, que son carnositos, pero bastante naturales.

Me fijo entonces en sus piernas. Lleva un pantalón corto (manda huevos, con la rasca que hace), y se aprecia que son firmes y que están bronceadas. Debido al frío, tiene la piel de gallina, y siento la tentación de frotárselas para que entre en calor.

Vaya, de pensarlo me he puesto… nerviosillo.

Creo que ha captado mis pensamientos, y que los ha malinterpretado, porque en un alarde de pura agilidad y elasticidad, salta al asiento del copiloto y se pega a la puerta, lo más lejos posible de mí.

Carraspeo y pongo las manos en mis caderas para responder a su pregunta.

—La batería. Ha muerto.

Ella exhala entrecortadamente. Hay pura incredulidad en ese suspiro.

—No te creo.

—No me creas. Pero que ha muerto, ha muerto. Y aquí no tengo las pinzas —le advierto al recordar que se las dejé a mi hermana y que no me las ha devuelto. Como todo lo que se le presta. Conociendo lo desastre que es, seguro que las ha perdido.

La chica clava sus ojos en mí sin parpadear, pero luego, supongo que en un último intento desesperado, trata de arrancar.

Sin éxito, claro.

—Joder —masculla.

—Ven, sube a mi camioneta —propongo—. Te llevaré a un sitio seguro.

Ella agranda los ojos, pero luego se echa a reír sin humor y agita la cabeza.

—Ni de coña.

Frunzo el ceño.

—No puedes quedarte aquí —digo con total incredulidad.

No sé si es terca o solo insensata. Me da a mí que un poco las dos cosas.

—Esperaré a que pase alguien que me ayude. —Me crispo y alzo las cejas, por lo que ella aclara—: Alguien que no sea un asesino. En serio.

—Se dice en serie —digo enfadado. Me ha molestado que piense tan mal de mí.

—Me refiero a que, en serio, creo que eres un asesino. —Me inspecciona con desagrado y bufa—. Por favor… ¿En qué cabeza cabe que me voy a meter en el coche de un desconocido, en una carretera desierta y oscura? Vamos, es de primero de *Supervivencia femenina*.

Abro y cierro la boca, pero al cabo me doy cuenta de que tiene razón. De hecho, es lo más sensato que ha dicho hasta el momento.

Ahora entiendo su actitud: de todos los peligros posibles a los que se enfrenta, yo soy el peor.

Eso me enfada, porque me recuerda a otra chica a la que ni siquiera debí mirar.

La palabra *violación* aparece en mi mente como un luminoso parpadeante, así que me dejo de pamplinas y me centro en su problema. Como no tengo forma de convencerla de que no soy un asesino (ni violador), voy hasta mi camioneta y busco una baliza luminosa y una manta térmica. Regreso a su coche y coloco en el techo la baliza. Luego, le tiendo la manta.

—Es térmica, pues en breve bajará bastante la temperatura —le explico. Ella alza las cejas, pero acepta la manta—. Te he colocado una baliza, así te verán y no te embestirán. ¿Tienes comida?

—Sí —responde desplegando la manta para cubrirse con ella. Creo que hasta este momento no ha sido consciente del frío que hace.

—Dámela —le pido.

Ella resopla.

—¿Qué quieres, matarme de hambre?

Chasqueo la lengua.

—Tú y tu fea costumbre de llamarme asesino —la regaño sin acritud—. No. Lo digo porque los osos tienen un olfato impresionante y son capaces de oler un chicle a muchas millas de distancia. Y eso sí que es peligroso.

—Solo tengo unas barritas energéticas.

—Mejor me lo pones. El azúcar les encanta.

—No tienen azúcar. Son barritas fit…

—¡Dame las putas barritas, hostias! —grito exasperado.

Ella se sobresalta, pero, para variar, no me rechista y, obediente, las busca en su bolso. Me las entrega y las tiro de mala manera a mi camioneta.

—No salgas del coche bajo ningún concepto. En cuanto tenga cobertura, llamaré a Luke para que se acerque con la grúa y que te remolque.

—Y el de la grúa ¿es amigo tuyo?

Lo dice con retintín. Tanto, que me hace sentir muy bobo. No sé si poner los ojos en blanco ante su desconfianza, enfadarme o felicitarla. Al final decido compadecerme de ella.

A saber por lo que ha tenido que pasar para que sea así de recelosa.

—Avisaré al jefe de policía. ¿Mejor así?

Ella asiente. Veo gratitud en sus ojos y algo parecido a la esperanza. Al ver su titubeo, me vengo arriba e insisto en que suba a mi camioneta.

De verdad, me preocupa mucho dejarla allí, sola.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo?

Ella parece dudar. Yo espero a que tome la decisión correcta, pero al final agita la cabeza.

—Prefiero al poli.

Chasqueo la lengua por su respuesta.

—Pues has de saber que yo soy mejor persona que él —le advierto. Mi tono de voz desmiente la amenaza, ante lo que ella sonríe.

Es la primera vez que lo hace y a mí… Joder, mi corazón se salta un latido.

Como sé que estoy a punto de volver a quedarme embobado, retrocedo un paso para marcharme, pero entonces caigo en una cosa. Sabiendo que me voy a arrepentir, voy hasta mi camioneta y saco de la guantera mi inseparable Glock. Le quito el cargador, porque no soy tan gilipollas de dejarle una pistola cargada a una persona desconocida y que a todas luces se ve que no ha manejado un arma de fuego en su vida, pero como medio disuasorio para intrusos es cojonuda.

—Ten —le digo dándole el arma. Ella pega un grito y se niega a aceptarla, señal de que, en efecto, no está familiarizada con las armas de fuego—. Si alguien trata de hacerte daño, apúntale —advierto—. Verás que con eso te dejarán tranquila.

O eso espero, pero no lo formulo en voz alta.

Al fin la coge, pero no sabe qué hacer con ella y la deja a un lado. Me está dando un apuro tremendo marcharme de aquí.

—No tardarán en venir por ti —prometo.

Ella asiente. Vuelvo a ver la duda en sus ojos y aguardo a que cambie de opinión, pero es tan terca y tan insensata como me temía. O tal vez muy, pero que muy prudente. Me pongo en su lugar y admito que ni en un millón de años me monto en la camioneta de un desconocido siendo mujer.

—Que te vaya bien —le digo tocándome el ala del sombrero a modo de despedida.

Ahora soy yo el que duda, pero al final le doy la espalda y echo a andar hacia mi camioneta.

Mientras me alejo de allí, miro por el retrovisor a cada rato hasta que la pierdo de vista. Y no dejo de preguntarme por qué tengo la

sensación de que me estoy alejando de algo muy grande.

—Si es que te pierde una cara bonita —me regaño.

Tan pronto como llego al punto de cobertura, llamo al jefe de policía.

—¿Qué has hecho ahora?

Sonrío ante su tono hastiado. La verdad es que tengo un largo historial de líos en mi haber.

—Yo, nada. Te llamo porque en la 89 hay un coche que se ha quedado tirado.

—¿Y por qué no llamas a Luke?

Suspiro, pero luego sonrío al recordar las palabras de la chica.

—Porque cree que soy un asesino en serio y que le mando a otro para rematar el trabajo.

Ha detectado mi tono risueño, porque se ríe por lo bajo.

—Se dice en serie —me corrige.

—Ya, eso díselo a ella… Por favor, ve o envía a alguien. Alguien que no tenga pinta de violador —recalco en falsete.

—Vaya, es de esas que prefieren el oso al hombre, ¿no?

—No puedo culparla —intercedo por ella. No me ha parecido una feminista extremista, más bien una chica asustada y precavida—. Ponte en su piel: una pequeñaja que no tiene ni media hostia frente a un hombre alto y musculoso, todo ello en una carretera vacía, con un bosque a los lados y sin testigos. ¿Tú te subirías con él? Y, desde luego, ni loco la voy a obligar.

—Vamos, ni de coña. Además, yo también preferiría el oso —se carcajea—. ¿Y qué problema tiene?

—La batería —le informo. Aunque no le puedo ver, casi percibo su alarma.

—Eso es peligroso. Sin luces, ni calefacción… Si no muere embestida, muere de una hipotermia, seguro. ¿Está sola?

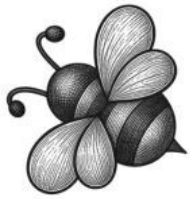
—Sí —respondo.

—Ya me hago cargo.

Asiento, agradecido. No tanto porque la rescate, que también, sino porque al fin podré olvidarme de ella y disfrutar de mi viernes noche.

Horas después, no dejo de pensar que es muy significativo que la dama elegida para tal fin sea casi una calca de la chica de la carretera.

3



No dejarás que el *hate* domine tu vida
(Consejos vendo, que para mí no tengo)

RIKA

Quien dice *hate*, dice miedo, porque ambos son igual de condicionantes. El primero te mina la autoestima. El segundo, no te deja pensar con claridad.

Mientras lo veo montarse en la camioneta, me llamo gilipollas por dos razones de peso: por no aceptar su ayuda y por el simple hecho de planteármelo.

Dudo, y mucho. Por un momento se me pasa por la cabeza saltar del coche y aterrizar en su asiento de copiloto, pero entonces la palabra *Desconocido* aparece como un luminoso y me encojo. Me abrazo a mí misma, para detener cualquier tontería que el miedo me obligue a hacer. Aunque yo ya no sé qué es más estúpido: si quedarme aquí sola, o irme con él.

Estoy muy cansada y no me apetece entrar en un debate interno en el que no hay vencedor posible, así que dejo la discusión en tablas.

En un mundo ideal, donde no hay maldad, ni violadores, asesinos en serie o acosadores, habría llorado agradecida por su

oferta y no habría dudado en saltar a su camioneta. Pero no estamos en Narnia, y aquí no siempre triunfa el Bien. De hecho, creo que el Mal gana por goleada. Además, si algo hemos aprendido de Príncipe Encantador de Shrek es que no te puedes fiar de los guapos. Y el tipo de la *pick-up* es guapo como el demonio.

Jesús, qué impresión me he llevado cuando le he tenido a un palmo de distancia, tan cerca, que por un momento he pensado que iba a besarme. O a violarme. Y con este tipo, al igual que con *Buffy*, tengo todas las de perder en un ataque.

Como la bestia parda, es enorme. Debe de medir casi un metro noventa, y es muy musculoso. Va todo vestido de negro, desde sus *jeans*, hasta su cazadora y su sombrero. Tiene pinta de malote sexy, de empotrador lleno de tatuajes. Esto no lo sé, pero me imagino que, bajo la camiseta negra, tiene un montón de ellos, en plan calaveras, pistolas y cosas chungas.

Todo él es una *red flag* andante, pero, al mismo tiempo, un placer culposo, como lo que me sucede con los protagonistas de *dark romance*; en la vida real, huyo de tipos así como de la peste, pero ahí, en mi imaginación, me pone como una burra la idea de que me cojan del pelo, me digan que soy suya y que me van a follar hasta reventar.

«Estás tardando, guapo», le diría mi yo lectora.

Porque mira que está bueno el paleto. Muuuy bueno. Es de esos hombres a los que les sienta bien el desaliño, la barba de tres días y el ceño fruncido. Su estructura ósea es perfecta, con el típico mentón cuadrado tan característico de los machos alfas.

«O de villanos de cuento», me recuerda mi yo desconfiado.

Villano o no, el tipo tiene unos ojos preciosos, de un color aguamarina. Antes he bajado la guardia y me he quedado embelesada tratando de determinar si son verdes o azules. Al color le acompaña una forma irresistible, lo que algunos llaman mirada de cazador. Están inclinados hacia arriba en el extremo exterior y transmiten fuerza, determinación, puro magnetismo. Están, además, coronados por cejas rectas y bajas que le dan una profundidad muy atrayente. Tanta, que hace que cualquiera caiga rendida a sus intenciones, sean cuales sean.

Por suerte he estado muy avispada y me he mantenido en mis trece, sin dejar que ni su embrujo ni las circunstancias tiren por tierra mi buen juicio.

Esto tengo que darle las gracias a las redes sociales, que me han hecho insensible. Una aprende a base de muchas lágrimas derramadas a ser indiferente a los comentarios, a las polémicas y a no dejar que la mala fe de algunos nuble tu juicio, arruine tus propósitos y te haga dudar de tu valía y tu criterio. Pero, sobre todas las cosas, aprendes a desconfiar hasta de tu sombra, pues ya me la han liado más de una vez; desde estafadores, hasta falsos seguidores que en el fondo me estaban buscando las castañuelas para usarlas en mi contra, por no hablar de la mala uva de los *haters*. Estos son lo peor, el cáncer de las redes sociales, sobre todo de TikTok.

El caso es que, con el tiempo, me he hecho una experta en detectar a lobos disfrazados de cordero, lo que me hace preguntarme si el de la camioneta era tan malo como para haber rechazado su ayuda. Y es que mi instinto, que siempre está a flor de piel, no se ha sentido amenazado por el paleto. Es más, tengo que admitir que el tipo, a juzgar por su comportamiento, no venía con segundas intenciones. De hecho, ha sido muy amable y considerado. Pero tengo un problema con los hombres atractivos: no me fío de ellos. Y este lo era, del tipo que hace que salten todas las alarmas y te digas: «Cuidado, Rika, que este te va a hacer polvo».

«Hablando de polvos…», me dicen mis hormonas, alborotadas como nunca.

Mientras lo veo desaparecer a lo lejos, tengo una charla interna con ellas, que de un tiempo a esta parte se manifiestan demasiado a menudo. Tal vez sea por falta de sexo. ¿Cuánto hace que no lo tengo? Corrección: ¿cuánto tiempo hace que no lo tengo en compañía? Ufff, ni me acuerdo. Demasiado, en cualquier caso, tanto como para dejarme gobernar por mis hormonas y ponerme a fantasear con el tipo de la *pick-up* negra como si fuera la *prota* de una novela de *dark romance*. Que una puede ser sensata, pero no insensible, y el tipo desprende erotismo por cada poro de su cuerpo.

¡Y qué cuerpo, amiga!

Como no tengo nada que hacer hasta que llegue la policía (si es que lo hace), empiezo a fantasear, porque soñar es gratis. O lo haría si me dejasen, pues a los pocos minutos una luz se refleja en mi espejo retrovisor.

Suspiro entrecortadamente, a la espera de que sea la policía, (lo dudo; al paleto no le ha dado tiempo a hacer la llamada), pero me asusto cuando descubro que dichas luces no son azules, ni rojas, ni rotativas: solo un par de focos delanteros alumbrando la carretera.

Oye, que lo mismo lo mío no es una urgencia y por eso no llevan las luces puestas.

«Mi gozo en un pozo», me digo cuando el coche se pone a mi altura y descubro que es un sedán negro. Aterrada, me niego a echar un vistazo al conductor, pero me preparo para lo peor.

Ahora, con esta nueva amenaza, reconozco que me he equivocado con el paleto. He escuchado a mi buen juicio, pero he ignorado a mi instinto. Y este no ha tenido miedo de él en ningún momento, como con *Buffy*. Me ha puesto en guardia, y un poco recelosa. Lo normal, dadas las circunstancias.

Al final, acabo determinando que él no era peligroso. Claro, que eso lo digo ahora que ya se ha ido.

¿Cómo decía mi papi? Ah, sí; «A toro pasado…»

Dejo de pensar en él y me centro en el Mercedes que hay a mi lado. Recuerdo el arma que el paleto buenorro me ha dado y la pongo en mi regazo, no porque tenga intención de usarla, pero tal vez él tenga razón y el intruso, al ver que voy armada, me deja en paz.

Rezo para no tener que comprobarlo y que se marche por donde ha venido.

No lo hace. De hecho percibo una silueta que se ha plantado justo en mi ventanilla.

«Vete, vete, vete», ruego en silencio. Pero no se va. Es más, pica en el cristal.

Agarro el arma con fuerza, dispuesta a usarla (ahora sí) si se le ocurre abrir la puerta.

—¡Hola! ¿Estás bien? —grita.

Casi lloro de alegría al descubrir que es una mujer. O un ángel. Es la criatura más hermosa que he visto jamás, con su cabello rubio cobrizo, sus ojos claros y su boca pintada de rojo. Va toda vestida de blanco, como un rayo de luz atravesando las tinieblas.

Aliviada, me atrevo a mirarla a los ojos. Los nervios han llenado los míos de lágrimas, así que la veo como a través de una neblina. Como no puedo hablar porque tengo un nudo en la garganta, niego con la cabeza mientras rompo a llorar.

Odio ser tan débil.

Ella toma el control de la situación y abre la puerta, pero da un paso hacia atrás y alza las manos.

—Wo, wo, wo… Tranquila, no voy a hacerte daño.

La contemplo sin saber qué es lo que he hecho para sobresaltarla, pero entonces reparo en el arma que sostengo con fuerza en mi regazo.

No dudo en deshacerme de ella tirándola al asiento del copiloto con un gritito ridículo. Cuando me repongo, la miro de nuevo.

—Lamento… haberte… alarmado —balbuceo mientras me recompongo y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Bueno, visto lo visto, creo que he sido yo la que te ha asustado —resta importancia con una sonrisa. Joder, además de guapa, tiene una voz preciosa; calmada, casi susurrante… hipnótica. Me recuerda un poco a las chicas que hacen ASMR—. ¿Estás bien?

—No… —es lo único que puedo responder.

Su mirada va del asiento del copiloto a mí. Compone una expresión preocupada y alza las manos con cuidado, como si yo fuera un animalillo salvaje e impredecible y no quisiera asustarme.

—Tranquila, todo tiene remedio. Buscaremos una salida, pero no tienes que llegar a esos extremos. Sea lo que sea que te haya empujado hasta esto, no vale tanto como tu vida.

Su comentario me descoloca, pero al seguir su mirada y toparme con el arma, casi río: cree que voy a suicidarme. Yo, con lo que me gusta vivir…

—Me he quedado tirada. La batería —explico entre hipidos. Hasta ahora no he sido consciente de lo alterada que me hallo y de que estoy a un tris de tener un ataque de ansiedad.

Ella relaja sus hombros y suspira, aliviada.

—Vaya putada —dice para quitarle hierro al asunto.

—Y de las gordas —convino—. Pero no te preocupes; un pale… —Me detengo a tiempo. Tampoco es plan de ofender a la lugareña —. Alguien me ha prometido que va a llamar a la policía para que vengan a rescatarme.

—Ufff, pues van a tardar un rato. Los polis están en el departamento de policía del condado, en Bozeman. Hasta que puedan venir, puede pasar fácil una hora, y no voy a dejarte tanto tiempo sola aquí.

Frunzo el ceño, desconfiada. ¿Y si me la ha mandado el paleto? ¿Y si son una familia de paletos asesinos? ¿Y si…?

Odio esto. Odio pensar lo peor de la gente. Y odio al tipo que me ha empujado a ser así, a convertirme en una cobardica que ve el mal en cada rincón.

Sé que estoy dejándome llevar por el miedo, que mi instinto vuelve a quedar silenciado por la desconfianza, así que me obligo a ser racional.

—Y eso, ¿cómo lo sabes tú?

He sonado demasiado cortante, pero ella no se inmuta. Es más, sonríe. Creo que empatiza conmigo, porque hay compasión en sus ojos.

—Porque el jefe de policía es mi hermano —responde.

—Ah —es lo único que puedo decir.

Ella sonríe. Me fijo en que le salen hoyuelos y recuerdo que una vez leí que las personas que los tienen suelen ser buena gente. ¿Que eso es de un absurdo tremendo? Lo es. ¿Que voy a agarrarme a eso como a un clavo ardiendo? Ya te digo.

—De verdad, no puedes quedarte aquí —insiste—. Si me ayudas, echaremos el coche a un lado de la carretera para que un pirado no se lo lleve por delante. Aquí la gente suele darle a la bebida —dice entre risas y haciendo el gesto de empinar el codo—. Además, dudo mucho que la baliza sirva de algo. ¿Tienes dónde quedarte?

—No —respondo, aunque no es cierto.

Sí que tengo dónde hospedarme. El problema es que el *check-in* es hasta las nueve de la noche y no voy a llegar ni de coña. Y

aunque me permitan alojarme más tarde, no tengo forma de ir hasta allí. Recuerdo entonces algo que ha dicho el de la *pick-up*.

—Me han comentado que cerca de aquí hay un pueblo.

—Miltown —responde ella.

Asiento, esperanzada.

—¿Tiene hotel? —pregunto.

Ella tira por tierra mis esperanzas al negar con la cabeza.

—No. —Sonríe de oreja a oreja—. Pero tiene alquiler de cabañas. Son cojonudas.

Agrando los ojos.

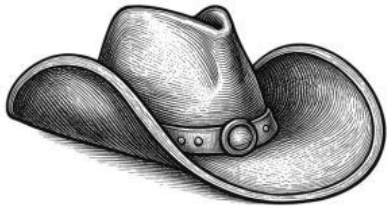
—¿Y sabes si, por casualidad, hay alguna libre?

—Una —responde. Compone una expresión complacida—. Son de mi familia.

Es demasiado bueno para ser verdad y no dejo de pensar que hay gato encerrado, pero ¿tengo otra alternativa? No.

Pues eso. Al matadero derechita que voy.

4



No perderás el tiempo en el rancho
(Ni en el Saloon)

RHYS

Se llama Chloe.

Dice que tiene veinte años, pero yo creo que le caen algunos más. Diez más mínimo. No me importa, la verdad. Nunca le he hecho ascos a nada. Lo único que pido es que tengan más de veinte y que pesen más de cien libras.

Y que sepan a lo que van conmigo.

Esta lo sabe. De hecho, ha sido ella la que me ha echado el lazo, y no hablo en sentido figurado. Ha sido durante un concurso tonto, de esos que Paul suele hacer en el pub los viernes por la noche. Creo que ya me había echado antes el ojo, porque cuando el dueño ha dado el pistoletazo de salida (literal) para que las chicas nos atrapen, ella ha ido derecha a por mí.

Me he dejado cazar, claro.

Me miento a mí mismo y digo que no tiene nada que ver con el hecho de que, de lejos, me ha recordado a la chica de la carretera; es tan bajita, tan tetona y tan rubia (ambas son teñidas, pues es imposible que a su edad tengan el pelo tan blanco) como ella.

Me ha decepcionado un poco que, en cambio, la lacera no tenga el mismo aire p*reppy*, pues es de la zona. Eso se ve. Se sabe. Tal vez sea por la naturalidad con la que lleva el sombrero, como una parte más de ella.

Ahora que la tengo enfrente, caigo en la cuenta de que su cara me suena. Creo que suele participar en los rodeos en la modalidad de lazos por pareja. Con disimulo me fijo en sus dedos y no veo anillo, ni de boda ni de compromiso, como tampoco marca de haberlos tenido. De ser así, otro gallo cantaría, pues es algo que respeto mucho. No me gusta tener que vérmelas con un novio, un marido o un ex incapaz de aceptar que la relación ha terminado.

Me dice algo. Como la música está muy alta, me inclino para escucharla. Es muy bajita, pero tiene buenas curvas. Contemplo su rostro y aprecio unas incipientes arrugas en sus ojos, confirmando mi teoría de que es mayor de lo que dice. Eso, o que el trabajo al aire libre le ha provocado envejecimiento prematuro en la piel. Lo mismo da, pero me agarro a la primera teoría porque me gusta ganar mis propias apuestas.

Me está contando algo sobre un récord que ha conseguido. No termino de escucharla bien, pero sonrío y asiento, a la espera de que sea ella la que dé el primer paso. Creo que estima que ya lo ha dado al elegirme para el concurso, porque clava sus ojos en los míos con intención y me ofrece los labios con una sonrisa ladina. Quiere que, de pasar algo, sea yo quien lo propicie, quien la busque, quien desespere por ella…

Lo lleva claro.

No ha habido lazo en este mundo que doblegue a este Red, así que me yergo y le devuelvo la sonrisa. Chloe se pega más a mí y recorre con su dedo índice mi pecho. Traviesa, me clava un poco la uña mientras sigue presumiendo de su destreza en el rodeo. No es muy larga y está pintada de rojo. De forma instintiva me acaricio allí donde otra uña, mucho más larga y con piedrecitas, me ha dejado una marca.

No sé qué me está pasando, porque pierdo momentáneamente el interés por Chloe. Creo que ella se da cuenta, pues se pega más a

mí, se pone de puntillas y echa la cabeza hacia atrás. Juguetona, acerca su pelvis a la mía y se restriega contra mí.

El interés vuelve.

La agarro por la cintura, pero es lo máximo que estoy dispuesto a conceder. Ella resopla, cansada del juego, solo que para mí no lo es.

Es mi norma. Mi ley. Mis principios.

—Joder, Rhys Red, sí que te haces de rogar —me suelta haciendo un mohín.

No me extraña que conozca a mi familia, pues nuestro rancho, aunque no es de los más grandes, sí es de los más conocidos por la pureza y la calidad de nuestros caballos broncos, algo de lo que me siento muy orgulloso al ser su adiestrador. Y yo, además de popular por los caballos, lo soy con las mujeres.

Sonrío a la chica y le guiño un ojo, pero es lo máximo que me permito hacer. Tengo claro que si quiere que la bese, tendrá que ser ella quien lo inicie. Me tomo muy a pecho lo del consentimiento. Esto lo aprendí a la fuerza.

Ella vuelve a la carga y coloca sus manos en mis hombros, pero entonces agranda los ojos y se aparta unos pasos. Parece pasmada.

—Vaya por Dios —musito al intuir lo que vendrá ahora.

Me doy la vuelta con lentitud, dispuesto a recibir un puñetazo, pero en vez de un marido, prometido, novio o ex celoso, me encuentro cara a cara con el semblante grave de Liam.

—Joder, qué susto me has dado —le digo llevándome una mano al pecho.

Él resopla.

—Ni que fuera tan feo.

Vamos, ni de coña. Tendría que volver a nacer.

—Creía que eras otra persona.

—¿Una… complicación?

Como señala con la barbilla a la chica que hay a mi espalda, me giro a mirarla.

Tiene la boca abierta y contempla embelesada a Liam. No me molesta que se lo coma con los ojos. Sé el efecto que la belleza salvaje y exótica de Liam causa en las mujeres.

Ignoro su pregunta y le formulo otra.

—¿Cómo tú por aquí? Son las diez de la noche. Los abuelos a esta hora suelen estar en la cama.

No se inmuta por mi pulla.

—Y los niños —termina replicando. Desvía la vista a algo a mi espalda, pero luego se pone serio. Más de lo habitual—. Un segundo —le dice a la chica.

Me toma del brazo y me lleva a un aparte donde podamos hablar sin tener que gritar.

—¿Has averiguado algo? —me suelta sin más.

Recuerdo entonces la reunión de ganaderos que hemos tenido en Bozeman, a la que me han obligado a asistir. No sé por qué. En esos temas, Liam, al ser quien se encarga de las vacas, está más puesto que yo. Supongo que tanto él como mi padre han estimado que él es demasiado… nativo. Y que los ganaderos son demasiado… *americanos*.

—Que los rumores son ciertos —respondo, enojado de nuevo al recordar la reunión—. Johnson ha vendido.

—Estamos jodidos. Los Larson van a vender también—sentencia.

La vista se me va al fondo del pub, donde Duncan Larson, el menor de los hijos, está tonteando con una morena.

Niego con la cabeza.

—Los Larson, no. *El* Larson —recalco.

Liam asiente, porque tanto él como yo conocemos demasiado a la familia como para saber que los hijos no tienen nada que ver en este asunto; que es Mike, el padre, el que peca, entre otras cosas, de codicia.

—Me pregunto si Tyler sabe algo —dice con los ojos entrecerrados.

Hay añoranza en su voz al mencionar al hijo mayor de Larson y a mí me contagia de ella.

Hubo un tiempo en el que fuimos amigos, casi hermanos, en el que las familias nos sentábamos en el mismo banco en misa y nos juntábamos en cualquiera de los dos ranchos a disfrutar de una barbacoa. Un tiempo en el que todo eran risas, travesuras de

adolescentes y sueños de futuro. Hasta que algo nos marcó. A todos. Y no hablo solo en sentido figurado.

Agito la cabeza para desembarazarme del recuerdo.

—Tyler no puede hacer nada, al igual que Duncan. —Miro en su dirección. Tal vez él presiente que estamos hablando de él, o tal vez lo hemos invocado, porque el muchacho se gira hacia nosotros.

Aparto con rapidez la vista, no sin antes apreciar el rubor que ha teñido sus mejillas. Las mías también se sonrojan, pero no por vergüenza; es pura rabia la que me carcome cada vez que recuerdo aquella noche.

Liam es consciente de mi incomodidad, porque me palmea el hombro.

Agradezco que no diga nada al respecto.

—Mejor lo hablamos mañana. Te dejo con lo tuyo. —Hace amago de marcharse, pero entonces se gira de golpe—. Por cierto; Jack me ha pedido que te diga que lo de la carretera está resuelto.

Asiento, pero no le acribillo a preguntas. Y no lo hago por falta de ganas, sino porque si tuviera alguna información adicional, me la hubiera dado. Liam no es de esas personas a las que les guste hacerse de rogar.

Y hablando de rogar…

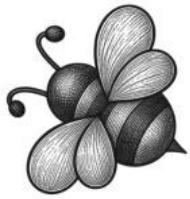
Regreso al sitio donde he dejado a la chica. Ahora está hablando con una amiga, pero como si tuviera un radar, se gira hacia mí. Me sonríe. Yo miro la hora y chasqueo la lengua al recordar el segundo mandamiento del ranchero, así que no pierdo el tiempo en juegos: voy directo al grano.

Con cuatro largas zancadas, llego hasta ella.

—¿Damos un paseo?

Y que sea lo que la lacera quiera.

5



Nunca mezclarás al personaje con la persona
(¿Persona? ¿Qué persona?)

RIKA

Qué chica más maja.

Creo que ha empatizado conmigo, aunque detecto cierto recelo por su parte. No la culpo; ahora mismo, después de todo lo vivido, no me comporto como una persona muy lúcida. Es más; parezco una desequilibrada.

Agradezco mucho que haya cogido las riendas y que sea ella quien se haga cargo de todo, pero frunzo el ceño al percatarme de que es algo que siempre hago: cuando las cosas se ponen chungas, dejo que los demás decidan y actúen por mí. Tal vez, en otro momento, tan pronto como al fin tenga un respiro, deba analizar esto.

Ahora tengo que centrarme en las instrucciones que me está dando la chica.

—Ponte al volante y dirige el coche hasta el arcén mientras empujo.

—Si quieres, lo hago yo —propongo.

Ya se ha tomado bastantes molestias.

Ella me mira de arriba abajo y resopla con incredulidad. Me indigna un poco que no me crea capaz, aunque, claro, es normal que piense así, con lo pequeña que soy.

—¿Alguna vez has descargado una camioneta de pacas de alfalfa de cien libras? —me reta.

Agrando mucho los ojos, porque, Joder, ese es casi mi peso.

Al principio muestra seriedad, pero luego me regala una enorme sonrisa pintada de rojo.

—Yo tampoco —se guasea de sí misma y me guiña un ojo—, pero sí de cincuenta libras, así que venga, que ya está muy oscuro y me está entrando canguelo.

—Te vas a poner perdida —le advierto señalando su atuendo: un jean y un jersey blancos, que lleva arremangado hasta el codo.

Ella se mira a sí misma y se encoge de hombros.

—Me la he jugado en peores rodeos —se ríe. Luego, advierte—: Quita el freno de mano.

Hago lo que me dice sin dudar, aunque creo que no vamos a poder moverlo.

Creo mal, y al final, juntas y sin mucho esfuerzo (el coche es muy pequeño y apenas pesa), conseguimos echarlo a un lado.

Me quedo un poco sorprendida, porque ella, que ha sido quien ha hecho el trabajo, no parece cansada. Es más, está impoluta, tanto ella como su ropa. No dejo de maravillarme por su fuerza.

Y de envidiarla un poquito también, sobre todo por su altura, su cuerpo y su belleza. Debe de medir casi metro ochenta, y tiene unas piernas que no parecen tener fin. Se la ve delgada, salvo por el pecho. Como yo, tiene buena delantera, aunque en conjunto se la ve armoniosa y muy estilosa. Su cabello, de un rubio cobrizo, le cae liso hasta la mitad de la espalda, donde se le ondula. Son las suyas unas ondas naturales, y no como las mías, que las tengo que trabajar a golpe de tenacillas.

Me pregunto si es modelo, aunque lo descarto de inmediato. He conocido a demasiadas como para saber que ni de lejos serían capaces de empujar un coche. Ni de coger *lo que sea* de alfalfa.

Qué narices, ni siquiera las creo capaz de saber lo que es la alfalfa.

—Listo —dice sacudiéndose las manos cuando estima que está lo suficientemente apartado de la carretera—. ¿Traes algo de equipaje?

Me sonrojo un poco. Agradezco que apenas haya luz para que ella lo descubra.

—Algo —respondo casi al cuello de mi camisa mientras me bajo y cierro la puerta del coche.

Sin demora ella abre el maletero, pero entonces alza una ceja. Asoma la cabeza de detrás del portón y repite con escepticismo:

—Algo…

Me coloco a su lado y contemplo las maletas.

Las tres.

—Son… porsiacasos —explico sin más.

Ella parece estudiarme durante un tiempo más que incómodo, pero luego esboza una sonrisa ladeada.

—Y en esos porsiacasos, ¿hay algo con lo que no te mueras de frío?

Descubro que estoy temblando. Me apresuro a abrir una de las maletas, la que Sarah y yo hemos etiquetado como *Invierno*. Esa que no creía tener que usar.

De ella saco una sudadera enorme y no tardo en ponérmela. Mi cuerpo reacciona sacudiéndose de puro placer al entrar en calor.

—Qué gusto, por Dios.

La chica se ríe mientras toma la maleta de *Otoño*. Esa que NO voy a usar. ¿Por qué? Pues porque el otoño en Montana no se parece al de California. Vamos, ni de lejos. Ahora entiendo a *The Mamas & the Papas* cuando cantan eso de *California dreamin' on such a winter's day.*

Cierro mi maleta y la llevo hasta su maletero. Ella ha regresado al mío, pero cuando va a coger la tercera, resopla.

—Joder, pero ¿qué traes aquí? ¿Un cadáver?

—Uno no; unos cuantos —respondo.

Ella alza una rubia y perfecta ceja mientras voy a ayudarla, pero me doy cuenta de que no hace falta; ya la ha sacado y se encamina hacia su coche.

—No me digas más; no quiero convertirme en cómplice —dice entre risas descreídas.

—Tranquila, solo son libros, algunos de novela negra.

Finge estremecerse, pero no añade nada más y termina de cargar la maleta. Luego, ocupa su puesto en el asiento del conductor y yo voy a recoger mi bolso. Al tomarlo, mis ojos se topan con la pistola que el paleto me ha prestado. Dudo mucho que lo vuelva a ver y que tenga ocasión de devolvérsela, pero no la voy a dejar ahí para que otro la coja, así que la guardo en el bolso con la intención de dársela al policía y que él se encargue de ella.

Por mi parte, espero no tener que usarla.

Vuelvo sin perder tiempo al coche de la chica y no tardamos en ponernos en marcha. Lo hacemos en silencio, aunque no me resulta incómodo. Hay algo en ella que transmite calma, que invita a la reflexión.

Por el rabillo del ojo veo que tiene los suyos entrecerrados, sopesando vaya usted a saber qué. Al final, agita la cabeza, pero luego la gira hacia mí y sonríe con afecto.

—Por cierto, me llamo Jolene.

Alzo las cejas.

—¿Como la de la canción de Dolly Parton?

—*Your beauty is beyond compare, with flaming locks of auburn hair, ivory skin and eyes of emerald green* —empieza a canturrear.

Y lo borda, la tía.

—Un nombre muy acertado —digo.

Ella resopla.

—Eso dice todo el mundo, pero yo no me parezco en nada.

—Un poco sí…

—Un poco, no —contradice. Luego, hace un mohín—. Yo soy rubia, no castaña, y mis ojos no son verde esmeralda.

—Sí lo son —le contradigo.

Ella se encoge de hombros.

—Pues si vieras los de mi hermano, lo flipas. Aunque bueno, eso puede ser por el tono de su piel, más morena que la mía. No porque yo sea blanca, pero, vamos, ni de lejos de porcelana, como la de la chica de la canción.

—A mí sí me lo parece —respondo entre risas.

Jolene bufa.

—Si la tengo plagada de pecas —insiste.

Me doy cuenta de que es de esas personas que o buscan el halago negando su belleza, o no son conscientes de la misma. O tal vez le dé igual.

Me decanto por esta última opción.

—Da igual rubia, morena, o con ojos negros, eres tan hermosa como muchos nos imaginamos cuando escuchamos la canción.

Ella ladea la cabeza, pensativa. Al cabo, asiente y sonríe.

—La belleza a veces es un lastre, aunque eso también debes de saberlo tú, porque eres muy guapa. Pareces nórdica. ¿Cómo te llamas?

Esta última pregunta me la hace tan de sopetón, que no tardo en responder:

—Butter… —Me detengo a tiempo de cometer una imprudencia. Antes de que se dé cuenta, corrijo—: Eri… —Y vuelvo a titubear.

No sé por qué, pero me niego a usar mi nombre completo. No me gusta cómo me hace sentir. Erika es una decepción andante, un «Eso no se hace así, Erika», «Ponte más erguida, Erika», «No comas tanto que mañana tienes un evento, Erika», «En el próximo vídeo, sonríe más a la cámara, Erika», «Como no te cuides el pelo ninguna marca va a querer trabajar contigo, Erika», «Erika, Erika, Erika»…

No, no me gusta Erika.

Ella me llama así. Prefiero ser otra; la niña por la que mi difunto padre se deshacía y la que solo existe cuando nadie me ve, así que concluyo con un contundente:

—Rika.

Soy consciente del cambio que se produce en ella. Y no por sus ojos achicados, por sus labios apretados ni por la fuerza con la que agarra el volante. Ni siquiera por su resoplido de disgusto. Es porque el ambiente se carga de algo, una energía oscura que deja un mal sabor de boca. Y no; no son imaginaciones mías. Eso lo descubro cuando dice:

—Qué mal llevamos las mentiras por aquí.

Agrando mucho los ojos.

Comprendo entonces que ella es mi tabla de salvación y que estoy a un tris de enviarla a la deriva, lejos, muy lejos de mi alcance,

así que me dispongo a explicarme.

—No, no… No es mentira. Me llamo Rika. Bueno, Erika, solo que, no sé, prefiero que me llamen Rika, al menos aquí… Quiero decir… que a partir de ahora… No quiero…

Ella quita la mano del volante para detener mi inconexa explicación y me señala con el índice. Absurdamente, lo único en lo que puedo pensar es en lo perfecto que es su dedo: fino, largo, sonrosado…

—Mira, no me confundas. Me da igual cómo has terminado aquí, qué te ha traído a Montana o por qué llevas tres maletas (una a reventar de libros). Yo solo quiero ayudarte, y eso es lo que estoy haciendo. Más allá de eso, tú seguirás tu camino y yo el mío, y ni la una ni la otra volveremos a pensar en ello. Pero si te pregunto tu nombre, tienes dos opciones: o me lo dices, o te callas. No hace falta que te lo inventes. Con decir que no es asunto mío, te basta.

Parpadeo, pero entonces soy consciente de adónde quiere ir a parar: no me está pidiendo que le cuente mi vida; me está pidiendo honestidad.

Sacudo la cabeza e inspiro.

—Mi nombre es Erika, pero no me gusta que me llamen así. Prefiero Rika.

—Has empezado diciendo otro nombre —señala.

Yo asiento.

—Es el nombre que, por norma general, uso. Es mi… *nick*. —Suspiro con cansancio. —Lo tengo tan arraigado, que me sale sin querer. Incluso suelo olvidar mi propio nombre. A veces, el personaje nos come —concluyo con tristeza.

Hasta ahora, nunca había sido consciente del peso de la fama, de lo mucho que nos olvidamos de nosotros mismos para cumplir las exigencias del producto en el que nos hemos convertido.

Jolene sopesa mi respuesta, hasta que pregunta:

—¿Tan famosa eres?

Dudo en responder. Como no veo doblez en ella, opto por hacerlo, aunque lo hago con una evasiva.

—Bueno, tú no me has reconocido, así que no tanto —digo con fingida despreocupación.

Entonces ladea un poco la cabeza hacia mí. Al principio lo hace con el ceño fruncido, pero luego alza las cejas. Por un instante creo ver reconocimiento en sus ojos. Rezo para estar equivocada.

Ella no dice nada que delate que conoce mi identidad, solo sonríe y vuelve la vista al frente, zanjando el asunto.

La miro agradecida y ella me regala una sonrisa cálida. Me invade una corriente de simpatía como hacía tiempo que no sentía. ¡Qué fácil sería confiar en ella! ¡Y cuánto odio no poder hacerlo!

Sin embargo, me pongo en guardia cuando veo que atraviesa el pequeño pueblo y se mete en un camino de tierra que se pierde en un profundo (y oscuro) bosque.

Los recelos vuelven.

—¿No era eso Miltown? —digo señalando con el pulgar hacia el pueblo que acabamos de dejar atrás.

Hay una nota de alarma en mi voz que a ella le debe hacer gracia, porque sonríe.

Lo que hace el miedo, porque esa sonrisa antes era bonita. Ahora, en cambio, me parece escalofriante.

—Las cabañas no están en Miltown. *Pine's Cabines* está un poco apartado, pero tranqui; puedes llegar al pueblo andando sin problemas. No está a más de quince minutos caminando.

No miente, y en menos de lo que canta un gallo nos topamos con el letrero de madera que anuncia la zona de cabañas. Al fondo del camino, y alineadas en pares, hay ocho casitas de madera, algunas más grandes que otras. Están, como su nombre indica, rodeadas de altos pinos, y a la derecha corre un pequeño riachuelo que le da sonoridad al bosque.

Suspiro, porque el paisaje es de ensueño. Y eso que está oscuro. A la luz del día tiene que ser impresionante.

Jolene detiene el coche delante de una de ellas, una pequeñita y un poco apartada del resto.

—Aquí es.

Nos apeamos al mismo tiempo. Tanto ella como yo nos paramos frente a la puerta y miramos la cabaña. Hay maravilla en mis ojos. En los suyos, orgullo.

Inspira, ensoñadora, antes de agacharse para retirar del suelo una pesada piedra.

—Aquí está —dice levantándose. Me muestra una pequeña llave y me guiña un ojo—. Tópico, ¿no?

—¿Dejar una llave bajo una piedra? ¡Qué va! Para nada —me río.

Ella me emula mientras abre la puerta.

—Con tanto trasiego de inquilinos, las llaves suelen perderse, así que dejamos siempre una escondida para casos de emergencia. La original la debe de tener John, y no son horas de molestarle —me explica.

Enciende la luz y se hace a un lado para dejarme entrar. Yo me quedo sin aliento.

La cabaña, aunque pequeña, cuenta con todo tipo de comodidades. Hay un salón con un sofá acogedor, una estufa de leña y una televisión. La cocina está integrada, y aunque es diminuta, está bastante bien equipada. El techo es muy alto, y desde abajo se ve el dormitorio, que está abierto y al que se accede por una escalera de caracol. En el piso superior hay una puerta que supongo que dará a un baño.

Huele muy bien. Es una mezcla a humo de leña, pino, ambientador de flores y un leve rastro de productos de limpieza.

—Es tarde para encender la estufa, pero hay un calefactor eléctrico. Te servirá para esta noche —empieza a darme instrucciones—. No hay comida, pero tienes café.

Como lo dice con un tono de disculpa, me apresuro a calmarla.

—No tengo hambre.

Mis tripas lo desmienten rugiendo. Traidoras…

—Pues menos mal —dice con una sonrisa ladeada y haciendo un revuelo de ojos—. Aunque, si quieres, puedes bajar al pub y picotear algo.

—Tranquila.

Sonríe antes de salir al exterior para traer mis maletas. Dejamos la de los libros abajo y subimos una cada una al piso superior, pese a mis protestas.

No quiero molestarla más.

—Bah —me corta la segunda vez que la regaño.

Deja la maleta al lado de un pequeño armario y abarca la habitación con los brazos.

Me flipa lo que veo. Frente a un inmenso ventanal desde el que se ve una verde pradera, se encuentra la cama, que es de ensueño. Enorme y vestida con un blanco edredón y mullidos cojines, me llama a gritos.

Como la bañera antigua del baño.

—Madre mía, qué maravilla —digo con un suspiro.

A Jolene se le llena el rostro de regocijo.

—Me alegro mucho de que te guste. Nos esforzamos un montón para que todo sea muy confortable.

—Lo es, te lo garantizo.

Bajamos juntas a la planta inferior. Jolene me da la llave y me señala una nota sujeta con imanes en la puerta de la nevera.

—Si tienes cualquier problema, llama a Charlotte. Es mi mami —dice con una sonrisa un tanto infantil cargada de amor y respeto. Me atiza un ramalazo de envidia—. Bueno, me piro. Cierra con el cerrojo de dentro, que la cerradura está un poco floja y se puede abrir desde fuera. Estás en tu casa.

Se encamina hacia la puerta y corro tras ella. No sé qué me asusta más; si lo que ha dicho de la cerradura, o quedarme sola.

—¿Cuánto te tengo que pagar? —digo con la intención de retenerla.

Ella se detiene y se gira a medias a mirarme.

—¿Pagarme? Ah, pues… depende.

—¿De qué? —quiero saber.

—De cuánto tiempo te quedes.

Hombre, mi idea era arreglar el coche cuanto antes y pirarme al resort, pero como parece tan orgullosa de sus cabañas, no quiero ofenderla.

—Pues no sé. A ver lo que tardo en solucionar la avería… Y hablando del coche; ¿puedes avisar al jefe de policía? Digo, para decirle que no vaya a por mí. Lo mismo si llega y ve que no estoy, da la voz de alarma.

Y no quiero levantar la caza.

Jolene baila la mano en el aire.

—Ya le aviso yo, tranquila. Y por el pago no te preocupes; lo hablas con mi madre mañana. Ahora descansa, que falta te hace.

Me tira un beso y se marcha. Tan pronto como cierra la puerta, caigo desplomada en el sofá.

Tiene razón: estoy reventada. Llevo dos días conduciendo, parando apenas para dormir, comer e ir al baño. De pronto, el peso de los tres últimos días cae sobre mí y me derrumbo. Tanto, que cuando me echo una mantita que hay doblada en el sofá, me entra sueño.

Mientras lo combato, me digo que tengo que llamar a Sarah para contarle el percance del coche, pero no puedo resistir más y sucumbo al sopor.

No sé cuánto tiempo llevo durmiendo (minutos, horas o días), pero despierto sobresaltada al escuchar unos ruidos que proceden de fuera.

Me levanto y empiezo a correr por la cabaña como pollo sin cabeza, hasta que escucho que alguien está intentando abrir la puerta de la entrada a la fuerza. Agrando los ojos y busco a mi alrededor algo con lo que protegerme. Los cuchillos me dan miedo, por lo que los descarto. Vago por la cocina buscando algo, lo que sea, pero entonces escucho una voz masculina maldiciendo y agarro lo primero que pillo. Resulta ser una sartén de hierro fundido. Pesa un quintal, pero como arma es cojonuda.

Al escuchar susurros, el mundo se me viene abajo, porque son varios los asaltantes, y si difícil lo tengo contra uno, imagínate con dos o más.

Aterrada, pero decidida, blando la sartén a modo de bate y me voy a un lado de la puerta, dispuesta a romperle la cabeza al intruso tan pronto como la asome.

La puerta al fin se abre con un estrépito antes de que un tipo entre a trompicones por ella.

No lo dudo; con un grito, le estampo la sartén en toda la cara. Se escucha un crujido, un quejido y al fin el golpe seco y sordo del intruso al caer cuan largo es en el suelo.

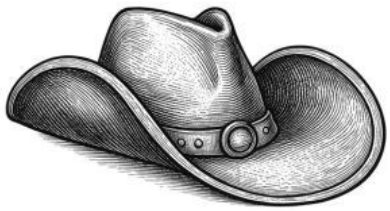
Y luego, otro grito: el de una mujer que huye, despavorida.

Parpadeo mientras la veo marcharse, un poco en shock, pero luego miro al hombre tendido en el suelo y empiezo a temblar. Y a restregarme las manos. Y a lloriquear, porque me acabo de dar cuenta de que, con toda probabilidad…

—Joder, joder, joder.

…acabo de matar a un hombre.

6



Madrugarás sin quejarte
(Hombre, tanto como que sin quejarte…)

RHYS

Hay dos cosas que te puede suceder cuando te pasas con la bebida: que despiertes en cama ajena, y/o con un dolor infernal de cabeza.

Es justo lo que me acaba de suceder. Y sería algo normal, de no ser porque la noche anterior apenas bebí.

Frunzo el ceño cuando, al pretender cambiar de postura, descubro que estoy sobre una superficie fría y dura. ¿Cómo coño he acabado en el suelo? ¿Y de dónde? ¿Tal vez del bar de Paul? Sí, debe de ser allí, aunque, ahora que hago memoria, salí del pub con una chica… ¿Cómo se llamaba? Chloe, eso es. La chica se llamaba Chloe, y era bajita, tetona y rubia. Recuerdo que la elegí porque se parecía otra chica, más bajita, más tetona y más rubia, una chica que me llamó violador y asesino.

En serio.

Sonrío, pero tan simple gesto me provoca un dolor indescriptible. Joder, ¿por qué me duele tanto la cabeza? No, no es la cabeza lo que me duele. Una parte sí, pero lo que parece que me va a explotar

es la cara. Todo el puto lado derecho. Incluso siento en mi boca el sabor metálico de la sangre.

Suelto un quejido y trato de incorporarme, pero unas pequeñas manos se posan en mi pecho y me lo impiden.

—No te muevas. Puedes tener una conmoción cerebral —me dice la dulce voz de mi acompañante.

Aunque escucho todas y cada una de las palabras, no las proceso. Abro los ojos, pero la fuerte luz me obliga a cerrarlos.

Los vuelvo a abrir para mirar a Chloe, pero la veo desenfocada. Parpadeo para aclararme la vista. Sufro un sobresalto al descubrir que no es el rostro anguloso de la lacera lo que estoy viendo, sino que me encuentro con otro muy distinto: un rostro angelical y ovalado, de labios carnositos, nariz pequeña y ojos… Joder, qué ojos. Son azules, pero no cualquier azul: son de un cerúleo que parece irreal. Aquí lo llamamos *azul Montana*.

Yo no sé qué coño ha pasado, pero Chloe pasa a ser historia y me centro en la visión que tengo ante mis ojos. Lo mismo he muerto y estoy en el cielo. Eso, o estoy soñando. Y como los sueños son efímeros, no pierdo el tiempo y aprovecho que la chica de la carretera se cierne sobre mí y que su rostro está a un palmo de distancia del mío para acogotarla y besarla.

Gruño cuando atrapo sus labios, que mordisqueo con deleite.

Ella se tensa, al menos al principio, porque luego intenta gritar. Ladino, y dado que ha abierto la boca, no pierdo ocasión de meterle la lengua hasta la campanilla.

Me da igual su protesta. Este es mi sueño, y aquí mando yo, así que la acogoto más fuerte y profundizo el beso mientras la tomo por la cintura para rodar con ella y ponerla bajo mí.

Ella patalea y se retuerce. La ignoro, claro. Mi subconsciente, que es de un fantasioso que asusta, entiende que está jugando, así que continúo besándola.

Joder, qué bien sabe. Y qué bien huele. Y qué blandito tiene el pecho, señal inequívoca de que no es operado.

Aparto la boca para besarle el cuello mientras trato de meter la mano bajo su jersey para tocarla, pero ella, al verse libre de mi boca, empieza a gritar con todas sus fuerzas.

—Calla, mujer —le pido amordazándola con mi mano.

Joder, se supone que debería dirigir mi propio sueño, así que no entiendo por qué no se ajusta a mis deseos. Es más, al contemplarla más a fondo, parece aterrada.

Me siento confundido, hasta que por fin pillo que no es un sueño, que estoy bien despierto, aunque no logro comprender qué hace ella aquí. Me incorporo un poco y la miro de hito en hito, esperando que de un momento a otro la visión se desvanezca. Pero no lo hace, porque es real.

Muy, muy real.

—Hostia puta… —digo, maravillado.

Alzo la cabeza para echar un vistazo a mi alrededor y ubicarme. Descubro que estoy en una de las casitas de *Pine's Cabines.*

Me echo a un lado, liberando a la muchacha, que aprovecha para huir. No sé a dónde. Estoy demasiado perdido como para preocuparme por ella.

Como a ráfagas, empiezo a recordar. Chloe y yo salimos del pub y nos dirigimos andando hasta la casa de alquiler que había elegido para tener sexo con Chloe y que se suponía que se había quedado libre esta misma mañana. Esto es algo que tanto yo como mis hermanos llevamos haciendo desde nuestro despertar sexual; aprovechar que una cabaña no está ocupada para llevar allí a nuestros ligues. La cabaña en cuestión es nuestra preferida, porque es la más pequeña y la que queda un poco más alejada del resto. Además, la cerradura de la puerta principal está algo suelta y, a falta de llave, se puede abrir con un par de empujones.

Y eso fue lo último que recuerdo; entrar después de dar un tirón a la puerta.

Luego, oscuridad.

Ahora todo tiene sentido, salvo que mis sueños se hayan hecho realidad y que Chloe se haya convertido en la chica de la carretera.

Me levanto del suelo con dificultad para enfrentarme a ella.

—¿Qué haces tú aq…?

Me detengo de golpe al verla de pie, a unos metros de distancia, llorando, temblando de pies a cabeza y apuntándome con una pistola.

La misma que yo le di.

Bufo por lo irónico de la situación.

—Trae eso, anda —pido dando un paso hacia ella.

—¡Quieto o disparo! —dice agarrando más fuerte la pistola.

Qué bonita es. Se ha puesto una enorme sudadera, pero sus piernas siguen estando desnudas. Suspiro con tristeza al recordar que apenas un minuto antes casi estaba entre ellas.

Ahora entiendo el tamaño de su moño, pues se ha soltado el cabello y le cae como un velo blanco por toda la espalda hasta más allá de las corvas. Me recuerda a una de las Barbies de mi hermana, la Rapunzel. Era su preferida porque tenía el pelo superlargo, hasta que yo se lo corté. Qué berrinche se pilló. Estuvo tres días enteros llorando.

Y hablando de llorar…

Olvido a mi hermana y me fijo en la muchacha, que pese a su llanto se mantiene estoica, los ojos muy abiertos y clavados en mí. Aunque los tiene húmedos, veo arrojo en ellos y algo que no logro determinar.

Hartazgo. Sí, creo que se trata de eso, que se siente muy cansada de todo y de todos.

Me da mucha lástima.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, ahora con más suavidad.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¡No des ni un paso más! —me advierte cuando echo a andar hacia ella.

La ignoro y sigo caminando, pero me detengo de golpe cuando veo que, tras un gritito, cierra los ojos, alza la pistola y… dispara.

Con dos cojones.

Ambos nos miramos sorprendidos; yo, porque ha tenido el valor de hacerlo. Ella, porque, bueno, porque no ha pasado nada de nada.

Mira el arma, luego a mí y de nuevo al arma. La agita, examina el cañón y le quita el seguro.

Y vuelve a apuntarme y a apretar el gatillo.

Manda huevos…

Gruño de pura exasperación. Ella grita indignada.

—¡No tiene balas! —me acusa.

Alzo las manos al techo.

—¡Por supuesto que no! ¿En qué cabeza cabe que te iba a dejar *mi* pistola cargada?

—¿Y por qué no? —me pregunta poniendo los brazos en jarras.

—Joder, es obvio; la pistola está registrada a mi nombre. Además —añado mirándola de arriba abajo—, no tienes pinta de haber visto una pistola en tu vida. Me ha dado miedo que termines disparándote a ti misma o que, en caso de verte acorralada, dispares a alguien. Como así ha sido.

Lo último lo digo en tono acusatorio, por lo que ella resopla.

—Para empezar, no soy tan estúpida como para pegarme un tiro. Y si te he disparado ha sido porque me he sentido acorralada.

Viéndolo desde su perspectiva, tiene razón. Aun así, voy hasta ella y le arrebato *mi* pistola de malas maneras. Mientras me la coloco dentro de la cinturilla del pantalón, le dirijo una mirada enfurruñada.

—No puedo creer que me hayas disparado —la regaño.

Con toda la despreocupación del mundo, mueve la mano en el aire.

—Solo quería asustarte. Ni siquiera te estaba apuntando a ti.

—¡Eso lo sé! ¿Quién, en su sano juicio, dispara con los ojos cerrados?

Veo que se siente regañada, pero no da su brazo a torcer y alza el mentón, como restándole importancia.

—Anda y no montes tanto drama, que no estaba cargada —se atreve a decirme.

La miro como si estuviera loca.

—¡Pero eso no lo sabías tú! ¡Podrías haberme matado! Qué narices… ¡Querías matarme!

Se pone con los brazos en jarras y achica los ojos.

—¡Quería evitar que me violaras!

Bufo con desdén, aunque se me retuercen las entrañas.

—¿Yo qué te voy a violar a ti? No sé de dónde sacas eso.

—¿Tal vez del hecho de que te me hayas puesto encima y me hayas metido mano mientras me comías la boca?

Joder, sí que he hecho todo eso. Normal que piense lo peor de mí. Hasta yo mismo lo hago, así que me apresuro a pedirle disculpas.

—Lo siento, pensaba que eras otra persona —. Me doy cuenta de lo pobre que resulta esa excusa, así que insisto—: Yo venía con una chica.

—¿La rubia que ha salido por patas a la mínima de cambio? —Chista la lengua. No sé por qué ese gesto me resulta tan sexy—. Yo que tú elegiría mejor a tus amistades.

—De amistad, nada. Era mi ligue. Quería follármela. —Lo digo con toda la intención, pero ella, salvo un leve rubor, ni se inmuta.

—Da igual; no debió dejarte tirado.

—Ya —replico con ironía—. Tú te hubieras quedado a ayudarme.

—Pues claro —responde con acritud—. La duda ofende.

La miro de hito en hito. Durante un momento nos limitamos a estudiarnos el uno al otro, hasta que las preguntas vuelven a rondarme, así que agito la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—Eso mismo debo preguntarte yo a ti, *redneck* —dice con retintín, y le da a la palabra una connotación más estúpida de la que ya tiene de por sí.

Hago caso omiso a su réplica (y a su insulto, porque no me quiero calentar más) y señalo hacia atrás con el pulgar.

—Hace unas horas te he dejado en la carretera. Se supone que Jack iba a solucionar lo de la batería e ibas a seguir tu camino.

Alza el mentón.

—No sé si lo ha arreglado, porque su hermana me ha recogido antes y me ha alquilado esta cabaña para pasar la noche.

Parpadeo.

—¿Su hermana? ¿Te refieres a Jolene?

Agranda los ojos.

—¿La conoces?

Río por lo bajo, aunque me detengo al sentir un dolor en el lado derecho del rostro. Me toco la mejilla, pero retiro la mano con un quejido.

—¿Qué me ha pasado aquí? ¿Me he caído?

Ella se muerde el labio y se estruja las manos. Su actitud ha cambiado de forma drástica, pues ya no se muestra a la defensiva, sino contrita.

Achico los ojos y me saco el móvil del bolsillo interior de mi cazadora para ver la causa del dolor. Pego un grito cuando veo que tengo todo el lado derecho hinchado y enrojecido. La miro, buscando una explicación, pero como sigue callada, me observo de nuevo. Tengo una expresión de pura incredulidad.

Ella, de arrepentimiento.

Alzo las cejas al intuir lo que ha pasado.

—Me has pegado.

Ella clava la vista en el suelo.

—Eh… Solo un poco.

—En toda la cara.

Sigue con los ojos clavados en sus pies y da la callada por respuesta. Miro a mi alrededor, buscando con qué me ha atacado. Junto a mi sombrero en el suelo hay una enorme sartén.

—¿Con eso? —digo señalando el arma del delito.

—Es que no he encontrado otra cosa.

Me pellizco el puente de la nariz, o lo intento. Me duele una barbaridad.

—Me has estampado una sartén, de hierro fundido —recalco—, en toda la puta cara.

Hay una acusación, y una amenaza, en mi voz.

Oh, sí. Esta me la paga. Pero bien pagada.

Ella al fin me mira, pero retrocede un par de pasos, hasta colocarse tras el sofá. Supongo que esa barrera entre nosotros le da seguridad, porque alza el mentón.

—¿Y qué quieres? Estaba sola en un lugar desconocido, en una cabaña en mitad del bosque. ¿Qué pretendes que haga mientras un intruso intenta colarse para vete tú a saber qué? ¿Ponerme mi mejor conjunto de ropa interior y esperarle con una copa de champán? «¡Oh, sí, nene, soy toda tuya!».

Concluye su sarcástico discurso con un revuelo de ojos que a mí, sorprendentemente, dada la situación, me resulta muy divertido.

Y muy sexy.

Vuelvo a echar un vistazo a mi cara para evaluar los daños, pero al ver que ya empieza a ponerse encarnada, bufo. Al quitar la cámara para guardar el móvil, veo la hora y pego un respingo.

—Hostia… ¿Son las dos de la mañana? —Como ella asiente, frunzo el ceño—. ¿Tanto tiempo he estado inconsciente?

—Cerca de tres horas.

Observo el suelo donde momentos antes estaba tendido. Luego, me giro hacia ella.

—¿Tan fuerte me has dado?

—Soy buena bateando —dice con un encogimiento de hombros.

Su indiferencia hace que me enoje. ¡Encima se enorgullece de ello!

—Y te ha parecido buena idea dejarme ahí tirado.

—Pues no, listillo. He intentado moverte pero… —Alza las cejas y me señala a mí y a sí misma de forma alternativa, mientras pone cara de circunstancias—. Además, tampoco parecías muy incómodo, a juzgar por tus ronquidos.

La miro de arriba abajo, ofendido.

—Y una mierda. Yo no ronco.

—Vaya que no —dice entre risas—. Más que un búfalo.

—Sabrás tú si un búfalo ronca o no —digo yendo a recoger mi sombrero.

—Bueno, eres tan grande, tan feo, tan apestoso y molesto como el que me he encontrado en la carretera, así que me hago una idea.

Ignoro su insulto y sacudo el sombrero mientras sigo increpándola.

—Y lo de llamar a un médico por si tengo una conmoción cerebral, ¿tampoco lo has considerado?

Se pone seria y asiente.

—Sí. De hecho, era lo que más me preocupaba, pero estaba esperando.

—¿A qué?, ¿a que me muriera?

—En efecto. —Alzo las cejas, patitieso por su respuesta, que no tarda en desarrollar—: Tenía que comprobar si sobrevivías o no. Una cosa es enfrentarme a un delito de agresión por defensa propia, y otra a un homicidio involuntario. Discúlpame si mis ganas de ir a la cárcel son cero.

Ladeo la boca en una sonrisa cínica.

—¿Y cómo hubieras hecho para deshacerte de mi cadáver? Porque tú misma has confesado que no tienes fuerza para moverme.

—Te hubiera hecho pedazos, *redneck*. —Sonríe con maldad mientras asiente—. Sí, sí, como oyes. Tendrías que ver lo bien que se me da trinchar un pavo.

Me quedo con la boca abierta, pero luego me recuerdo a mí mismo que en un par de horas comienza mi jornada laboral. El rancho no sabe de fines de semana, de festivos ni de noches de desvelo; a las cuatro y media de la mañana, todos en pie. Y sin rechistar.

—Paso de ti. Me piro —digo encaminándome a la puerta.

Ella echa a correr hacia mí.

—¡Espera! —Me detengo y la miro por encima del hombro. Parece preocupada—. No… no me vas a denunciar, ¿verdad?

Ni de coña. ¿Y jugármela por allanamiento? Pero, claro, eso ella no lo sabe, así que decido pincharla un poco.

—¡Debería! —digo señalando mi cara.

Ella resopla y pone los brazos en jarras.

—Tú hazlo y verás qué risa. Tienes todas las de perder. —Se acerca a mí y me clava su uña (larga y llena de piedrecitas) en el pecho—. Has cometido delito de allanamiento de morada.

—Esta no es tu morada —le corrijo, pero me ignora y sigue hablando.

—…y estoy en mi derecho de defenderme.

Contemplo su dedo apuntando mi pecho y luego alzo la vista de forma deliberada hasta su rostro. Cuando me topo con sus ojos azules, entrecierro los míos.

—Así pierda el juicio, te voy a denunciar, aunque solo sea para tocarte las pelotas —. Me pongo el sombrero con chulería y me estiro cuan largo soy—. Esto no se va a quedar así, *preppy*.

Y me marcho.

Ignoro su voz llamándome, sus insultos cuando ve que no le hago caso y hasta la piedra que me ha tirado y que casi me da en toda la cabeza.

También ignoro la sonrisa de gilipollas que se me ha puesto.

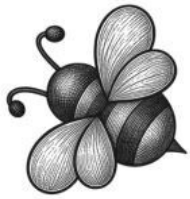
Y a mi corazón, que late encabronado.

User85432_



No me preocupa que no haya hecho el *Live* de los viernes.
Ni que tenga el teléfono apagado. O que los correos me vengan de vuelta.
Lo que me preocupa es no saber dónde está.

7



Mantendrás el secreto de tu morada
(O de tu escondite)

RIKA

No tengo claro qué es lo que me ha despertado, si el zumbido de mi móvil, o los golpes de alguien llamando a la puerta.

Ignoro al primero y voy a atender al segundo, porque es más insistente. Además, sospecho que puede ser Jolene, que vendrá a arreglar lo del pago y no quiero hacerla esperar.

Fue muy amable conmigo, y con eso ya me tiene ganada.

—¡Voy, voy! —grito con la esperanza de que me oiga.

No me molesto en cambiarme y solo me pongo encima del pijama la sudadera del día anterior. Mientras bajo a toda carrera, me acomodo la maltrecha trenza que me hice para dormir. No logro gran cosa, pero sí estoy un poco más presentable.

—Ya voy —digo mientras abro la puerta.

Nada más hacerlo, se me cae el alma a los pies al toparme con el uniforme de un policía. Me siento muy sorprendida, pero como estoy medio dormida, no llego a comprender qué hace la policía en mi puerta.

Lo último que recuerdo es… Ah, sí.

El paleto de los cojones.

No sé por qué se me viene a la cabeza la canción del payaso loco, esa que, en Halloween, medio *TikTok* usa para el *trend* de disfraz de payaso asesino. *Chop chop slide*, creo que se llama.

«*Oh, oh, here come de popo. Too much murder*[2]*…*»

Eso es lo que tendría que haber hecho, asesinar al paleto, porque al final ha cumplido su amenaza y me ha denunciado.

Mi yo interno le pone a caer de un burro mientras me recreo con una imagen de mí misma acuchillándole como si no hubiera un mañana, pero mi yo físico le muestra una sonrisa al policía que está frente a mí.

Vaya, qué guapo. Y qué alto. Y qué *requetefenomenal* le sienta el traje. Me pregunto qué tendrán los uniformes para convertir a un hombre cualquiera en un *sex symbol*. Tal vez es por el aura de poder que irradia. Por la seguridad, la protección o… Qué narices; es por la fantasía de toda mujer de ser cacheada por el poli buenorro de película porno, esposada, amordazada y…

«Ya vale, Rika…».

Para no ponerme a fantasear con el poli sexy, recupero la imagen del paleto cubierto de sangre.

«¡Chop, chop, chop, swing, swing, swing!», canturreo para mis adentros.

—Buenos días —me saluda.

Esboza una enorme sonrisa de dientes imposiblemente blancos. No sé si se ha hecho blanqueamiento dental, o se ven así por el contraste con su rostro bronceado. Esto me llama mucho la atención, pues los pelirrojos, por norma general, suelen tener la piel muy blanca.

Su cabello, cortado al estilo casquete típico de las fuerzas de seguridad, es de un rojo intenso y oscuro, al igual que sus cejas. No sé el color de sus ojos, porque lleva puestas unas Ray-Ban de aviador, aunque puedo sentir que su mirada traspasa el cristal y que espera una respuesta por mi parte.

—Buenos días —digo desanimada al recordar el presunto motivo de su visita. Antes de dejarle hablar, y dado que no tengo filtro,

suelto—: Así que al final ese patán me ha denunciado.

El policía parece desconcertado, a juzgar por su ceño fruncido.

—¿Qué patán?

—El tipo de la *pick-up* negra. —Por la forma que tiene de alzar las cejas, me doy cuenta de que ese dato no aporta nada: por aquí todo el mundo debe de tener una. Entonces recuerdo algo—. ¿Es usted el jefe de policía?

Tan pronto como lo pregunto, me doy cuenta de que sé la respuesta: es un calco de Jolene, solo que con el pelo más oscuro, más rojo. Al igual que a ella, le salen hoyuelos cuando sonríe, como ahora, mientras asiente ante mi pregunta.

—En ese caso, me refiero al tipo que le llamó para avisarle de que me había quedado tirada en la carretera.

Frunce más el ceño.

—¿Rhys? —aventura.

Me encojo de hombros ante su pregunta, aunque manda narices que, de ser el mismo, le hayan puesto un nombre que significa ardor.

«De estómago», pienso.

«¡*Chop, chop, chop, swing, swing, swing*!»…

Joder, ahora no me puedo quitar la dichosa cancioncita de la cabeza.

—¿Y por qué habría de denunciarla Rhys? —Lo pregunta con algo más que interés o preocupación: hay una nota de pánico en su voz.

Me muerdo el labio y compongo un gesto contrito.

—Pues… Resulta que… Bueno, tal vez él esté un poco lastimado, pero… ¡Pero él se lo buscó por colarse en mi cabaña, ahí, con nocturnidad y alevosía!

El hombre se coloca las manos en las caderas y gruñe mientras agita la cabeza.

—Deme un segundo, señorita —me pide, y saca un teléfono de su chaqueta.

Yo espero, pero me acerco a él para escuchar la conversación. Si es al tal Rhys a quien está llamando, quiero saber lo que le cuenta.

De seguro, una versión muy distorsionada en la que yo salgo muy mal parada.

—¿Qué has hecho esta vez? —es lo primero que suelta el policía.

Me quedo con lo de *esta vez*. A saber los líos en los que se habrá metido. Desde luego, pinta de malo tiene.

Ojo de loca no se equivoca.

El tal Rhys ha debido de preguntarle algo al poli, porque este se apresura a explicarse.

—Estoy con la chica de la carretera. Dice que te has colado en la cabaña. —No pregunta, ni afirma: acusa.

Luego se queda callado mientras Rhys le cuenta su versión de los hechos. El policía no lo interrumpe, salvo con algún «Ajá», «Entiendo» o «Ya veo».

Casi grito de indignación con su última pregunta:

—¿Cómo que vas a denunciarla?

—¡Será… cretino! —corrijo en el último momento, porque la palabra que se me pasa por la cabeza no debería decirla delante de un agente de la autoridad. Digo, si no quiero ir presa.

El policía sonríe levemente. Luego, sin más, se despide del paleto y me dirige toda su atención.

—Buenas noticias: por la cuenta que le trae, no la va a denunciar.

—¡Faltaría más! —exclamo indignada, pero luego caigo en otra cosa y frunzo el ceño—. Un momento, si no está aquí por el altercado, ¿para qué ha venido?

¿Acaso por lo de…?

—Por lo de su coche. —Ah, claro. El coche. Se me había olvidado por completo—. Jolene me ha dicho dónde encontrarla, señorita Jones.

Frunzo el ceño.

—¿Jones? —repito mientras niego con la cabeza, confundida.

Él se pone en guardia. Y muy rígido. Asusta un poco, la verdad.

—¿No es usted Sarah Jones, la propietaria del coche? —quiere saber, haciendo mucho énfasis en la palabra propietaria.

Parpadeo, pero de inmediato dejo salir el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo. Casi río al descubrir, sin comerlo ni

beberlo, la mentirijilla de mi amiga/representante.

Así que en realidad se llama Sarah Jones, un nombre muy americano, al contrario que Sarah Nowak, que suena a europeo. Me pregunto si también ha mentido en cuanto a sus orígenes, pues dice ser descendiente de la derrocada nobleza polaca.

No es la primera, ni será la última, que se inventa una vida de lujos y una historia familiar de abolengo. Yo, debido a mis circunstancias familiares, no tengo que llegar a ese extremo, pero sí que he soltado alguna trola para quedar bien con todo el mundo, aunque no hasta el punto de vender mis principios por una colaboración.

Como dice Sarah, a veces soy demasiado honesta, porque incluso he rechazado alguna que otra marca por no estar de acuerdo con sus políticas. Claro que ella, como mi *repre*, ha sabido cómo colármela y más de una vez he acabado promocionando un producto sin saberlo siquiera.

«Todo está en venta. Hasta tus principios», me recrimina siempre. Yo discrepo con eso, aunque alguna que otra vez me ha tocado transigir. Y fingir, por mucho que me desagrade.

Sin embargo, estoy muy de acuerdo en ocultar tu verdadero nombre para preservar tu intimidad. Al fin y al cabo, es lo que hacemos todos en las redes sociales.

Me olvido de Sarah cuando veo que el policía está esperando una respuesta por mi parte.

—No soy Sarah, soy su amiga. Ella me ha prestado el coche. ¿Cómo ha sabido que es de ella?

Pone una cara que proclama a leguas su opinión de mí.

Vamos, que soy boba.

—Por la matrícula —responde.

Sí; soy una boba.

Doy un paso hacia él y le tiendo la mano.

—Yo soy Rika. Erika Williams —añado para darle toda la información.

Me mira la mano y alza una ceja. Ignoro si he cometido una infracción, pero él arregla la situación aceptando mi saludo.

—Jefe de policía Jack Red. Y en cuanto al coche, Luke lo ha remolcado hasta aquí.

Se aparta y me señala al frente, donde un hombre alto y muy voluminoso está desenganchando mi coche de un remolque. Le ayuda un agente de policía que, por su edad, debe de ser de menor rango. Al verme, se detienen. El agente se toca el ala del sombrero, mientras que el tal Luke se quita la gorra a modo de saludo antes de seguir con la labor.

—Vaya —digo, de nuevo sin pensar, más para mí misma que para el policía—, así que no me mintió y Luke existe de verdad.

—Por aquí no nos gustan las mentiras. Lo llevamos fatal —me informa.

No sé por qué, me sonrojo. Tal vez porque me siento desnuda frente a su escrutinio. Es algo que siempre me pasa con la autoridad; la sensación de que son capaces de leer la mente de las personas, de que pueden saber toda la maldad que acarreamos.

Comienzo a balbucear un agradecimiento por las molestias, pero él mueve la mano en el aire.

—Estoy a su servicio.

—Pero ¿les debo algo?

—Eso depende de Luke. —Miro al aludido, que ya ha terminado y viene hacia nosotros limpiándose las manos con un trapo lleno de mugre. El agente espera a Jack en el asiento del copiloto del coche.

—Soy Luke —dice tendiéndome la mano.

Me muero de asco. Gracias a Dios que el jefe Jack interviene.

—¿Cómo le vas a dar la mano así, hombre?

Contrito, Luke, de rostro rubicundo y ojos pequeños y bondadosos, la retira y se la limpia en el trasero de su pantalón.

Este también está manchado por todas partes.

—Os dejo que arregléis vuestras cosas —dice el policía.

Sin más, se marcha. Mientras lo hace, me ofrece una visión de su trasero.

«Joder».

No sé por qué, pero pienso entonces en otro trasero, en otras caderas y en otros hombros. Pienso en unos ojos aguamarina, y en un cabello rubio cobrizo que se ondula en la nuca. Y pienso en una

sonrisa de canalla, esa que me encantaría borrar con un buen sopapo.

«O con un buen beso», me dice mi yo pervertido.

«¿Al paleto? Chica, mira qué estás desesperada», la regaño.

«Reconoce que te gusta», me apostilla.

Voy a replicarla, pero, ¡vaya!, se me tiene que estar contagiando eso de no mentir.

—Pues ahí lo tiene. ¿Sabe ya qué le pasó? —se interesa.

—¿Eh? —pregunto como una estúpida, pero vuelvo a la realidad. Dejo de fantasear con el paleto y me enfrento a la acuosa mirada de Luke—. Según me dijo el pal… Rhys, es la batería —le respondo.

Asiente.

—Pues si Rhys lo ha dicho, eso será. Sabe mucho de coches.

«Qué suerte la mía», me digo con ironía. Mi yo interno hace un exagerado revuelo de ojos.

—Pero no será el único… Es decir —me apresuro a añadir al ver que achica los ojos, supongo que por mi tono hosco—, que digo yo que habrá por aquí algún taller. O alguien especializado.

Hago mucho énfasis en la última palabra.

—Ah, sí. El taller de Gordon. Pero está cerrado y hasta el lunes no abre. —Se rasca la cabeza al ver mi rostro desfigurado—. En condiciones normales, no les importaría atender una urgencia aunque sea fin de semana, pero se han ido a un rodeo en Bigfork. Casi todo el pueblo ha ido allí, porque participa nuestro muchacho, D. D. —Lo dice esperando una respuesta por mi parte, así que me encojo de hombros—. Donald Dixon —explica.

Vuelvo a negar con la cabeza y él parece entre desilusionado y desconcertado. Supongo que le resulta imposible (e intolerable) que no lo conozca.

—Ha entrado en la liga PCRA en la modalidad de monta de toro —me explica con verdadero gozo—. Todos dicen que es el nuevo J. B. Mauney.

El último nombre lo ha dicho con mucha admiración, la misma que espera que yo muestre, pero como tampoco me suena, vuelvo a encogerme de hombros. Creo que le he ofendido, porque ahora está resoplando de un modo que me hace sentir muy ignorante.

—El caso; no hay nadie que la pueda ayudar —suelta de mala gana.

Bueno, yo ya contaba con estar un par de días allí, pero ahora me demoraría mucho más. Dos o tres días más fijo, hasta que abran el taller y lo arreglen.

—No se preocupe —le digo al hombre, al que le dedico una enorme sonrisa apaciguadora—. Así conozco el pueblo. Parece muy bonito.

Veo que se aplaca casi de forma milagrosa.

—Le va a encantar —dice con un brillo de orgullo en los ojos—. No es muy grande, pero al estar cerca del parque Yellowstone, tenemos muchas tiendas. Y el restaurante de George es de lo mejorcito. Si va, pida su famosa tarta de manzana.

Le sonrío por pura cortesía, pero luego frunzo el ceño.

—Y por esto ¿cuánto le debo?

—¿Por esto? —Señalo al coche y él se gira a mirarlo. Cuando vuelve la vista a mí, hay una sonrisa enorme en su rostro—. Ya le pasaré la factura al seguro. Tenga mi tarjeta y que se pongan en contacto conmigo.

—Lo haré, pero me gustaría tener un detalle por las molestias.

—No hace falta que me des nada. Además, me pillaba de paso.

—Insisto.

En cuanto a gratitud se refiere, a terca no me gana nadie.

Luke se rasca la cabeza. Luego, se le ilumina la mirada.

—Si coincidimos en el pub, me invitas a una cerveza. ¿Trato hecho?

Se ha tomado demasiadas molestias como para zanjarlo con una simple pinta de cerveza de seis dólares.

—Que sean dos —propongo. Sigue siendo una miseria, pero quiero que el tipo vea que en verdad estoy agradecida.

—¡Señorita! —exclama en falsete, escandalizado y haciendo un fingido aleteo de pestañas—. ¿Acaso pretende emborracharme para aprovecharse de mí?

No espera mi respuesta y se marcha riendo. Decido que me cae bien. Un poco pirado, pero parece buena gente. En general, todos han sido muy amables, menos el paleto.

Me regaño, porque eso no es cierto; quitando su pésima actitud, fue el primero en prestarme su ayuda.

«Y no te ha denunciado por partirle la cara», aboga por él mi yo cabal.

La ignoro y, con un resoplido, cierro la puerta y me dispongo a empezar el día.

Mientras se hace el café, subo a por el teléfono. Es uno de prepago, en el que solo tengo agendado un número: el de Sarah.

Gimoteo, porque con todo lo que me ha pasado, se me ha olvidado llamarla.

Me va a caer una buena.

Mientras espero a que responda, me mordisqueo las uñas. Casi grito horrorizada al ver que me faltan dos. ¿Cuándo se me han roto?

Me olvido de eso cuando Sarah responde.

—¿Sí? —pregunta con indecisión.

Aunque seguro que adivina que soy yo, pese a que en la pantalla le aparezca un número que no tiene (y que no debe tener) guardado en la agenda.

—Soy yo —le informo.

—¡¿SE PUEDE SABER DÓNDE COJONES ESTÁS?! —Me aparto el teléfono de la oreja y compongo una mueca de dolor ante su alarido. Ella sigue a lo suyo; a regañarme—. Se supone que tenías que llamarme en cuanto estuvieras instalada en el resort.

Joder, necesito un café antes de enfrentarme a esto. Por suerte, ya está listo, así que mientras me lo sirvo, le explico que me quedé tirada a medio camino y que he encontrado una cabaña donde alojarme.

—Y, por cierto —concluyo—, no te creas que voy a hacerme cargo de la factura del taller. Y si no, haberme prestado un coche en condiciones.

—Mira que me sales cara —dice. Y no, no hay reproche en su voz, solo la regañina habitual entre amigas, por lo que sonrío—. Llamaré al hotel para avisarles de que te vas a retrasar.

Frunzo el ceño.

No sé por qué, pero, de pronto, no me parece buena idea alojarme en un resort de lujo plagado de turistas que con toda

facilidad pueden reconocerme. Ya no tanto por ser ButterWill, una *influencer* con millones de seguidores, que también, sino por ser Erika Williams, heredera de IronPeak Petroleum, hija del magnate Frederick Williams y de Martha Williams, antaño conocida como Märta Mäkinen, exactriz y excantante finlandesa (de las malas) y en la actualidad agente inmobiliario (de las mejores).

—En cuanto a eso, creo que esto es mucho mejor que un resort lleno de gente —me apresuro a informarle.

Y aunque lo he dicho casi sin pensar, un poco a tontas y a locas, la idea me parece genial. Aquí, en este pueblo de menos de mil habitantes, estaré mucho más segura.

—No irás a quedarte en una cabaña de mala muerte —cuestiona Sarah con genuina incredulidad.

Y también un poco de aprensión. A veces es un poco *snob*.

—Oye, de mala muerte nada. Está genial, muy independiente, muy equipada y con unas vistas que flipas. Además, el pueblo no es muy grande y me da la impresión de que aquí todos van a lo suyo y que no usan redes sociales. Mira, sin ir más lejos, la chica que me recogió es de mi edad y no me ha reconocido —digo para tranquilizarla.

En realidad no estoy mintiendo. Ignoro si Jolene sabe quién soy, pero aunque lo sepa, no creo que tenga intención de descubrirme.

Quiero creerlo. Quiero hacer caso a mi instinto y creer que es buena gente. Me agarro a la teoría de los hoyuelos como a un clavo ardiendo.

—Será una paleta —me dice Sarah.

—Para nada. Parece una modelo, y es muy moderna y estilosa. Si la vieras, seguro que tú la ficharías.

Sarah se queda callada. Supongo que está sopesando los pros y los contras.

—Si no te ha reconocido, es muy buena señal.

—Buenísima —digo viniéndome arriba. Cada vez tengo más claro que me quiero quedar aquí—. Y en cuanto a los demás, dudo mucho que consuman el tipo de contenido que yo subo. Por no hablar de lo buenísima gente que son…

—Ya veo por dónde vas —me corta—. Has conocido a un *cowboy* de infarto.

No sé por qué, pero lo primero que se me viene a la cabeza es Rhys. Tiene que ser él, y no Luke o Jack.

—Un *cowboy* no, aunque sí a un poli buenorro —me guaseo. Porque me niego a decir que el de la *pick-up* entra en mi lista de buenorros a tener en cuenta.

—¡Ajá! —exclama con entusiasmo—. Sabía que había un motivo oculto.

—Fuera bromas, lo hago porque es un sitio muy pequeño, con mucha privacidad y sin apenas cobertura.

Este último dato a priori puede ser un impedimento. Para mí, no lo es.

—Mejor, así no caes en la tentación.

Hago una mueca, pues, al contrario de lo que había creído al iniciar el viaje, desengancharme de las redes no está siendo tan difícil. Tal vez porque no he tenido ni un respiro desde hace tres días.

—Tampoco tengo datos —le recuerdo, pues fue ella quien dijo que lo mejor era usar un móvil de prepago con tarjeta solo para llamadas.

—Es por tu seguridad —me advierte sin necesidad.

Eso me recuerda a otra cosa.

—Y hablando de seguridad… ¿Sarah Jones? ¿Me estás tomando el pelo?

Se escucha un gritito y luego un quejido.

—¿Cómo lo has sabido?

Sonrío. Agradezco que no lo niegue ni que se invente una excusa barata.

—Por tu coche. El policía me dijo que había averiguado quién era el propietario por la matrícula.

Espero una explicación por su parte que no llega porque cambia de tema de forma radical.

—¿Sabes? Creo que es cojonudo que te quedes en el pueblucho ese. Como dices, menos turismo, menos probabilidad de que te reconozcan, menos riesgo de que el capullo ese te encuentre.

No quiero pensar en el capullo, ni en lo que ello conlleva, así que corto la conversación. Ya hemos hablado suficiente.

—Te dejo. Le daré tus datos al del taller para la factura. Y también hay que gestionar con el seguro lo de la grúa.

—OK.

—Eeeh, Sarah —me apresuro a decir antes de que cuelgue—, ¿cómo sigue Tom?

Como siempre que pienso en él, me atiza un ramalazo de culpabilidad.

—Bien —responde, tajante. Ella sabe que lo mejor es no hablar de ese tema por mi paz mental—. Tú por él no te preocupes. Céntrate en esconderte lo mejor que puedas. Y recuerda: no me llames salvo que sea una emergencia, no te expongas y…

—«No caigas en la tentación de meterte en tus redes» —recito como el niño que repite una lección—. Ya lo sé, pesada.

—Así me gusta, que, por una vez, me hagas caso —replica, pero luego me tira un beso antes de colgar.

Por un momento me siento muy sola y muy perdida, hasta que mis ojos se topan con la nota de la nevera. No tardo en marcar los números para llamar a Charlotte.

La conversación es breve, porque está en la peluquería, así que acordamos vernos allí para firmar el contrato de alquiler. No me parece un buen sitio para hacer tratos, pero ¿quién soy yo para negarme? Además, es mi única opción, por lo que subo al piso superior, me doy una ducha rápida y me pongo lo primero que pillo: un top deportivo, unos *bikers-shorts*, unas *New Balance* blancas, calcetines altos y, atada a la cintura, una sudadera. Un estilo muy *athleisure*; sencillo, casual, nada que llame la atención, salvo…

Me recojo mi largo y distintivo cabello blanco en una trenza que enrollo a modo de moño bajo, me calo una gorra de los *Yankees* de Nueva York (más por moda que por afición) y me dirijo a la peluquería siguiendo las indicaciones de Charlotte. No me lleva más de veinte minutos encontrarla.

Nada más entrar, me sorprendo al ver a Jolene aplicándole un tinte a una señora de unos sesenta años, o tal vez menos. Se la ve alta y delgada, además de estilosa. Y muy guapa.

A juzgar por el parecido, sospecho que es Charlotte, su madre.

—Hola —saludo.

Jolene gira la cabeza en mi dirección y esboza una sonrisa pintada de rojo.

—¡Buenos días! Mira, mamá, ella es la chica de la cabaña.

La madre gira la cabeza en mi dirección y, tras un rápido vistazo, asiente. Pero no es a mí a quien dirige sus primeras palabras, sino a Jolene.

—Tenías razón; parece una mariposilla.

Me pongo instintivamente en guardia, alarmada, hasta que escucho una risa masculina procedente del fondo de la peluquería. Dirijo la vista hacia allí y me encuentro a un hombre que simula leer una revista. Con parsimonia, la baja para mostrar su rostro.

El alma se me cae a los pies.

No solo porque se trata de Rhys, mejor conocido como *Redneck*, sino porque descubro que tiene la cara hecha un Cristo; toda la parte derecha de su rostro la tiene amoratada.

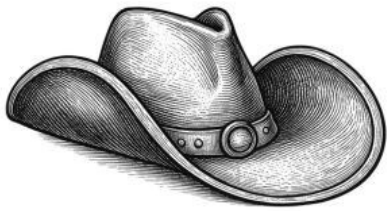
Me da una lástima enorme, compasión que se va por el retrete cuando, tras achicar los ojos y mirarme con desdén, dice:

—Más bien parece un abejorro.

Me trago la réplica, y más delante de las mujeres que tan amables han sido conmigo. No seré yo quien inicie una disputa, pero en mi imaginación le clavo todos los puñales del mundo, sobre todo cuando descubro un desafío en sus ojos aguamarina.

«¡Chop, chop, chop, swing, swing, swing!».

8



No subestimarás a un toro bravo ni a una tormenta eléctrica
(Ni a un abejorro)

RHYS

—Se avecina tormenta —escucho la voz de Liam a mi espalda.

Por inercia alzo la vista al cielo, que es más azul que nunca y está libre de nubes.

Cualquier persona que no lo conozca lo miraría de arriba abajo y bufaría, pero en el rancho ya sabemos que la palabra de Liam va a misa. Yo no sé si es por su descendencia sioux, o una especie de memoria ancestral, pero parece tener un sexto sentido. Cada día tengo más claro que su conexión con la naturaleza es equiparable a la de los caballos, que, por cierto, esta mañana están más inquietos que nunca, confirmando las palabras de Liam.

—Sí. Debe de ser por eso que hoy los caballos no me hacen ni caso.

—Están muy asustados —acuerda.

Lanzo un suspiro.

—Creo que lo mejor será que termine por hoy.

Si los obligo a seguir con el adiestramiento, se van a estresar y luego me va a costar mucho que vuelvan a confiar en mí.

Liam deja de contemplar a los caballos y se gira a mirarme.

Y es cuando repara en el estado de mi rostro.

—¿Y esto? —pregunta señalándome la cara—. ¿Al final te topaste con la *complicación*?

Como lo dice en tono de burla, me encojo de hombros.

—Anda y ayúdame —le pido mientras tomo las riendas del último bronco adquirido.

Es muy bravo, pero llevo una semana con él y ya he logrado que acepte la brida. Liam se hace cargo de *Snow,* mi yegua, la niña de mis ojos.

Estamos cerrando los boxes cuando escuchamos el ruido de un motor. Es muy inusual que los sábados recibamos visitas, así que no tardamos en salir para ver quién puede ser.

Me sorprendo un poco al ver a Jack, que acaba de apearse del coche.

Saludamos con la mano a Travis, su compañero, que se ha quedado en el coche trasteando con el móvil.

—¿Cómo tú por aquí? —pregunta Liam a Jack, adelantándose—. ¿Ha sucedido algo?

—Coño, a ver si es que ahora tiene que pasar algo para que venga a veros —replica.

—No, pero es raro que lo hagas estando de servicio.

Liam no anda mal encaminado. Jack hace mucho que se independizó, pero en cuanto tiene tiempo, se pasa por el rancho, aunque nunca, jamás, durante su trabajo.

—Cierto, pero venimos de ayudar en una intervención en Pray y el rancho me pillaba de paso… ¡Hostias, Rhys, sí que te pegó fuerte! —suelta de golpe cuando dirige la vista hacia mí—. El morado te ocupa toda la cara.

—A ti sí que te voy a pegar fuerte —le advierto.

Liam sonríe con maldad.

—Solo espero que la *complicación* haya quedado peor —proclama.

Gruño, porque sé lo que se avecina ahora.

—Qué va —responde Jack por mí. Tiene una mirada malvada—. Está ilesa.

A Liam se le congela la sonrisa y junta las cejas.

—¿Ilesa? ¿Femenino?

—Y singular —se guasea Jack.

Liam parece desconcertado.

—Pero si la tenías en el bote.

—¿Tú la conoces? —le pregunta Jack a Liam.

—Habla de otra chica. —Me doy cuenta de que esa contestación responde a ambos, pero antes de que vuelvan a preguntar, los corto con un tajante—: Y es todo lo que estoy dispuesto a contaros.

—Así que otra chica le pegó —empieza a reírse Liam, secundado por Jack. Joder, me está entrando una mala hostia… —. Pues sí que era fuerte.

Vuelvo a gruñir y me preparo internamente para más cachondeo cuando Jack le informe de que…

—¡Qué va! Si pesa menos que una pluma y es así de pequeñita —dice señalando muy por debajo del pecho.

—Eso es mentira. Es más alta. Como poco, así —digo tocándome el corazón.

—Eso es porque yo soy mucho más alto que tú.

Bufo. Mi hermano Jack y yo siempre tenemos ese pique.

—Tus ganas —impugno.

—Dejaros de eso ahora y contadme cómo una chica, y tan poca cosa, ha sido capaz de dejarle la cara hecha un cromo.

Suspiro y dejo que sea Jack quien le cuente lo de la chica de la cabaña. Necesito armarme de paciencia y fingir que la historia me trae sin cuidado, pues como deje que vean lo mucho que me ha afectado, van a estar con el cachondeo hasta Navidad.

Por suerte, en ese momento vemos a nuestra madre, que ha debido de ver el coche de Jack desde *Red House*, nuestro hogar.

«Hasta que termines de construir el tuyo», me dice una voz ilusionada.

—¡Ay, ay, hijo mío, qué caro te vendes! —suelta mi madre abrazando al recién llegado.

—Sabes que tengo mucho trabajo —dice Jack inclinándose un poco para recibir un beso.

Recibe siete. Aguanta la postura como un campeón, tal vez porque todos sabemos que de nada sirve protestar, salvo para ganarnos otros tantos besos más a modo de castigo.

Liam y yo le hacemos muecas mientras lo tiene abrazado, pero nos ponemos formales tan pronto como lo suelta y se gira hacia nosotros.

Pega un gritito al verme.

—¿Pero qué te ha pasado? —pregunta, horrorizada.

Mi madre no suele levantarse antes de las siete, por lo que no me ha visto hasta ahora. Camina hacia mí y hace amago de tocarme, pero al ver de cerca el estado de mi cara, aparta la mano.

—Se me ha cerrado la puerta de un box de golpe—miento como un bellaco.

No es algo que me guste hacer, pero las mentiras a veces son necesarias, sobre todo si tienen como objetivo evitarle preocupaciones a una madre.

Para mi asombro, ni Jack ni Liam desarman mi mentira. Debería de ser algo bueno, pero no lo es; los conozco lo suficiente como para saber que no tardaran en sacar el tema para reírse de mí.

Joder, yo lo haría.

—Me alegra que hayas venido. —Mi madre se ha vuelto otra vez hacia Jack—. Así me llevas al pueblo.

A modo de recordatorio, le muestra su brazo en cabestrillo.

Hace un mes se lo rompió y desde entonces nos está volviendo un poco locos a todos.

—No puedo, mamá —se excusa—. No voy a pasar por Miltown. Vamos derechos a Bozeman. Estamos de reuniones.

Liam huye como un cobarde diciendo no sé qué de arreglar una cerca, así que mi madre me regala una sonrisa a la que resulta imposible negarle nada.

Por si cuela, intento endosar el marrón a otro.

—¿Y papá?

Ella hace un gesto exasperado.

—Escondiéndose de mí, claro —confiesa sin acritud. Lo cierto es que el pobre es el que más está sufriendo su convalecencia—, y

como veo que no estás con tus caballos, te toca acercarme a la peluquería.

—¡Mamá! —me quejo como un crío chico. Una cosa es llevarla a hacer unos recados, y otra tirarme el resto de la mañana en la peluquería.

—¿Qué? —refuta—. No voy a ir mañana a misa con estas canas y estos pelos. Si pudiera echarme el tinte yo sola, lo haría, pero desde que me vi obligada a bajar esas cajas tan pesadas del trastero porque mis hijos no me hicieron caso cuando se lo pedí, estoy manca. Es lo que hay.

Hay que ver lo chantajista que es.

Jack farfulla una despedida y se va corriendo, así que me quedo solo ante el peligro.

Creo que mi madre ni se ha dado cuenta de que ha salido por patas.

—Venga, no te quejes. Así aprovechas y te cortas el pelo —dice tomándome de la manga y tirando de mí hacia la cochera, donde tengo aparcada la camioneta.

—No me quiero cortar el pelo —protesto. Y sí, sueno como un puto crío al que le obligan a ir al colegio después de las vacaciones de Navidad.

—No es una sugerencia. Pareces un andrajoso, y más con esa barba y… —Me echa un rápido vistazo de reojo y resopla—. Con *eso*.

Con *eso* se refiere al morado de mi cara, pero suena a amenaza. Es un «O haces lo que te pido, o no voy a parar hasta averiguar qué te ha pasado de verdad».

No digo ni una palabra durante todo el trayecto, pero al llegar, como sé que la cosa va para largo, dejo a mi madre en la puerta de la peluquería con la excusa de ir a por unos cafés. Tengo la esperanza de encontrarme con alguien, pero es muy temprano y, además, recuerdo que casi todo el mundo ha ido al rodeo a ver a D. D., por lo que no me queda más remedio que regresar a la peluquería y matar el tiempo leyendo una revista.

Nada más entrar, Jolene agranda mucho los ojos.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Tú a lo tuyo —la corto.

Y como no es la primera vez que me meto en una pelea y termino con un morado, Jolene se encoge de hombros y se dispone a preparar el tinte.

La peluquería de Jolene es mixta, así que tiene todo tipo de revistas. De hecho, y ahora que lo pienso, vienen más hombres que mujeres. No sé si lo hacen por su belleza, o por sus inmejorables cortes de cabello. Tal vez por las dos cosas. En más de una ocasión los hermanos Red nos hemos visto obligados a espantar a algún baboso que se ha obsesionado con ella, pese a sus protestas.

«Como sigáis así, al final me quedo sin clientela».

Qué le vamos a hacer… así somos. Es nuestra forma de cuidar a nuestra hermana pequeña.

Al final me decanto por la revista *Montana Farmer & Rancher*. Al principio empiezo a ojearla sin mucho entusiasmo, pero luego veo un artículo interesante sobre una propuesta de ley para impedir la creación de grandes resorts y me sumerjo en la noticia.

En ello estoy cuando oigo una voz que me pone el vello de punta y me provoca un escalofrío.

La reconozco de inmediato. Y esto me alarma, tanto, que mi corazón ha empezado a latir con fuerza, desbocado.

Mientras las escucho hablar, no dejo de preguntarme qué tendrá su voz para que, con solo un par de palabras cruzadas, se me haya quedado grabada.

Liam siempre dice que tengo un pronto muy malo, y tiene razón. Por norma general suelo controlar mi temperamento y soy un tipo amable, divertido y, para qué negarlo, encantador. La cosa cambia cuando algo se me escapa de control. Y la chica de la carretera me tiene desconcertado. Por eso, cuando mi madre dice que parece una mariposa, yo no puedo evitar soltar:

—Más bien parece un abejorro.

Jolene detiene el movimiento de aplicar tinte y me observa con la boca abierta. Supongo que porque he sonado un tanto desagradable. Mi madre tiene el ceño fruncido y una amenaza en sus ojos verdes, a la que ignoro, pues estoy más interesado en la chica. Y en su pecho. Joder, ¿cómo se le ocurre salir a la calle de esa guisa? Menudas tetas…

Dejo de mirárselas (porque un segundo más y mis ojos se quedan ahí clavados de por vida), para ver su reacción. Ella me está lanzando puñales con la mirada, por lo que alzo el mentón, retándola a que diga algo. No lo hace, y eso me molesta. No sé por qué, pero tengo ganas de pelea, al menos con ella.

Al final, después de apretar los labios con fuerza, dirige la vista a mi madre y le sonríe con educación.

—Usted debe de ser Charlotte. Yo soy Rika.

Sufro una sacudida y suelto una exclamación ahogada, pero como las mujeres se giran hacia mí, finjo que es por algo que he visto en la revista.

Mientras, algo se agita en mi interior al recordar aquella vez que, tras una ceremonia de sudado con Liam, soñé que grababa algo con una navaja en un letrero de la puerta de mi futuro hogar:

R&R

¿Y si no eran las siglas de mi nombre, Rhys Red? ¿Y si malinterpreté el sueño? ¿Y si…?

«Que no, hombre», me regaño a mí mismo, pero, vaya, menuda coincidencia.

«Ni siquiera creo que Rika sea un nombre, y, además, es feo de narices. Seguro que se lo ha inventado».

—Mucho gusto, hija. —Agradezco que las palabras de mi madre me traigan a la realidad—. A Jolene ya la conoces, y ese cafre que está ahí es mi hijo, Rhys. Saluda como es debido —me advierte.

Soy muy consciente del cambio de la chica, pues su expresión muestra ahora sorpresa. Mira a Jolene, luego a mi madre y termina el recorrido en mí. Creo que está buscando parecidos, y que los encuentra, a juzgar por el rubor de su rostro y por la forma en la que tiene de apretar los labios.

Ya he descubierto que tonta no es, así que seguro que ha llegado a la conclusión de que, debido a mi parentesco, mejor no entrar al trapo de mis pullas. Digo, si no quiere ganarse una enemiga. No es ningún secreto que soy el ojito derecho de mamá.

Alzo el sombrero a modo de saludo, ante lo que ella responde con un cabeceo antes de centrar su atención en mi madre, que no tarda en dominar la conversación.

—Lamento mucho no haber podido prepararte la cabaña en condiciones, pero mira.—Le muestra el brazo y hace una mueca mitad resignación mitad dolor—. Se me ha roto por querer bajar yo sola unas cajas muy pesadas del trastero.

Jolene y yo agachamos un poco la cabeza, pero no replicamos. Eso no haría más que dar pie a que termine el reproche… digo, la historia.

—Debería dejar que la ayuden —apunta Rika, con toda la intención de meter cizaña.

Mis sospechas se confirman cuando me mira de forma acusatoria y un tanto triunfal.

Como ni Jolene ni mi madre me están prestando atención, y sin importarme quedar como un crío, le hago muecas.

«Mimimimi mimimi». No lo digo, pero lo vocalizo, ante lo que ella eleva la barbilla y se dispone a ignorarme de nuevo.

—Están todos muuuy ocupados —objeta mi madre, y aunque parece que nos está disculpando, Jolene y yo la conocemos lo suficiente como para detectar su ironía—. Al menos, espero que hayas dormido bien.

—Sí, sí, todo es perfecto. —Me echa un rápido vistazo y achica los ojos—. Menos la puerta. Está un poco suelta.

Sí, ella también viene con ganas de pelea.

Se va a cagar.

—Lo sé. Algo tenemos que hacer con eso —coincide mi madre—. ¿Has desayunado ya?

—Tomé un café rápido antes de venir. Hubiera comido unas barritas, pero tuve que deshacerme de ellas en el camino.

Jo, jo, jo.

«Tú pínchame, *preppy*, y verás…».

—En condiciones normales, suelo llevar a los inquilinos un desayuno bien completo, pero claro… —En vez de terminar la frase, levanta el brazo de nuevo.

—De verdad, no debe preocuparse por eso. Estoy muy agradecida por haber encontrado una casita tan acogedora, no tiene que molestarse más. El hombre de la grúa me ha dicho que hay varias cafeterías y restaurantes por aquí. Me recomendó en concreto la de George.

—Es la mejor. Ni se te ocurra ir a la de los californianos.

Me doy cuenta de que la chica se ha sonrojado cuando mi madre ha dicho la última palabra con tanto desdén. Creo que Jolene también se ha percatado de que algo ha molestado a la chica, porque explica:

—Son muy caros para lo que ofrecen. Raciones pequeñas y bollería industrial, no como las tartas de George, que son todas caseras. Haz caso a Luke y ve a esa cafetería.

La chica le sonríe, agradecida, pero mi madre vuelve a hablar.

—Así que si has hablado con Luke, eso quiere decir que ya está solucionado lo del coche.

Anda, eso me interesa. No sé por qué me alegro cuando ella niega con la cabeza; si porque le deseo todo el mal del mundo, o porque en el fondo quiero que se quede. ¿Para qué? Pues tú me dirás. Me tengo que vengar a como dé lugar.

—Aún no —está respondiendo—. Lo han traído de la carretera, pero hasta el lunes no abren el taller.

—¿Y te quedarás aquí hasta entonces?—aventura mi madre.

—En realidad, me gustaría alquilar su cabaña por más tiempo.

En mi imaginación me froto las manos. Qué fácil me lo pone a veces el Señor.

—¿Cuánto? —pregunta mi madre un tanto apesadumbrada.

Creo adivinar por qué; es temporada alta para *Pine's Cabines*, pues ha empezado la época de caza del ciervo y lo tenemos todo reservado desde hace meses. Su cabaña, en concreto, está disponible casi por un milagro, pues los anteriores inquilinos tenían reserva para una semana más, pero se han marchado antes porque no han soportado el cambio de temperatura.

Presto atención a la respuesta de Rika.

—Pues no sabría decirle. Puede ser una semana, o unos meses… Depende.

—¿De qué? —se me escapa.

Giran sus cabezas hacia mí y yo me encojo en el asiento.

Mi madre me mira y bufa.

—De lo que sea. No es asunto nuestro —zanja el tema.

Creo que se ha percatado de que la chica se ha incomodado con mi pregunta. Reconozco que he sido un tanto impertinente, aunque la culpa la tiene ella por sacar lo peor de mí.

—Pues tenemos un problema —interviene mi hermana mordiéndose el labio—, porque para la semana que viene está todo reservado.

—Oh, vaya —dice ella, realmente desinflada.

Y preocupada. Y algo más que hace que se me encojan las entrañas: miedo. No entiendo mi propia reacción, si justo antes le he deseado todo el mal posible. Bueno, casi todo el mal.

—No te preocupes, que algo haremos, corazón —la anima mi madre—. Ya veremos cómo se suceden las cosas. De momento, durante toda una semana es tuya por el módico precio de quinientos dólares.

—¿Por noche? —pregunta Rika, un tanto atónita.

Nos reímos todos.

—No, hija. Por la semana al completo.

La veo parpadear y nos mira uno a uno. Creo que piensa que le estamos tomando el pelo.

—Pero… eso es muy poco —señala, apurada.

—Precio especial para chicas desvalidas —ríe mi madre, pero se pone seria cuando ve que ha dado en el clavo, que Rika, en efecto, parece desamparada. Y un poco perdida—. Entonces, ¿trato hecho?

—Vamos que si hay trato —exclama con respeto mientras le tiende la mano a mi madre para sellar el acuerdo.

Mi madre la acepta con la mano buena, pero luego la escucho decir:

—Vaya, qué uñas más bonitas. Mira, Jolene. —Mi hermana se inclina un poco sobre mi madre y sonríe—. Seguro que le han costado más de cincuenta dólares.

Rika se sonroja, mientras que Jolene bufa.

—¿Qué dices, mamá? Esas uñas tienen nombre y apellido. Seguro que son de Lisa Kon.

Por la forma que tiene Rika de agrandar los ojos, intuyo que Jolene ha dado en el clavo.

—¿Y esa es buena? —quiere saber mi madre.

—Y cara —asegura Jolene—. Desde luego, no son uñas de cincuenta ni de cien dólares.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues menudo derroche para unas uñas de plástico —digo por lo bajo, pero no tanto como para que no se me escuche.

Rika pone cara de asco. Joder, hasta así se la ve guapa.

—No son de plástico. Son acrílicas —dice muy digna, pero de inmediato me ignora y se dirige a Jolene—, y sí, son de Lisa Kon. —Suspira y se las mira—. ¿Tú sabes quitarlas?

—Claro. También soy manicurista.

—En estética, hace de todo —informa mi madre con orgullo.

—Pues me gustaría pedirte hora.

Jolene, que está poniendo un gorro desechable a mi madre, arruga la frente, sorprendida.

—¿Por qué? Esas uñas te aguantan mínimo dos semanas más.

—Ya —replica Rika con un encogimiento de hombros—. Pero se me han partido dos. No sé cómo, la verdad.

—Peleando con un búfalo —intervengo con condescendencia.

Ella gruñe y yo me apunto un tanto. Ya no se muestra tan altiva ni indiferente a mí, pues sus ojos echan chispas.

—Rhys… —advierte mi madre, aunque veo que siente una divertida curiosidad.

—¿Qué? Es verdad —protesto.

Las mujeres de mi familia me miran como si estuviera chalado, hasta que Jolene se gira hacia Rika.

—¿Te has peleado con un búfalo?

—Sí —responde ella—. Con uno grande, feo, apestoso y muy molesto. —Concluye con un resoplido y me da la espalda—. Entonces, ¿me las quitas?

—Es una pena —proclama Jolene con un suspiro—. Yo no sé hacerlas tan bonitas.

—No creo que sea buena idea llevar este tipo de uñas mientras esté aquí, no vaya a ser que tenga que pelearme con otro búfalo.

Lo dice con tanto retintín, que mi madre y Jolene se miran, boquiabiertas. Luego, dirigen la vista a Rika. Y de nuevo, a mí.

—Vaaale —dice Jolene con suspicacia—. Yo te las quito y te las arreglo un poco. Pero no hace falta que pidas cita. Te las hago ahora mismo, mientras le sube el tinte a mi madre.

—De eso nada —digo poniéndome en pie y caminando hacia ellas—. Ahora me toca a mí.

—¿Ah, sí? —dice Jolene, burlona.

—Sí —respondo sentándome en uno de los sillones de trabajo.

—Si ni siquiera querías cortártelo —alude mi madre.

—Ya ves que ahora sí. Lo mismo esta tarde me paso por el pub y quiero estar bien guapo. Ya sabéis… —Clavo los ojos en Rika con toda la intención del mundo mientras subo y bajo las cejas de forma significativa.

—Rhys, por favor, no seas tan engreído —me amonesta mi hermana poniendo los ojos en blanco.

—Ya sabes tú que no te hace falta. Hasta con esa facha las tienes en el bote —intercede mi madre entre risas de maternal orgullo—. Tan solo tienes que elegir a una buena chica, hacendosa, lista, divertida…

—Que no salga corriendo… —sigue Rika enumerando por lo bajo y con cierta burla.

La taladro con la mirada. Pero ella sonríe, triunfal. Me vuelve a dar la espalda y se dirige a Jolene.

—Mejor me paso en otro momento, Jolene. Tengo que ir a comprar provisiones. ¿Me aconsejáis alguna tienda?

—En la entrada al pueblo hay un Albertsons —responde mi madre. Como yo, ve que la chica se desinfla, pues el supermercado pilla un poco lejos de *Pine's Cabines,* por lo que procede a tranquilizarla—. Cuentan con servicio de reparto, así que no tienes que ir cargada. Incluso puedes pedir por internet si no quieres ir hasta allí.

—No tengo internet —responde un tanto apurada.

Mi madre se encoge de hombros.

—Es cierto que en las cabañas no hay casi cobertura, pero sí en la cafetería de George.

—O incluso aquí —informa Jolene.

—No tengo datos —repite, esta vez mucho más seria, más cortante y más ruborizada.

Frunzo el ceño. ¿Qué tipo de chica va por la vida sin internet?

Jolene parece dudar, pero luego insiste.

—Puedo darte la clave del wi…

—No funciona —la interrumpo de malas maneras—. Antes he intentado conectarme y no he podido.

Jolene me mira con la boca abierta, sorprendida por mi mentira. Va a añadir algo, pero de forma sutil le hago una señal para que corte el tema, pues me ha dado la impresión de que la chica no tiene internet porque no quiere (o no debe) tenerlo. Y eso me hace, además de plantearme muchas preguntas, compadecerme un poco de ella.

Mi madre asiente de forma imperceptible; creo que también se ha dado cuenta de que Rika ha empezado a sudar y a hiperventilar.

—No importa. Prefiero ir a comprar en persona, así me entretengo. —De pronto, cambia de forma radical y se muestra alegre—. Además, me gustaría hacerme con un sombrero de *cowboy* y prefiero probármelo… ¿Qué? —se interrumpe ante nuestro bufido colectivo.

—Que ni se te ocurra —dice mi madre—. Los que venden ahí, y en la tienda de suvenires, son todos industriales, fabricados en serie. Si quieres un sombrero de verdad, hecho a mano, ve a KentHat. Lo encontrarás en la principal, donde están todos los comercios, muy cerca del ayuntamiento. Son más caros, pero son los mejores. Son auténticos.

A ella se le ilumina el rostro y sonríe.

Joder, qué bonita sonrisa. Es agradecida, entusiasmada, sincera y un tanto tímida. Una sonrisa a la que mi corazón responde saltándose un latido, por lo que me protejo de ella atacándola.

—Para lo que va a durar aquí, mejor que se compre uno en Albertsons.

La sonrisa se le borra (al fin), y me dirige una mirada cargada de odio.

«Bien», me digo. Ante eso, puedo reaccionar. Ante lo otro, no.

—Visitaré KentHat —decide sin apartar sus ojos azules de mí—. Gracias por todo, chicas.

Recalca la última palabra y se dirige a la puerta, muy altiva, pero antes de abrirla, se da la vuelta.

—Ah, Charlotte, por favor, que no se le olvide enviar a alguien para que arregle la puerta. No quiero tener que estamparle una sartén de hierro en toda la cara a otro búfalo que le dé por colarse en la cabaña en mitad de la noche.

Y se marcha, muy ufana y muy consciente de la tormenta que sus palabras han desatado dentro de mí.

—¿Que has hecho qué? —me pregunta mi madre a modo de regañina, a la que ignoro.

Gruño por lo bajo y le lanzo mil maldiciones a la chica de la carretera, deseando encontrármela de nuevo para devolvérsela. Porque, me guste o no, y me gusta más bien poco, esta batalla verbal la ha ganado ella.

—No me puedo creer que una chica tan pequeña te haya dejado KO, Rhys —dice mi hermana.

—Ah, Jolene —interviene mi madre, que tiene una expresión enigmática—. Olvidas el mandamiento número cuatro de todo ranchero.

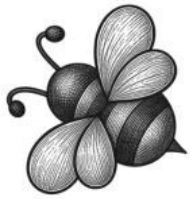
—¿Qué mandamiento? —pregunto yo por mi hermana.

Mi madre, tras una risa de sabelotodo, me dirige una mirada extraña que me pone los pelos de punta.

Luego, con mucha parsimonia y cargada de significado, responde:

—Nunca subestimarás a un toro bravo…

9



No cometerás excesos de filtros ni ediciones
(¿Filtros yo? Nooo. Para naaada)

RIKA

Soy muy consciente de que he metido la pata al pretender quedar por encima de Rhys, y que puede que Charlotte, como represalia por haberle partido la cara a su niño bonito, se eche atrás y anule el trato, pero ¡qué narices! No he podido evitarlo.

Ya he advertido de que soy de mecha corta, y más cuando me pinchan como lo ha hecho él. Puede dar gracias a la presencia de Jolene y Charlotte, porque si no, otro gallo hubiera cantado. Aunque menuda casualidad que sean familia. Con eso no contaba.

Viéndolo en retrospectiva, ahora tiene sentido que supiese que la caseta estaba libre y cómo abrir la puerta sin llave. De hecho, la cabaña es más suya que mía y, por ende, tenía más derecho a estar allí que yo.

¡Pero eso no le exime de ser un capullo!

«No tanto como tú», me dice mi yo cabal, que me está empezando a caer un poco mal porque siempre aboga por él. Pero, joder, tiene razón. En esta historia, la capulla, la intransigente y la orgullosa estoy siendo yo, pues él fue amable conmigo en un primer

momento. Y mira que yo se lo puse difícil. Aun así, se tomó muchas molestias, porque no tenía ninguna obligación de regresar a ver qué me pasaba, ni de ofrecerme su pistola (con el riesgo que ello conlleva), ni de preocuparse de mi seguridad ni de llamar al jefe de policía para que fuera a rescatarme.

Sí, ahora que le conozco un poco mejor, que tengo todos los datos, reconozco que no tenía motivos para desconfiar de él. Que no era mi enemigo.

Eso ahora ha cambiado, claro, porque estoy convencida de que no va a parar hasta vengarse de mí por haberle destrozado su atractivo rostro.

Lo echo de mi mente cuando me cruzo con un par de chicas más jóvenes que yo. Van una al lado de la otra, mirando algo en el móvil. A juzgar por la música, el *trend* del baile con la canción APT, de Bruno Mars, en TikTok.

De forma involuntaria tiro de la visera de la gorra hacia abajo para ocultar mi rostro. Paso al lado de ellas con el corazón a mil, temiendo que me reconozcan. Me quedo un poco tranquila porque, quitando mi larguísima melena, no soy fácilmente identificable. Soy de esas *influencers* que usan mil filtros y editan sus vídeos, además de llevar maquillaje hasta en el corazón, y aunque algún que otro *Get ready with me* lo he hecho a cara lavada, la norma es que al verme en persona les cueste reconocerme. Espero que esta vez no sea distinto.

Suspiro aliviada cuando las chicas ni siquiera levantan la cabeza y al fin las dejo atrás. Por un momento pienso en echar a correr para no tentar a la suerte, pero me digo que con eso llamaría la atención, algo que tengo que evitar a toda costa.

Tanto miedo he pasado, que descarto la cafetería y me voy derecha a Albertsons. Mis tripas protestan, pues llevo casi veinticuatro horas sin comer, pero las engaño con la promesa de poder darse un festín en breve. De momento, les tienen que valer un par de donuts y un café, lo único que me llevaré del supermercado.

Tardo la friolera de veinticinco minutos en llegar a él, pero no me importa. Me gustan las largas caminatas. De hecho, salgo a diario a correr en Beverly Hills, mi lugar de residencia. Allí soy una más, y

llevo tanto tiempo viviendo en la zona, que en vez de la *influencer* que muestra *outfits* y hace *trends* en Tiktok, solo soy la hija del difunto Williams. O ni siquiera reparan en mí, pues la gente no suele levantar la vista de su ombligo.

Al contrario que aquí. Esto lo averiguo en cuanto entro al supermercado.

—Joder, joder, joder —mascullo.

Yo no sé si llevo un luminoso, pero de pronto siento sobre mí el peso de sus miradas, que me observan con un descaro que roza la grosería.

Paso entre ellos agachando la cabeza, rezando porque nadie diga: «Anda, esa es la de TikTok». Me relajo un poco cuando, al pasar delante de dos lugareños, los escucho decir que «*vaya par de urbes que tiene para ser una ternerilla*». Luego se han puesto a berrear y a hacer el ganso.

En otra situación me habrían molestado mucho sus «piropos» y les habría dicho, con toda la amabilidad del mundo, por dónde se los podían meter. Pero como a) no quiero llamar la atención, y b) mientras miren mis tetas no se van a fijar en mi cara y, por lo tanto, no me van a reconocer, los ignoro y me voy derecha a por un carro.

Un hombre, muy solícito, me ofrece su ayuda. Sospecho que, al ser tan pequeña, me cree incapaz de poder llevarlo. O que quiere ligar conmigo, lo mismo da. La respuesta es la misma:

—No, gracias. —Y lo digo de malas maneras.

Y sí, estoy siendo borde a propósito, pues sé de primera mano que en muchas ocasiones una declinación amable no basta y siguen erre que erre, hasta que los tienes que mandar a pastar.

Mejor poner límites antes de tener que lamentarlo después.

El hombre dice algo, no sé qué, pues lo esquivo y me voy a la sección de verduras. No tengo ni idea de cocinar, algo que tengo en mi lista de pendientes, así que solo lleno el carro con ensaladas preparadas, *mac & cheese*, pizzas congeladas, sopas instantáneas y…

—A la mierda —mascullo mientras echo al carro un cubo de pollo frito.

Una parte de mí, la niña que quería complacer a mamá (creo que más por miedo que por cariño), grita y empieza a protestar, pero la mando callar, porque su voz se parece mucho a la de mi madre, y aquí la vegana es ella, no yo. A mí me lo impuso durante seis años, hasta que la venda se me cayó de los ojos y corté toda relación con ella.

El problema de mentir en redes es que tienes que mantener tu mentira a como dé lugar, aunque esa mentira no sea tuya. Mis seguidores creen que soy vegana porque antes de tener control sobre mi cuenta, en la época en la que era mi madre quien la gestionaba al ser yo menor de edad cuando empecé en este mundillo, se encargó de presumir de *lo buena que es mi niña porque es vegana*, así que ahora tengo que seguir dando ejemplo.

Por eso, comer carne es mi forma de rebelarme, de satisfacer a la adolescente que devoraba con los ojos la hamburguesa de carne que se zampaban sus amigas. Pero seis años son muchos, y todavía me siento un poco culpable cuando «peco». No lo hago muy a menudo, porque suelo comer fuera y me aterra que alguien me vea con un chuletón Angus en el plato. Con esto tengo que tener mucho cuidado, si no quiero que me *funen* en redes.

Una vez mi pillaron y, ¡pum!, polémica servida. Perdí casi diez mil seguidores de un plumazo, tachándome de fraude. Aunque, viéndolo desde su punto de vista, no iban muy desencaminados. Pero tampoco pude explicarles que lo mío no fue una decisión propia; que yo no era vegana por principios, sino porque me habían obligado a serlo. Para ello, tendría que exponer mi vida privada. Así que sí; mejor que opinasen que soy un fraude.

De hecho, todavía no he salido del armario y la mayoría de mis seguidores siguen pensando que soy vegana.

Me pasé al *lado oscuro* hará cosa de cuatro años, el mismo día de la Gran Pelea, como yo la llamo. Enfadada, y decidida a romper con cualquier imposición de mi madre, me fui derecha al McDonald's. Ese día, además de una indigestión, me gané una polémica, porque estaba demasiado cabreada como para darme cuenta de que a alguien le pareció una buenísima idea echarme una foto mientras comía a dos carrillos una hamburguesa con doble de carne.

Nunca supe quién me la tomó. Ahora me pregunto si fue la misma persona que…

Me niego a dedicarle un solo pensamiento a esto, así que termino de hacer la compra.

La cajera me informa que hasta la hora de cierre no me la pueden llevar, porque tienen poco personal debido a que muchos han pedido permiso para ir al rodeo en Bigfork.

Cuando me pide la dirección, me llamo gilipollas una y mil veces.

—Vaya, pues no me la sé. Si se espera, llamaré a Charlotte y…

—¿Te alojas en *Pine's Cabines*? —me interrumpe.

—Sí, pero no me sé el número de la cabaña.

La cajera baila la mano en el aire

—Despreocúpate. Ya me pongo yo en contacto con Charlotte, así le pregunto por su brazo.

Le sonrío, agradecida. Retiro un par de cosas para pasar el día hasta que me lleven la compra completa y salgo del supermercado dándole bocados a un donut y sorbos a un *latte macchiato* frío.

En mi recorrido, me cruzo con varias personas que me contemplan con descaro. Puede que no hayan visto ninguno de mis *tiktoks* y no me reconozcan, pero, a juzgar por sus expresiones, algo en mí les llama la atención. Me miro de arriba abajo y descubro que mi conjunto deportivo, supernormal en L.A., resulta un poco estrafalario (por no decir provocativo) en comparación con lo que llevan aquí. Además, mis tetas son un reclamo para los hombres, así que me pongo la sudadera.

Me fijo en las chicas y grabo mentalmente sus *outfits* para copiarlos y no desentonar.

Lo primero es hacerme con un sombrero, así que pregunto a un señor mayor por la calle principal. Sigo sus indicaciones y no tardo en encontrarla. La calle es más grande de lo que había pensado, y está llena de comercios. Me gusta que conserve el estilo del viejo Oeste, donde la madera prevalece en las fachadas y los soportales. Incluso hay un *Saloon*, puertas abatibles incluidas.

Un rápido vistazo me basta para descubrir que en esta calle la gente va más a su aire. Supongo que, al ser la más concurrida,

están más acostumbrados a la presencia de forasteros. De hecho, me cruzo con algunos de ellos, y sí; nos guste o no, desentonamos.

Descarto la tienda de recuerdos y busco la sombrerería. Está, en efecto, junto al ayuntamiento, y tiene un letrero de madera con el dibujo de un sombrero de *cowboy* y, con tipografía *western*, el nombre de la tienda: KentHat. La fachada en sí es sobria, así como los dos escaparates. La diseñadora frustrada que hay en mí se anota alguna idea que compartir con el dueño para hacerlos más atrayentes.

Al entrar, me da la bienvenida el sonido de unas campanillas de entrada. Y es el único saludo que recibo.

Dentro todo está lleno de botas, sombreros, chalecos de cuero con flecos y chaparreras. En una vitrina hay hebillas, a cada cual más ornamentada, y en un expositor hay dijes, plumas y lazos. Huele a humo, a cuero y a pegamento. Es un conjunto de aromas inherentes a la tienda que no me resulta del todo desagradable. Al revés, se me hacen muy familiares.

Al fondo está el mostrador, donde un hombre trabaja en un sombrero. Es bastante mayor y parece sacado del siglo pasado. Viste de forma impecable, con un traje de chaqueta negro, chaleco, corbata de bolo y… Ahí va…, ¿lleva un reloj de bolsillo con cadena cruzándole su enorme tripa? Sí que es viejo, sí.

—Buenos días —saludo.

El hombre ni me mira ni me saluda; sigue dándole forma a un sombrero.

—Voy a echar un vistazo —le informo, porque me parece muy maleducado por mi parte ponerme a deambular por su tienda sin su permiso.

Al fin alza la vista, que no la cabeza. Hace un recorrido exhaustivo por mi pequeña persona y le escucho gruñir.

—La tienda de recuerdos está más abajo.

—No quiero un recuerdo. Quiero un sombrero —le informo.

Deja lo que está haciendo y coloca las manos sobre el mostrador.

—Allí tienen sombreros. Y también en Albertsons.

Joder, qué pocas ganas tiene de vender.

—No quiero un sombrero cualquiera. Quiero uno auténtico —concluyo al recordar las palabras de Charlotte.

Veo que se sonroja, halagado, pero luego entrecierra los ojos mientras empieza a encender una pipa.

No se le ocurrirá ponerse a fumar…

—¿Por qué? —me suelta antes de chupar con ahínco.

Seeep. Va a ponerse a fumar.

—¿Por qué quiero un sombrero, o por qué quiero uno de verdad? —pregunto a mi vez mientras barro con la mano una bocanada de humo.

Él vuelve a echar otra. Yo toso. Y él sonríe con malicia, como diciendo: «Mi tienda, mis normas».

—¿Por qué querría una chica joven de California gastarse cerca de doscientos dólares en un sombrero que solo va a usar un par de veces? —quiere saber.

Yo bufo.

—Un sombrero de *cowboy* no vale doscientos dólares.

—Los míos, sí —me informa con orgullo.

No sé si es cierto que lo valen, o si está inflando el precio para que yo desista y me vaya por donde he venido.

No le voy a dar gusto. Ya te digo yo que no.

—Además, no soy de California.

Me mira de arriba abajo.

—Pues vistes tan mal como ellos.

Aprieto los labios con fuerza y coloco los brazos en jarras. Ignoro el insulto e insisto.

—Da igual lo que cuesten sus —«puñeteros»— sombreros. Quiero uno.

—¿Por qué? —repite.

Resoplo y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Acaso importa?

—Sí. No comparto mi arte con cualquiera.

Boqueo como una estúpida, hasta que agito la cabeza y río con desdén.

Anda que… Arte, dice.

—¿Desde cuándo hacer sombreros es un arte?

—Desde que alguien prefiere gastarse doscientos dólares en uno, cuando fácilmente se lo puede comprar en otro sitio por cincuenta.

—*Touché* —digo, aceptando la explicación.

Él sonríe, pero no tarda en fruncir el ceño. Creo que incluso se ha sorprendido de su propia reacción, porque ahora parece desconcertado.

Aprovecho este cambio en él para convencerle de que me haga un sombrero. Ya es una cuestión de cabezonería.

—Escuche, señor Kent, porque supongo que ese es su apellido. —Él asiente, así que prosigo—. Le voy a hacer una pregunta: ¿sabría reconocer a alguien de fuera solo por su sombrero?

—Sabría reconocer a un foráneo por muchas cosas —replica—, pero sí, el sombrero es muy importante. Sabría si está hecho en serie, o si es manual. Claro que, por otro lado, yo me dedico a eso.

Asiento.

—Pero tengo más posibilidades de pasar desapercibida con un sombrero verdadero que con uno de fábrica, ¿no?

No sé si he hablado de más, porque el hombre me mira con algo parecido a la compasión.

—Sí, creo que las tendrías.

Cabeceo, satisfecha.

—Pues por eso quiero *su* sombrero.

Creo que he ganado cuando hace un gesto con la boca. Bajo el bigote, sospecho que se ha formado un intento de sonrisa.

—Quieres que los demás, cuando te vean, digan: «*Ahí va una auténtica montanesa*».

—Exacto —le digo apuntándole con el dedo índice y guiñándole un ojo.

—Pues entonces quítate esos calcetines y esas zapatillas tan feas, ponte unos buenos *jeans* y hazte con un buen par de botas.

Pego un gritito de fingido escándalo.

—Vaya, ha pasado de no querer venderme, a pretender que me deje un sueldo aquí. Porque si ese es el precio de los sombreros, no quiero ni imaginar cuánto costarán las botas.

Se ríe con regocijo. Creo que le he caído bien.

—Eres tú la que está emperrada en disfrazarse, no yo.

Me pongo muy seria.

—Esa es la cuestión —replico—; no quiero que parezca un disfraz.

El hombre ríe por lo bajo. Toda su panza se agita al hacerlo. Incluso sus bigotes se mueven. Me resulta entrañable. Pese a su actitud huraña, hosca y distante, determino que tiene un corazón de oro.

Me recuerda tanto a mi papi…

—Entonces, ¿cuál me aconseja?

El hombre achica los ojos.

—¿Qué sabes de sombreros?

—Que se ponen en la cabeza —respondo con humor.

Él hace una mueca.

—Vale, vente esta tarde y hablamos.

—¿Por qué esta tarde?

—Porque tal vez tú no comas, pero yo sí, y ya casi es la hora de almorzar —dice sacando su antiquísimo reloj del bolsillo del chaleco.

—Yo sí como —protesto. Jo, puede que sea exvegana y que esté muy delgada, pero eso no quiere decir que no me alimente. Al menos, casi siempre.

—Ya —replica sin creerme y mirándome de arriba abajo—. Pues yo opino que ese estómago hace mucho que no se llena con un buen guiso de alce.

Vamos, de mucho tiempo ya te digo yo que nada: no lo he comido en toda mi vida.

—¿Y no podría atenderme ahora? —Abarco con la mano la tienda—. ¿No valdría cualquiera de estos?

—Dudo mucho que te sirva uno de los que ya están terminados y a la venta. Son de horma grande y tú tienes la cabeza muy pequeñita.

Acepto, porque no me queda otra.

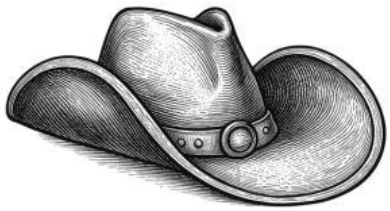
—Entonces, ven cuando almuerces —refunfuña.

Me despido con la mano y salgo de la tienda con la sensación de que he hecho un amigo.

La sonrisa me acompaña durante todo el trayecto hasta la cabaña, pero nada más llegar, se me borra.

Porque allí, esperándome apoyado en una *pick-up* negra, se encuentra mi mayor enemigo.

10



Perdonarás rápido, olvidarás despacio y aprenderás siempre
(salvo que seas muy rencoroso)

RHYS

Una de las cosas que más me gusta de mi hermana es que sabe hasta dónde meter tijera. De hecho, creo que nunca, jamás, le he dicho cómo o cuánto quiero cortármelo. Es tan sencillo como dejarla hacer.

No es que tenga buen ojo; es que tiene un don.

Siempre empieza con un masaje capilar de bienvenida. Con esto pretende dos cosas: que te relajes, y examinar tus facciones, la textura de tu cabello y yo qué sé qué chorradas más para ver qué corte te queda mejor. A mí ya solo con el masaje me tiene ganado. Supongo que a los demás les pasará lo mismo, de ahí que algunos vengan cada semana, como Jack, aunque este lo hace casi por obligación debido a que siempre tiene que tener el cabello cortado según el reglamento.

Yo, no. Es muy raro que me corte el pelo. De hecho, como ha sido el caso de hoy, me tienen que arrastrar hasta la peluquería, aunque luego disfruto mucho con la experiencia.

Tiene puesto un recopilatorio de música *Chill-out Country*. A mí me gusta más el *dark*, pero esto también está muy bien. Más moderno y relajante, pero sin perder las raíces, que creo que es la imagen que quiere dar mi hermana.

Mientras me hace el masaje previo, cierro los ojos y me pierdo en mis pensamientos. Me cabrea un poco que estos giren en torno a Rika.

A ver, es normal que me caiga mal, y a las pruebas (o sea, a mi cara) me remito, pero ¿y ella? ¿Por qué me tiene tanto asco? Vale, acepto que no quisiera subirse a mi camioneta. Su rechazo está más que justificado, como que, al creer que entraban en la cabaña, haya reaccionado como tiene que reaccionar: defendiéndose. Esto lo comprendo, pero ¿y luego?

Puede ser que yo tenga un poco de culpa, que tal vez he ido de listo y la haya sacado de sus casillas. Y esto es lo que más me desconcierta de todo; mi empeño en cabrearla. Joder, que yo soy de los que hacen justo lo contrario, enamorarlas. En vez de ello, tal parece que esté empujando a Rika a que quiera poner la máxima distancia de mí.

«Mejor», me digo.

«¿Por qué mejor?», me pregunta otra voz con un tono muy diferente. Esta voz parece desconcertada.

«Porque así estamos a salvo», le respondo.

«¿De qué?», quiere saber.

«Es evidente: de ella».

«Pero ¿por qué quieres estar a salvo de ella?».

Hostias…

—Deja de fruncir el ceño. No te pega nada —me dice mi hermana.

La obedezco y fuerzo una sonrisa.

—¿Así mejor?

Ella compone una mueca de repulsión.

—Pues no. Das grima. Y mira que es raro, con lo bonita que tienes la sonrisa. ¿Te pasa algo?

Le echo una rápida ojeada a nuestra madre, que sigue a la espera de que le suba el tinte. Ahora está hablando con alguien por

teléfono. Cuando escucho las palabras *brazo*, *cajas* e *hijos* aparto rápidamente la mirada.

Prefiero enfrentarme a la pregunta de Jolene que al reproche de mi madre.

—Que tengo toda la cara morada, eso me pasa.

Ella se ríe por lo bajo. Antes de decir nada más, se asegura de que nuestra madre no nos está prestando atención.

—Ahora que no nos oye, ¿qué hiciste?

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo que qué hice yo? ¡Qué hizo ella! —replico señalando mi rostro.

—Nadie le pega a nadie sin motivo, hermano.

Tiene razón, por lo que gruño.

Jolene y yo somos los más pequeños. Solo nos llevamos un año y siempre hemos estado muy unidos. De haber sido un chico, esa unión sería mucho mayor. Sería mi mejor amigo.

Aparto a Duncan Larson de mi cabeza cuando, sin previo aviso ni permiso mediante, ocupa mis pensamientos. Joder, todavía me duele pensar en él.

Entierro el pasado y opto por contarle la verdad a mi hermana.

—Fui allí con una chica —le susurro para que mi madre no nos escuche—. Tú ya me entiendes…, porque la cabaña se había quedado libre. ¿Yo qué iba a saber que tú te ibas a topar con la californiana y que le alquilarías la cabaña? Además, cuando hablé con Liam solo me dijo que Jack le dio el recado de avisarme de que el asunto de la chica de la carretera estaba resuelto. No me dio más detalles.

Mi hermana asiente, pero no añade nada y empieza a cortarme el pelo. Al cabo de un par de minutos, me pregunta:

—¿Te gusta?

Busco su mirada en el espejo. En sus ojos hay curiosidad. En los míos, desconcierto.

Bufo.

—¿Qué dices? ¿La has visto?

—Es guapa. Y tiene un buen par de… —Se detiene solo porque yo carraspeo—. Vamos, que está buena.

—Es californiana.

Ella alza las cejas.

—¿Y desde cuándo eso es un impedimento para ti?

—Pues desde que se va a pirar de aquí. Todas lo hacen.

Su semblante se vuelve sombrío. Como yo, ella también está pensando en otra californiana en concreto. Agita la cabeza, supongo que para echarla de sus pensamientos, y busca mi mirada de nuevo en el espejo.

—Insisto: ¿desde cuándo eso es un impedimento para ti?

—No sé a qué te refieres —le respondo, un poco perdido.

Jolene suspira y continúa cortándome el pelo.

—Pues que, por norma general, las prefieres justo porque son californianas. Sabes que son aves de paso que no buscan atarse, como tú.

Abro y cierro la boca para protestar cuando mi madre, que ha terminado de hablar, deja su puesto en los lavabos y se acerca a nosotros.

—¿Alguno de los dos está disponible dentro de una hora?

—Yo no —se apresura a contestar Jolene—. Tengo toda la mañana ocupada.

Mi madre me mira entonces. Por norma general, le respondería que sí, pero algo en sus ojos, expectativa o intriga, hace que me ponga en guardia.

—Yo tampoco. Al final Liam se ha equivocado y no ha habido tormenta, por lo que volveré al rancho para ver si avanzo algo con…

Un trueno que parece que va a derribar la peluquería hace que me encoja y que me calle. Un trueno que acaba de tirar por tierra mi excusa.

Mi madre sonríe, triunfal.

—Liam nunca se equivoca.

—Hay que joderse —mascullo.

Me gano una colleja. Mi madre no soporta que digamos palabrotas en su presencia.

—Pues te ha tocado —me dice—. Iría yo, pero ya sabes… —Y me enseña el brazo.

Acepto, pero para indicar mi disconformidad, resoplo.

—¿Y qué tengo que hacer?

Sus ojos brillan victoriosos.

—Hay que llevarle la compra a la cabaña siete.

—Ni a rastras —me niego.

—Así, de paso —continúa mi madre, ignorando mi negativa—, le enciendes la estufa de leña. Seguro que la pobre no sabe cómo hacerlo.

—Tiene radiador. ¿Y qué pasa, que ahora le hacemos el trabajo a los de Alberstons?

—El radiador es insuficiente. Dan grandes descensos de temperatura para esta noche. Y no sé de qué te asombras; no es la primera vez que le llevamos a nuestros inquilinos la compra.

Es cierto. Es un servicio que tenemos. Bueno, que ella tiene. Por norma general, en todo lo que se refiere a las cabañas, lo gestiona ella con John, de mantenimiento, y con la novia (o lo que sea) de Jack.

Me agarro a esto como a un clavo ardiendo.

—¿Y no pueden ir Chris o John?

Mi madre suelta una exclamación ahogada, indignada.

—John ha ido a animar a nuestro D. D. Y no voy a pedirle a Chris que venga a trabajar un sábado, así que, lo siento, y ya que estás aquí, solo cuento contigo. Además —añade apuntándome con el dedo índice—, prometisteis ayudarme con mi negocio.

Maldigo por lo bajo, así que mi madre cambia de táctica: utiliza la pena.

—Anda, hijo, hazme este favor. Así tienes algo en lo que entretenerte hasta que Jolene termine conmigo.

Como es verdad, acepto con un cabeceo.

—Solo porque no tengo otra cosa que hacer —le recuerdo.

A mi madre mi réplica le trae sin cuidado, porque ha ganado, así que vuelve a su puesto en el lavacabezas.

Gracias a Dios, la californiana no ha comprado gran cosa. Lo justo para una semana, a juzgar por las bolsas. Bien, no voy a tener que aguantarla mucho tiempo. O eso espero.

Llego a la cabaña en menos de cinco minutos y llamo a la puerta, pero no responde. Lo vuelvo a intentar, esta vez más fuerte,

con el mismo resultado. Cabreado, voy hasta la camioneta y la espero apoyado en ella.

A los diez minutos llamo a mi madre para que la localice, pero no me responde.

Me cago en todo.

Estoy por marcharme cuando la veo venir por el sendero. Lo hace despacio, sin prisa alguna, y, a juzgar por la sonrisa ensimismada de su rostro, perdida en alguna idea o recuerdo bonito.

«Para bonita, ella».

Este pensamiento se me escapa, pero antes de que tome cuerpo y se haga con el control, lo mando a boxes. En cambio, dejo que salga al ruedo el bronco que habita en mí, ese que está dispuesto a todo y que tiene por lema «Para chulo, yo». Me resulta más fácil cuando, al verme, Rika achica los ojos y compone una expresión de asco. Pasa a mi lado con la barbilla alzada y no me dice ni mu.

El caballo salvaje que tengo dentro pega una patada en el suelo y protesta con un bufido. Él quiere guerra, como yo, pero me digo que cuanto antes descargue la compra, antes me la quitaré de encima, así que cojo dos bolsas y voy junto a ella, que está abriendo la puerta.

Y me la cierra en todas las narices.

Río sin humor, incapaz de creer lo maleducada y desagradecida que puede llegar a ser.

Enojado, ahora de verdad, llamo a la puerta con la punta de mi bota. Lo hago una vez, dos, tres, cuatro… Cada vez más fuerte y con más rabia, hasta que al fin se digna a abrirme.

—¿Qué coño qui…?

Su rostro hastiado cambia por otro de sorpresa al verme cargado con *sus* bolsas.

—¿Dónde te dejo esto? —espeto. Como ella se ha quedado muda, gruño—. Y deprisita, que tengo un montón de cosas que hacer y esto pesa un quintal. ¿Qué has comprado, un búfalo despiezado o algo así?

Ella se aparta y me señala la encimera de la cocina.

Dejo las bolsas de malas maneras. Por curiosidad le echo una ojeada para ver si reacciona, pero no, sigue contemplándome con la

boca abierta, los ojos agrandados y una expresión contrita.

E inmóvil.

Estoy saliendo por la puerta para ir a por otra tanda cuando me detengo de golpe y giro sobre mis talones.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? Hay más bolsas que traer. ¿O qué pretendes, que lo descargue yo todo?

Al fin reacciona agitando la cabeza mientras echa a correr hacia mí.

—¿Tú eres el chico de reparto del supermercado?

—No —le respondo con retintín—. Soy el chico que te está haciendo el favor de traerte la compra.

Recalco mucho lo de favor. Ella resopla y me dirige una mirada de desaire.

—Ni que yo te lo hubiera pedido.

—No, me lo ha pedido mi madre. Y a ella no le puedo negar nada.

Tomo dos bolsas y se las encasqueto. Yo cargo otras dos.

—Pues, entonces, échaselo a ella en cara —me dice.

Echa a andar muy digna hacia la cabaña y yo contengo la sonrisa que se me está formando.

No lo voy a reconocer nunca en voz alta, pero me encanta este pique que tenemos.

Cuando terminamos de descargar la compra, ella se queda colocándola y yo voy a por la caja de leña, pero al volver me encuentro con que ha cerrado la puerta.

—Mula… —mascullo antes de llamar.

Una vez, dos, tres, cuatro… Ya me está tocando mucho los cojones.

—Y ahora, ¿qué…?

Y vuelve a quedarse sorprendida al verme cargado.

—¿Puedo? —pregunto con todo el sarcasmo del mundo.

Se hace a un lado y yo entro como una exhalación hasta la estufa. La miro por encima del hombro y sonrío para mis adentros al ver que se ha quedado inmóvil, con la mano en la manija de la puerta y con cara de incredulidad.

—¿Qué vas a hacer?

Me quito el sombrero y me rasco la cabeza.

—Pues no sé. Una estufa, leña, un mechero —digo sacándome uno del bolsillo y poniendo cara de asombro—. ¡Anda, con esto puedo hacer fuego!

—Imbécil —la escucho murmurar.

—Encima me insulta. En fin. De desagradecidos está California lleno.

Creo que la pulla a su ciudad natal le hace reaccionar, porque se cruza de brazos y achica los ojos.

Se ha puesto la sudadera que antes llevaba anudada a la cintura, privándome del espectáculo que dan sus pechos, pero me doy cuenta de que eso no detiene mis fantasías. Si me apuras, las incrementa.

«Hostias, Rhys», me amonesto. O, más que a mí, al pequeño gran ser que habita en mi entrepierna y que se está poniendo cada vez más nervioso.

Con disimulo, tiro del pantalón cuando siento que mi polla pugna contra la cremallera y me pongo con la labor de encender la estufa mientras ella guarda la compra en la nevera. El fuego no tarda en prender.

—Ven, *preppy*, que te tengo que dar un par de instrucciones. Digo, si no quieres salir ardiendo.

—Voy, *redneck* —dice bajando unas cuantas octavas la voz, en un intento, muy malo, de parecer varonil.

Gruño, pero espero a que se coloque junto a mí. Cuando se acuclilla a mi lado, su brazo roza el mío y yo vuelvo a sentir esa extraña tensión, ese escalofrío que me deja obnubilado.

¿Por qué soy tan consciente de todo lo que tiene que ver con ella?

—¿Qué hay que hacer? —pregunta con los ojos clavados en la estufa.

Aprovecho que tengo que coger el atizador para apartarme un poco de ella. Mi cuerpo grita indignado por la separación, pero mi mente se siente muy agradecida.

—De momento, nada, porque te la he dejado preparada. Sin embargo, en unos veinte minutos o así cierra el tiro. Esto sirve para

expulsar el humo al exterior. Así, mira. —Le muestro cómo hacerlo—. Pero hazlo con el atizador. Ni se te ocurra cerrar el tiro con las manos desnudas. —Asiente y yo continúo—. Déjalo cerrado, a no ser que veas que saca el humo a la habitación, o cuando le eches más leña.

Ella agranda los ojos.

—¿Yo le tengo que echar leña?

La miro de arriba abajo y resoplo.

—No pretenderás que me quede aquí todo el día alimentando el fuego.

«Hostias, no es mala idea».

—No, claro. Pero ¿esa leña? —señala.

Mi mirada va del cubo a ella.

—Esa misma.

Veo que compone un gesto de desconfianza.

—¿Y si tiene bichos?

—Usa guantes —le recomiendo, y sí, estoy exagerando mi crispación.

—No tengo.

Con un suspiro largo que ha sonado a gruñido, me quito los guantes y se los doy.

—Ten. Te los presto.

Los mira y compone una mueca de asco.

—Solo están sucios por fuera —le advierto, enfadado.

Ella hace un gesto con la boca que delata que no me cree, pero los acepta y los deja a un lado.

—Acuérdate de ir jugando con el tiro, y no permitas que se apague del todo. Eso sí, y esto es muy importante: nunca te vayas a dormir con la llama muy alta, así que una hora antes deja de echarle leña. Para entonces, la cabaña estará ya caldeada y, si tienes frío, te bastará con el radiador. ¿Alguna duda?

Ella se encoge de hombros, pero luego suspira con pesar.

—Tendría que haber estado más atenta al principio. Mantener el fuego no tiene que ser muy difícil, pero encenderlo son palabras mayores.

—Tranquila, alguien vendrá a encenderla.

—¿Tú?

No logro detectar qué esconde su tono de voz. No sé si hay esperanza, o rechazo.

—No, si puedo evitarlo. —Me pongo de pie y me sacudo las manos—. Ahí te quedas.

Me calo el sombrero y me dispongo a marcharme.

—Espera, Rhys.

Ya había echado a andar hacia la puerta, pero me detengo de golpe. Es como si ella le hubiera dado a un interruptor y fuera incapaz de moverme, ni de pensar ni de…

Joder, hasta el aliento me ha quitado. ¿Cómo cojones ha dicho mi nombre para que suene diferente? ¿Y por qué me ha gustado tanto que lo haya recordado?

—¿Sí, Rika?

Y sí, lo digo con toda la intención del mundo. Sé que lo he logrado al ver que ella agranda un poco los ojos y se sonroja.

«Te jodes. Así sabes lo que se siente», me vanaglorio al presentir que su reacción al escuchar su nombre ha sido la misma que la mía.

Al fin se repone con un carraspeo y da unos pasos hasta detenerse frente a mí. Agacho la cabeza y ella echa la suya hacia atrás.

No sé por qué pienso que me gusta mucho esta diferencia de altura. La veo… perfecta.

—Quiero… Yo… Esto… Ehhh…

Me pongo la mano en la oreja y simulo sordera.

—¿Cómo dices? —Ella aprieta los labios y yo dejo que los míos esbocen una sonrisa triunfal—. Venga, que te ayudo. Muuuchas… —Muevo la mano en círculos, animándola, pero como ahora ha achicado los ojos, concluyo silabeando—: Gra.Cias.

Suspira y asiente.

—Sí, muchas gracias. Pero no solo por esto —dice señalando la estufa—. Te estoy muy agradecida aunque lo hayas hecho obligado. Pero también quiero pedirte perdón.

—¿Por qué?

Alza las manos, exasperada.

—Pues por todo. Por dudar de ti, por atacarte delante de tu familia, por pegarte. —Pone cara de arrepentimiento y pesar—. ¿Te duele mucho?

Lo ha dicho muy bajito, pero no es su voz reverberando en mi interior lo que me ha quitado el aliento; ha sido el roce de su mano en mi cara. No sé cómo coño se las ha apañado, pero esa leve caricia ha enviado una oleada de calor a un lugar en mis entrañas, un sitio que yo desconocía que estaba tan frío. Tan vacío.

Un poco aterrado, doy un paso hacia atrás con toda la intención de cortar el contacto y, por ende, esa sensación.

—No, no me duele.

Y mi voz me suena rara, demasiado ronca, casi enfadada. Creo que por eso ella también retrocede un paso.

—Me alegro mucho. —Se mira las manos y se las estruja—. Entonces, ¿me perdonas?

Quiero decirle que no hay nada que perdonar, que su reacción está justificada, que soy yo quien le debe un millón de disculpas por haberla pinchado. Pero solo digo:

—Perdona rápido, olvida despacio y aprende siempre.

Ella compone un gesto de confusión.

—¿Eso viene a decir lo mismo que «Perdono, pero no olvido»? —Yo me encojo de hombros y ella resopla—. Pues sí que eres rencoroso.

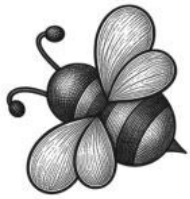
Río por lo bajo.

—Solo lo soy con quien me pica; una avispa, un mosquito o un abejorro.

Me voy a tiempo de evitar que me alcance una rama de apio que me ha tirado.

Lo hago del mismo modo que lo hice la noche anterior: con una sonrisa que me abarca toda la cara y el corazón saliéndose del pecho.

11



No copiarás la estética ajena
(Como si no lo hiciera todo el mundo. ¡Ja!)

RIKA

No debería estar sonriendo.

Es más, ahora mismo, tendría que estar maldiciendo a ese paleto engreído y odiándolo con todo mi ser, pero no; aquí ando, sonriendo como una boba.

Es una sonrisa grande y sobre la que no tengo control, tan amplia que incluso me duele la cara. No sé el motivo, si debería estar hecha un basilisco y lanzándole un insulto tras otro, como tampoco entiendo por qué me siento tan… ¿viva?

¡Qué contradicción! Cuando lo tengo delante, tengo muchas ganas de perderlo de vista, pero cuando se marcha, me encantaría retenerlo y seguir peleando. A lo mejor es porque me jode bastante que él tenga la última palabra. Me prometo a mí misma que esto no va a volver a pasar.

Dejo de lanzarle puñales invisibles en la espalda y bajo la vista hacia otra parte de su anatomía y empiezo a babear como una colegiala que no ha visto a un tío bueno en su vida. Pero es que, joder, menudo culo tiene. Yo no sé si es por verle a la luz del día, o

que se ha puesto un vaquero más ajustado que le hace un trasero perfecto.

Voy corriendo a cerrar la puerta, pero en vez de hacerlo me asomo al exterior para verle subir a la camioneta. El muy cretino presiente que lo estoy espiando, porque se da la vuelta y me guiña un ojo. Yo le hago una peineta y me vuelvo dentro.

Cuando cierro la puerta, me dejo caer en ella. Soy muy consciente del ritmo acelerado de mi corazón, de mi respiración agitada y del suspirito que se me escapa.

—No, Rika. Tenemos otras cosas en las que pensar —me regaño en voz alta.

Me enderezo y miro a mi alrededor, buscando algo que hacer.

Mi padre siempre me decía que para alejar a los demonios de la cabeza, no había nada como ponerse a limpiar. Manda huevos que esto lo dijera un hombre a quien yo nunca había visto coger un trapo. Tal vez porque ya no tenía demonios con los que lidiar.

A diferencia de mí.

Cuando he salido esta mañana lo he dejado todo un poco patas arriba, así que me pongo a recoger la cabaña. Para cuando termino, los demonios han salido de mi cabeza y me siento mucho mejor.

Sé que es pronto, pero estoy deseando tener mi sombrero. Engullo un sándwich vegetal y luego voy casi a la carrera a KentHat.

—¡Ya estoy aquí! —grito cuando, pese a estar el negocio abierto, no veo a nadie tras el mostrador.

El hombre no tarda en asomar por una pequeña puerta que, supongo, da al almacén.

—Te dije que vinieras cuando terminaras de almorzar.

—Y eso he hecho.

Gruñe y se atusa el bigote.

—Pues yo no —refunfuña, pero luego emite un sonido gutural inclasificable y me hace un gesto con la mano—. Anda, ven.

Sin esperar una reacción por mi parte, desaparece en el interior. Dudo un momento, pero luego voy tras él. Nada más atravesar la puerta, me quedo parada.

En efecto, es un almacén. O, mejor dicho, un auténtico taller de calzado y sombreros.

Hay mucha luz, que entra por un enorme ventanal y por una claraboya en el techo. Ocupando todo el centro hay una mesa de trabajo sobre la que reposan dos grandes piezas de cuero a medio coser. En una de las paredes hay una estantería distribuida en tres secciones: *botas*, *sombreros* y *otros*. Cada sección tiene sus cajones debidamente etiquetados; grasas, cremas, plantillas, cordones, hilos, tacones, pegamentos, repuestos…

Me maravillo por cómo está todo organizado, y una parte de mí, la costurera frustrada, desearía con todo su ser ponerse a abrir un cajón tras otro para descubrir qué maravillas esconden.

En la pared de enfrente hay varias máquinas; una pulidora-lijadora y una máquina de prensado o estirado, y, bajo la ventana, dos máquinas de coser. Me acerco a ellas sin pensarlo.

—Vaya, esta es de las antiguas. Y esta es de brazo largo para cuero. ¡Oh, si hasta tienes una máquina para rebajar el cuero y para prensar los tacones!

Dios, cada descubrimiento es mejor que el anterior. Me siento como una niña a la que le dejan entrar en su juguetería preferida.

Estoy tan entusiasmada, que ni siquiera me doy cuenta de que el señor Kent se ha sentado a terminar su almuerzo y que me mira con extrañeza, hasta que me pregunta:

—¿De qué conoces estas máquinas?

No puedo evitar sonreírle.

—Estudié Diseño de moda y me especialicé en Textil e Indumentaria. Bueno, no terminé la carrera, pero algo de idea sí que tengo.

—Interesante —dice con una expresión enigmática.

Como se dispone a almorzar, yo deambulo por el taller. Me fijo en las piezas de cuero que hay sobre la mesa central para determinar cuál será el producto final.

—¿Esto para qué es?

El señor Kent levanta apenas la vista de su plato (prácticamente está echado sobre él) y chasquea la lengua.

—Adivina.

Las contemplo de nuevo, hasta que me fijo en el diseño.

—¿Botas de *cowboy*? —aventuro.

—Chica lista.

Parpadeo, entre incrédula y maravillada.

—¿También fabrica botas desde cero, no solo las repara? —insisto cuando él hace un gesto de asentimiento.

—Hago de todo.

—Vaya —susurro, fascinada—. Fíjate, qué puntadas tan perfectas. Me encantaría aprender.

Dejo el deseo en el aire y deambulo por el taller, examinando a detalle las máquinas, las hormas y… bueno, todo lo que me voy encontrando. Soy muy consciente de que él me está observando, pero, lejos de regañarme, me estudia con atención, como si yo fuera un galimatías.

Esto lo sé porque tiene los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada.

—¿Puedo? —le digo antes de abrir un cajón de la sección de botas.

—Con tal de que luego lo dejes todo tal y como te lo has encontrado.

Le sonrío agradecida. Estoy un buen rato abriendo y cerrando cajones, asombrada por cada hallazgo, como unos botones que en la etiqueta datan de 1857.

—Qué cosas más chulas —le digo.

El sombrerero ha terminado de almorzar y se está encendiendo un puro.

Vaya, esta vez no me molesta.

—Ven, niña —me pide poniéndose en pie—. Vamos a elegir tu copete.

Voy corriendo junto a él y le sigo hasta una puerta en la que no había reparado antes, porque está camuflada con el mismo papel pintado de las paredes.

Enciende una luz y me muestra la estancia con total y absoluto orgullo. Es pequeña, o tal vez esa es la impresión que da al estar tan atiborrada. Prevalece el olor a cuero.

—Aquí tengo el cuero y los fieltros. Elige uno.

Voy hasta donde están las piezas de fieltro sin trabajar y las toco con delicadeza.

—No sé… ¿Qué me aconseja para un sombrero de *cowboy*?

—Estos no —me señala los que estoy tocando—. Son de cuero, muy rígidos para ti. Elige entre los de fieltro.

Me doy cuenta de que en el montón que me ha indicado hay de diversos tipos.

—¿Qué diferencia hay entre ellos? —pregunto.

—El material del que están fabricados. Estos son de lana. Y estos otros de conejo, castor, chinchilla, nutria y liebre, de mayor calidad. Si lo tocas, observarás que es más denso, pero mucho más suave que la lana. Los más caros son los de castor y nutria. La de castor en concreto es una opción muy buena porque mantiene su forma y es muy resistente al agua.

—Me gusta este —digo señalando uno blanco y muy suave.

Él bufa.

—Tienes gustos caros, niña. Ese sombrero es de piel de nutria blanca y te sale por más de mil dólares.

Grito, escandalizada.

—¡Pero si me dijo que me costaría doscientos!

—A partir de —corrige, moviendo el dedo delante de mis narices.

Estoy muy segura de que no ha dicho nada de eso, pero quiero un sombrero, aunque, desde luego, no uno de mil dólares.

—Entonces, ¿cuál me aconseja?

—Uno de castor rondaría el precio convenido.

—Rondaría —digo haciendo el signo de las comillas—. Es decir, que pueden ser doscientos, como quinientos.

—Lo has pillado.

—Ya veremos —le advierto. No quiero que vea lo desesperada que estoy por un sombrero—. ¿Este es de castor? —Asiente y yo sonrío—. Y este color ¿se vería auténtico o artificial?

—Anda, me has sorprendido. Yo pensaba que ibas a decantarte por un rosa chillón. El *steel grey* es muy habitual entre los vaqueros —me dice tomando la capota de fieltro que he elegido—. Y, además, resaltará tus ojos. Vamos.

Salimos al almacén y él coge un bloque de madera. En una cesta mete unos cuantos utensilios más y se encamina hacia la tienda.

Allí se dispone a tomarme medidas, y luego, tras ajustar la horma, coloca el fieltro sobre ella y empieza a darle vapor con una plancha.

—Ya te puedes ir —anuncia sin mirarme y mientras estira el fieltro.

¿Irme? Ni loca.

—Si no va a tardar mucho, y si no le molesta, me gustaría quedarme a ver cómo lo hace.

Deja de trabajar y me dedica una mirada de incredulidad.

—¿Tardar mucho? —repite con escepticismo—. No habrás pensado que ibas a salir hoy por esa puerta con el sombrero, ¿verdad?

—¿No? —pregunto, porque, en efecto, esa había sido mi idea.

—Podría, si comprara copetes ya tratados y endurecidos. Pero yo no hago eso. Yo los fabrico desde el primer paso.

—No me importa esperar —me apresuro a decirle.

—Tres días —me advierte—. Dos y medio, como poco.

Me lo pienso. Demasiado tiempo para lo que pretendo, que no es otra cosa que esconderme bajo un sombrero. Miro la pieza de fieltro y suspiro.

—Si no hay más remedio…

No sé qué ha visto en mis ojos, porque los suyos se han enternecido. Con un gruñido exasperado, va al almacén y regresa con una caja, de donde saca un sombrero.

Es pequeño y está un tanto viejo, pero él lo sostiene con cuidado, tanto, que entiendo que para él es un objeto muy preciado.

—Este es de cuando mi Olivia era pequeña —me dice—. Supongo que no le importará que te lo preste.

Lo tomo cuando me lo tiende, con el mismo cuidado que él le profesa. En efecto, es un sombrero usado, pero tal y como está el panorama, tampoco me importa. Lo observo y huelo el interior con cierta desconfianza. Me sorprendo cuando capto un ligero aroma floral.

—Era muy cuidadosa con su sombrero —dice con nostalgia, pero luego pasa página—. Venga, pruébatelo.

Cuando lo hago, él resopla.

—Así no, niña. Te lo estás poniendo al revés. —Me lo quita y me muestra la hebilla de la cinta que adorna la base de la copa del sombrero—. Esto tiene que ir siempre a la izquierda. Así.

Se aparta y me contempla. Ahora tiene una media sonrisa.

—Te queda genial.

Me miro en un espejo y asiento.

—Sabía que te valdría —continúa—. Tengo mucho ojo para las medidas.

Quiero hacerle un porrón de preguntas sobre la anterior dueña del sombrero, pero algo en sus ojos me dice que es mejor no tocar ese tema, así que me trago la curiosidad.

—Lo trataré con mucho cuidado.

—Ante todo, nunca lo pongas sobre la cama ni lo cuelgues de un gancho.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Lo primero, porque da mala suerte. Lo segundo, porque se deforma.

Asiento y vuelvo a mirarme en el espejo.

—Sí que me queda bien. ¿Verdad que ahora ya no parezco una californiana?

Hace una mueca y un gesto descreído.

—Prueba a ver si mejora la cosa con unas botas.

—El caso es sacarme dinero —digo con un guiño, pero obedezco y voy hasta donde está expuesto el calzado.

Mientras él sigue dándole forma al copete, yo paseo entre los estantes. Las hay de diferentes alturas, puntas y tacones y no sé cuál elegir. Tomo un par que me gusta, pero prefiero contar con la opinión de un experto.

—¿Señor Kent? —le llamo colocando las botas sobre el mostrador.

—Llámame Jeremiah —me pide.

No sé por qué, pero esa petición me entibia el corazón. Me hace sentir más cercana.

Menos extranjera.

—Yo soy Rika.

—Nombre raro —me dice.

—Es la forma abreviada de Erika, pero prefiero Rika. Mi padre me llamaba así.

Cabecea y agarra una cuerda. Ata con ella la base de la copa y empieza a ajustarla y a aplanar las arrugas.

—¿Ya has elegido tus botas?

—No. Por eso le llamaba, porque no sé si este tipo es el más apropiado.

—Depende. ¿Quieres reunirte con tu Creador?

Frunzo el ceño, sin comprender.

—¿Por qué lo dice?

—Porque como te subas sobre esos tacones, te vas a partir la crisma.

Me estiro todo lo que puedo.

—Es para parecer más alta.

—Tampoco eres tan pequeña. —Le sonrío, agradecida por la mentira—. Opta mejor por una de tacón *roper*, bajo y cuadrado, punta rectangular y media caña. Son las más comunes por aquí.

Voy corriendo a buscarlas. Cuando las encuentro y me las pruebo, me asombro de lo cómodas que son.

—Me llevo estas. ¿Cuánto le debo?

—Ya me lo pagarás todo junto —me dice, y pese a que yo insisto, me guarda las botas en una caja—. Ahora, vete —me echa.

Sí, sí. No es una invitación a irme. Me está echando.

—Pero, yo quiero quedarme a ver cómo hace el sombrero.

—Hasta mañana poco más hay que hacer —me dice—. Tengo que terminar de ajustar tu tamaño, echarle endurecedor y dejar que se seque durante toda la noche.

—Ah. Pero ¿puedo venir mañana?

—Mañana es domingo —me dice.

—Entonces, ¿hasta el lunes no se pondrá con ello?

—No. Me refiero a que tú tendrás mejores cosas que hacer.

Niego y ladeo la boca en una mueca un tanto cínica.

—Créame que no.

Descubro lástima en sus ojos. No me gusta esa mirada. Prefiero sus gruñidos.

—¿Por qué querría una preciosa jovencita perder su tiempo con un viejo?

—Me gustan los viejos. —Su carraspeo me advierte de lo inapropiado de mi comentario, así que abro mucho los ojos—. Quiero decir…

—Ya lo he entendido. Pero es raro. A los jóvenes les molestamos. Somos un recordatorio constante del declive.

Niego con la cabeza.

—Pues yo estoy convencida de que puedo aprender mucho con usted, y uno siempre debe estar abierto a los consejos de los expertos. Además, no es tan viejo. Mi padre sí que era un carca y me encantaba pasar el tiempo con él.

Creo que se siente halagado, pero luego chasquea la lengua.

—Dudo mucho que tu padre fuera más viejo que yo.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Sesenta y cinco —me dice.

Hago una mueca triunfal.

—Ochenta y cinco tenía el pobre mío cuando murió.

Abre mucho los ojos y me mira de arriba abajo.

—Pues ¿cuántos años tienes tú?

—Veinticinco voy a hacer en breve. Quince cuando murió. Y sí, me tuvo con setenta años.

Alza las cejas, sorprendido.

—A la vejez, viruelas. —Se rasca la cabeza y yo me río.

—Un regalito que la vida quiso hacerle cuando ya había perdido la esperanza. —Suspiro con nostalgia y luego le regalo a Jeremiah una sonrisa triste—. Entonces, ¿puedo venir? De verdad que me encantaría ver cómo hace mi sombrero. Me encantaría aprender a hacerlo.

—Hecho. Pero te advierto: mis *masterclass* no son baratas.

—Hay que ver cómo es usted. —Es un regaño fingido, así que él se ríe por lo bajo—. A todo le tiene que sacar tajada.

—No hablo de dinero. —Como he compuesto un gesto escandalizado, me guiña un ojo—. Ni de sexo. Me vas a pagar con algo mucho más valioso.

—¿Qué? —pregunto, intrigada.

Sonríe con tristeza.

—Con tu tiempo. —He debido de ponerme muy moñas, porque gruñe y agita la mano para echarme—. Venga, mañana te veo a partir de las doce y media.

—¿Tan tarde?

Se encoge de hombros.

—Habrá que ir a misa. ¿Tú no vas a misa? —me pregunta.

—Ni a rastras.

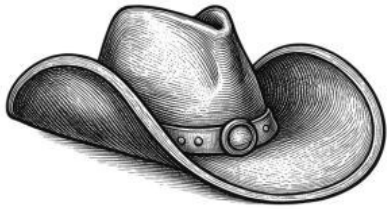
Él refunfuña, pero luego me da por imposible y se despide de mí con un gruñido.

Salgo de KentHat con la alegría de tener algo que hacer durante los próximos días y cargada con mis botas nuevas y un sombrero prestado. Ya solo me faltan un par de jeans y una camisa a cuadros para parecer una auténtica *cowgirl*.

Y me importa un pimiento si estoy rompiendo la norma número seis de los *influencers*: copiarme de los demás para encajar en el molde.

Todo con tal de que un capullo, un tal User85432_, no me encuentre.

12



No hablarás mal del vecino si no está presente
(A no ser que sea para defenderte)

RHYS

Me encantan las cenas como esta.

Conforme vamos creciendo y teniendo otros compromisos y responsabilidades, cada vez son menos las ocasiones en las que toda la familia Red estamos sentados en la mesa, cada cual en su sitio asignado.

Mis padres ocupan los extremos. Al lado de mi padre se sientan Liam y Jack, mientras que yo y Jolene nos sentamos a la diestra y siniestra de mi madre. En la parte central hay siempre dos espacios libres, que, aunque tratemos de ignorarlos, siempre los tenemos presente.

Mi padre nos mira uno a uno, orgulloso de la familia que ha creado, mientras que mi madre lloriquea porque, por fin, estamos casi todos juntos. Todos sabemos a quién se refiere. Y todos sabemos que ese *casi* es muy difícil de erradicar de la frase, aunque mis padres no pierden la esperanza.

Los demás hace tiempo que la hemos perdido.

Al margen de la *desertora* y de la *eterna ausente*, cualquiera que ahora escuche a mi madre se piensa que llevamos la tira de tiempo sin reunirnos, pero la verdad es que no hace tanto. Supongo que para las madres no es suficiente; les encantaría tenernos a cada momento bajo su ala.

El ritual siempre es el mismo; mi padre bendice la mesa, charlamos del tiempo y nos ponemos al día de nuestras vidas. Está prohibido hablar de problemas de trabajo y de política, aunque siempre salen a la palestra. Claro que mi madre, muy radical y tajante con esta norma, nos corta con una palmada sobre la mesa. Salvo a Liam. A él nunca le interrumpe, y no porque sea su preferido (reconocido por ella en voz alta y para quien quiera escucharlo), sino porque Liam, en vez de traer problemas a la cena, aporta soluciones a los mismos. Pero a los demás nos suele mantener a raya.

Hoy no ha sido diferente. Primero ha cortado a Jack cuando nos ha querido contar una intervención en la que incluso ha habido disparos. Lo he entendido, porque ¿qué madre quiere saber que su hijo ha estado a punto de ser alcanzado por una bala? Aunque para el resto es la mar de interesante. Más adelante, cuando nos quedemos a solas, le pediremos que termine la historia.

Luego mi padre se ha puesto a despotricar contra Larson, otro tema tabú. Y aunque tiene razón, pues Mike Larson nos va a meter en un marrón muy gordo, mi madre lo ataja con un simple:

—En esta casa no se critica a quien no está presente.

En ese punto gruñimos todos, pero nos ha lanzado tal mirada que nos hemos visto obligados a agachar la cabeza y meterla prácticamente dentro del plato.

Por suerte, Liam, siempre mediador, se ha puesto a hablar de D.D. Todos hemos celebrado la noticia de su puntuación en la monta de toros, unos excepcionales noventa y cuatro puntos.

—Ese chico va a llegar lejos —comenta mi padre con orgullo. Después de todo, lo metió él en este mundo—. Ya lo sabía yo cuando, ya de pequeño, no había quien lo tirara del toro mecánico.

Ha sido decir eso, y escucharse un suspiro. Todos dirigimos la vista en esa dirección y nos encontramos a Jolene con los ojos fijos en la nada con cara de nostalgia.

—Uy, uy —apostilla Jack—. ¿Y ese suspiro de enamorada? ¿Algo que contar, Jolene?

Ella sale de su ensimismamiento y nos mira uno a uno, hasta que resopla.

—¿Yo qué voy a estar enamorada?

—Pues ha sido hablar de D.D., y ponerte a suspirar —le apostillo yo.

No se corta y me da una patada por debajo de la mesa.

—Ni siquiera os estaba escuchando, imbécil.

—Jolene… —regaña mi madre. Odia que nos insultemos.

—Es que es verdad, mamá. Solo que… —Baja la cabeza y se ruboriza—. Me estaba acordando de otros tiempos.

Sin excepción, sabemos a qué se refiere, sobre todo Jack, que de pronto parece que tiene metido un palo en el culo de tan tieso como está sentado. Jolene sabe que ha metido el dedo en la llaga, porque le mira con arrepentimiento. Yo la entiendo. Para ella también tuvo que ser muy duro perder a su mejor amiga.

De hecho, la única.

Liam, que siempre sabe qué decir y hacer para templar los ánimos, cambia de forma radical de tema. Todos lo agradecen.

Yo no, porque suelta:

—Oye, Rhys, no nos has contado cómo te has hecho eso en la cara.

—Eso, cuéntanoslo —se suma a la propuesta Jack, ahora, al fin, relajado.

Les lanzo una mirada de odio, pero no contesto. Jolene, en cambio, sí.

—Le golpeó una chica.

Mi padre detiene el movimiento de llevarse un trozo de bistec a la boca y me mira pasmado.

—¿Una chica te ha dejado así? —Como no contesto, él frunce los labios y me acusa con el dedo—. ¿Pues qué hiciste?

—Se coló en su cabaña —responde Jack.

Me encantaría darle un puntapié por debajo de la mesa, como hizo Jolene conmigo. Qué narices; se lo doy, pero me equivoco y le arreo a mi hermana, que protesta.

—Dejad de daros pataditas —advierte mi madre, pero luego me señala a mí—. ¿Para qué te colaste en su cabaña?

No hay nada de inocente en su pregunta. Aun así, mi padre interviene:

—Vamos, que… Qué preguntas tienes, mujer.

Mi madre tira la servilleta de malas formas.

—Sé muy bien cuáles eran sus intenciones —le replica con retintín, pero luego se gira hacia mí y entorna los ojos—. Lo que no sé es por qué, cuando tienen prohibido hacerlo. Sin excepción —incide golpeando la mesa con el dedo índice—. Ya no es un crío que no sabe controlar sus impulsos. Además, para esas cosas tiene su casa.

—Está en obras —me atrevo a replicar.

Me gano una colleja, claro.

—Pues en la camioneta, como se ha hecho toda la vida.

—Yo no —interviene mi padre con una sonrisa pícara.

Mi madre bufa.

—Tú tenías todo un pajar para ti solito —le refuta, aunque al mirarse a los ojos dejan ver que esa noche, tal vez, terminen en él.

Y para muestra, un botón: mi padre está rojo y frotándose las manos mientras la mira como diciendo: «Ay, ay, cuando te pille».

Mis padres nunca se han cortado a la hora de mostrar su amor.

Me pregunto si yo también tendré algo así, capaz de sobrevivir a las adversidades y manteniendo la llama de la pasión.

Odio cuando Rika se cuela en mis pensamientos. Y lo odio porque me desconcierta que una desconocida esté tomando tanto protagonismo.

—El caso, que me pierdo —dice mi madre tras salir de una ensoñación—. Espero que cuando la veas, te disculpes por ello.

Alzo las manos, exasperado.

—Pero ¡si ha sido ella quien me ha dejado así!

—Se ha defendido —intercede Jack.

Hoy me cae especialmente mal.

—¿Y yo qué leches iba a saber que se iba a instalar allí? Además, ni siquiera llamó a un médico, después de que me dejó inconsciente

—les informo—. Para que veáis la clase de arpía con la que he lidiado.

—Excusas —dice Liam con guasa.

—Ni excusas ni hostias. Es la peor persona con la que me he topado. —Empiezo a enumerar con los dedos—. Rechaza mi ayuda y me llama asesino y violador. ¡Violador! —recalco, porque todos saben lo mucho que me duele esa palabra—. Luego, me arrea con una sartén y me deja tirado tres horas, ¡tres!, en el suelo. ¡Si incluso me disparó! —grito cuando veo que no se ponen de mi lado—. Si le hubiera dejado el arma cargada, a estas horas estaríais de funeral.

—¿Y por qué tenía ella tu arma? —quiere saber Jack.

—Porque soy gilipollas —respondo.

—Las armas y las cosas de montar no se han de prestar —me recuerda mi padre.

—Ya —acepto—. Y por eso soy gilipollas. Ahora, que la niñata esa no se queda atrás. Es mala. Pero mala con avaricia.

—Ya está bien —corta mi madre—. Vuelvo a repetir que en esta casa no se habla de quien no se puede defender. Y todos sabemos que no eres ningún angelito, hijo.

La miro con la mandíbula desencajada. Que mi madre no abogue por mí es algo insólito.

—Pero, mamá,…

—Pero nada —me corta y cambia de tema—. ¿Qué vais a hacer esta noche?

Ahora estoy de mal humor, así que durante el resto de la cena no abro la boca salvo para comer. Estoy tan cabreado, que se me han quitado las ganas de bajar a Miltown, así que declino la invitación de Jack y Liam de ir con ellos al *Saloon*.

Me tomo una cerveza con mi padre y empezamos a hablar del rancho. Como veo que entra en bucle con el asunto de los Larson, cambio de tema y hablamos de deportes. En casa somos muy fans del fútbol americano y no nos perdemos ningún partido de la NFL, sobre todo si juegan los *Cowboys* de Dalas, de quienes somos hinchas.

Nos lamentamos de que en la última convocatoria perdieran por cuatro puntos frente a los *Eagles* de Filadelfia y esperamos que

mañana ganen a los *Giants* de Nueva York.

—Lo harán. En la pretemporada hemos quedado mejor que ellos —dice mi padre. Va a dar un trago, pero gruñe al ver que ya se la ha bebido—. Voy a por otra. ¿Quieres?

—Ya voy yo —me ofrezco.

Voy a la cocina, donde Jolene y mi madre están hablando. Ignoro el comentario de mi madre sobre que bajemos el ritmo y cojo dos cervezas. Voy a marcharme cuando me detengo de golpe por algo que dice Jolene.

Se me forma una enorme sonrisa lobuna, porque mi noche de sábado acaba de mejorar.

Mientras devuelvo una de las cervezas a la nevera, tarareo:

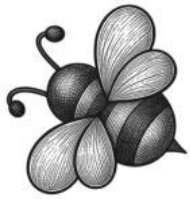
—A good ol' boy and a pretty little girl, Start all over in a little bitty world. Little bitty plan and a little bitty dream, It's all part of a little bitty scheme[3]*.*

User85432_



Hoy ha subido vídeo.
No me esperaba que lo hiciera tan pronto.
Sonrío cuando me acerco a la pantalla, porque ahí está: el miedo.
Lo veo en sus ojos. En su sonrisa forzada. En el temblor de sus manos.
El fondo es el mismo de siempre, pero yo sé que no está en su casa.
Acabo de estar allí.

13



Santificarás tus descansos
(Con manta, sofá, café y un buen libro)

RIKA

Si tengo que ser sincera, me aterraba que llegara el momento en el que no tuviera nada que hacer, salvo estar a solas conmigo misma. No porque me asuste la soledad, pues esta es mi compañera desde que murió mi padre, sino por la forma de enfrentarme a ella.

En condiciones normales, un sábado cualquiera y a esta misma hora mi cama estaría llena de vestidos descartados, maquillándome como una puerta y echándome mil fotos que terminaría borrando porque no me gusta ninguna. Armaría un *outfit* superchulo que crearía tendencia y luego saldría a cenar con el *team* de la agencia*.* Fotografiaríamos todos y cada uno de los platos por si cuela una colaboración y luego iríamos a tomar algo a un club superexclusivo. O tal vez iríamos a un evento importante, como una premier, unos premios chorras o un amadrinamiento. Todo serían sonrisas forzadas, abrazos fríos y falsos *te quiero.*

Una vida llena por fuera, pero vacía por dentro.

Suspiro, porque ahora mismo no cambiaría mi mantita por un vestido de Miu Miu, ni mi chocolate calentito por un S*auvignon blanc*

, o el libro que me estoy leyendo de una autora emergente por un pase VIP a la *premier* de un director sobrevalorado cuyas películas nadie entiende salvo él.

Y tampoco cambiaría mi soledad por la compañía de quienes fingen ser mis amigos o mi pareja.

Me desconcierta un poco la tranquilidad que siento, y, sobre todo, mi total y absoluta indiferencia por el móvil. Si me preguntan, ahora mismo no tengo ni idea de dónde lo he dejado, cuando tan solo tres días atrás era un apéndice más. Y no; no es resignación por no contar con internet. Ni siquiera tengo *fomo*, ese mal que se siente por perderse algo importante de las redes sociales.

Debo admitir que me gustaría saber si el plan de Sarah está saliendo bien, si los videos que grabamos antes de mi huida para tener material que subir y que la gente no sospeche de mi ausencia (y para no perder seguidores por falta de constancia), están cumpliendo su función. Pero es solo eso; un leve interés. Pero ¿ansiedad?, ¿síndrome de abstinencia?, ¿frustración y pánico? o ¿nomofobia[4]? No. Es más, me parece mentira que no eche nada de menos las redes sociales, que me sea tan fácil olvidarme de ellas.

Nunca, hasta ahora, me he cogido vacaciones, pese a que siempre me prometía tomarme un descanso.

Ese día ha llegado, y ahora tengo que buscar qué hacer para matar el aburrimiento. En esto he estado muy previsora al traerme una maleta llena de libros, a los que, por cierto, he tenido demasiado abandonados.

Casi se me ha olvidado lo terapéuticos que pueden llegar a ser, hasta que he empezado a leer *El amor no es un juego*, de Sarah Adams, momento en el que me he olvidado del móvil, de mi situación y del mundo entero; no hay nada más que la historia de Nora y Derek.

Ahora mismo estoy pasándomelo pipa por lo liantes que son los amigos del protagonista de la novela, pero me sobresalto cuando escucho que llaman a la puerta.

Dudo. No puedo fingir que no hay nadie en la cabaña, porque a) tengo la luz encendida y b) estoy montando un escándalo con mis

carcajadas, así que no me queda más remedio que responder.

Por si acaso, agarro la famosa sartén.

Creo que estoy tardando más de la cuenta, porque vuelven a llamar. Suspiro aliviada cuando esta vez el toque a la puerta viene acompañado de la voz de un ángel.

—Rika, soy Jolene.

No tardo en abrir.

—Joder, qué susto me has dado.

—Ya veo —se ríe ella señalando mi improvisada arma.

Me fijo entonces en lo que lleva puesto y maldigo para mis adentros.

—Qué asco das, en serio. —Demasiado tarde me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta. Como ella agranda mucho los ojos, e incluso retrocede un paso, me apresuro a disculparme—. No quiero decir dar asco de verdad, sino que… Joder, mírate. Siempre tienes ese aspecto.

—¿Qué aspecto? —repite.

Resoplo.

—Pues ese de parecer salida de una revista. Tan alta, tan guapa, tan elegante.

Alza una ceja y se mira a sí misma.

—¿Yo, elegante? Si es una camiseta que le he robado a mi hermano.

Lo dice como si lo que llevara en realidad fuese un saco de patatas. Que, de serlo, seguiría viéndose fabulosa, porque es de esas mujeres que da igual lo que se pongan o lo despeinado que tengan el cabello: siempre se verán preciosas.

Lleva una camiseta a modo de vestido, de color blanco (sospecho que es su color favorito) que le llega a medio muslo. Quiero pensar que, bajo ella, lleva unos pantaloncitos cortos, porque si no se le vería todo cuando se agachase. La lleva ceñida con un cinturón de cuero trenzado, con una lazada imposible, pero que, seguro, no le ha costado nada hacer. Sus botas son de punta fina, y acompaña el atuendo una cazadora vaquera desgastada. El cabello lo lleva suelto y, algo que ya entiendo que es su marca personal, los labios de color rojo.

Yo también suelo crear *outfits* de infarto, pero hoy no es uno de esos días. Me contemplo y lanzo un quejido lastimero. Llevo un pantalón de chándal, una sudadera gris y el pelo recogido en un gran moño malhecho sujeto con una enorme pinza.

La comparación es horrorosa.

—No te hagas, Jolene. Si quisieras, podrías ser modelo.

Se pone seria.

—No, gracias.

—¿Por qué no? —digo, sorprendida—. Todo el mundo quiere ser modelo.

Chasquea la lengua.

—A no ser que hayas visto lo que hay tras bambalinas —musita para sí misma.

Creo que ha hablado de más, porque se pone colorada. Dado que no soy cotilla, y odio presionar a la gente para que cuente algo que no quiere, zanjo el tema.

Si quiere, ya me hablará de ello.

—Pasa —le digo haciéndome a un lado para que entre.

Nada más cerrar, me da una bolsa.

—Ten. Mi madre está muy preocupada por si no te alimentas como es debido y me ha pedido que te lo traiga.

—Ah, pues ¡muchísimas gracias! ¿Qué es? —quiero saber, aunque lo averiguo de inmediato. De la bolsa sale un olor delicioso que hace que se me haga la boca agua.

—Estofado de ternera.

Mi antiguo yo vegano se resiente, pero lo acallo con una orden seca. Tal vez hoy no, pero fijo que mañana le meto mano.

Quizás mi rostro ha mostrado mis dudas, porque Jolene me mira apesadumbrada.

—Lo mismo ya has cenado, o no te gusta.

—Sí, he cenado, pero lo guardo para mañana. Y seguro que me encanta, porque huele de maravilla. Es solo que… —Decido sincerarme con ella—. Soy exvegana.

—¿Ex? —incide.

—Ex —confirmo—. Pero todavía me cuesta mucho comer carne.

—¿Y por qué lo has dejado? —quiere saber.

—Porque en el fondo, aquí y aquí—digo señalando primero mi corazón y luego mi tripa—, nunca lo he sido. Solo en la práctica y casi por… —Iba a decir obligación, pero veo que tendría que dar unas explicaciones que, ahora mismo, no me apetece dar—. Por moda.

—Ah. Pues bienvenida al mundo de los carnívoros —se ríe.

Me doy cuenta de que es una de esas personas que ni es cotilla, ni prejuiciosa.

—Yo no diría tanto. Al menos, no a tiempo completo. Digamos que soy carnívora a media jornada.

Jolene pega un respingo antes de rebuscar en su bandolera.

—Hablando de jornada; he traído esto.

Saca un gran estuche lleno de utensilios de manicura.

—Mujer, no tendrías que haberte molestado.

—Es que solo de pensar que te faltan dos uñas, me da *toc* —confiesa—. Venga, que te las hago en un momentito.

Va a sentarse a la mesa y yo la sigo. Saca una pequeña lámpara LED portátil y un torno que no tarda en enchufar.

—¿Cuánto te las corto?

—Bien cortitas —le pido, a lo que suelta un suspiro lastimero.

—Con lo bonitas que se ven así.

—Sí, pero son incómodas, además de delatoras, así que mete bien el alicate y déjalas a ras.

Ella exhala con pesar antes de ponerse a la labor.

Al cabo de un rato, y mientras me las está limando, pregunta:

—¿Por qué son delatoras?

No me molesta su pregunta. Es más, por el modo que ha tenido de alzar la cabeza después de formularla, me doy cuenta de que en realidad estaba pensando en voz alta.

—Perdona, no quise ser impertinente.

—No lo eres —la tranquilizo. No sé por qué, pero decido sincerarme con ella—. Es como la coleta alta de Ariana Grande. Junto con mi pelo, mis uñas son mi sello personal.

Jolene alza una ceja.

—¿Tu pelo?

Asiento y me levanto de la silla. Me quito la gran pinza que me sujeta el moño y agito la cabeza para liberar mi cabello. Cae por mis hombros como una cascada de leche.

Jolene agranda los ojos hasta lo imposible.

Se ha asombrado tanto, que ahora sé que no sabe quién soy en realidad, porque mucha gente me conoce por mi pelo, más que por mi cara.

Es en lo primero en lo que se fijan. A veces, también en lo único.

—No jodas. ¿Dónde lo tenías encerrado? Si poco más y te lo pisas —se ríe.

—Ahora ya no, pero hace cuatro años me llegaba casi hasta los tobillos. Me lo corté por aquí —digo señalándome por debajo del culo.

Esto también fue un gesto de rebeldía hacia mi madre. Me gusta el pelo largo porque a mi padre le encantaba, pero cuando murió y ella tomó el control de mis redes sociales, y al ver que era todo un reclamo, lo convirtió en una imposición más que en una marca personal, hasta el punto de que a veces he llegado a odiarlo.

No me atreví a cortarlo mucho por miedo a perder seguidores, pero algo es algo. Creo que la gente ni lo notó, pero me bastaba con saber que había sido capaz de transgredir la norma número *no sé cuántas* de mi madre. Ahí fue cuando comprendió hasta qué punto estaba enfadada con ella.

El punto de inflexión.

—Qué pasada —susurra Jolene, trayéndome al presente. Se levanta para acariciarlo—. Anda, si no son extensiones.

—No, amiga. Es todo natural.

Me mira sin creerlo.

—¿También el color? ¿Tan platino?

—Ventajas de ser hija de una finlandesa —replico, aunque no hay ni pizca de orgullo en mi voz—. Naaah, a ti, como peluquera, no te puedo engañar; me lo suelo matizar de vez en cuando.

—Aun así… Joder, qué envidia de pelo. —Al principio lo admira, pero luego la veo fruncir el ceño—. Pero tienes toda la razón del mundo; esa melenaza no pasa desapercibida.

Noto cierta preocupación en su voz. Creo que va vislumbrando cuál puede ser mi problema.

—Y es por eso que siempre lo llevo recogido y que prefiero que me cortes las uñas. Así nadie suma dos más dos —le digo mientras me lo recojo de nuevo.

Asiente y volvemos a nuestros puestos.

Al cabo de otro breve silencio, Jolene me mira con preocupación

—¿Estás en peligro, Rika?

Suspiro, porque me esperaba esta pregunta.

—Aquí no. Creo —expreso en voz baja.

—Crees bien —me confirma ella con fervor—. Los Red nos encargaremos de ello.

Suena a promesa, y yo no puedo menos que emocionarme por tener a alguien en quien apoyarme si las cosas se ponen chungas.

Si User85432_ da con mi paradero.

—Gracias —musito, y como odio ponerme moñas y sé que estoy a punto de echarme a llorar (sobre todo cuando ella me aprieta la mano con afecto), señalo las uñas con la barbilla—. Y por esto, también.

Jolene me dirige una sonrisa sincera, de esas que alimentan el alma mientras baila la mano en el aire.

—Bueno, esto no te va a salir gratis —me dice.

Le guiño un ojo.

—Mujer, lo daba por hecho. ¿Cuánto te debo?

Su sonrisa se agranda.

—Que salgas conmigo a tomar algo al *Saloon*.

Parpadeo, confusa. No por la invitación en sí, sino por el anhelo que he detectado en su voz, como si ella, al igual que yo, se sintiera sola en medio de un montón de gente. Como si no tuviera amigas. Como si yo fuera la esperanza de convertirme en una.

Sondeo sus ojos y veo la verdad en ellos, la triste realidad que encierran: el castigo al ostracismo social por culpa de su belleza.

Cualquiera que la vea a primera vista, ve a una mujer fuerte, segura de sí misma, empoderada; una *femme fatale* que no precisa de nadie, pero lo cierto es que no deja de ser una chica más,

bendecida con una belleza que provoca admiración y envidia a partes iguales.

Creo que ha imaginado lo que estoy pensando, porque agita la cabeza y se sonroja un poco.

—Si quieres, claro.

Me apresuro a tomarle las manos.

—Me encantaría, Jolene, pero no sé si es seguro ir a un pub lleno de gente —confieso.

—Hoy no habrá tanta gente, por eso te lo he pedido. Tú solo no sueltes esa maravillosa melena y ponte algo chulo y serás una más. Además, tampoco es plan de estar todo el día encerrada, ¿no? ¿O sí?

—Bueno, esa era la idea.

Ella se queda pensativa, pero luego sonríe, esperanzada.

—¿Y si te digo que por aquí lo último que hacemos es usar el móvil cuando salimos de fiesta?

No me lo pienso más.

—Supongo que podría arriesgarme —acepto—. Además, tengo un sombrero vaquero.

—¿Fuiste a KentHat?

Le resumo mis dos visitas a la sombrerería, así como la impresión que me ha causado Jeremiah. Ella me escucha con una mezcla de añoranza y afecto, hasta que le digo que me ha prestado el sombrero de una tal Olivia mientras termina el mío.

—¿Has dicho Olivia? —me pregunta. No sé qué hay detrás de su tono de voz.

Dolor, en cualquier caso.

—Sí.

Parpadea y me examina con extrañeza.

—Jeremiah Kent te ha prestado, a ti, una desconocida, el sombrero de su Olivia. —Tal y como lo ha dicho, parece que es la cosa más absurda, e insólita, del mundo.

Yo me pongo rígida solo por la forma que ha tenido de pronunciar su nombre.

—Espera, espera… No me digas que me ha dado el sombrero de una muerta.

Se ríe por lo bajo. Es una risa triste y, no sé por qué, eso me duele a mí.

—Espero que no, de todo corazón. Pero no sabemos nada de ella desde que un día se marchó sin despedirse.

—¿Desapareció? —pregunto llevándome una mano al pecho.

Ella niega con la cabeza.

—No. O sí. Vamos, que nos hizo a todos un *ghosting* de manual. Pero sabemos que está bien por Jeremiah. Solo él sabe dónde está. O, al menos, solo con él se comunica.

—¿Y nadie sabe por qué se marchó?

Veo que se sonroja, así que entiendo que estoy tocando un tema espinoso.

—No —replica. Lo ha dicho con tanta acritud, que me pongo colorada. Ella se da cuenta—. Lo siento, Rika, es que… Todavía duele, ¿sabes?

—¿Que se marchara? —aventuro. Lo digo con tiento, lo más suave posible.

Ella niega con la cabeza.

—Que no me dijera por qué. Se supone que era mi amiga. Mi única amiga. —Mira al suelo, abatida, pero luego da una palmada, como el que trata de atrapar un molesto mosquito—. Venga, no pensemos en cosas tristes. ¿Vamos al *Saloon*, sí? —me pide con una carita a la que no se le puede negar nada.

Sucumbo a su súplica y subo corriendo a cambiarme de ropa. Cuando bajo, sé que no es el *outfit* más apropiado, pues nada más posar sus ojos en mí se pone a resoplar.

—Lo primero: nada de botas por encima del pantalón. Eso es de paletos de ciudad —se ríe—. Si no son acampanados o de pernera recta, mejor ponte una falda o un vestido. Y ¿una camisa a cuadros un sábado por la noche? Por favor…

Con un gruñido, subo al piso superior y, desde la barandilla de seguridad, le muestro una falda vaquera larga con una raja en la parte delantera, una camiseta básica blanca y una americana tupé, el mismo color que las botas que me he comprado en KentHat.

—¿Esto le parece bien a la señora?

—Buah, con eso te los llevas a todos de calle.

Hago una mueca.

—Entonces vuelvo a mi *outfit* inicial de camisa de cuadros. Recuerda que la idea es pasar desapercibida.

—¿Con esas tetas? —Yo gruño de frustración y ella se ríe—. Ya te he dicho que por eso tú tranquila. Tan pronto como los demás sepan que estás con los Red, ni te mirarán.

Mi corazón se salta un latido al pensar en un Red en concreto.

—¿Tus hermanos van a estar allí?

Creo que ha adivinado por dónde van los tiros cuando responde:

—Rhys se ha quedado en casa.

Me gustaría suspirar aliviada por no tener que lidiar con él. Vamos, eso es lo que *yo* quiero, pero otras partes de mí, a las que mejor no hacer ni puñetero caso, se sienten un tanto desilusionadas.

Le echo de mi mente y me cambio sin demora. Me hago un par de trenzas. Las doblo, de forma que parecen más cortas, pero mucho más espesas. No me maquillo mucho, salvo un poco de crema hidratante con color, máscara de pestañas y *gloss*.

Al contemplarme en el espejo, me sorprendo al apreciar lo poco que se parece la chica del reflejo a la que suelo ver cuando me arreglo para salir de fiesta. Y, no sé por qué, me entra un ataque de pánico.

Creo que es porque hasta ahora no he sido consciente de lo dependiente que soy de los filtros y del maquillaje, pero entonces me doy cuenta de que no es eso lo que me ha asustado; es descubrir lo mucho que he permitido que ButterWill, alguien que no existe más allá de las redes, haya tomado el control de mi vida durante los últimos años.

Y ya no puedo, ni quiero, permitir eso.

Me gusta mucho ser Rika. Me gusta ir sencilla, con la cara lavada y sin preocuparme de si me ven haciendo esto o lo otro, solo ser yo misma; una chica como cualquier otra, con sus dudas, sus miedos y sus ganas de encontrar su pedacito de cielo. En cambio, ButterWill es de todo menos sencilla. Ella se rinde a las exigencias de la imagen pública, a ir siempre impecable, perfecta. Es frívola y superficial y egoísta.

Son tan distintas, que asusta. Me pregunto si esas diferencias se aprecian también en la personalidad, pero como veo que ahí hay mucho que hurgar, y no tengo ni tiempo ni ganas, encierro a ButterWill y dejo que Rika tome el control.

Cuando bajo, giro sobre mí misma a la espera de que Jolene me dé el visto bueno.

—Divina —me dice, y tira de mí para salir. Ya con el pomo en la mano, se gira de golpe hacia mí. No sé cómo interpretar su expresión—. Ah, y no le digas a nadie de quien es el sombrero.

Me doy cuenta de que la tal Olivia debió de liarla parda, así que simulo cerrar una cremallera imaginaria en mi boca y echo la llave.

Ella me sonríe, agradecida. Salimos y nos montamos en su coche, camino a Miltown. El pub es el que he visto en mi excursión matutina, ese que tanto me ha gustado. Tiene frente a él varias camionetas aparcadas, pero el parking lateral está casi desierto.

Suspiro, un poco más tranquila al saber que no va a haber mucha gente, pero nada más traspasar la puerta me echo a temblar.

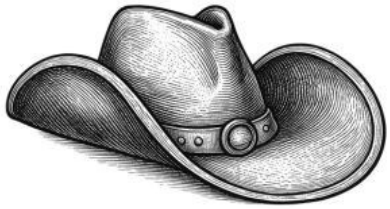
Me obligo a pensar que es porque me aterra que alguien me reconozca, y no por los brazacos llenos de tatuajes de un paleto que está jugando al billar, ni por la mirada penetrante que me dirige cuando me ve.

«No te motives», le digo a mi corazón, que ha empezado a latir con tanta fuerza que me retumba en los oídos.

Mientras camino junto a Jolene, me miento a mí misma y me digo que este trasiego de mi corazón se debe a la expectativa de una nueva pelea.

Y me prometo que esta vez seré yo la que tenga la última palabra en esta tonta guerra de voluntades que me traigo con el paleto.

14



Serás humilde en la victoria y firme en la caída
(A no ser que jueguen sucio)

RHYS

Me encanta.

Me encanta, me encanta, me encanta.

Y no me refiero a ella en sí, ni a lo bien que le sientan el sombrero y las botas de *cowboy*, sino a la cara que ha puesto al verme, esa de ojos entrecerrados, labios fruncidos y nariz arrugada que siempre pone cuando quiere guerra.

Perfecto, porque la va a tener.

Debo confesar que me he sentido muy inquieto hasta que la he visto entrar, y no sé qué pensar del hecho de que su presencia (o su ausencia) me altere tanto. Joder, que ayer era una completa desconocida. Que solo hemos intercambiado unas pocas palabras (y muchos insultos) en cuatro ocasiones. Que me cae más mal que bien.

Pero, si es así, ¿por qué parece que orbito a su alrededor? ¿Qué tiene su fuerza gravitacional para atraerme tanto hacia ella? ¿Qué la hace tan… presente?

Por supuesto, simulo que me la suda y sigo jugando al billar, fingiendo que su presencia no me altera, pero aprieto la mandíbula cuando fallo un tiro. Espero que nadie se haya dado cuenta.

No tengo suerte, pues Liam se ríe de mí.

—Mira que fallar eso. Hasta un niño de tres años metería esa bola.

Tiene razón; en la vida habría fallado un tiro como ese. La culpa la tiene la raja delantera de su falda, que me hace imaginar que mi mano se mete dentro de ella para acariciar sus muslos y subir hasta llegar a…

Tiro de mis pantalones y regaño en silencio a mi bronco cuando se encabrita.

Me gustaría poder decir que el atuendo le queda como el culo, pero sería una mentira del tamaño de una catedral.

Joder, con todo lo mal que me cae, y aun así la quiero en mi cama, con ese sombrero y esas botas. Y nada más.

Le doy la espalda y me giro hacia Liam, que me observa con una de sus caras raras; esa que dice: «Sé cosas que tú no eres capaz de ver».

Le gruño y me aparto para que tire él, pero me topo con Jolene. Simulo cara de sorpresa, aunque creo que no ha colado, porque mi hermana tiene un brillo divertido en los ojos.

—Hombre, Rhys —me saluda palmeándome el brazo—. ¿Cómo tú por aquí?

Lo ha preguntado con cierta burla, así que la miro de arriba abajo.

—Ni que fuese tan raro verme en el pub, y más un sábado por la noche—respondo con desdén, con toda la intención de hacerla sentir muy boba. Por el rabillo del ojo veo que Rika se ha parado a hablar con Jack, que ha ido a pedir otra ronda a la barra.

No sé qué pensar del hecho de que me desagrade tanto la forma que tiene mi hermano de inclinarse un poco hacia ella.

«Es por la música. Está muy alta», intento ¿tranquilizarme?

«Ya, la música. Lo que quiere es mirarle las tetas más de cerca», me dice un diablo metemierda.

Lo mando a paseo y aparto la vista. Joder, que se trata de mi hermano…

Jolene tiene ahora cara de circunstancias.

—¿Qué? —le increpo de malas formas.

Y sí, los celillos que estoy sintiendo son los culpables de mi hostilidad.

—Nada. Solo me estaba preguntando qué ha pasado para que cambies de opinión. O qué has escuchado en la cocina—añade con maldad—. ¿Tal vez mis planes de traer aquí a…?

—Tú te callas —corto apuntándole con el dedo. Voy a decir algo más, pero entonces veo que Rika ha dejado de hablar con mi hermano y ahora me está haciendo un repaso para mal, en plan: «Qué asco das, tío».

Como su escrutinio se ha detenido en mis brazos, marco el bíceps solo para chulear. Me inclino un poco sobre la mesa de billar y me dispongo a tirar. Lo hago sin despegar los ojos de Rika y, ahora sí, logro una carambola de tres.

«Ahí lo llevas, nena».

Ella hace como que no lo ha visto y se vuelve a ayudar a mi hermano con las bebidas.

—Ah, Rika, déjame que te presente —dice Jolene cuando Rika llega hasta nosotros—. A Jack y a Rhys ya los conoces, pero te falta el hermano mayor.

Hostias… Me había olvidado por completo de Liam, el *Wanka Tanka*[5] hecho carne, la perdición de las nenas, el hombre cuya belleza no tiene comparación ni rival.

Presto especial atención en Rika para ver su reacción cuando vea a mi hermano mayor y, aunque sé de antemano lo que me voy a encontrar (es decir, a una tía babeando), me siento muy decepcionado (y muy cabreado) al ganar mi propia apuesta, porque Rika agranda los ojos y se pone a hiperventilar.

—Madre del amor hermoso —la escucho murmurar. Y hay tal maravilla en su voz, que siento un ataque de envidia de la mala, de la que hace pupa y emponzoña.

«Hulk, deja paso a Rhys Red».

Pero es que tengo que reconocer que lo de Liam es de otro mundo. No es tan alto como yo, ni tan musculoso (¡Ja! Chúpate esa, Liam), pero sí mucho más guapo. El cabello, negro y liso, le cae más allá de la mitad de la espalda. Hoy lo lleva suelto y, joder, hasta a mí me entran ganas de acariciarlo, tan brillante y sedoso se ve. Su piel no es tan oscura como para considerarse morena, ni tan clara como para parecer blanca. Es una mezcla que da como resultado un fabuloso tono cobrizo. Para rematar, ese tono de piel hace resaltar unos ojos que, ya de por sí, no necesitan acentuación, pues son verdes. Pero no un verde cualquiera: son de una intensidad que parece sobrenatural, como los de nuestra madre y nuestra hermana. Jack y yo, en cambio, tenemos los ojos aguamarina, como si nuestros genes no pudieran decidirse entre el verde de mi madre y el azul pálido de mi padre.

Así, a grandes rasgos, Liam llama la atención sin proponérselo, y lo haría más si se molestase en sonreír de vez en cuando.

Anda, mira, hoy es uno de esos días en los que, por vete tú a saber qué malvado plan, ha decidido hacerlo.

«No tengo nada que hacer».

—Yo soy Liam —se acerca a Rika tendiéndole la mano.

—Mu… mucho gusto, Liam —la oigo musitar.

Me cago en todo… ¡Si hasta se ha ruborizado! ¿Y qué coño les pasa a sus párpados que no dejan de abrirse y cerrarse? ¿Se le ha metido algo en el ojo o qué?

—El gusto es mío. Al fin te conozco, después de todo lo que he oído hablar sobre ti.

Gruño, porque mi hermano lo ha dicho con toda la intención. Rika lo ha debido de captar también, pues se gira a medias hacia mí y me examina con desdén.

—Seguro que nada bueno —dice con un resoplido muy poco femenino.

El cretino de mi hermano finge pensar sobre ello.

—No sabría decirte. El caso es que nos has dado motivo de diversión para largo.

Ella se ríe y vuelve a hacer eso tan raro con los ojos. Incluso se ha puesto a juguetear con una de sus trenzas.

Yo no entiendo mucho de lenguaje no verbal, pero eso es una señal de coqueteo, ¿no?

—Por cierto; bonito sombrero. Te queda genial —la elogia mi hermano.

Ella baila la mano en el aire y sonríe como una tonta (y ridícula) adolescente enamorada.

—¿Tú crees? —dice ella.

¿Soy yo o su voz ha sonado más aguda de lo normal? Ya no puedo evitarlo e intervengo para cortar tanto empalagamiento. Nunca he sido de dulces. A mí me va más el salado. Y el picante.

—Sí, como un ángel con pistolas —replico poniéndome entre ellos. Ella me regala una mueca de desprecio que no tardo en devolvérsela, pero luego me giro hacia Liam y digo de malas maneras—: Tu turno.

Liam me guiña un ojo, pero se dispone a tirar.

Después de un par de minutos ignorándola y concentrado en la partida, me doy la vuelta de nuevo hacia Rika. Lo hago con disimulo, pero alzo las cejas, sorprendido, al ver que ya no está detrás de mí. ¿Dónde narices se ha metido? La busco con la mirada por todo el pub y me la encuentro en la barra hablando con Luke. Pero no hablando de forma formal, sino que parece que se conocen de toda la vida. Yo no sé qué le ha dicho Luke que ahora Rika está riendo a mandíbula batiente.

Vamos a ver, que se trata de Luke y que la gracia se la dejó en el vientre de su madre.

—Trae eso —me dice Jack quitándome el taco.

—¿Qué haces? Iba a tirar —protesto.

—No —me refuta—. Ibas a partirle la cabeza a Luke con él, y es mi noche libre y no me apetece nada meterme en una pelea por tu culpa. Ni tener que evitarla —apunta.

Le bufo y le miro de arriba abajo.

—No sé de dónde sacas que quiero pegarle a Luke —le digo recuperando mi taco.

—No sé. Tal vez del hecho de que desde aquí escucho cómo te resuenan los dientes y lo miras con cara de querer asesinarle.

—Tienes unas cosas… Ni que me hubiera dado motivos el pobre hombre para querer arrearle.

—Bueno, pues de momento, ha hecho reír a Rika, algo que tú no has podido hacer. Mírala. Qué contenta se la ve.

—Anda y vete a la mierda.

—Mira, mira —continúa con su chanza.

Paso a su lado, no sin darle un pisotón. El muy cabrón se parte de risa.

Joder, que yo había bajado al pub para divertirme a costa de la californiana, no para que mis hermanos se metan conmigo.

Estoy tan cabreado, que decido ignorarlos a todos y centrarme en el billar.

Al final gano, pero me apetece jugar otra.

—Ni de coña —se ríe Liam, alzando las manos en señal de rendición—. Ya me has desplumado cuarenta pavos.

—¿Jack?

Este me mira como si estuviera loco.

—¿Con lo mal que se me da?

—¿Jolene? —le pido a mi hermana.

—No me apetece humillarte —se vanagloria.

—Uy, pues a mí sí —escucho una voz a mi espalda.

Me cuadro y me giro hacia ella. Rika ya ha dejado de hablar con Luke y está apoyada en la mesa de billar, junto a Jolene. Se ha quitado la chaqueta enorme que traía y me distraigo con su pecho, que apunta hacia adelante reclamando atención.

Jack, que está a mi lado, carraspea para traerme a la realidad.

—¿Acaso sabes jugar? —le pregunto a Rika.

Mira la mesa de billar y luego a mí.

—No tiene que ser muy difícil. Solo hay que darle con el palo ese a las bolas, ¿no?

Resoplo.

—Yo juego con dinero.

—Me parece bien. ¿Cuánto?

Ladeo la sonrisa con maldad. Por norma general, jugamos la partida a veinte pavos, pero con ella decido inflarla, solo para ver las ganas que tiene de *humillarme*.

—A cien la partida.

—Cómo te pasas —me susurra Liam entre risas.

—Tú te callas —mascullo.

Tengo los ojos clavados en Rika, que se retuerce las manos y observa con desconfianza el billar, pero luego, cuando se vuelve a mirarme con esos ojazos azules, sonríe de oreja a oreja.

—¡Hecho!

—Rhys —me advierte Jack—. No creo que sea justo.

Le ignoro y saco una moneda. Yo elijo cruz. La lanzo y sale cara. Rika toma un taco más grande que ella y lo estudia sin saber qué hacer con él.

—Le tienes que dar con la bola blanca aquí —le explica Jolene señalando las bolas colocadas en triángulo—. Dale todo lo fuerte que puedas.

Ella suspira para infundirse ánimos y se pone en posición de tiro. Al intentar golpear la bola blanca, se le escapa el taco, tal y como yo sabía que pasaría. Repite el tiro, pero lo hace de puta pena y la bola blanca no llega ni a romper el *rack*. Pide una disculpa y lo vuelve a intentar. En esta ocasión lo rompe, pero no mete ni una bola.

Tiro yo y cuelo dos enteras y una rayada. Por pura compasión, fallo a propósito para darle algo de cancha y que la humillación no sea absoluta (no tiene nada que ver con el hecho de que se ve muy sexy cuando se pone en posición de tiro), pero luego me dejo de tonterías y no tengo piedad alguna. Y así continúo, hasta ganar.

Rika deja caer los hombros, desanimada.

—Jo, no es justo. No he tenido ocasión de jugar bien.

—Ni bien ni mal. Así es el juego, así que paga —le pido mostrándole la palma de mi mano.

Ella hace un mohín, altanera.

—Quiero la revancha.

Río y señalo la mesa de billar.

—¿Qué revancha? Después de lo que has visto, ¿crees que puedes ganarme? —Me cierno sobre ella y miro sus labios—. ¿Que vas a humillarme?

Como lo he dicho en un tono descreído y con burla, ella achica los ojos y coloca sus manos en la cintura.

—Quiero revancha —insiste.

Ladeo la boca y me acaricio la barbilla.

—¿Segura?

—Segura.

Finjo pensarlo hasta que chasqueo la lengua.

—Doble o nada.

Ella alza el mentón.

—Hecho.

Dudo, pues no soy el tipo de persona a la que le gusta sacar partido de sus ventajas, y menos aprovecharme de la gente, pero ¡qué narices!, ella se lo está buscando.

Además, tengo toda la cara morada por su culpa, así que decido resarcirme como sea.

—Te vas a enterar —me dice entre dientes.

—A ver cómo —le animo colocando las bolas—. Las damas primero.

Jolene, que es buena por naturaleza, intenta detener la escabechina. O, al menos, paliar los daños.

—Tal vez debas jugar con otro taco. Ese es muy grande para ti, Rika —le dice a su amiga.

—Todos son grandes para ella —apostillo.

Rika entrecierra los ojos.

—Este está bien.

Y se dispone a tirar. Yo bostezo de puro aburrimiento cuando le pasa lo mismo que la primera vez: se le escapa el taco. Estoy a punto de subir la apuesta, pero entonces, después de dedicarme una expresión de puro regocijo malvado, hace el saque sin apartar los ojos de mí.

Y mete cinco bolas, de las cuales cuatro son enteras.

Me quedo contemplando la mesa con cara de gilipollas, sin llegar a comprender qué ha pasado. Con total incredulidad, me giro hacia mis hermanos, que se están descojonando de mí, y luego a ella, que finge ignorarme estudiando la mesa para determinar su próxima jugada.

Tira una segunda vez, y una tercera y una cuarta… Hasta que las mete todas, la negra incluida.

Y aquí sigo yo, parado como un pasmarote, incapaz de reaccionar.

Lo hago cuando mis hermanos, ¡mi familia!, chocan los cinco con ella, poniéndose de su parte. Y reacciono mal, claro.

—¡Has hecho trampa!

Compone un gesto de pura indignación.

—¿Yooo? A ver, dime en qué momento he hecho trampa.

Abro y cierro la boca, como un pez fuera del agua. Porque, es cierto; ha jugado limpio. Demasiado limpio, por lo que…

—¡Cuando has fingido que no sabías jugar!

—¡Tendrás valor de decir eso! —replica, ofendida—. Es solo que estaba un poco oxidada.

Rujo, y gruño, y despotrico contra todo lo que se menea, pero ella me muestra la palma de la mano.

—A pagar, *redneck*.

Busco apoyo en mis hermanos. No lo encuentro, porque como los sucios traidores que son, se han puesto del lado de Rika. Creo que influyen algo las innumerables veces en las que les he ganado al billar y es su forma de vengarse.

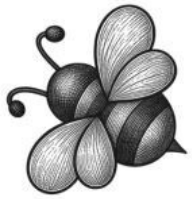
—Recuerda, Rhys —me dice Liam apretándome el hombro—, que hay que ser humilde en la victoria…

—Y firme en la caída —concluye Jack.

—Y una mierda —les mascullo.

Porque puede que esta batalla la haya perdido. Pero la guerra no ha hecho más que empezar.

15



Aceptarás la crítica constructiva
(Y las que están hechas a mala baba)

RIKA

Una de las primeras cosas que aprendes en el mundo de los *influencers* es que tienes que aceptar las críticas.

Por lo general, esta norma se refiere a las constructivas, pero yo añado que también hay que asumir las contrarias, esas que se crean solo para hacer daño y que no aportan nada. Críticas que te machacan, que te minan la moral y que te hacen caer del pedestal en el que las alabanzas te han subido. Críticas a las que todos, en algún momento de nuestras vidas, nos tenemos que enfrentar y de las que hay que aprender una cosa: no hay que dejar que te condicionen, pero tampoco obviarlas.

Es como el miedo; a falta de vencerlo, uno tiene que aprender a convivir con él.

Me parece a mí que esta lección se la tengo que enseñar al paleto, porque está que trina. Venga a decir que si he hecho trampa, que si se siente estafado, que si me va a cobrar caros los doscientos pavos que le he robado y que al final va a tener que replantearse lo de denunciarme.

Desde luego, qué mal perder tienen algunos.

Me alegro muchísimo de haber bajado al pub, porque además de darle una lección a Rhys, también he podido liquidar mis deudas con Luke.

Qué buena gente es. Me ha dicho que, si me corre mucha prisa, puede llamar a un primo de Livingston que tiene un conocido mecánico. Le he respondido que no se preocupe, que no me urge. Y no he mentido. Es cierto que tengo muchas ganas de que el asunto que me ha traído hasta aquí acabe de una vez, pero no me importaría, dado el caso, tomarme unas vacaciones. Y no dejo de maravillarme por las pocas ganas que tengo de marcharme de este pueblo. No sé por qué, aunque intuyo que tiene que ver con el paleto.

Tal vez porque siento que todavía tengo algo pendiente con él, y que de esta guerra que nos traemos puedo sacar muchas victorias. De lo otro, de lo viva que me hace sentir, de las chipas que saltan cada vez que nos miramos, mejor no digo nada.

Creo que no estoy preparada para aceptar que me gusta un poco. No mucho, ojo, que todavía me sigue cayendo como el culo, pero tengo que admitir que mi cuerpo reacciona a su cercanía de una manera que me asusta, como cuando ha vuelto de la barra y, debido a que el pub cada vez se está llenando más y más, se ha tenido que pegar a mí para poder pasar. Por supuesto, le he increpado, pero ha soltado no sé qué sobre abejorros que siempre están dando por culo.

Me está poniendo de una mala leche…

Ahora, encima, se ha puesto a tontear con una rubia de infarto. O, más bien, es la chica la que se le ha echado en brazos.

Literalmente.

No me he dado cuenta de que me he puesto a resoplar hasta que Liam me ha dicho:

—Tranquila, que no es esa yegua a quien Rhys quiere domar.

—Me importa entre cero y nada lo que ese quiera—se me escapa. Y como me he dado cuenta de que he sonado muy borde, me giro hacia él para disculparme—. Lo siento, no quise ser desagradable —digo buscando sus ojos verdes.

Craso error, porque me quedo prendada, pero ¡para no hacerlo! No he visto jamás una belleza similar, y mira que me he topado con hombres guapos a lo largo de mi vida, sobre todo en la *Fashion Week* de París y Milán. Es la suya una belleza exótica y salvaje que contrarresta con la templanza de su carácter. Perderse en sus ojos es como aterrizar en otro tiempo y en otro mundo.

Al igual que Jack, me cae muy bien, entre otras cosas porque ambos parecen haberse puesto de mi parte y no paran de meterse con Rhys.

Sí, está siendo todo un acierto haber bajado al pub, pues me lo estoy pasando en grande.

Un grupo de espontáneos se ha puesto a bailar en línea una canción *country,* al parecer muy popular por los gritos entusiastas. Jolene no tarda en sumarse a ellos. Me anima con gestos a ponerme a su lado en la línea, pero alzo las manos y compongo una mueca de horror, pues no tengo ni idea de cómo bailar eso, además de que es una horterada de mucho cuidado.

Hasta que Rhys se une al baile. Entonces ya no me parece una paletada.

Le odio con todas mis fuerzas por lo bien que lo hace, lo sexy que se le ve y por las miradas que todas las féminas del local le están lanzando.

Pero es que es normal, vaya. Hoy va vestido con unos vaqueros azules y una camiseta blanca de manga corta y ajustada que le marca todos sus exagerados músculos, tableta incluida. Si a esto le añadimos un sombrero de *cowboy* negro, la fantasía está servida. Me refiero a… la fantasía de cualquiera que no sea yo. O que lo sería si no fuera él… O sea, que no es que yo no haya fantaseado con Rhys… ¡digo, con un vaquero!... Ay, ay, que me lío yo sola.

Mejor dejo de beber. O mejor, me marcho, porque al paleto le ha bastado una mirada mientras sigue los pasos del baile para que yo entre en combustión.

Me bebo la cerveza de un trago para paliar el calor, pero decido que es tiempo de pirarme. Espero a que Jolene termine el baile para despedirme, pero tengo que aguantar dos canciones más. Jolene está en su salsa y me da mucha pena cortarle el rollo, pero como me

beba otra cerveza, voy a hacer una tontería, como ponerme a bailar con ella o…

«Nada de *o*», le digo a mi yo más atrevido cuando clava los ojos en el trasero de Rhys.

Así que sí; tal y como está el panorama, mejor marcharme.

—¿Ya? —me dice Jolene desilusionada cuando al fin deja de bailar para darle un trago a su cerveza—. Si es muy pronto.

Aprovecho que entra un grupo de chicas que, a todas luces, se ve que no son de aquí para usarlas como excusa.

—Me da miedo que me reconozcan —le digo señalándolas con la barbilla.

Ella las observa y luego asiente.

—Vale, nos marchamos.

—No, no —protesto—. Tú quédate, que me voy andando. No está muy lejos.

—Ni de coña —escucho decir a alguien a mi espalda. Es Jack—. No puedo permitir que regreses sola de noche.

—Por supuesto que no la voy a dejar sola —añade Jolene—. Yo la traje, yo la llevo.

Jack bufa.

—¿Con lo que has bebido? Vamos, ni de coña —abronca a su hermana. Luego se vuelve a mí—. A ti te acompañará Rhys.

—¡¿Qué dices?! —exclamo—. Pero si él es quien más ha bebido.

—No vais a ir en coche. Como has dicho, *Pine's Cabines* está bastante cerca y podéis ir andando.

Hay algo en la mirada de Jack que me hace recelar, así que entrecierro los ojos y pongo los brazos en jarras.

—¿Y por qué no me acompañas tú? ¿O Liam?

Chasquea la lengua.

—Liam se ha marchado hace un rato. Y yo quiero tener una noche tranquila y no una escenita de celos. —Mira a Jolene y señala con discreción a su izquierda, hacia una rubia que nos está observando con cara de malas pulgas—. Le he dicho que estoy muy cansado y que hoy prefiero dormir solo, y si ve que salgo del pub con otra chica, para qué queremos más.

Jolene niega con la cabeza.

—Algún día tendrás que decidirte si quieres o no algo con Chris.

Jack se encoge de hombros y pasa al tema inicial con rapidez.

—Voy a avisar a Rhys —dice antes de ir a buscar a su hermano.

Intento protestar, pero Jolene me agarra por la muñeca.

—Hazle caso —me pide—. Cuando Jack se pone en plan poli, no hay quien le soporte. No permite que conduzcamos ni con una cerveza. Es muy tajante con ese tema.

Yo frunzo el ceño.

—¿Y cómo vais a regresar a casa? ¿O está cerca de aquí? —quiero saber con preocupación.

—Nah, tú por eso tranquila. Nos quedamos en casa de Jack.

Eso me asombra.

—¿Jack no vive con vosotros?

—No. Tiene su propia casa aquí, en Miltown. Le pilla más cerca del departamento de policía.

—Pensaba que vivíais en el pueblo.

Niega con la cabeza y esboza una sonrisa.

—No. Vivimos en *Red Ranch*. Está a unas cinco millas de aquí.

—Vaya —musito, asombrada.

Ni de lejos había imaginado que tenían un rancho. Sonrío para mis adentros al descubrir que Rhys es más rural de lo que pensaba.

Me estremezco cuando se me cruza por la mente la imagen de él montando a caballo mientras guía a las vacas. Como esa escena me resulta muy, pero que muy atractiva, busco con los ojos al susodicho, con la esperanza de que la realidad aniquile a la fantasía.

No lo hace, sino que la incrementa. Al menos, hasta que le veo discutir con Jack y hacer aspavientos. Sé de lo que están hablando cuando me dirige una mirada de puro odio, como diciendo: «Ahora viene esta a joderme el rollo». A juzgar por la cara desilusionada que pone la rubia al ver que Rhys agarra su chaqueta de malas formas, así es.

«Punto para mí», me vanaglorio de esa victoria que, aunque no me corresponda, siento como propia.

Con el rostro contraído en una mueca de furia, Rhys llega hasta mí y me señala con la cabeza la salida.

—Vamos —gruñe.

No me espera y se encamina hacia la puerta. A mí no me da la gana correr tras él, así que me tomo mi tiempo en despedirme de sus hermanos. Recojo mis cosas y salgo del pub. Rhys está esperándome apoyado en un pilar de madera, fumando. Toso de forma exagerada para dejar patente mi opinión con respecto al tabaco, pero él se la pasa por el forro cuando me suelta una bocanada en toda la cara.

—Imbécil —mascullo.

En esta ocasión, soy yo quien hecha a andar y él quien tiene que seguirme. Se lo ha debido de tomar con calma, porque no escucho sus pasos tras de mí. Miro por encima del hombro y bufo.

No se ha movido del sitio.

Me da igual, porque sigo mi camino. Si no quiere acompañarme, mejor, así no tengo que soportarle, aunque la idea de atravesar un trecho de bosque, por muy corto que sea, me da un poco de miedo.

«Es lo que hay, Rika», me digo para envalentonarme. Ya está bien de depender de los demás.

—¿Dónde vas? —escucho una voz a mi espalda, tan cerca, que me sobresalta, pero me relajo cuando mi cerebro procesa a quién pertenece.

—¿Tú qué crees?

Me adelanta y se planta frente a mí para detenerme.

—Por ahí das una vuelta muy tonta —dice señalando la calle que yo quería tomar—. Lo mejor es atravesar por ahí.

Y apunta hacia la izquierda, a un callejón oscuro que da a una zona más tenebrosa aún.

Me río sin humor.

—Ni de coña.

Él resopla, supongo que para insuflarse paciencia. Que le den, porque la va a necesitar. No se lo voy a poner nada fácil.

—Por aquí se tarda menos —insiste en un tono que cualquiera que lo escuche piensa que está tratando con un niño.

—Por ahí está más oscuro —le replico en el mismo tono.

Rhys frunce el ceño, pero luego algo chisporrotea en sus ojos.

—Ah, claro. ¿Cómo se me ha podido olvidar que soy un asesino en serio? —Como me cruzo de brazos, él bufa, aunque termina

aceptando—. De acuerdo, se hará lo que la *preppy* diga. Pero debo advertirte de que por aquí se tarda diez minutos más.

Me apunto esa información para investigarlo por mi cuenta a plena luz del día. Sin su compañía, claro.

—Prefiero tener que aguantarte diez minutos, a arriesgarme a una violación.

Sus ojos echan fuego y un músculo en su mandíbula se contrae de pura rabia. Tras una inspiración exasperada echa a andar, tan rápido que me veo obligada a alargar mis zancadas y a acelerar el ritmo.

—Puedes quedarte tranquila —le escucho decir cuando, al fin, le alcanzo—: la violación queda totalmente descartada. Por si no te has dado cuenta, no tengo ninguna necesidad de forzar a una mujer.

—No, claro. Tienes a todas las nenas del lugar suspirando por tu tableta —digo con afectación.

Ladea la cabeza hacia mí. Lo hace con una sonrisa ladina.

—¿Celosa?

—Uy, sí. Muero de celos. —Simulo que me ato una cuerda alrededor del cuello, tiro de ella y saco la lengua mientras dejo caer la cabeza a un lado—. Mira: muerta *matá*.

Le ha hecho gracia, porque encubre una risa con un carraspeo antes de poner cara de perdonavidas.

—Pues serías la única que no se muere por mis músculos.

Qué cosa más presumida, por Dios.

—Y tú, claro, no le haces ascos a nada.

—¿Qué le voy a hacer si el Señor me ha bendecido con estos atributos? Sería pecado desaprovecharlos.

—Pecadísimo —estoy de acuerdo con él—. Pero ¿sabes qué más es pecado? La presunción.

—Pues aplícate el cuento, *preppy*.

Me detengo de golpe.

—¿De dónde sacas que yo soy presumida?

Se detiene y me mira de arriba abajo, haciéndome sentir como un insecto molesto. Odio cuando la palabra abejorro aparece como un luminoso en mi mente.

—Pues desde el primer momento en el que das por sentado que quiero follarte. —No sé por qué, pero esa expresión me provoca un estremecimiento. Es un recordatorio de que por ahí abajo hay un hueco al que no le importaría ser llenado.

Joder…

Creo que se ha dado cuenta de que he jadeado, porque me dirige una mirada traviesa.

—Pero, oye, en cuanto a lo de matarte, no las tienes todas contigo. Desde luego, ganas no me faltan.

No me creo su fanfarronada, pero no añado nada más. No porque no quiera, sino porque ahora camina a toda pastilla y yo voy con la lengua fuera. Ya solo me falta darle otro motivo para meterse conmigo y burlarse de mí con cosas como que tengo las alas, ¡las patas!, muy cortas.

Durante los siguientes minutos, ninguno abre la boca. Es el nuestro un silencio pesado, tanto que me incomoda. Nunca he sabido estar con una persona sin hablar, y menos cuando soy tan consciente de él; del sonido de sus pisadas, el crujido del cuero de su cazadora, de su aroma a algo que no logro determinar, pero que me encantaría oler más de cerca.

Me doy cuenta de que, de forma inconsciente, me he pegado más a él. Creo que esto le molesta, porque camina más deprisa. Yo le sigo, pero va tan rápido, que empiezo a jadear. Y él a gruñir, aunque ignoro por qué.

Ya nos hemos adentrado en el sendero del bosque que va a las cabañas cuando Rhys se detiene de golpe. No sé qué le ha hecho parar, pero mi corazón, mis pulmones y mi bazo se lo agradecen.

Aun así, pregunto:

—¿Por qué nos detenemos?

Él, que está ojeando a su alrededor, me pide silencio llevándose un dedo a los labios. Durante todo un minuto lo veo entrecerrar los ojos y otear a su alrededor.

—¿Pasa algo?

—Calla, mujer —me abronca en un susurro —. Estoy buscando… —No termina lo que fuera a decir y se sale del camino para adentrarse en la arboleda.

No tardo en perderle de vista.

—¿Rhys? —le llamo, un pelín asustada por quedarme sola en el sendero.

Me aúpo para poder ver mejor, pese a que eso no sirve de nada. Mientras espero, me estrujo las manos. Está tan oscuro, que no logro divisar la figura de Rhys. Durante todo un minuto rezo por volver a ver su sombrero. A poder ser, más pronto que tarde.

A mi derecha un crujido me sobresalta. Joder, que estoy en pleno bosque y que puede haber animales salvajes. Y al tonto este no se le ocurre otra cosa que desaparecer entre los árboles para vete tú a saber qué.

Seguro que para echar una meada.

Anda que… Estoy por llamarle cuando lo veo aparecer. Lo hace con las manos en los bolsillos de su chaqueta y caminando con despreocupación.

—Vamos —dice pasando a mi lado.

Me quedo un poco descolocada, pero como anda muy deprisa, echo a correr tras él.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, solo para darle el beneficio de la duda.

—Cosas mías —me responde encogiéndose de hombros.

Parpadeo y aguardo una respuesta más desarrollada, pero me ignora y sigue caminando con la vista clavada al frente.

—Espera, espera —le pido tomándole del brazo para detenerle. Él mira mi mano en su brazo como si fuera un molesto insecto, así que le suelto. Total, a mí tampoco me gusta tocarle, y menos con esa cantidad de músculos que… Ahora me siento enojada. Con él, conmigo, lo mismo da—. ¿Me acabas de dejar sola en medio de un bosque oscuro y tenebroso, plagado de animales salvajes, solo porque no has podido esperar a regar las plantas?

Abre un poco los ojos, pero luego echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿De qué te ríes, *redneck*? —le increpo.

—¿Crees que he ido a mear?

—Bueno, no quería ser tan explícita, pero sí.

—Pues no. No he regado las plantas —responde con burla.

Reanudamos la marcha en absoluto silencio, pero al cabo de unos pocos metros me puede la intriga.

—¿Y a dónde has ido?

—Ya te lo dije; son cosas mías —responde, pero entonces se escucha un sonido que él pretende encubrir con una tos fingida.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Ese sonido —le respondo—. Ha salido de tu chaqueta.

—Ah, eso. Es mi tono de móvil. Es el maullidito de una de mis gatitas. Miauuu —se guasea, pero lo dice de una forma tan ronroneante, que no puedo evitar pensar en las chicas *Kawaii* haciendo el *trend* de la canción *Tokio* simulando ser gatitas.

«*Nya, ichi, ni, san, Arigatõ*[6]!».

—Qué vomitivo —digo componiendo una mueca de desprecio.

—¿Por qué? —pregunta, divertido.

Yo bufo. Odio que se haga el inocente.

—Porque eso es una machirulada de campeonato. Vamos, que un tío me llama gatita, y ya me ha visto.

—Ah —exclama—. Así que ¿esa es la clave para perderte de vista? Pues bueno saberlo, oye.

Resoplo de pura crispación y ahora soy yo la que acelera el paso, dispuesta a no dirigirle la palabra. Puede que haya aceptado que me acompañe (y hasta se lo agradezco), pero no tengo por qué soportar sus tonterías de macho alfa.

Durante el resto del trayecto su móvil vuelve a sonar, al principio casi de forma imperceptible, pero luego, cuando llegamos a mi cabaña, el *maullidito* es más nítido, más exigente y más real.

Coño.

Lo miro de hito en hito, porque algo cambia dentro de mí. O, más bien, mi percepción de él. Creo que estoy siendo demasiado intensa, porque él ladea la cabeza y me observa con extrañeza.

—¿Qué? —truena, incómodo.

—No es tu móvil —acuso—. Es un gato de verdad.

Y no; no espero una confirmación, aunque me la da cuando le veo fruncir los labios y sonrojarse.

—¿Cómo voy a llevar dos gatos en mis bolsillos? —me dice.

Ha empleado un tono que viene a decir: «Más absurda y no naces». Y tendría razón, si no se acabase de delatar.

—Me lo acabas de confirmar —digo entre risas victoriosas—. Yo no he dicho nada de bolsillo ni de que sean dos.

Él resopla.

—Bueno, ¿y qué si los llevo?

—A ver —le exijo—. Quiero verlos.

Suspira y, con mucho cuidado, saca las manos de los bolsillos. No sé qué pensar del hecho de que parezca avergonzado.

Contemplo a los gatitos, que poco más y se pierden en sus manos, no porque estas sean enormes, que lo son, sino porque son muy pequeñitos. Ni siquiera han abierto los ojos.

—Ay, qué cosita más linda.

Él sonríe, esperanzado.

—¿Los quieres?

Doy un paso hacia atrás y lo miro como si estuviera chalado.

—Ni loca.

Sus cejas se arquean.

—¿No te gustan los gatos?

—No me gustan los animales en general —respondo sin apartar los ojos de los gatitos, que son blancos con manchas negras.

—¿Por qué? —quiere saber.

Suspiro con tristeza.

—Porque yo no les gusto a ellos —confieso.

Y no miento. Las pocas ocasiones en las que he interactuado con animales, he salido mal parada; o me han arañado, o me han mordido o me han picado. (Sí, una puta oca me persiguió en una excursión a una granja y me dio cuatro picotazos en el trasero).

—Eso es porque detectan tu miedo —me informa. Observa los gatos y los regresa a los bolsillos.

Yo me estrujo las manos.

—¿Estarán bien ahí? ¿No los asfixiarás o aplastarás?

—Total, para lo que van a vivir.

Toda la admiración que había sentido antes por él se va por el desagüe al detectar su pasotismo ante la suerte que puedan correr

los gatitos.

—Y eso ¿por qué?

Me sonríe con maldad.

—Porque son la cena de mi pitón.

Pego un grito y le golpeo en el pecho con el puño. Y aunque lo hago con todas mis fuerzas, él ni se inmuta. Es más, se empieza a reír de lo lindo.

—¡No te rías de mí! —le ordeno.

Al fin se calma y agita la cabeza.

—Mujer, es que te lo crees todo. Las pitones están prohibidas como mascota —me tranquiliza, pero lo estropea al añadir—: En realidad, son para mi coyote.

—Sí, sí. Tu coyote —repito haciendo el signo de las comillas en el aire—. Pues nada, que le aproveche.

Le doy la espalda y meto la mano en mi bolso para buscar la llave de la cabaña. Llevo tantas cosas en él, que no la encuentro.

—¿Y ya? ¿No me vas a dar las gracias? ¿Ni siquiera un besito de buenas noches? —Y aunque lo ha dicho en un tono grave, detecto la mofa oculta.

Yo resoplo.

—Ni que esto hubiera sido una cita —le respondo sin girarme.

Ah, aquí está la llave. Voy a abrir cuando siento que se acerca a mí. No sé por qué, pero me pongo muy nerviosa, y la prueba de ello es lo difícil que me resulta encajar la llave en la puñetera cerradura.

—Si esto fuera una cita, no querrías que me marchara.

Me pongo rígida de golpe.

Chulos a mí…

Me doy la vuelta para enfrentarme a él, pero me echo a temblar al descubrir que está muuucho más cerca de lo que había estimado. De hecho, mi pecho roza el suyo. No sé por qué mi corazón se descontrola, ni por qué todo el vello de mi cuerpo se eriza. El caso es que tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos, mientras que él agacha la suya.

Creo que algo nos sucede a los dos al mismo tiempo, porque agrandamos los ojos. Ignoro si él, como yo, ha sentido ese latigazo,

esa corriente que de forma irremediable nos empuja a buscar la cercanía del otro. El contacto. La boca ajena.

Me enfado conmigo misma, porque me desilusiono cuando al observarle con detenimiento, compruebo que, salvo una ligera alteración en su respiración y un agrandamiento de su pupila, permanece impasible.

Al contrario que yo.

Mientras controlo un jadeo, él solo está ahí, mirándome a los ojos, cerniéndose un poco sobre mí y a la espera… ¿de qué? ¿De que sea yo quien se ponga de puntillas para empezar algo que bajo ningún concepto debe ocurrir?

Lo lleva claro.

—Sigue soñando, anda —le increpo—. Y vete ya, antes de que los gatos se mueran de frío —le advierto dando un paso hacia atrás. Y aunque sé que me alejo de él por mi propia paz mental, este retroceso lo siento como una derrota.

Él continúa en el mismo sitio y la misma postura, estudiándome con una intensidad que raya la impertinencia, hasta que vuelve de donde quiera que su mente le haya llevado y agita la cabeza.

—O yo de calor —murmura, tan bajo que lo mismo lo he imaginado, porque su semblante es de puro hastío y desaire.

Creo que es consciente de que ha hablado de más, ya que se marcha sin despedirse y sin añadir nada.

Mientras cierro la puerta, tengo una sensación agridulce, porque no sé si esta batalla la he ganado yo, o la ha ganado él.

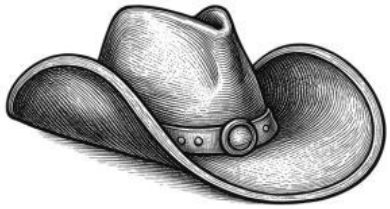
A juzgar por el estado en el que me ha puesto el simple hecho de pensar que un paso más y nos habríamos besado, creo que ha sido él.

Como ya es habitual en nuestros encuentros, me veo a mí misma apoyada en la puerta e hiperventilando.

Me observo el pecho, que sube y baja sin control, y frunzo el ceño.

—¿Y a ti qué coño te pasa con el paleto? —le regaño—. ¿Tienes que armar este escándalo siempre que lo tienes cerca, o qué?

16



Bendecirás la lluvia
(Sobre todo si te da la excusa perfecta)

RHYS

Maldita lluvia.

Sé que no debería maldecirla, al contrario, pero esta mañana me apetece una buena carrera y a *Snow* no le gusta ir a cabalgar cuando arrecia como lo está haciendo.

Así de señorita me ha salido.

Podría montar cualquier otro caballo, pero en el estado en el que me hallo solo mi yegua es capaz de satisfacer mis necesidades. La bendita me conoce tanto como yo a ella, y sabe de sobra que ahora mismo estoy un pelín confuso y, por lo tanto, alterado. Y sí, la *preppy* es la culpable de que tenga el ceño fruncido y una extraña sensación en el pecho.

Oye, que lo mismo no tiene nada que ver con ella y padezco alguna afección cardiaca, porque siento los latidos de mi corazón irregulares y mi respiración bastante errática. Esta mañana, sin ir más lejos, cuando me he despertado, lo he hecho jadeando.

Frunzo el ceño y gruño, porque eso ha sido por otra cosa. En concreto, por repasar nuestro paseo de la noche anterior. Manda

huevos que sea ella en lo primero que piense. Y en lo último. Y entre medias…

Hostias, me acabo de dar cuenta de que, desde que la conozco, no me la he quitado de la cabeza.

No quiero ahondar en esto. La única explicación que se me ocurre es que llevo unos días sin gran cosa que hacer.

La mente ociosa tiene mucho peligro.

Culpo a la lluvia de ello y lo pago con *Snow*, porque a la hora de buscar culpables, tampoco se queda atrás. Con la falta que me hace ahora salir a cabalgar.

La miro airado y resoplo.

—Trae la pata, anda —regaño cuando me la quita por milésima vez.

Hoy está más melindre que nunca. Con lo que le gusta que la acicale, y esta mañana no me deja ni acercarme. Ya han sido varias las veces que me ha echado la cara abajo, terca y soberbia.

Anda, en eso también se parece a la pequeñaja.

—Mula —rezongo.

—¿Por qué estás enfadado con *Snow*? —me sobresalta una voz.

Miro por encima del hombro y veo a Liam, que acaba de entrar al establo y está empapado de arriba abajo.

—Porque es una cagona a la que le asusta un poco de lluvia —respondo mientras le quito la herradura vieja a *Snow*.

—Es que no es un poco. Está diluviando —replica señalándose a sí mismo.

Sonrío, porque no parece importarle en absoluto.

—Sí, ya te veo. —Suspiro y tomo la lima—. Pero hoy necesito una buena cabalgada.

—¿Se te jodió la noche? Ya sabes —me dice subiendo y bajando las cejas. Como me quedo callado, él sigue pinchándome—. ¿Y qué le hiciste? Porque en el pub parecía más que dispuesta.

Dejo lo que estoy haciendo para mirarle, asombrado.

—Ah, ¿sí?

Liam alza las cejas.

—No sé de qué te sorprendes. Sería esta la primera vez que te rechazase.

Río de pura incredulidad.

—¡Vive para rechazarme!

Compone un gesto confundido.

—Hablamos de Helena, ¿no?

Hostia…

—Eeeh… ¿sí?

—Yo sí. Tú, no sé, aunque me imagino por dónde van los tiros —concluye con una sonrisa maligna—. Así que por eso estás de mal humor, porque la californiana te rechazó.

—Ni que quisiera algo con ella —mascullo apartando la vista.

Para que no vea mi rubor delator, agacho la cabeza. Tanto, que ahora mismo me parezco a *Snow*.

—Habré confundido las señales. —Quiero preguntarle al respecto, pero no me da pie a meter baza—. Y hablando de señales; ya te ha bajado algo la hinchazón.

Encima me lo recuerda. Lo que me faltaba para cabrearme más.

—No sé. Intento no mirarme al espejo. Digo, si no quiero ponerme de mala hostia.

—Para cabreo el de Jack. Dice que no fuiste a dormir a su casa —me informa. Suelto una maldición por lo bajo—. Hemos supuesto que te marchaste con Helena.

—No me quedé a dormir porque no estaba tan borracho y porque me encontré dos gatitos. ¿Tú crees que me iba a dejar entrar a su casa con ellos?

Liam hace un revuelo de ojos.

—¿Más gatitos?

—La madre estaba tiesa, no iba a dejarlos a su suerte —refunfuño. Él asiente y suspira, pues mi familia sabe que soy un caso perdido con respecto a los animales desamparados—. Además, soy yo quien tendría que estar cabreado con él por obligarme a acompañar a Rika y joderme el polvo con Helena.

—¿Por qué te lo jodió? —quiere saber. Su confusión me parece absurda.

—Te lo acabo de decir; porque tuve que acompañar a Rika.

—Ya, pero pudiste volver luego al pub y continuar donde lo habías dejado.

Abro y cierro la boca para rebatirle, pero me cuesta encontrar una respuesta. ¿Por qué no volví al pub con Helena? La verdadera razón es porque no tenía ningún interés en retozar con ella, ni, de momento, con cualquier otra. Que es una en concreto la que me…

Hostias, no. No debo ir por ahí.

—¡Los gatos! —exclamo al encontrar la excusa perfecta—. No volví al pub porque tenía que llevar los gatos a la colonia.

Liam ladea la sonrisa. Aparto la vista, porque me están entrando muchas ganas de dejarle la cara a juego con la mía.

—Vale, ya sé por qué estás así. Te gusta esa chica y te sientes frustrado porque te está rechazando.

Lo miro de malas maneras, pero vaya si tiene razón, el muy cabrón.

—¿No tienes una cerca que arreglar o un meteorismo que punzar?

—No —responde cruzándose de brazos y apoyándose en un pilar.

Tal parece que tiene todo el tiempo del mundo.

—Pues vete a darle por culo a otro, que no estoy de humor para tonterías —le echo mientras empiezo a limar con brío la pezuña de *Snow*. Ella protesta con un resoplido.

Liam se ríe por lo bajo.

—Vale, me voy, pero ¿a que te gusta? —insiste.

—Que nooo —digo con cansancio—. ¿Tú crees que me puede gustar una mujer que me deja la cara así?

Va a responder algo cuando suena su teléfono móvil.

—Es mamá —me informa antes de descolgar—. Dime, *iná*[7]… No, estoy con Rhys, en el establo, esperando a que escampe… No debería. Con la que está cayendo, seguro que se ha salido algún poste de la cerca y debo ir a revi… No, *iná*, no puede esperar… Vaaale, ahora vamos para allá. —Cuelga y hace un puchero—. Hoy no nos libramos de la misa.

Imito su mueca. Mi familia es religiosa, pero mi madre se lleva la palma. Por norma general encontramos una excusa para escaquearnos, pero dado que llueve y todos hemos parado nuestras actividades habituales en el rancho, hoy no nos libramos.

Termino de herrar a mi yegua y subo a arreglarme. No me esmero mucho, pero me pongo mis mejores vaqueros negros, una camisa negra y la única chaqueta de traje que tengo. Mi madre insiste en que me ponga una corbata, así que la obedezco, solo para no tener que oírla.

Es muy cansina a veces.

De camino a la iglesia, mi madre recibe una llamada. Como mi padre está criticando las políticas de inmigración de Trump, no prestamos atención a su llamada, pero nada más colgar, mi padre le pregunta:

—¿Quién era?

—La chica de la cabaña siete. La pobre ha quedado con Jeremiah y me ha pedido que le avise de que no va a poder ir porque está lloviendo a cántaros.

Sufro un estremecimiento. Por el retrovisor veo a Liam, que, sentado al lado de mi madre, tiene los ojos clavados en mí y una sonrisa que más rastrera no puede ser. Le veo abrir la boca, así que digo antes de que él se ofrezca primero:

—Nos pasamos a buscarla.

La sonrisa de mi hermano crece, casi tanto como mis ganas de borrársela.

—Pero somos ya cinco. No cabemos —escucho decir a Jolene.

Trato de pensar lo más rápido posible.

—Os dejo en la iglesia y voy a por ella —propongo.

—Mejor voy yo —se ofrece mi hermana.

—De eso nada. Es mi camioneta y la conduzco yo.

A Liam le falta poco para descojonarse. Mi madre me mira con travesura. Y Jolene tiene el ceño fruncido.

Vaya cuadro…

—Buena idea, Rhys. —Me palmea el hombro mi padre con paternal orgullo. Creo que el pobre no se está enterando de nada—. A eso me refiero cuando le digo a la gente que mis hijos son buenísimas personas que siempre se rigen por el corazón.

«O por la polla».

Liam se atraganta con la risa.

Hostias, no lo habré dicho en voz alta. A juzgar por la expresión atónita de mi madre, sí. Hasta mi padre gira la cabeza en mi dirección con una ceja alzada.

Liam va a decir algo, seguro que una barbaridad, pero veo que mi madre le da un codazo.

«Te jodes», le digo a mi hermano con los ojos a través del retrovisor cuando se queja, pero me pongo colorado al ver que mi madre tiene los labios fruncidos.

Sí es que ya me vale.

No tardamos en llegar a la iglesia y les dejo lo más cerca posible de la entrada. Ignoro la mirada de advertencia de mi madre, que me señala con el dedo, y espero a que se apeen todos. Me controlo mucho para no meter un pisotón al acelerador cuando al fin se bajan, tan grandes son las ganas de ir a buscar a la chica de la cabaña siete. Ahora, en cuanto desaparezco de su campo de visión, le pego fuerte y llego en menos de cinco minutos a su cabaña.

Durante todo ese trayecto bendigo a la lluvia que me ha dado una excusa para volver a verla.

Me bajo y voy corriendo hasta su porche. Para estar un poco más presentable, me sacudo las cuatro gotas antes de llamar a la puerta.

—¿Quién? —pregunta desde el interior.

Su voz me provoca una extraña reacción, porque todo yo parezco vibrar. Y, además, ¿por qué estoy sonriendo como un puto gilipollas?

—R… —empiezo a decir mi nombre, pero luego se me ocurre algo mucho mejor—: *Redneck*.

Le doy un tono despreocupado, casi aburrido, a mi voz, aunque en el fondo rezo porque me abra y no me eche a patadas.

Mientras espero a que se digne a abrir, recuerdo nuestro último encuentro y maldigo la hora en la que me prometí que, bajo ningún concepto, sería yo quien diera el primer paso con una chica. Si no fuera tan tajante con este tema, me habría animado a darle un buen beso con magreo. Quiero creer que ella lo quería tanto como yo, que si me hubiese abalanzado sobre ella, me habría devuelto el beso con el mismo salvajismo con el que se lo daría yo.

Pero eso no va a pasar. Tengo la norma, nacida de un trauma, de no ser yo quien empiece un beso. Nunca, nunca jamás.

Por lo general no me arrepiento de esta regla, pues las chicas suelen ser quienes dan el primer paso al ver que yo no lo doy, pero Rika, por supuesto, está hecha de otra pasta y me da a mí que es una orgullosa de manual y que, aunque se muera de ganas, jamás dará su brazo a torcer. Siendo así, queda totalmente descartado que pase algo entre nosotros, pese a la tensión sexual que existe. Y esto me frustra un montón, porque le tengo unas ganas tremendas. Tantas, que anoche no tuve más remedio que alejarme a toda prisa de ella.

Me dio pánico romper mi propia palabra.

Mientras espero a que abra de una puñetera vez (a saber lo que está haciendo ahí dentro), me pregunto si alguna vez volveré a sentirme cómodo a la hora de besar a una chica. Joder, que ni siquiera con Helena soy capaz de bajar la guardia, y mira que me la he tirado veces.

Ayer podría haber sido una de ellas, pero ni lo pensé. De hecho, no me importó renunciar a un polvo con Helena por tener que acompañar a Rika a la cabaña.

¿Es o no es para alarmarse preferir una pelea a un orgasmo? Pues sí, lo es. Y es por esto por lo que llevo todo el día confundido y preocupado.

La preocupación aumenta cuando Rika me abre la puerta y el corazón se sobresalta.

Qué bonita está. Qué putas ganas de estrecharla entre mis brazos, perderme en su boca y…

—¿Qué coño quieres, eh?

…y tener una larga charla con ella sobre la mala educación que se gasta.

Me aprieto el puente de la nariz e inspiro y expiro todo lo sosegadamente que me permite la situación. Cuando logro que los latidos de mi corazón se calmen, la miro y esbozo una sonrisa.

Falsa como ella sola, pero, oye, al menos estoy siendo más educado que Rika.

—Mi madre me ha dicho que tenías una cita con Jeremiah.

Me contempla de arriba abajo con esos ojos que me recuerdan a Silver Lake, la pequeña laguna que hay junto a *Red House*.

—Es cierto —responde—, pero le he pedido que, si le ve, le avise de que no voy a poder ir.

Hago una mueca.

—No le hemos encontrado y no tenemos su teléfono —me invento. Si ella puede ser borde, yo puedo ser mentiroso, aunque no me guste. ¿O no?—. Y ya sabes lo mucho que le gusta a mi madre quedar bien con sus inquilinos, así que me ha obligado a venir a buscarte para llevarte a la sombrerería.

Ella entrecierra los ojos y me estudia durante una eternidad. Me abstengo de sonreír cuando aprecio que su valoración es más que positiva, si tenemos en cuenta la dilatación de su pupila mientras recorre con sus ojos todo mi cuerpo.

—Dile a tu madre que, ya que tiene la costumbre de hacerme favores que no he pedido, mande a alguien más dispuesto y menos bocazas —dice recalcando las últimas palabras—, pero mira, como no quiero quedar mal con Jeremiah, esta vez voy a aceptar tu ayuda con mucho gusto. Ahora vuelvo.

Con total incredulidad veo que se dispone a cerrarme la puerta en las narices, así que meto el pie y le impido que cierre.

—Ah, no, *preppy*. No pretenderás que espere fuera con la que está cayendo.

—El porche te protege de la lluvia.

—Pero no del frío —advierto.

Acompaño mis palabras con un fingido y exagerado estremecimiento.

—Pues espera en el coche —me ordena.

Sí, sí; nada de recomendación; orden.

—Prefiero dentro, gracias.

La empujo a un lado y me meto en la cabaña. Sé que la he desconcertado, porque no se ha movido del sitio.

Con toda la confianza y arrogancia del mundo, me dejo caer en el sofá, que cruje ante mi peso, y me acomodo. Casi sonrío al verla con una expresión de pura incredulidad.

A modo de fingida amonestación, arrugo la frente y bufo.

—¿Quieres subir a quitarte *eso*? —digo con toda la intención de meterme con su atuendo, un chándal que tiene muchas lavadas ya —. Al final me voy a perder la misa.

Parpadea, desconcertada, pero luego arruga la nariz y cierra la puerta.

—Te la vas a perder de todas formas, porque tengo que ducharme.

Ignoro el tirón de mis ijares y lanzo un exagerado suspiro de cansancio.

—Si no hay más remedio…

Ella aprieta los labios, pero no tarda en correr escaleras arriba. Yo sonrío, triunfal. Luego se me borra al darme cuenta de que ahora ella, con toda probabilidad, está en la ducha.

Desnuda.

Para no pensar en ello, me levanto y me dispongo a encenderle la estufa. Lo hago con toda la parsimonia del mundo, solo para tener algo que hacer y no pensar en ella en el piso superior. Repito: desnuda.

«Te lo has buscado tú solito», me dice un demonio.

Tengo que entretenerme con lo que sea, así que vago la vista por el salón y reparo en algo que me había pasado desapercibido: un trípode con un aro de luz frente a un sillón ovejero colocado bajo la ventana lateral. Tiene sujeta una cámara que, pese a mi ignorancia, se ve que es de calidad.

Siento un ramalazo de inquietud, tan fuerte que me provoca una arcada.

Por un momento me tambaleo, pero luego me obligo a ser coherente. Me acerco más para asegurarme de que la cámara esté apagada. Suspiro aliviado al ver que es así, y que, dada la posición, lo más seguro es que tan solo se estuviera grabando a sí misma.

Pero ¿haciendo qué? Recorro el rincón con la vista, hasta que descubro una pila de libros en la mesilla auxiliar. Descarto algunos, porque las portadas me parecen moñas, pero hay una que llama mi atención. La portada tiene dibujada una calavera azul sobre un fondo negro, por lo que estimo que es una novela de terror.

Me gusta este género, así que lo tomo y leo una página al azar.

Después de dos párrafos, alzo las cejas, atónito.

—La hostia —me escucho murmurar.

Porque estta novela no es de terror. Es marrana. Muy pero que muy marrana. Y la prueba de ello es la tremenda erección que calzo.

Pero no es solo eso lo que me hace perderme entre sus páginas; la novela es muy adictiva y combina a la perfección el erotismo con el humor. Tiene un tono oscuro y su protagonista, aunque me cae de puta madre, tiene una moralidad más que cuestionable.

Me doy cuenta de que la mía también lo es, pues me imagino que soy yo quien tiene la máscara. No hace falta ser un lumbreras para adivinar qué rostro le he puesto a la protagonista femenina.

Tan absorto me tiene la lectura, que pego un brinco cuando escucho que se abre la puerta que da al baño en la parte de arriba.

Sabiéndome pillado, dejo la novela en su sitio, pero Rika ya está bajando las escaleras, por lo que no me da tiempo a volver al sofá. Decido quedarme en el sitio y fingir que estoy contemplando el paisaje.

Así, de paso, al darle la espalda, le oculto mi erección.

—¿Qué haces?

La miro por encima del hombro.

—Viendo cómo llueve.

—Porque, claro, la lluvia aquí es un fenómeno superraro.

No la veo, pero imagino que hace un revuelo de ojos.

—En algo tendré que matar el tiempo. —Va a protestar, pero le indico la estufa—. Te he encendido el fuego. No hace falta que me des las gracias.

Ella se ríe por lo bajo.

—Total, tampoco te las iba a dar.

Chasqueo la lengua. Con disimulo, me contemplo a mí mismo y veo que no hay nada exageradamente delator, así que me doy la vuelta hacia ella.

Me quedo embobado al ver lo bien que le sientan los vaqueros.

—¿Ya estás? —pregunto, y como mi voz ha sonado un poco ronca, carraspeo.

Y sí, es la consecuencia de que, al agacharse para recoger algo del suelo, me haya ofrecido una visión espectacular de su trasero y

se me haya contraído la garganta.

Cuando se incorpora, recorre la cabaña con la vista.

—Espera, que apago esto —dice pasando a mi lado.

Qué bien huele. A algo dulce, entre afrutado y floral. Algo muy rico que me encanta. A mi polla también, porque se sobresalta.

Tengo que pensar en algo rápido, algo que me aleje de la idea de clavarle mis dientes en su cuello. Y algo más en…

—¿Cómo están los gatos?

Agito la cabeza. ¿Qué gatos? Estoy tan obnubilado por ella, que tardo un poco más de la cuenta en responder. La prueba de ello es que ahora Rika me está observando con extrañeza.

—Ah, los gatos. Bien, supongo —digo con despreocupación.

Compone un gesto de recelo.

—No se los habrás dado de verdad al coyote para que se los coma.

«Yo a ti sí que te voy a comer».

—Claro que sí. Ya sabes. Soy un asesino en serio.

Pone los ojos en blanco, pero en vez de contraatacar, corta la conversación con un escueto:

—Lista. ¿Vamos?

En ese momento la lluvia parece que me echa un cable (o una soga al cuello) y se pone a caer con una fuerza que no es ni medio normal.

Chasqueo la lengua.

—Será mejor que esperemos a que amaine. Además, —añado mirando mi reloj de pulsera—, la misa ya ha empezado y, la verdad, no tengo ni putas ganas de ir. ¿Podemos esperar aquí a que escampe la lluvia?

Ella se pone rígida.

—Haciendo ¿qué?

Controlo la sonrisa lobuna que sé que se me está formando. Por si acaso, vuelvo a darle la espalda para mirar por el ventanal.

—Charlar.

—¿De qué? —pregunta.

No la veo, pero me la imagino ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos, recelosa.

Me doy la vuelta y echo un vistazo a mi alrededor, buscando algo de qué hablar. Me topo con la pila de libros, pero ni loco me voy a meter en ese berenjenal. Sin embargo, sí me llama la atención lo del aro de luz.

—¿Qué hacías? —sondeo señalando el aparato.

—Trabajando.

Lo ha dicho un poco dubitativa, así que insisto.

—¿En qué?

—Grababa un *tiktok* para cuando regrese a Los Ángeles.

Eso me asombra, mucho.

—¿Mientras lees? —pregunto un tanto perdido.

No sé muy bien cómo funcionan estas cosas.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, no mientras leo, sino mostrando mis próximas lecturas —dice señalando la pila—, o comentando algunos aspectos que me parecen relevantes de la novela, aunque cada vez lo hago menos.

Parpadeo cuando detecto tristeza en su voz.

—¿Por qué?

—¿Por qué me grabo, o por qué cada vez menos?

—Ambas —respondo.

Ella parece dudar. Lo sé porque se muerde el labio inferior y se estruja las manos, pero luego su rostro se relaja.

—Para lo primero, porque soy creadora de contenido —dice yendo hacia la cocina. Me señala la cafetera y yo asiento. No tarda en servir dos tazas—. Y sobre lo segundo, porque ya no suelo moverme por *BookTok*. Soy otro tipo de *influencer*.

Frunzo el ceño. No sé muy bien cómo funciona el tema de las redes sociales, pues no suelo consumirlas. Ni siquiera recuerdo haberme creado un perfil en alguna de ellas, salvo, tal vez, en Tinder, solo por ver de qué iba la cosa. No me entero mucho cómo va, así que no me meto nunca. Además, no es así como me interesa ligar.

—Ah, así que *influencer.* ¿Y eso es un trabajo?

—Uuuf, pues claro. A veces es agotador.

Río con incredulidad.

—Me estás vacilando, ¿no? —digo con cierto desdén.

Veo que su espalda se pone rígida antes de girarse hacia mí. Cuando lo hace, sus ojos echan chispas.

—Mira, *redneck*, no tengo tiempo ni ganas para explicarte lo agotador y lo esclavizante que es ser una *influencer*. —Pese a sus palabras, me muestra las manos y empieza a enumerar con los dedos—. Lo eres 24/7, todos los meses del año. Siempre tienes que estar a la última y hacer cada puto *trend* que sale, pero, al mismo tiempo, y ojito con esto, tu obligación es ser original e innovadora. Tu estado de humor depende de las métricas y las visualizaciones, y estas del puñetero algoritmo, nuestro ¡oh, gran Dios! No tienes ni un respiro, y siempre, sin excepción, te debes a tu audiencia. —Conforme habla, se va alterando más y más—. Haces tantas colaboraciones, que ya no sabes si el producto que estás mostrando es una comisión de pago, o una recomendación gratis. No cuentas con libertad para hacer lo que te sale de los ovarios, y mucho menos para tener opinión propia de lo que sea; política, religión, economía, ideología o incluso del color de pelo que se ha puesto Fulanita de Tal. Olvídate de posicionarte en cualquier polémica, pero, ¡ojito!, que casi es peor que no lo hagas. Por supuesto, siempre a favor de la opinión mayoritaria. Cuidado con decir que te gusta, por ejemplo, el color negro, porque alguien que lo odie se va a sentir ofendido y te va a tirar *hate*. Ah, y ya olvídate de salir a la calle sin ponerte una sonrisa. Un *influencer* no puede estar de mal humor, ni negarse a una foto, aunque estés con el carrillo inflamado porque acaban de extraerte una muela en el dentista, o con los ojos hinchados de tanto llorar porque sales de visitar la tumba de tu padre.

Creo que, hasta este momento, ni siquiera ella era consciente del peso de la fama, porque se calla de golpe y abre mucho los ojos. Eso, o que se acaba de dar cuenta de que está revelando más de lo que debería.

Se da de nuevo la vuelta, supongo que para recuperar el control. Le doy espacio y tiempo para que se reponga, mientras proceso todo lo que ha dicho.

—Perdona —me dice con tristeza.

Suspiro y camino hacia ella.

—¿Estás bien?

Por primera vez, no hay tirantez en mi pregunta, sino una sincera preocupación. Rika sonríe sin ganas y se encoge de hombros, pero luego me ofrece la taza de café.

—Sí, solo es que… Me ofusco cuando la gente critica sin saber y menosprecia el trabajazo que hay detrás de un simple vídeo de quince segundos. Que, oye, no digo que sea de un esfuerzo físico tremendo, y si lo comparamos con cualquier otro trabajo, es insustancial, pero una camarera tiene un horario. Nosotros, no. No tenemos, ni aspiramos a tener, vida propia. Nos debemos a nuestros seguidores.

Ambos bebemos un trago y guardamos silencio. Soy yo quien lo rompe.

—Por lo que intuyo, eres muy famosa.

Ella hace un mohín con los labios.

—Soy una *nepobaby* con más de ocho millones de seguidores en TikTok y cinco en Instagram.

Silbo, maravillado. Hasta un escéptico de las redes sociales como yo sabe que esos son muchísimos seguidores.

—Por *nepobaby* te refieres a que la fama te viene de rebote por tus padres.

Rika niega y va a sentarse al sofá. Yo la acompaño.

—La fama en sí, no. Esa me la gané yo con mis fotos, mis vídeos y, como dice mi representante y amiga Sarah, mi carisma. Claro que el apellido y el dinero de mi padre y los contactos en la industria del entretenimiento de mi madre ayudaron mucho a crecer y a fomentar mi estilo de vida. En este mundillo, si no tienes padrino, no te casas.

Saber que Rika tiene dinero a espuertas le hace ganar puntos. No porque yo sea un interesado, sino porque sé que ella no lo es. Que, de querer algo conmigo, no va a ser por mi pasta.

—¿Y de qué va tu canal? —quiero saber.

Me mira y alza una ceja.

—No irás a buscarme.

Me río por lo bajo.

—Tranquila. No tengo redes sociales. No me interesa.

Veo que suspira aliviada, pero luego chasquea la lengua.

—Total, tampoco me seguirías.

—¿Por qué no?

Me guiña un ojo y sonríe.

—Porque no veo de qué forma un auténtico *cowboy* se pueda interesar por el *style life* de *luxe* de una *nepobaby,* sus *outfits*, sus *unboxings* o sus *story times* inventados mientras se maquilla.

—Bueno, si me haces un bailecito sexy, lo mismo hasta te doy *like* —me guaseo, pero solo para quitarle hierro al asunto—. Aunque tienes razón; no te seguiría.

—No sé si darte las gracias —dice haciendo una mueca descreída.

No me engaña, porque su comentario está bañado de amargura, así que me pongo serio.

—No parece que todo esto te haga feliz.

—Solía pensar que sí. —Lo dice un tanto desconcertada. Creo que se acaba de dar cuenta del lastre que lleva encima, pero de inmediato sonríe—. Lo disfrutaba mucho más cuando empecé siendo una cría. Entonces mi contenido era muy diferente.

—¿De qué tipo?

Señala con la barbilla al rincón donde momentos antes de mi llegada había estado leyendo.

—Reseñas y recomendaciones literarias. Por aquella época, leía una barbaridad y subía mis lecturas casi a diario.

—¿Y ya no? —pregunto.

Suspira.

—No mucho. A lo sumo, un par de libros al mes, y obligada por las colaboraciones editoriales y para conservar los pocos seguidores que aún continúan conmigo a pesar de que haya cambiado de registro de forma tan radical.

Frunzo el ceño cuando detrás de la nostalgia percibo una nota de ira. De desprecio.

—¿Qué cambió?

Rika compone un gesto de rabia y mira por la ventana.

—Ha dejado de llover —anuncia poniéndose en pie—. ¿Nos vamos?

Aunque lo dice con acritud, veo en sus ojos una súplica.

«No estoy preparada para enfrentarme a esta verdad», parecen decirme.

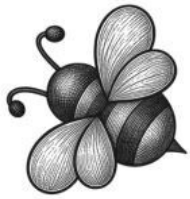
No soy cotilla, y aunque me intriga (y mucho) todo lo que tenga que ver con ella, respeto que no quiera (o no pueda) abrirse del todo a mí. Después de todo, nos acabamos de conocer y no somos más que un par de desconocidos que han coincidido en alguna que otra ocasión, y no siempre en buenos términos. De hecho, nuestros encuentros siempre han acabado en pelea.

Mientras voy a dejar mi taza en la pila, me sorprendo confesándome a mí mismo que esta chica me gusta. Me gusta mucho. Muchísimo. Y cuando digo esta chica, no me refiero a la *influencer* con millones de seguidores, sino a la que subyace debajo, la que se ha abierto la camisa y me ha permitido ver un pedazo de su corazón.

De camino a la iglesia llevo el ceño fruncido, porque no dejo de pensar que tengo que tener mucho cuidado de esta nueva chica. Esta puede conseguir lo que la *influencer* no va a lograr en la vida: que la siga.

Hasta el fin del mundo.

17



No olvidarás de dónde vienes
(Ni a dónde vas)

RIKA

Salgo a la carrera hacia la camioneta, pero Rhys se adelanta y me abre la portezuela.

Gimo cuando descubro lo altísima que es, pero antes de que pueda pensarlo siquiera, Rhys me toma por la cintura y me sube a ella sin ninguna dificultad.

Bufo mientras me pongo el cinturón y espero a que él se monte.

—No hacía ninguna falta que me subieras —le regaño apuntándole con el dedo—. No vayas a creer que me ha impresionado esta demostración gratuita de fuerza.

—No pretendía demostrar mi fuerza. Esa es más que evidente —me dice tensando el bíceps.

Jesús, incluso con la chaqueta de vestir se le marcan. Desde luego, no voy a decir nada al respecto. Pues ya lo que le faltaba, inflarle el ego.

—Tener músculos no es sinónimo de tener fuerza —contradigo.

—¿En cuál de los multiversos pasa eso? —se guasea—. Además, e insisto: no quería alardear.

—¿Me vas a decir que has actuado por pura caballerosidad? Porque no, gracias. No necesito un caballero andante.

—No me tengáis en tan alta consideración, princesa —dice en tono novelesco—. Yo lo que quería era ver si se me escurría la mano y te tocaba una teta.

—¡Imbécil! —digo golpeándole en el hombro, pero no puedo evitarlo y se me escapa la risa.

Me echa un vistazo y me regala una sonrisa. Gruño por el impacto que esta tiene en mí.

Nos quedamos callados durante todo un minuto, momento en el que me pongo a pensar en lo que le he contado sobre mí. ¿Que ha sido una insensatez por mi parte? Sí, lo ha sido. ¿Que puede usar esa información en mi contra? Lo dudo mucho. ¿Que, además de liberador, ha sido muy revelador? Mucho, tanto para él, como para mí.

No sé por qué he confiado en él, pero lo he hecho. Más que con cualquier persona cercana a mí. Más de lo que, incluso, soy capaz de confesarme a mí misma.

Me apunto pensar más tarde sobre esto. Ahora no puedo pensar con claridad. No cuando lo tengo tan cerca y huele tan bien y tiene un perfil tan perfecto que me tiraría horas mirándolo.

«Uy, qué cariz más chungo está tomando esto, Rika», me amonesto.

Mejor matar este silencio que invita a la introspección y, de paso, satisfacer mi curiosidad.

—¿Y a ti, te gusta?

Agita la cabeza, desconcertado. Me echa un rápido vistazo, pero vuelve de inmediato a prestar atención a la carretera.

—¿Las tetas?—pregunta a su vez.

Al principio resoplo, dándole por imposible, pero luego recuerdo dónde habíamos dejado la conversación.

—No, cretino. Me refiero a tu trabajo.

—Ah, ya decía yo. Y la respuesta es sí. A ambas —precisa dirigiéndome una sonrisa malvada y clavando un instante sus ojos en mi pecho.

Me entran ganas de pellizcarle, ahí, con saña, a hacerle daño.

—Sé serio, por una vez.

Niega con la cabeza.

—En lo que a trabajo y a tetas se refiere, nunca bromeo. —Y el muy imbécil lo dice con gravedad, casi con reverencial respeto.

Le doy por imposible, pero sigo intrigada, así que retomo la pregunta inicial.

—Jolene me dijo que tenéis un rancho. —Él asiente, orgulloso—. ¿Es muy grande? ¿Tenéis muchas vacas?

Rhys frunce el ceño y me dirige una mirada de censura.

—Esa pregunta es muy impertinente, Rika. Por estos lares no deberías hacerla.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Por qué?

Él sopesa la respuesta, hasta que inspira con contención.

—Imagina que alguien llega y te dice: Oye, Rika, ¿a cuánto asciende tu patrimonio?

Parpadeo, confusa.

—Pero solo te he preguntado por la cantidad de vacas que tienes.

—Sí, pero aquí todos saben lo que cuesta una vaca, ergo… —concluye bailando la mano en el aire.

—Pero yo no sé lo que vale una vaca, así que no hay una intención oculta en mi pregunta, solo saber si tenéis mucho o poco trabajo.

—Vale —acepta—. En ese caso, te diré que tenemos más de dos mil vacas y cerca de treinta broncos.

—¿Broncos?

—Son caballos salvajes entrenados específicamente para rodeo. A esto me dedico yo.

Lo dice con orgullo. Yo me siento fascinada.

—¿De verdad?

Como él asiente, yo sonrío de medio lado.

—Pero, si los entrenas, ya no son salvajes.

Él chasquea la lengua.

—Tú trata de montarte en uno y verás.

—Ufff, ni de coña. Ni acercarme a ellos, fíjate lo que digo.

—¿Ni a uno manso?

—Ni al rey de los mansos —me carcajeo.

Rhys mueve la cabeza con resignación, justo cuando entramos a la calle principal.

Joder, se me ha hecho el camino supercorto, y eso que ha ido pisando huevos.

—Bueno, pues muchas gracias por traerme.

El muy cretino alza las cejas.

—Anda, si sabes ser educada. Al final haremos de ti una buena chica —me dice apuntándome con el dedo—. Un par de días más, y hasta te gustan las vacas.

Me río con incredulidad.

—Ya te digo yo que eso no va a pasar en la vida. No me acerco a una vaca ni aunque me paguen.

Mis palabras no le han gustado, porque veo en sus ojos una pizca de desilusión. Supongo que es porque él se siente muy orgulloso de su rancho y espera que todo el mundo lo aprecie. Pero qué le voy a hacer… No me gusta mentir. Al menos, no a él.

—Ya, pues bien que saliste del coche para grabar un búfalo.

Chasqueo la lengua.

—Es que *Buffy* era un amor —me excuso.

—Anda que… *Buffy*. —Se ríe por lo bajo y agita la cabeza.

Doy por concluida la conversación, así que agarro la manecilla para abrir la puerta, pero su voz me detiene.

—Espera.

Se baja a toda prisa, rodea la camioneta y me abre la puerta. No puedo evitarlo: pongo los ojos en blanco y exhalo con hartura.

—Que no, Rhys. Que ni te molestes: no te pega nada ser caballeroso —regaño, pero acepto su ayuda y le echo las manos a los hombros para bajar.

—¿Otra vez vamos a tener esta conversación? —me dice tomándome de la cintura y guiñándome un ojo, travieso.

Voy a reírme solo para dejarle por imposible, pero entonces me saca del coche y me pega a él. Como estamos a la misma altura, me mira con intensidad a los ojos. Contengo el aire, pues nuestras bocas están muy cerca. Siento la tensión en sus hombros, en sus

brazos rodeando mi cintura y en su pecho pegado al mío. Algo retumba entre nosotros, y no puedo determinar si es su corazón, o es el mío. Me asombra al descubrir que son ambos, que, por vete tú a saber qué extraño motivo, se han acompasado y laten al unísono, felices por haberse encontrado.

Por un espacio de tiempo que no logro determinar, pues para mí se ha detenido, permanecemos pegados el uno al otro frente a la sombrerería, hasta que alguien pasa a nuestro lado y saluda a Rhys. Este devuelve el saludo con un cabeceo, pero lo hace sin dejar de clavar sus ojos en los míos, con una intensidad que me hace estremecer.

Al fin me deja caer. Lo hace muy despacio y resbalándome por su cuerpo. El mío grita indignado cuando al fin mis pies encuentran el suelo y él se aparta.

Quiero más; más contacto, más roce, más miraditas y más latidos acompasados.

«Chungo, Rika. Pero chungo de narices».

—Hale, con Dios —me oigo decir como en sueños.

Me parece increíble lo borde que ha sonado eso, cuando por dentro me embarga una emoción como no había sentido antes. Es abrumadora por su intensidad, y desconcertante porque, a pesar de ser desconocida, una parte de mí sabe qué nombre ponerle.

«Por ahí no, Rika», me regaño.

Y como sé que ahora mismo mi turbación es evidente, carraspeo y bajo la vista. Él se acerca un paso, ese que yo he retrocedido, y se cierne un poco sobre mí.

—¿Quieres que venga a buscarte luego? —pregunta. Lo ha dicho muy bajito y con esos ojos aguamarina clavados en mi boca.

Mi lengua reacciona humedeciendo mis labios, preparándolos para…

—¡No! —exclamo. Odio que mi voz haya salido tan aguda—. Me refiero a que no sé cuándo terminaremos. Además, no tengo forma de avisarte.

Entrecierra los ojos y su sonrisa se ladea. Pero no se aparta ni un ápice de mí.

Me estoy poniendo muy nerviosa. No me gusta que se acerque tanto. O tal vez me gusta demasiado.

—Existen unas cosas que se llaman teléfonos. Sirve para que la gente se pueda comunicar a pesar de la distancia, ¿sabes? —me replica.

Abro los ojos y la boca de forma exagerada.

—¡Anda! No tenía ni idea! —exclamo. Luego, hago una mueca y pongo los ojos en blanco.

—Tú misma, si quieres pillar una neumonía —acepta con un encogimiento de hombros.

—Ya no llueve —le recuerdo.

—Pero puede volver a hacerlo en cualquier momento —avisa—. El clima en Montana es un tanto impredecible. Ni siquiera lo ves venir.

—Sí —asiento—, ya me he dado cuenta de que ese es un rasgo muy común por estos lares. Pero tranquilo, que yo soy una chica de recursos y sabré cómo evitar… una tormenta.

Creo que se da por aludido, porque gruñe y achica los ojos. No sé por qué, pero ahora se muestra enfadado. Joder, incluso desde aquí escucho a sus dientes rechinar.

«Quien se pica, ajos come», me gustaría decirle, pero no me da ocasión y se marcha sin decir palabra.

Una parte de mí suspira, aliviada, pues no me fio de mí misma en este estado, pero otra se siente muy decepcionada, porque quiere más. ¿De qué? De todo lo que quiera darme. Y eso es muy peligroso.

Como soy así de orgullosa, alzo el mentón y le hago un gesto altivo antes de subir los escalones del porche de la sombrerería. Mientras lo hago, rezo porque Jeremiah ya esté allí y no me toque esperar en la puerta.

Gracias a Dios que está abierto, así que entro sin mirar atrás. Jeremiah no está en el mostrador, así que aprovecho el tiempo y, antes de que salga a recibirme alertado por las campanillas de la entrada, espío a Rhys por el escaparate.

Mi corazón late desbocado, como siempre que nos separamos, y yo odio sentirme tan viva, tan ansiosa por volver a verle.

En esta ocasión él no se ha marchado aún, sino que ahí está, ya dentro de la camioneta, con las manos fuertemente aferradas al volante. Tiene la cabeza vuelta en mi dirección, por lo que me agacho un poco para que no me descubra. Se me agita la respiración, pero luego se me escapa una risilla y asomo un poco para verlo.

—¿Por qué te escondes del joven Red?

Casi me caigo de culo por el susto, pero luego me giro hacia la voz. Jeremiah se ha puesto a mi lado, pero tiene los ojos clavados en la *pick-up* que hay aparcada frente a su negocio.

—¿Eh? —pregunto como una estúpida y saliendo de mi escondite. Lo hago de tal forma que Rhys no pueda verme desde fuera.

Jeremiah refunfuña, muy en su línea, pero percibo un brillo travieso en sus ojos castaños.

—Te preguntaba que por qué te estás escondiendo de Rhys Red. ¿Tengo que salir a decirle cuatro cosas?

Como lo ha dicho en un tono amenazante, y paternalista, me enternezco al saber que hay alguien que quiera defenderme. Aun así, le quito hierro al asunto.

—No, no. Es solo que no nos llevamos bien.

Ríe por lo bajo. Toda su barriga se mueve al hacerlo.

—¡Ay, los amores reñidos!

Bufo.

—De amores nada. No se monte películas —amonesto.

—Vale, vale, lo que digas. ¿Has almorzado?

—Me he tomado un sándwich.

Gruñe y me indica que le siga a la trastienda. Le obedezco, pero antes miro por encima del hombro. Se me escapa un suspiro de desencanto cuando veo que Rhys ya se ha marchado.

Jeremiah se gira justo en ese momento y sonríe con malicia.

No me gusta a la conclusión que está llegando, porque tal vez mi rostro y mis actos estén evidenciando algo que ni yo misma me atrevo a admitir. Por suerte, no dice nada, sino que se va derecho a la alacena, de donde saca un plato. Luego, camina hasta la pequeña mesa del rincón y sirve un par de cucharones de una olla.

Alzo las cejas, extrañada, cuando veo que, lejos de sentarse, retira la silla.

—Siéntate —me dice.

Miro el plato y luego a él.

—Ya te dije que he almorzado.

—No te ha dado tiempo a alimentarte en condiciones.

—Bueno, he comido un par de sándwiches —le informo.

Bufa.

—Así estás de escuchimizada. Come. Esto rellenará esos mofletes.

No le digo que no tengo ninguna intención de engordar, pero sí insisto en rechazar el plato.

—De verdad, estoy llena.

Mis tripas aprovechan para exponer mi mentira. El hombre gruñe de nuevo, me pone una mano en el hombro para obligarme a sentarme y luego me acerca el plato.

Hago una mueca, porque aunque no tiene muy buen aspecto, el olor es delicioso. Tal vez por eso mis tripas han protestado.

Quizás sí que estoy famélica y llevo tanto tiempo controlando el hambre que me he vuelto inmune a él. Quizás sea hora de dejar de medir lo que como. Y quizás sea hora de admitir que, por culpa de mi madre, tengo muy mala relación con la comida.

—Si no comes, no hay sombrero —me amenaza.

De verdad, tengo muchas ganas de sombrero, pero…

—Es que no sé si me va a gustar —admito contemplando el plato con desconfianza.

—Son frijoles con tocino, nada raro.

Me tiende una cuchara y parte un buen pedazo de pan. Se sienta a mi lado y se sirve un vaso de vino. Luego, aguarda a que yo empiece a comer.

La vegana que hay en mí protesta por el tocino, pero la mando a pastar (¡ja!).

Con un suspiro de derrota, empiezo a llenar la cuchara. Antes de metérmela en la boca dudo, pero como el señor Kent está pendiente de mí, pruebo su guiso.

Al probarlo, agrando los ojos por la sorpresa. No solo está riquísimo, sino que me transporta a otro tiempo, a otro lugar y a otro…

Y entonces, algo se rompe dentro de mí.

—Está igual que el que hacía mi padre —murmullo—. Había olvidado lo mucho que me gustaba.

Y me doy cuenta de que he olvidado de dónde vengo, y hasta quién soy.

Creo que mi voz refleja toda la pena que siento, porque él me mira con calidez, asiente y aguarda a que coma. Lo hago en silencio y con lágrimas en los ojos.

Siempre tengo presente a mi padre, pero desde su muerte he tratado de bloquear su recuerdo porque dolía.

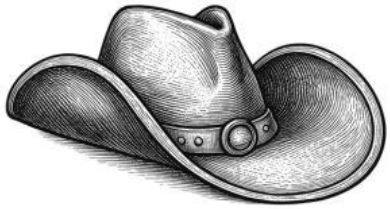
Al probar este guiso, me he dado cuenta de que duele todavía más no recordarlo, que, al no hacer frente a los recuerdos, su muerte y su ausencia se hacen más dolorosas.

«Mata los recuerdos, o ellos te matarán a ti», me aconsejaron. Y lo hicieron mal, porque acabo de descubrir que lo que mata es el olvido.

Que mientras recuerde a mi padre, él seguirá viviendo en mí.

Y yo volveré a ser yo.

18



Honrarás tu palabra
(Siempre y cuando no pierdas la cabeza)

RHYS

Los domingos no solemos bajar al pub, pero como nos enteramos de que Paul iba a hacer una fiesta en honor a D.D., quien estaría presente, no dudamos en bajar.

Al menos, yo no lo he dudado, pese a que de cara a la galería he puesto todas las pegas del mundo. Sin embargo, cuando Jolene lo ha propuesto, me ha faltado poco para saltar de alegría. ¿Por qué? Fácil; porque si Jolene tiene tantas ganas de bajar al pub es porque ahora tiene con quién hacerlo, y esa persona es la misma que me está volviendo loco. Y a quien, pese a ello, me muero de ganas de volver a ver.

Por supuesto, esto nunca lo confesaría en voz alta, y dado que Liam, a quien no se le escapa ni una, me ha dirigido una sonrisilla de sabelotodo, no me ha quedado más remedio que fingir que no tengo ganas de salir.

Bajamos a Miltown en el Mercedes de Jolene, pero, lejos de ir directos a recoger a Rika, nos ha dejado en la puerta del *Saloon* y se ha ido sola a buscarla.

No sé qué me sienta peor; si la palmada condescendiente de mi hermano mayor, o el tic de mi pierna mientras espero en la barra del bar a que aparezca por la puerta. Tan nervioso estoy, que ni siquiera me uno al grupo que rodea a D.D. para felicitarle.

Ya lo haré después.

D.D. me cae muy bien y puede decirse que somos muy amigos, aunque no tanto como lo fuimos Duncan y yo. Nadie superará esa amistad, y eso es algo que me duele en el alma.

«Algún día», me dice mi corazón. Porque sí; en algún momento, cuando su padre al fin esté bajo tierra, podremos, al menos, volver a dirigirnos la palabra. Sacudo la cabeza, porque sé que nada podrá ser igual, que las circunstancias y el tiempo han enfriado nuestro afecto. O quizá me equivoco y, dado el caso, cuando al fin podamos dejar de fingir que somos enemigos, sintamos que nada ha cambiado, que nuestra amistad está tan intacta como lo está nuestro cariño, porque, joder, vaya si quiero a ese tío…

—¿Qué pasa, si no me acerco yo, no te dignas felicitarme? —escucho a una voz que me saca de mis pensamientos.

Giro la cabeza y sonrío de oreja a oreja al ver a D.D. frente a mí. Me levanto del taburete y nos abrazamos con entusiasmo.

—Qué buen aspecto tienes, cabrón —le digo, porque no tiene ni un rasguño.

Él chasca la lengua.

—Pues tú no. ¿Acaso te ha pateado un caballo? —se guasea, haciendo alusión a mi rostro.

Ya ha bajado la inflamación, pero está todo morado.

—Más bien una yegua.

—Deberías buscarlas más mansas —me aconseja guiñándome un ojo.

—Me gustan bravas. Indómitas. Salvajes. Y no hablo de yeguas —me río, pero luego le palmeo—. Noventa y cuatro puntos, tío. Estás hecho un campeón.

Se encoge de hombros con indiferencia. Siempre ha sido muy humilde.

—Tampoco es tan excepcional. Solo hay que aguantar ocho segundos sobre el toro.

—No te restes méritos, anda —le regaño—. Tienes un don, así que mientras puedas, explótalo.

—Tú lo has dicho; hasta que pueda. —Mira por encima del hombro y se acerca un poco más a mí—. Esta última caída me ha hecho polvo. Creo que me he lesionado algo.

Su confesión me preocupa mucho.

—¿Tan grave es?

Suspira con resignación.

—Espero que no. Por eso he venido a Miltown en vez de ir a celebrarlo por ahí con el equipo; necesito descansar hasta la próxima tanda.

Sonrío con maldad y, con un gesto de cabeza, señalo al fondo del pub, donde Paul ha puesto un toro mecánico.

—Pues lo llevas claro, porque todos esperan que hagas una exhibición.

Hace una mueca compungida.

—De esta no me libro

Viendo el panorama, y sabiendo lo competitivos que son algunos muchachos, le guiño un ojo.

—Déjate ganar. Así los tendrás contentos —digo señalando a un grupo en concreto.

Se encoge de hombros y suspira con nostalgia. Supongo que está recordando una época en la que él era uno de ellos.

—Si supieran lo duro que es —musita, pero luego cambia de forma radical y me da una palmada en el hombro—. Deberías probar.

Lo miro como si estuviera loco.

—Ni de coña.

—No me refiero con toros, sino con caballos. Serías muy bueno. Qué cojones; serías el puto amo de *Bronc Riding.* Siempre me he preguntado por qué no participas y… ¡Eeeh!

Gracias a un grupo de chicos que se llevan a D.D. en volandas, entre risas y protestas de este, evito tener que responder.

Esto es algo que a mucha gente le gustaría saber, pero yo siempre digo que se me da mejor entrenar que montar.

No tiene nada que ver con el hecho de que sé de buena mano cómo puedes acabar por una mala caída. Y no, no es miedo a que me pase lo mismo; es sensatez. Además, a mí lo que me gusta es sacar el potencial de los caballos, trabajar con ellos, más que doblegarlos. No quiero su sumisión, sino su bravura controlada.

No he mentido a D.D. cuando le he dicho que me gustan indomables.

Y hablando de una indomable en particular que acaba de entrar por la puerta… Qué guapa es, hostias.

Me viene vestida con unos pantalones de cuero marrón de pata recta y un top beige de mangas abullonadas que le hace unas tetas (más) impresionantes. No logro determinar si el top es muy cortito, o si el pantalón es de tiro bajo, porque se le ve mucha piel. Ronroneo al ver su ombligo, pero subo la vista hacia una parte de su anatomía más atrayente.

Y más evidente. Joder, ese escote en uve permite ver la unión de sus pechos, y mi polla se agita al verse a sí misma metida ahí.

Esa imagen pasa a la historia al captar las miradas lujuriosas que Rika va acaparando a su paso. Las imágenes de índole sexual mutan a otras más violentas. Y sangrientas.

Hostia puta, estoy celosísimo. Sobre todo cuando unos chicos que conozco de vista les han interceptado el paso y se han puesto a tontear con ella y con mi hermana.

Gruño, mucho y muy fuerte. Contengo las ganas de levantarme y echármela al hombro para llevármela a mi cueva y…

«Jo.Der, Rhys», me regaño.

Por el rabillo del ojo veo un movimiento, así que aparto la vista de la que está perturbando mi estado mental, para fijarla en la persona que se ha colocado a mi lado.

Me sobresalto al descubrir a Liam observándome con una expresión, cuando menos, chocante.

—¿Qué? —le espeto de malas maneras.

Liam ladea la cabeza y me observa de esa forma tan extraña, lo que hace que me ponga en guardia. Por suerte para mí, agita la cabeza y da un trago a su cerveza.

—Estaba pensando… —No. De suerte nada; va a atacar. Lo sé. Lo conozco demasiado bien—. ¿Tú te acuerdas de cuando Olivia vino a Miltown por primera vez?

La pregunta me confunde, porque no sé a qué viene.

—No mucho, la verdad —respondo—. Creo que por aquel entonces yo tendría unos trece años y tenía más interés en los caballos que en las chicas.

—Yo sí me acuerdo, y muy bien. Pero no porque ella me interesara —se apresura a añadir cuando yo alzo una ceja—. No voy por ahí, pese a que es una de las chicas más guapas que he visto por estos lares, quitando a nuestra hermana, claro.

Sonrío, porque es cierto. Pese a todo lo que los hermanos tenemos que batallar por ello, nos sentimos muy orgullosos de la belleza de Jolene. No hay nadie que le haga sombra.

«Sí que la hay». Y mis ojos, para demostrármelo, buscan a Rika.

—Ese día mamá nos llevó a KentHat —continúa Liam, así que me obligo a apartar la vista de la pequeñaja para centrarme en lo que me va a contar mi hermano. Ahora está sonriendo con añoranza—. Jack dio un estirón brutal y se le quedaron todos los sombreros y las botas pequeños de la noche a la mañana, así que fuimos a encargar un par de cada. Recuerdo que, mientras mamá y el señor Kent hablaban, Jack y yo nos estábamos pinchando, hasta que Olivia salió por la puerta del almacén y Jack se quedó petrificado. Fue muy extraño todo, porque, pese a la rigidez, temblaba sin control. Parecía que había visto algo que le atraía y le aterraba al mismo tiempo. Pero no fue eso lo que me llamó la atención, sino su mirada. —Mira a la nada y entrecierra los ojos—. Tuve la impresión de que Jack maduraba de golpe, de que había encontrado sentido a su existencia. Había algo en sus ojos que todavía no sé qué nombre darle; añoranza, anhelo, posesividad… y pánico. Fue solo durante un segundo, al menos hasta que nuestra madre nos llamó y la magia se rompió. Por un momento pensé que habían sido imaginaciones mías, pero luego Jack se volvió de nuevo hacia Olivia y esa mirada reapareció. Entonces yo era muy joven, pero ahora sé lo que le pasó a Jack ese día.

—¿Que se empitonó? —me guaseo, pero me dejo de gilipolleces cuando veo que mi hermano habla en serio.

—Que se entregó a ella, Rhys. Y lo sé porque nunca, jamás, Jack ha vuelto a mirar así a nadie que no sea Olivia.

Frunzo el ceño al intuir por dónde van los tiros.

—¿Y por qué coño te estás acordando de esto ahora? —inquiero con cierta acritud.

—Eso digo yo. ¿Por qué será? —Pregunta de forma tan significativa, que no tardo en captar la indirecta.

Por si me queda algún tipo de dudas, mis ojos vuelven a buscar a Rika. Ahora me está mirando, pese a que finge escuchar a uno de los chicos. Al saberse pillada, aparta la vista de golpe. Sin darme cuenta, se me escapa un suspiro.

—Ah, ya sé por qué —escucho decir a Liam. Echa un vistazo a la californiana y se acerca a mi oreja para susurrarme—. Me lo ha recordado tu forma de mirar a Rika.

Lo contemplo del mismo modo que a un molesto objeto.

—¿De qué forma la miro?

Se ríe por lo bajo.

—Tú sabrás —me advierte—. Pero ten cuidado: los ojos tienen voz propia.

Y el muy cretino se marcha, dejándome allí, solo, con cara de gilipollas y con sus palabras dando vueltas en mi mente, mientras me pregunto una y otra vez si será verdad eso de que uno se entrega a otra persona sin darse cuenta.

Liam es muy raro, pero cuando habla, lo clava, el muy cabrón.

Agito la cabeza para desembarazarme de las preguntas y parpadeo para que mis ojos vuelvan a ser normales y no se emperren en mostrar más de lo que deberían.

Por si acaso, decido no mirarla a los ojos cuando al fin se quitan de encima a los chicos y vienen hasta donde estoy yo.

Jolene musita un hola antes de inclinarse sobre la barra para llamar a Paul. Rika se toca el sombrero a modo de saludo, lo que me provoca una sonrisa muy tonta, porque lo ha hecho con tal naturalidad, que si no fuera por su aire nórdico parecería una chica de Montana.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta con extrañeza.

—¿Cómo? —pregunto a mi vez, casi con el mismo recelo.

A ver si va a ser verdad lo que dice Liam de que los ojos hablan lo que uno se empeña en callar.

—No sé —responde encogiéndose de hombros—. Raro.

Busco una rápida excusa, hasta que me fijo en su peinado.

—No hay nada de raro. Solo te miraba la trenza.

La toma entre sus dedos y la observa con detenimiento.

—¿Qué tiene?

—Está muy chula. —Y es cierto. Al menos, a ella, con la cantidad de pelo que tiene y esa largura, se la ve muy frondosa—. Parecen pelotitas.

Se encoge de hombros.

—En realidad, burbujas. Se llama así; trenza de burbujas. La puso de moda la princesa Jazmin en la película de *Aladdin*.

Voy a añadir algo, pero mi hermana se vuelve hacia nosotros.

—¿De qué habláis? —quiere saber.

—De trenzas —decimos los dos a la vez.

Nos observa extrañada, pero luego su rostro se ilumina.

—Ah, para tus caballos, ¿no?

Anda, ni lo había pensado.

—Quedaría guay, ¿a que sí? —le digo a mi hermana, pero mis ojos miran a Rika, que ahora está sonriendo a Paul cuando este le sirve su pinta de cerveza.

Me entran ganas de enseñarle los dientes, sobre todo cuando se inclina sobre la barra y (no tan) disimuladamente clava la vista en su escote.

—¿Vais a montar el toro mecánico? —dice en general, pero con los ojos clavados en Rika.

—¿Con esto? Ni de coña —responde Jolene señalando su vestido de gasa blanca estilo boho—. No me apetece enseñarle el potorro a medio pueblo.

—¿Y tú, *honey*? —se dirige Paul a Rika.

Esta se sonroja.

—Uy, qué va. No me apetece nada salir despedida.

—Siempre habrá quien te recoja —le dice guiñándole un ojo.

Rika ríe, y a mí se me pone muy mala hostia. ¿Por qué no se ríe así conmigo? ¿Por qué no juguetea con su trenza, ni aletea sus pestañas tras hacer una caída de ojos, ni sonríe con seductora timidez?

«Lo mismo es porque, en verdad, le caes como el culo», me dice una voz.

—Siempre y cuando sea capaz de subirse al toro —digo solo para pincharla.

Y para que deje de babearle a Paul. Ni que fuera tan guapo.

Logro mi objetivo cuando ella se gira hacia mí. No lo hace de buenas maneras, claro, pero al menos ahora me presta a mí toda su atención, aunque sea en forma de manos en las caderas, labios apretados y ojos echando chispas.

Y qué ojos, señores.

—¿Te apuestas algo a que soy capaz de aguantar más de…? —Se vuelve a Jolene—. ¿Cuánto aguantan los montadores profesionales?

—Ocho segundos —responde mi hermana.

—Eso. ¡Ocho segundos!

Me río con desdén.

—Lo doy por hecho. Con esas tetas, seguro que aguantas más de un minuto.

Al principio achica los ojos, enojada, pero luego parpadea y compone un gesto confuso.

—¿Y qué tienen que ver mis tetas?

Jolene y yo nos reímos por lo bajo.

—¿Ves a ese tipo? —digo señalándole al hombre que maneja el toro—. Él decide quién cae y cuándo. Él tiene el control. A los chicos se los quita de encima echando leches, pero a las chicas las aguanta más tiempo.

Parpadea y busca en Jolene una confirmación que no tarda en obtener en forma de cabeceo.

—¿Con qué objetivo? ¿Subirles la autoestima? ¿Camelárselas? —quiere saber.

—Ver cómo os rebotan las tetas. Y, oye, yo estoy encantadísimo con el espectáculo, así que si quieres… —la animo con la mano

apuntando al toro mecánico.

Grita, indignada, antes de componer un gesto de repulsa.

—Qué asco. Pero qué asco dais los hombres a veces. Sois tan…

—¿Básicos? —termina Paul por ella.

—¿Primitivos? —interviene Jolene.

—¿Sinceros? —expreso yo.

—¡Guarros! —exclama ella.

Me río por lo bajo, pero de forma muy deliberada me acerco a Rika, la tomo por la cintura y me inclino sobre ella para susurrarle al oído. Antes de hablar, dejo escapar un poco de aliento, provocando que su vello se erice.

—Todavía no me he puesto guarro contigo, *preppy*. Todavía —recalco en un ronroneo.

Para reforzar mis palabras, le rozo el lóbulo de la oreja con la punta de mi lengua, así, casual, casi por accidente.

Espero que ella bufe, o resople, o que haga un revuelo de ojos, pero me asombro al ver el fuego en sus ojos, que ahora están clavados en mi boca mientras de la suya sale la respiración a trompicones.

Jo.Der.

Que me aspen si no me está comiendo con la mirada, si su pecho no sube y baja acelerado, si no está jadeando, si sus pupilas no se han dilatado o si no se le ha puesto la piel de gallina.

—Voy al baño —tartamudea antes de echar a correr.

Por un momento me quedo ahí parado, confundido, viendo cómo sortea a la gente a toda prisa.

—¿Qué le has hecho? —me increpa Jolene.

Alzo las cejas, perplejo.

—Nada. Te juro que no le he hecho nada—me excuso.

Jolene no me cree y señala hacia el fondo del pub, donde están los aseos.

—Me da igual. Ahora mismo vas y le pides perdón. Para una vez que encuentro a alguien que puede ser mi amiga, no me lo vas a joder.

«Que no he hecho nada, hostias», quiero protestar.

Pero sí lo he hecho. Le he lamido el lóbulo de la oreja, pero ¿tan grave es como para que ella salga corriendo? ¿Tal vez he confundido las señales? ¿O acaso he querido creer que había deseo en su rostro, cuando en realidad era terror en estado puro?

—Hostias —mascullo, porque de pronto me entra miedo de volver a pasar por aquello.

No lo pienso más y voy a esperar a que salga del baño. Tarda lo suyo, tanto, que me planteo entrar a buscarla.

Cuando sale, me fijo en que tiene menos maquillaje y que le corren pequeñas gotas por el escote, quizás porque se ha echado agua. ¿Para lavarse la oreja, tal vez? Joder, sí que me he pasado de la raya.

Ella, al verme fuera esperándola, me mira con asombro, pero luego achica los ojos.

—¿Qué haces aquí?

Me quito el sombrero y me peino con las manos antes de volver a ponérmelo.

—Vengo a pedirte disculpas.

Entrecierra (más) los ojos y se cruza de brazos. Me distraigo por un momento al ver cómo sus pechos suben y se juntan, como una deliciosa ofrenda.

—¿Por qué? —casi ladra.

Suspiro con auténtico pesar.

—No debí invadir tu espacio.

Alza una ceja.

—Por invadir mi espacio, ¿te refieres a chuparme la oreja?

Yo asiento.

—A eso mismo.

—¿Y por qué está mal? —me sondea.

—Porque no tenía tu consentimiento para hacerlo. Ha sido muy… mmm… intrusivo.

Rika hace un gesto con la cabeza, pero luego me mira a los ojos. Parece que quisiera leer en ellos.

—Y si sabes que está mal, ¿por qué lo has hecho?

Resoplo y me seco las palmas de las manos en mis vaqueros.

—Joder, no sé. Se me ha ido de las manos, pero de verdad, ni harto de vino te besaría.

Rika no me da oportunidad de acabar y, tras un grito ofendido, se dispone a marcharse.

Se lo impido tomándola del brazo, pero entonces ella aprovecha para girarse en ese momento y se empotra contra mi pecho.

Y, de pronto, estamos besándonos.

Lo hacemos de forma salvaje, como si uno quisiera castigar al otro, doblegarlo. Nuestras lenguas se entrelazan y buscan una respuesta de la contraparte, como llamas de fuego que pugnan por imponerse y que, al juntarse, se hacen una grande y fuerte que arrasa con todo a su paso.

Y eso nos sucede, que nos rendimos al beso, a lo que nos hace sentir, mientras sus manos acarician mi espalda y las mías aprietan su trasero contra mi erección.

Me asombro de la familiaridad de nuestro acople, de lo fácil que nuestros cuerpos encajan, y de la naturalidad de nuestro beso. Nada de dientes que entrechocan, ni de incómodos tropiezos de narices. Rika gira la cabeza cuando yo lo hago para buscar otro ángulo que explorar, y su lengua retrocede cuando la mía avanza, o deja caer la mandíbula para que mis dientes mordisqueen su labio inferior, lo lama y lo sorba con salvaje deleite.

Quiero pensar que son las circunstancias, o que en realidad ha sido Rika quien ha iniciado el beso al echarme los brazos al cuello, pero no voy a engañarme; yo, y solo yo, ha sido quien la ha tomado por la cintura, quien ha gruñido antes de acogotarla y quien se ha lanzado a por su boca como un coyote hambriento.

Yo, Rhys Red, que me juré que nunca, jamás, sería quien iniciara un beso, y aquí estoy, rompiendo mi promesa. De nada me sirve saber que ella me está correspondiendo; yo estoy faltando a mi palabra. Y eso es algo que un ranchero nunca, jamás, debe permitir que ocurra.

Fijaros hasta qué punto llega mi deseo. Tan fuerte es, que me aterra no poder controlarme y llegar más lejos. Porque ahora mismo estoy a un tris de meterla en el baño y follármela.

Y justo como veo que se me está yendo de las manos, dejo de besarla y la aparto de malas maneras.

Ambos nos miramos desconcertados, los ojos muy abiertos y la respiración agitada. Hay en su mirada, además, una muda pregunta y un deje de desilusión disfrazado de reproche.

Quiero decirle que me perdone, que estoy como loco por terminarlo, pero que tengo que analizar antes qué cojones me ha pasado para romper mi promesa. Quiero decirle muchas cosas, pero solo se me ocurre decirle:

—Yo no quería esto.

Rika se ríe sin humor alguno. Luego, su risa se congela y bufa con desprecio.

—¿Y crees que yo sí?

Si me hubiera soltado una hostia, no me habría hecho tanto daño, así que la dejo ir. Lo hace con la cabeza bien alta, muy digna ella.

Decido que es hora de poner fin a la fiesta.

No tendría que haber bajado al pub. No tendría que haberla besado.

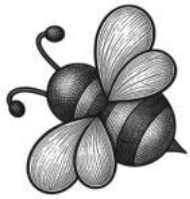
Pero, sobre todas las cosas, no he debido permitir que Rika se me colara tan adentro.

User85432_



Me hace mucha gracia que piense que puede escapar de mí.
Que está a salvo de mí.
Solo es cuestión de esperar a que cometa un descuido que delate dónde está.
Y lo acaba de hacer.
Si no regresa a tiempo, ya sé dónde ir a buscarla.
Mientras, que disfrute de su retiro.

19



Asumirás que no gustarás a todos
(Y al paleto, menos)

RIKA

Uno tiene que reconocer en qué es bueno y en qué es malo, así que confieso, alto y claro, que soy de lo peor en matemáticas.

El cálculo siempre se me ha dado como el culo, para desgracia de mi padre, que esperaba que yo le sucediera en el negocio. He heredado muchas cosas de él, pero su inteligencia desde luego que no.

«Hay muchas formas de ser inteligente», me solía decir. Luego, supongo que para animarme, añadía: «No todo se reduce a matemáticas. Hay vida más allá de números, balances y beneficios. Cada uno tiene que encontrar su lugar».

Me entristece mucho saber que yo todavía no lo he encontrado.

Puede que se me den bien varias cosas, pero mi asignatura pendiente siempre serán las matemáticas. Me da envidia de la mala cada vez que alguien hace una cuenta de cabeza, como mi amiga/*repre* Sarah. Da gusto verla en una reunión con alguna marca con la que colaborar haciendo cálculos de comisiones, beneficios, métricas y otras cosas que a mí se me escapan.

Esto no me viene de ahora, cuando por falta de uso a uno se le olvidan las cosas, sino que ya desde pequeña, cuando empezamos en el colegio con la tabla de multiplicar, quedó manifiesta mi inutilidad en esta materia, por mucho que me esforzase. Le dedicaba horas y horas, quitándole tiempo de estudio a otras asignaturas en las que podría haber sacado mejores resultados, hasta que al final desistí de querer destacar y me conformé con un simple (y más que raspado) aprobado.

Esto me llenaba de frustración, sobre todo cuando me aturullaba y me quedaba atascada en un ejercicio.

Mi padre, con la sabiduría que el tiempo y la experiencia le dieron, me aconsejaba que cuando eso me pasara, cerrase el cuaderno y despejase la cabeza con otra cosa.

Bueno, pues esto es justo lo que hice nada más llegar anoche a la cabaña; cerrar el cuaderno para no pensar en el beso de Rhys.

O, más bien, abrir un libro.

En qué hora…

Pensé que, si me sumergía en una novela, me olvidaría de él. Desde luego, descarté la que me estaba leyendo, así que opté por cambiar de registro. Elegí una novela en concreto solo porque me pareció que no era romántica. Ni siquiera me molesté en leer la sinopsis; me dejé llevar por la portada, una calavera azul sobre fondo negro. La vi perfecta, porque pensé que era de terror. Con un poco de suerte iba sobre narcisistas asesinos y me ayudaba a detectar todo tipo de banderas rojas. Así, si en algún momento pensaba en Rhys en términos románticos, esa novela me ayudaría a abrir los ojos y volvería a mi primera impresión de paleto psicópata.

A esa me podía enfrentar. A la del paleto buenorro que rescata gatitos y que besa como nadie, no.

Empecé a leer, pero me bastaron un par de páginas para descubrir que a) no era de terror, b) era muy divertida y adictiva y c) era muy *spcicy*.

Cuatro capítulos después, me di cuenta de que, más que picante, era cochina. Muy muy cochina. Tan cerdaca, que empapé las bragas.

Mi vagina empezó a darme toques de atención, porque estaba muy solita allí abajo y ya hacía mucho que no le daba cariño.

Debió de ser por eso que, sin apartar los ojos de la novela, mi mano se posó, como el que no quiere la cosa, entre mis piernas.

Empecé a acariciarme mientras leía, y aunque estaba muy pendiente de la trama, mi mente se vino arriba y le puso al protagonista el cuerpo y el rostro de Rhys («Mal, Rika»). Daba igual que tuviera la máscara puesta, pues yo sabía que tenía una sonrisa de canalla mientras, en mi fantasía, me castigaba el clítoris. Como no me gustó no verle los ojos, en mi imaginación le cambié la máscara por un pañuelo, de esos que los bandidos del viejo Oeste se ponían para asaltar carruajes. Y entonces ya sí, con la imagen de Rhys mirándome a los ojos mientras nos masturbaba a ambos, me corrí como hacía mucho que no lo hacía.

No soy una melindres, y de santa tengo poco. Mi vida sexual se puede considerar bastante buena, menos en los últimos meses, que salvo un polvo, rápido pero brutal en el baño de una disco, mis prácticas han sido onanistas.

Pero nada como lo que sentí anoche.

Ahora, a la luz del día, me niego a pensar que el orgasmo fue diferente por fantasear con Rhys.

Me encanta buscar culpables, así que le echo la culpa a la editorial por mandarme esa novela, a la autora por escribir una novela tan cochina, y a mi celibato forzoso. Sí, debió de ser por eso que anoche tuviera el orgasmo de mi vida y terminase con una sonrisa tonta. Claro que esta se me borró cuando admití que me estaba mintiendo a mí misma, por lo que después de limpiarme, me di un sermón de aúpa.

Cuando me convencí (al menos a mi mente, porque mi corazón va por libre) de que «Rhys es mal», me dispuse a dormir, pero el sueño me esquivaba. En vez de contar ovejas, elaboré una lista de razones por las que no puedo hacer realidad mis fantasías sexuales con Rhys, pero mi clítoris, que estaba muy despierto, me las rebatió todas.

Y eso fue para largo, motivo por el cual ahora mismo voy que me duermo por las esquinas.

Necesito tres cafés hasta que al fin logro despertarme, pero es peor, porque mi cabeza, que es de un masoca que asusta, no para de recrear una y otra vez un beso que no tendría que haberse dado.

Que no quería esto, me dijo el gilipollas.

Como si no me hubiera abrazado sin intención de soltarme. Como si no se hubiese puesto palote. Como si sus ojos no dijeran lo contrario.

«Cierra el cuaderno, *little butterfly*», me parece oír la voz de mi padre cuando empiezo a entrar (otra vez) en bucle con el mismo tema.

Y eso hago, cerrar el cuaderno y, de paso, el corazón.

Hace un día fabuloso, con un sol más propio de agosto que de finales de septiembre, por lo que decido salir a correr. Me recojo el cabello, me pongo mis mejores zapatillas y un conjunto de deporte y salgo de la cabaña dispuesta a reventarme los pulmones y a destrozarme el bazo hasta que logre echar a Rhys de mi cabeza.

Después de una hora y media, siento fuego en el pecho y una punzada en el costado, pero nada, que no hay forma de librarse del gilipollas este.

«Despejar la cabeza con otra cosa».

Eso es. Lo que tengo que hacer es pensar en cualquier cosa que no sea en unos ojos aguamarina y en unos labios que…

«Que no, Rika. Que por ahí, no», me amonesto.

«Vale. Pero, ufff, qué labios…», dicen los óvulos que se convertirán en mis futuros hijos. Serán cuatro, todos varones, y tendrán el cabello rubio rojizo y los ojos verdemar.

¿Veis como no miento cuando digo que el paleto me está haciendo el coco papilla?

Hablando de comida; paro en el restaurante de George para probar su famosa tarta de manzana. No hay mucha gente, pero los pocos lugareños que hay se me quedan mirando con un descaro que roza la grosería. No me molesta ni me preocupa. Esta gente seguro que no sabe lo que es TikTok (al menos, el mío), así que disfruto de mi desayuno y de la alegre conversación de Mary, la camarera y esposa, según me ha dicho, de George.

Aprovecho para preguntarle por el taller de los Gordon. Como está muy lejos de allí, pide a los clientes si alguien me puede acercar. Mi corazón se llena de júbilo cuando sale más de uno (y de cinco) voluntarios, pero declino la oferta alegando que me encanta caminar.

En efecto, el taller está justo al otro lado del restaurante, y cuando llego ya está abierto. Hablo con un tipo que todo lo que tiene de grande lo tiene de buena gente. Me llevo un alegrón (más por Sarah que por mí) cuando me comunica que la batería de mi coche es muy estándar y que la tienen en el taller.

—Ahora mismo estamos muy liados, pero si le urge, le envío a uno de mis chicos.

—No, no —me apresuro a tranquilizarle—. No me corre nada de prisa.

Al menos, hasta el viernes, que es cuando tendré que dejar la cabaña. Este pensamiento me provoca una sensación de inquietud tan angustiosa que me obligo a cerrar ese cuaderno.

Ya sé que son muchos cuadernos cerrados, pero a veces no tiene caso amargarse por cosas que no están en nuestras manos.

Le doy los datos al señor Gordon para que gestione la factura con el seguro de Sarah y quedo con él en que irán por *Pine's Cabines* cuando terminen la jornada laboral, así que como tengo todo el día por delante y ya son casi las diez de la mañana, me voy derecha a la sombrerería.

Ya está abierta, y el señor Kent está frente al mostrador, trabajando en un sombrero. Corresponde a mi efusivo saludo con un gruñido que invita a salir corriendo, pero como ya lo conozco, ni me inmuto.

—¿Es este mi sombrero? —pregunto.

—Aja. Ya ha endurecido.

—Y ahora ¿qué toca?

Toma un par de tiras y me coloca el sombrero.

—Ahora marco unas líneas como referencia para hacer las hendiduras.

—¿Qué es eso? —quiero saber.

Sonríe con afecto. Creo que le gusta mucho que me interese por su trabajo.

—Hagamos algo —me dice—. Quiero que simules que te quitas el sombrero.

Agarro la copa para quitármelo y él se palmea el muslo.

—¡Ahí lo tienes! —exclama al ver que yo agrando los ojos.

Porque acabo de descubrir qué son y por qué se hacen hendiduras en los sombreros de *cowboy*: he pinzado la copa, y ese gesto, con el uso, en un sombrero dejaría marcadas las hendiduras.

—Me ha sorprendido que no te hayas quitado el sombrero por el ala, como suelen hacer la mayoría de los foráneos —me dice.

—Pero si lo hiciera por el ala, terminaría deformándola —me excuso.

—No, no, si lo has hecho a la perfección —me felicita—. Así es como debe quitarse.

Mientras me cuenta todo esto, me toma medidas con el sombrero puesto, hasta que coloca unas tiras a modo de referencia.

—Ahora toca hacer los pliegues de las hendiduras —me explica —. Para ello, tenemos que ablandarlo con vapor.

Toma entonces una plancha de la época de Tutankamón y empieza a aplicarle vapor a la copa. Yo le veo hacer, fascinada y sin perder detalle.

Debe de ser que no está acostumbrado a que la gente le mire mientras trabaja, porque gruñe por lo bajo.

—¿Por qué no vas a esa vitrina y vas escogiendo la toquilla[8] de adorno mientras yo termino esto?

Me alegra mucho tener algo que hacer, así que hago lo que me ordena. Después de un rato, suspiro con desencanto.

—No me llama ninguna la atención —confieso.

Él asiente.

—Elige una básica. Más adelante, cuando lo tengas claro, le superpones la toquilla y los adornos que más te gusten.

Elijo una negra, porque suele pegar con todo, y se la entrego.

Luego, me entretengo viéndole trabajar. Hay algo mágico, casi hipnótico, en su forma de proceder, algo que hace que te quedes

con los ojos clavados en sus manos, disfrutando del mimo y cuidado con el que trata el sombrero.

Ahora está ajustando la medida con el cortador de ala, pero por un momento entrecierra los ojos y me mira de lado.

—No tengo claro qué diseño hacerte. Me parece que a tu rostro le vendría muy bien un estilo Marlboro, con copa alta y ala corta.

—Yo pensaba que me iba a hacer un sombrero Stetson.

Él resopla.

—Eso es una marca, especializada en sombreros de *cowboy*, pero no un estilo en sí.

Eso me llama mucho la atención.

—¿Hay más de un estilo?

Se ríe por lo bajo.

—Hay muuuchos estilos. El más popular es el *Cattelman*, pero el *Marlboro* se popularizó mucho hace unos años. Ya te enseñaré a diferenciarlos.

Creo que no es consciente del impacto que tienen sus palabras en mí, porque vaya si me gustaría que me enseñara.

Pero solo tengo una semana.

«¿Por qué? Puedes quedarte cuanto quieras», me pregunta mi yo más lógico, pero no tengo respuesta.

O sí la tengo, pero ButterWill, que sigue jodiendo la marrana por ahí dentro, no está por la labor.

Mientras Jeremiah va echando vapor y haciendo los pliegues de la copa de mi sombrero, tengo una charla interna con ella. Quiero convencerla para que nos tomemos un retiro voluntario, pero ella refuta todas y cada una de mis razones y empieza a elaborar una lista con todos los motivos por los que debo salir echando leches de aquí.

A saber, son:

a) Montana está bien para una semana, pero luego te aburrirás como una ostra.

b) No aguantarías un invierno aquí, porque no soportas el frío.

c) Al final descubrirás que Jolene es tan falsa como todas las que dicen ser tus amigas (o tú misma harás algo que la decepcione).

d) Por mucho que te guste aprender a hacer sombreros, a la larga te vas a cansar, como con todo lo que empiezas.

f) Y por último, y no menos importante, NO LE GUSTAS A RHYS. Y la prueba está en la cara de asco que puso anoche después de besarte. Si te quedas, vas a acabar entregándole tu corazón y él lo va a hacer añicos, porque ¿quién te va a querer a ti? ¿Acaso todas tus relaciones no eran más que humo? ¿O que todos los hombres que han pasado por tu vida no te han tomado en serio? O, peor, has sido tú quien pasa de tener relaciones porque eres incapaz de amar. ¿Acaso has olvidado lo hecho polvo que dejaste a Tom?

Me acabo de dar cuenta de que odio con toda mi alma a ButterWill.

—¿Y por qué estás triste ahora?

Salgo de mi mundo interno y miro a Jeremiah, que ha dejado de darle forma a mi sombrero y me observa con una pizca de lástima.

Me pregunto por la cara que tengo que estar poniendo ahora mismo, pero, tras un suspiro, decido ser sincera con él.

—Porque siento que no soy la misma de antes.

Asiente. Creo que se va percatando de que ese es justo mi problema.

—¿Sabes que en el pasado los sombreros no tenían hendiduras? —me suelta. Me descoloca un poco, pero intuyo que, como hacía mi padre, va a darme un consejo en forma de alegoría—. Antes las copas eran redondeadas, pero había un problema con eso. Como todo en esta vida, los sombreros vaqueros tienen una serie de reglas: quitárselo al entrar en una oficina, una iglesia o en casa ajena; al sentarse a comer y al saludar a una dama o a un anciano. Ojo, nunca al saludar a otro hombre. Esto se considera un insulto. —Hace una pausa para revisar el trabajo—. Como ves, son muchas las ocasiones en las que hay que quitarse el sombrero, por lo que en el pasado, al estar las copas sin moldear, acababan deformadas. Con hendiduras —dice significativamente—. Así que, ¿cuál fue la solución?

—¿Implantarlas al diseño? —aventuro.

Me guiña un ojo antes de contemplar el sombrero desde diversos ángulos, para ver cómo va quedando.

—Exacto. Pero ¿sabes qué se descubrió, además? Que con las hendiduras se obtenía mayor ventilación y canalizaban el agua de la lluvia.

Parpadeo rápido, hasta que ladeo la cabeza y entrecierro los ojos al captar su mensaje.

—O sea, que no hay mal que por bien no venga.

Ríe por lo bajo y se encoge de hombros.

—Fíjate, qué cosa más tonta. Aprovechar un defecto para hacer un gran cambio.

Pienso en sus palabras con cuidado de no estar malinterpretándolas.

—¿Es su forma de decirme que acepte el cambio que se está produciendo en mí?

—No. Es mi forma de decirte que no se cambia lo que está bien —responde tocándome la punta de la nariz—. Que toda evolución nace de un problema.

Y yo tengo muchas ganas de llorar, porque vaya si tiene razón.

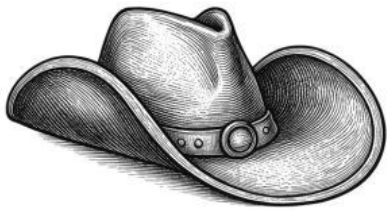
—¿Y si ese cambio no gusta a la gente? —pregunto en un hilo de voz.

Me toma de las manos y me las aprieta con afecto.

—Dado que nunca podrás gustar a todos, preocúpate de gustar a la única persona que importa de verdad: tú.

Sí, pero ¿quién soy yo?

20



Serás honesto aunque nadie mire
(Puñetera conciencia…)

RHYS

Si no fuera porque yo mismo me siento desconcertado, ahora me estaría partiendo de risa por las caras que están poniendo mis hermanos.

No tendría que haberme dejado llevar por la curiosidad, ni, desde luego, por mis impulsos. Tendría que haber hecho caso a mi sentido común y aceptar que Rika no es para mí, que lo mejor es no volver a acercarme a ella porque, después de todo, se va a pirar de este pueblo.

Me lo ha dejado bien claro en varias ocasiones; nunca se amoldará a esta vida. Pero ¿cómo va a ser así? ¿Y de qué me sorprendo, cuando todas las californianas salen huyendo de aquí en cuanto cae la primera hoja del otoño? No, esta vida es muy dura y no es para una chica de ciudad, y más para una (¿cómo lo llamó ella? ¿*nepobaby*?) niña mimada de papá.

Además, ya me la ha tirado bien tirada; no quiere nada conmigo. De modo que, ¿para qué alimentar algo que está abocado al fracaso? ¿Qué sentido tiene buscarla a cada rato y pasar todo el

tiempo posible a su lado si en una semana, o menos, se va a largar de aquí? Uy, no. No soy tan tonto como para permitir que esa *preppy* me gane la partida, y dado que varias partes de mi ser, por no decir todas, se están entusiasmando con ella, mejor poner un cerco.

Pensé que poner tierra de por medio sería suficiente, así que después de que la mañana del lunes me obligara a quitarme de la cabeza la idea de ir a su cabaña con cualquier excusa (lo de ir a revisarle las tuberías me parecía de película porno, así que lo descarté de inmediato), me ofrecí a llevar a mi madre y a Jolene a Bozeman de compras.

Las muy pécoras no me avisaron de que Rika vendría con nosotros porque, según me enteré, no ha traído ropa apropiada para Montana. Ahí le he tenido que echar una charla a mi corazón, porque le ha dado una taquicardia de pura alegría ante la posibilidad de que ella se quede.

«Solo es temporal», le recordé.

«La esperanza es lo último que se pierde», me rebatió. Pero se perdió en el mismo momento en que Rika apareció y me brindó la mayor de las indiferencias, además de una mirada y un saludo más frío que el invierno de 1886 en Montana.

—Joder —escucho decir a mi hermano Liam, trayéndome al presente.

Veo que ambos tienen la cabeza ladeada, el ceño fruncido y un brillo travieso en los ojos.

—¿De dónde cojones has sacado esto? —me pregunta Jack, pero no aparta los ojos de la página que están leyendo.

—Lo compré ayer —les informo—. Como las chicas se fueron a comprar ropa, aproveché para pasarme por la librería.

—Pero ¿por qué este en partic…? Joder —exclama Liam mirando a mi hermano—. ¿Se está metiendo un cuchillo por…?

—Ya te digo… —masculla Jack, pero luego carraspea y compone un gesto confundido.

Rompo a reír. Yo también me sentí perplejo al leer esa escena en particular. Y escandalizado.

—Decidme si esto es normal, o yo soy muy básico.

Me ignoran y siguen leyendo. Durante los siguientes cinco minutos los observo con detenimiento y percibo que están sintiendo lo mismo que yo cuando leí esa parte: morbo. En estado puro.

Estaba deseando terminar de cenar para enseñarles el libro. Por suerte, mis padres y Jolene se han retirado pronto, así que, ya a solas, les he pedido que lean ciertas partes de la novela. Lo han hecho sin mucho interés, al menos al principio, pero luego, casi al mismo tiempo, han agrandado los ojos, han elevado las cejas y se han sumergido en el libro.

Ahora han llegado a un punto en el que la cosa se pone un tanto turbia, así que aquí los tengo, atónitos perdidos.

—Uf, no puedo seguir leyendo —dice Jack apartando el libro. Intuyo por qué al ver que se está tirando del pantalón. Cuando me mira, lo hace contrariado—. ¿Ahora te ha dado por leer porno?

Niego con la cabeza.

—No es porno. La historia de amor es muy chula —me excuso.

Liam alza las cejas.

—¿Te lo has leído entero? ¿En tan poco tiempo?

—No, hombre. Todavía me queda un poco.

No digo que unos cuatro o cinco capítulos. Aun así, Jack parece confundido.

—Pero ¿por qué este en concreto?

Suspiro.

—Cuando fui a buscar a Rika el domingo, lo vi en la cabaña. Mientras se preparaba, le eché un ojo para matar el tiempo y… bueno, me intrigó.

Ambos tienen la boca abierta.

—¿Tu chica lee estas cosas? —quiere saber Liam.

Hostias, lo que me ha gustado que se refiera a ella así. Tanto, que lo recreo un par de veces en mi mente, pero luego agito la cabeza.

—De *tu chica* nada —le advierto—. Y sí, lee estas cosas.

—Virgen Santa —murmura Jack, atónito. Luego, su ceño se frunce—. Tíos, si esto es lo que les gusta a las chicas de ahora, nos tenemos que poner las pilas a la de ya.

Asiento, porque era la confirmación que estaba buscando.

—Eso mismo he pensado yo.

Liam resopla y nos amonesta con los ojos.

—Eso es porque sois unos egoístas que solo pensáis en vosotros y en vuestro placer. Pim, pam, pum, dos meneos y a sacarla. Y así no, niños —nos regaña agitando el dedo índice.

Jack lo mira de arriba abajo y bufa.

—El follador, lo llaman ahora.

Liam se cruza de brazos con engreimiento.

—Yo no soy tan básico como vosotros. A mí me gusta jugar.

—¿A qué? —preguntamos Jack y yo al mismo tiempo, ambos intrigados.

Liam gruñe con exasperación.

—A las casitas, no te jode… Pues, no sé. Jugar —concluye, como si la palabra fuera más que obvia, pero luego añade—: azotitos, asumir ciertos roles, usar juguetes sexuales… —Sonríe de forma maligna—. A una beata le hice ver a Dios con su propio rosario.

—Me *cagüen* la puta —susurro, mirando a mi hermano de otra forma. Joder con Liam. Con lo tontico y santo que parece—. ¿Cómo…?

—¡*Tche, tche, tche*! —exclama Jack tapándose los oídos—. No me interesa tener esa imagen de Liam dando vueltas por mi mente.

Coño, es verdad. De forma inconsciente, sufrimos un escalofrío y componemos una cara de repulsa. Liam se ríe y nos guiña un ojo.

—Hay una cosa que se llama preliminares. Deberíais probarlos.

—Sé lo que son los preliminares —le refuta Jack, molesto—. Soy un experto en ellos.

Liam se ríe.

—Tú qué vas a ser experto, si solo has estado con dos o tres chicas —apostilla.

—Sabrás tú —le confronta él, pero el rubor de sus mejillas le delata.

Doy una palmada para llamar su atención. Pueden tirarse así toda la noche.

—Retomemos el tema. El caso es que después de leer esta novela, he estado investigando. Y chicos, algo estamos haciendo mal, porque este tipo de libros ahora mismo están muy de moda.

—Creo que no las estamos escuchando —sopesa Liam—. Los hombres somos tan egoístas, que no prestamos atención a sus necesidades. A sus fantasías. El hecho de que este género esté en auge, es una muestra de ello.

Jack está de acuerdo con un asentimiento de cabeza, pero luego sus cejas se juntan.

—Ya, pero hay fantasías muy turbias —dice señalando con la cabeza la novela que les he traído—. Lo del cuchillo me tiene traumado, en serio.

—Eso no lo he visto venir —coincide Liam.

Yo frunzo el ceño.

—Ya, pero ¿y lo otro?

—¿Qué otro?

—Lo de ponerse una máscara y perseguirlas. Meterles un poquillo de miedo para darle vidilla al asunto… Esas cosas.

Jack se pone pálido.

—Ah, no. Rhys, no vayas por ahí.

Me pongo colorado, porque me siento censurado.

—No me refiero a acosar en plan chungo, sino… Bueno, como los azotes de Liam —digo para justificarme—. Seguro que él no da palizas de muerte.

Busco al aludido para que me eche un cable, pero él tiene un semblante preocupado.

Jack camina hasta ponerse frente a mí y clava sus ojos aguamarina en los míos.

—No, Rhys —dice con gravedad—. Tú, no. *Eso* no —insiste señalando al libro, pero sin apartar la mirada mí—. Hay que saber diferenciar la fantasía de la realidad, y aunque a muchas chicas les guste leer ese tipo de cosas, es muy diferente llevarlas a la práctica, y menos si no se les avisa de que es un juego.

Agacho la mirada y me pongo más rojo todavía. Esta vez es de rabia.

—No iba a llegar a ese extremo.

Lo digo con retintín, dejando ver que está exagerando, por lo que Jack inspira para insuflarse paciencia.

—Fui yo quien te esposó, Rhys. No quiero volver a pasar por eso.

Me pongo rígido de golpe.

—Rhys no tuvo la culpa de aquello —intercede Liam en mi favor —. Y, además, Rika no es así.

—Eso no lo sabemos —contraviene Jack, provocándome un escalofrío.

Porque aunque yo sé que Rika, en efecto, no es así, estoy lo necesariamente escaldado como para no querer averiguarlo.

—Tranquilo, poli —digo con cierto retintín—. Tengo la palabra «Consentimiento» aquí grabada.

Me señalo la sien, el corazón y la polla.

Jack relaja el rostro y me mira con cierto pesar.

—No eres tú quien me preocupa. Sé que aprendiste la lección, y que eso te ha llevado a tener unas normas muy concretas en cuanto a acercarte a las mujeres, pero tienes antecedentes por acoso, Rhys. Si a Rika se le ocurre denunciarte, fíjate lo que te digo, solo por lo de la cabaña del otro día…

—¡Fue ella la que me partió la cara! —protesto.

Jack alza las manos.

—Pero fuiste tú quien se coló —responde con tristeza—. No hace falta mucho más para enchironarte, Rhys, así que nada de presentarte en su cabaña sin camiseta, con una máscara y un cuchillo.

No, hasta ese punto no llegaría nunca. Y visto lo visto, a nada más.

Ya la cagué con ese beso.

Ahora, además, y gracias a mi hermano, repaso todos y cada uno de mis encuentros con Rika y me doy cuenta de que si le diera por denunciarme, yo lo tendría muy chungo por el simple hecho de tener antecedentes, pese a que luego se demostró que yo era inocente.

Y todo por un simple magreo.

Pero, simple o no, Jack tiene razón: no puedo arriesgarme. Además, mi corazón está en juego, así que mejor pasar página.

Aunque duela.

Con el semblante mohíno, recojo el libro y me marcho a darle de comer a mis gatos.

Tengo quince. Diecisiete, con las nuevas incorporaciones. La colonia está de forma provisional en la casa que estoy construyendo, porque mi familia está un poco hasta los cojones de mí y de mi empeño en rescatar a todo animal que se cruce en mi camino.

Qué le voy a hacer. Amo a los animales por encima de todas las cosas, mujeres incluidas.

Pienso en una mujer en concreto, una a la que no le gustan.

Ni ellos, ni yo.

Mientras conduzco hasta mi casa, me pregunto si podría estar con una chica que no comparte mi amor por los animales. No me asombro cuando la respuesta es un no rotundo. Lo que me escandaliza es que esa respuesta viene con un *adendum*: «Salvo que se trate de Rika».

Gruño, y mucho. No sé qué tiene esa pequeñaja para freírme la cabeza de este modo. Creo que la culpa la tiene mi polla, que ha decidido que le mola.

«Y a mí también», se añade a la conversación otra parte de mi anatomía.

Vale, ahora no solo estoy escandalizado; estoy acojonado, porque esa parte nunca se ha pronunciado. Y cuando digo nunca, digo nunca jamás. Hasta ahora.

Joder, lo mismo Jack tiene razón y estoy empezando a obsesionarme con ella. Y eso sí que es peligroso.

Para no pensar en Rika, me concentro en el camino. Me apunto mentalmente avisarle a Liam de que la tormenta ha derribado algunos árboles y que debe revisar las cercas del prado cinco.

No tardo en llegar a mi casa, que está a la izquierda nada más traspasar las columnas de entrada al rancho. Como siempre que la contemplo, me atiza un ramalazo de orgullo. Aunque he contratado a una empresa de construcción y reformas, me gusta implicarme en todo. Me gusta pensar que el día de mañana, cuando al fin esté construida, cuando me siente en el porche con mi propia familia, me diga: «Este pilar lo puse yo».

Todavía falta mucho; para terminarla y para tener una familia. Para esto último queda una eternidad (odio cuando Rika aparece en mi mente erigiéndose como la dueña y señora de *mi* casa), pero para lo primero, cada vez menos. Toda la estructura, fachada y paredes están acabadas. En el interior ya está montado todo el sistema eléctrico y la fontanería.

No va a ser muy grande, pues dudo mucho que mi familia sea numerosa, pero qué menos que contar con cuatro habitaciones, que estarán en el piso superior.

La planta baja ya está casi terminada, a falta de un par de remates y de amueblarla, pero el piso de arriba aún está diáfano. Es allí donde he instalado el refugio para gatos.

Hay una gata que recién ha dado a luz, así que dejé a los gatitos a su cuidado. Sonrío cuando veo que no tiene problemas con ellos y que los ha aceptado, aunque ya lo sabía. *Madre*, como yo la llamo, siempre se hace cargo de los nuevos, entre otras cosas porque casi siempre está amamantando.

Es un poco casquivana, la muy golfilla.

Suspiro tranquilo, pero hasta que no compruebo que se alimentan, no me muevo de su lado. Cuando veo que al fin se quedan saciados, calentitos y ronroneantes, me dispongo a marcharme. Como ya es ritual, miro a mi alrededor para comprobar que todo esté tranquilo. Al hacerlo, mis ojos se topan con el objeto de mi segundo pasatiempo preferido: un telescopio con el que ver las estrellas.

No sé qué clase de asociación malévola hace mi cerebro para que de pronto me siente en el sillón y ajuste la posición y el objetivo. Acorto este último, pues no son las estrellas lo que me apetece ver esta noche, sino que lo oriento a un punto con dirección suroeste, a una cabaña en concreto de *Pine´s Cabines*.

Sonrío más, y de forma lobuna, cuando descubro que el gran ventanal de la planta superior arroja luz, señal de que su moradora está ya en la cama o a punto de meterse en ella. Enfoco hasta tener una visión casi nítida, que me muestra a Rika ya acostada, leyendo un libro que sujeta con una mano y…

—Hostias —digo sin pensar.

Ajusto la lente para comprobar qué es lo que está haciendo su otra mano, escondida dentro del edredón, pero con unos movimientos que…

Me cago en la puta.

Se está masturbando mientras lee un libro.

Me aparto de golpe con un ramalazo de pudor y discreción, pero la intriga me puede y vuelvo a mirar para ver si me he equivocado.

No, no lo he hecho. Es más, ahora los delatores movimientos son más rápidos.

Sufro una erección instantánea. Tan terrible, tan exigente y dolorosa, que mientras clavo los ojos en esa parte donde se insinúa lo que está haciendo su mano bajo el edredón, la mía ya ha desabrochado el botón de mi pantalón, ha bajado la cremallera y ha liberado mi erección.

Suelto un quejido, mitad placer mitad dolor, cuando siento el roce de mis dedos. Alarmado, me la contemplo, pero agrando mucho los ojos al ver el estado en el que se halla: gorda, roja y con las venas a punto de estallar.

Cojones… nunca mejor dicho.

Suspiro y cierro los ojos para bajar tremenda erección, pero mi polla está imposible y quiere caricias. Rápidas, fuertes, duras y a la orden de ya.

Vuelvo a mirar por el objetivo. Rika ha flexionado las piernas, por lo que ya no veo tan bien el bulto de su mano moviéndose bajo el edredón. Mientras me acaricio con cuidado (pese a las exigencias del deseo), cambio la dirección del telescopio y busco su rostro.

La cosa empeora, porque Rika ahora ha dejado de leer y tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Mi polla pega un brinco cuando me imagino metiéndosela ahí, al calor de su aliento.

Entonces recuerdo las palabras de Jack y pienso en que uno tiene que ser honesto siempre, no solo cuando le están mirando. El hecho de que no haya testigos no hace que sea menos inmoral ni te da derecho a cruzar la línea.

Con la respiración agitada, aparto el telescopio y trato de sofocar el placer, pero me duele una barbaridad. Con un gruñido de frustración, dolor y deseo a partes iguales, dejo que mi mano sacuda

mi polla sin piedad, pero la regaño y la obligo a parar el ritmo. Ella protesta porque quiere abandonarse al placer. Cuanto antes, mejor.

Pero yo no. Yo me niego a ir por ese camino. No sé por qué, pero tengo la sensación de que este placer, brutal como nunca, puede alargarse más. Y porque quiero deleitarme pensando en ella. Imagino entonces que Rika está leyendo el que yo he bautizado como *Nuestro libro*, así que lo abro por una de las marcas con la esperanza de que ella también esté leyendo ese pasaje y así irnos juntos.

—Venga, cariño… —digo apretando los dientes porque ya no puedo retener más mi orgasmo y visualizando que ella también está a punto de correrse, justo como en la escena en la que el protagonista se la mete a la chica en la ducha—. Déjate ir. Vámonos al mismo tiempo.

Aparto el libro y me pierdo en mis propias fantasías. Ya no recreo la escena de la novela, sino que me quedo con la última imagen de ella masturbándose. El placer aumenta de forma alarmante.

Imagino que su torso se eleva al sobrevenirle un espasmo. Ahora ella jadea, y sonrío con malicia al fantasear con su rostro contraído. Aumento la velocidad de mi mano y me dejo ir, justo cuando me la imagino corriéndose, convulsionándose. El placer que me atraviesa es tan grande, que me obliga a cerrar los ojos y a perderme en los destellos de luz que veo por dentro de mis párpados.

Me corro de una forma que me resulta abrumadora por su intensidad y duración.

Cuando el placer empieza a remitir sigo masajeándome, ahora con calma, para alargarlo lo máximo posible. Tengo la vista nublada y una sensación de plenitud que solo será superada cuando me derrame dentro de ella.

«Porque eso va a pasar».

Me aterra la convicción de este pensamiento. De esta promesa.

De solo pensarlo, mi polla se vuelve a poner nerviosilla.

—No, colega. Por hoy, está bien.

La miro con una disculpa, pero la regaño cuando me propone volver mañana por la noche para espiarla de nuevo.

—Sabes que eso está mal, ¿verdad?

Me manda a la mismísima mierda.

De camino a *Red House*, a mi habitación, no dejo de preguntarme si Rika habrá pensado en mí mientras se tocaba. Mientras se corría.

Quiero creer que sí.

Lo que tengo claro es que, a partir de ahora, yo sí voy a pensar en ella cuando me masturbe. Tal vez incluso cuando me acueste con otra tía.

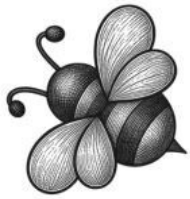
—Hostias, eso no —me digo aterrado cuando descubro que no quiero eso.

Y no me refiero a pensar en ella mientras me follo a otra, que también, sino que, ahora mismo, no hay otra tía con la que quiera follar. Solo con ella.

Y, de pronto, me entra pánico.

Porque lo último que necesito es pillarme por una tía que, más temprano que tarde, se va a largar de aquí.

21



No temerás evolucionar
(Vaya que no)

RIKA

—Vaya cara traes hoy.

Gruño a Jeremiah y apoyo los codos en el mostrador.

—He tenido una mala noche.

—¿Y eso? —quiere saber.

Me encojo de hombros a modo de respuesta, porque ni loca le voy a confesar que ya estamos a jueves y que si no hay una anulación, mañana tendré que dejar la cabaña y, por lo tanto, el pueblo. Y no quiero. No quiero ir a un resort plagado de extraños y a encerrarme en una lujosa habitación de hotel por miedo a ser reconocida.

Pero tampoco me apetece regresar a Los Ángeles. A ver, quiero que lo que me ha traído aquí se acabe, cierto, pero no me apetece nada volver a una mansión llena de sirvientes, pero vacía de personas, a juntarme con un grupo de amigas que te darán la patada cuando ya no saquen provecho de ti. No quiero pasar días rodeada de gente, frente a noches donde la soledad pesa demasiado, ni a tener que ocultarme detrás del maquillaje y millones

de filtros. No quiero ir a eventos donde todos se miran, pero nadie se ve, ni fingir una vida que ni existe, ni la quiero para mí.

Ya no.

Yo lo que quiero es volver a disfrutar de un buen libro sin presiones editoriales. Quiero aprender a cocinar y comer lo que quiera sin pensar si es carne o si engorda porque «Erika, hija, has salido a la familia de tu padre, y como no te cuides, te vas a poner como una vaca». Quiero no tener que preocuparme por si alguien me ve en la calle sin maquillaje, y pasarme las horas muertas con Jeremiah aprendiendo el oficio. Quiero que Jolene me siga enseñando a bailar *country*, así como lo que es la amistad verdadera.

Quiero estar con un chico sin pensar si está conmigo por mí, o para conseguir más seguidores.

Y quiero averiguar qué es esto que estoy sintiendo por Rhys y por qué este sentimiento crece conforme lo hace su distanciamiento.

Creo que me está evitando, pues desde el lunes que nos acercó a Bozeman, no he vuelto a verle. Supongo que es lo normal, porque tiene que trabajar con sus caballos. Pero una parte de mí siente una punzada de anhelo que me tiene muy mosca, porque no es normal ser tan consciente de la presencia (o la ausencia, en este caso) de una persona. Tengo la sensación de que, antes de conocerle, yo solo estaba aquí por estar, como si todo lo que hago no fuera más que mero relleno hasta que vuelva a verle.

Hasta que vuelva a sentirme tan viva como solo él me hace sentir.

No quiero pensar en él, porque me suelo distraer, así que me centro en lo que me está diciendo Jeremiah.

—Hay que tener muy en cuenta la forma del rostro, así como su constitución. Tú, por ejemplo: eres bajita, por lo que te conviene una copa alta, tipo *Malboro* o *Gus*, frente al *Cattleman*, que es de copa media. El ala, sin embargo, debe ser corta y roleada, tipo *Rainer*.

—Para no romper la verticalidad —aventuro.

Jeremiah me toca la punta de la nariz.

—Pero qué chica más aplicada.

—Hombre, un poco de estilismo sí sé —me vanaglorio, porque mi padre me tenía dicho que uno debe presumir de lo que sabe.

—Ya me he dado cuenta —me dice Jeremiah, pero luego sigue instruyéndome—. Un sombrero tipo Montana, por ejemplo, a ti te quedaría fatal, porque el ala haría un corte visual que te haría más bajita…

Mientras sigue hablando, pienso en que me gusta mucho esto, de verdad. Me recuerda a mi época de estudiante, a las ganas que tenía de aprender cada día algo nuevo, y eso que al principio no me lo tomé con mucho entusiasmo.

Lo único bueno que ha hecho mi madre por mí fue obligarme a estudiar, aunque fue ella quien decidió que lo mejor para mí era estudiar Diseño y Moda. No terminé la carrera, porque vino la pandemia y entonces tuve la Gran Pelea con mi madre y rompí todo lo que tenía que ver con ella, mis estudios incluidos. Ahí fui gilipollas, porque en el fondo, pese a ser una carrera impuesta, me gustaba mucho, sobre todo el tema de patronaje y confección.

Y es por eso por lo que le he hecho todo el lío a Jeremiah para que me enseñe el oficio.

Es un maestro excepcional. Un poco gruñón y exigente, pero aunque parezca molesto, yo sé que disfruta enseñándome casi tanto (o más) como yo aprendiendo.

Es muy chulo el mundo de la sombrerería. Antes de sus clases, yo pensaba que todos los sombreros vaqueros eran iguales, pero hay de diferentes tipos, formas y tamaños. Se distinguen por la altura de sus copas, el tamaño de sus alas, si estas están o no roleadas y por las hendiduras de la copa.

Ayer moldeé mis primeras hendiduras, pero aunque él me felicitó, yo sé que puedo hacerlo mejor, así que estoy deseando volver a probar. Jeremiah me pide paciencia, pero para eso se necesita tiempo, y yo no lo tengo.

Creo que se ha percatado de que hoy no estoy muy receptiva, por lo que en vez de darme el tostón (como él lo llama), me ha pedido que le observe mientras él moldea el ala hasta dejarla en pico de pato.

Hay que ver lo que he aprendido en tan poco tiempo, porque conforme lo moldea, me doy cuenta de que esa caída del ala es muy parecida a la del sombrero de Rhys.

—Jeremiah —le llamo.

—Dime, niña.

Sonrío por el apelativo cariñoso, pero luego frunzo el ceño.

—¿Conoce mucho a los Red?

Deja de moldear el sombrero y alza la cabeza para mirarme.

—No hacerlo es imposible en Miltown —me responde.

—¿Por qué? ¿Acaso son los dueños? —me río.

Me sorprendo mucho cuando asiente.

—Los fundadores, en realidad.

Parpadeo sorprendida, pero luego bufo de incredulidad.

No tardo en darme cuenta de que no me está tomando el pelo.

—¿Y por qué lo llamaron Miltown?

—Porque era el nombre de pila del fundador; Milton Red. —Toma un cepillo y limpia una pelusa del ala que solo él es capaz de ver. Tiene una vista fabulosa para su edad—. *Red Ranch* es un rancho de quinta generación, pero no siempre se han dedicado a la ganadería. Según se sabe, Milton Red llegó con un grupo de hombres y se instalaron aquí, motivados por la fiebre del oro. Al principio, el pueblo no era más que esta calle, pero poco a poco creció. Sin embargo, después de unos años, Milton vio que poco más había que rascar, y en vez de marcharse invirtió los beneficios que obtuvo con el oro y compró tierras y ganado. —Chasquea la lengua y me guiña un ojo—. Pero sus sucesores no se quedaron solo con eso: la mayoría de los locales de esta calle, son suyos.

—O sea, que se saca un buen pico solo por los alquileres.

—Sin contar con *Pine´s Cabines* —me recuerda.

Frunzo el ceño, porque no había pensado que la familia Red tuviera tanto dinero. La verdad es que parece gente muy sencilla.

Lo que me recuerda…

—Jeremiah, ¿cuánto vale una vaca?

Él se ríe por lo bajo.

—Depende un poco del peso y de la subasta, pero viene a ser más o menos unos mil dólares.

Vaya. Rhys me dijo que tenían dos mil vacas, eso hace un total de…

—Joder, están forradísimos.

Jeremiah hace un gesto descreído.

—No te creas. Un rancho tiene muchísimos gastos, por no hablar de los impuestos. Les salvan los caballos. Eso sí que deja dinero, sobre todo si son tan buenos, como es el caso. En ese sentido, Rhys hace un trabajo fabuloso.

Soy consciente de la intencionalidad que le ha dado a ese nombre, y, sin querer, pero sin poder evitarlo, me sonrojo. Jeremiah lo aprecia y sonríe con afecto.

—Te gusta, ¿eh?

Resoplo.

—¡Qué dices! Si no le puedo ni ver —contradigo.

—Es buen mozo —me dice.

Y se queda tan ancho. Creo que, según él, esa es razón suficiente para que un chico me guste.

—Para nada. Su hermano Liam es mucho más guapo. —Eso me recuerda que…—. Por cierto, ¿es adoptado?

Casi se atraganta por mi pregunta.

—¿Cómo dices?

Veo que he sido muy indiscreta, así que me apresuro a disculparme.

—Lo siento, no debería preguntar según qué cosas, pero es que…

—Es evidente que su piel y sus rasgos son distintos. Son típicos en los nativos americanos —termina por mí. Lo dice con una sonrisa suave—. Liam es fruto del primer matrimonio de Charlotte, pero después de enviudar, cuando se casó de nuevo, Elijah Red lo adoptó y lo crio como si fuera suyo. No hace ningún tipo de distinción entre sus hijos. Si me apuras, te diría incluso que es su favorito. —Mira al frente, pensativo—. Creo que se volcó mucho con él cuando perdió a su primera hija.

Uy, eso es nuevo.

—¿Su primera hija? —le insto a que me cuente el chisme completo.

—Grace —responde—. Elijah también estaba casado cuando conoció a Charlotte y tenía una hija. Cuando se separaron, la madre no le permitió ver a la niña.

Esto me parece horrible.

—¿Nunca?

—Jamás —responde—. Aunque Elijah no pierde la ilusión. Ni Charlotte. Es la que se encarga de mantener viva la esperanza. Siempre dice que algún día tendrá a todos sus hijos sentados en la misma mesa. Espero de corazón que así sea. Elijah sufre mucho por Grace.

Sin conocerlo, Elijah ya me cae bien. De hecho, toda la familia Red es estupenda.

«Menos ese que te está esquivando», me dice mi yo dolido por su distanciamiento. Lo mando al garete, porque ¿acaso no quería que me dejase tranquila?

«Pues no».

—También conocí a Jack —digo para no seguir pensando en Rhys—. Creo que el papel de jefe de policía le viene al pelo, porque es un tanto… ¿paternalista?, ¿controlador? —me guaseo.

Jeremiah se pone un poco colorado y evita mi mirada. No sé por qué veo culpa en sus ojos. Tal vez sean imaginaciones mías.

—Es muy buen muchacho, sí señor. Todos los Red lo son. —Seeep. Es culpa. Su voz también está impregnada de ella.

Me trago la curiosidad, pues ya lo conozco lo suficiente como para saber que si no dice nada al respecto, es porque no quiere hacerlo.

—Por no hablar de Jolene —coincido.

Su actitud cambia de forma radical, porque sonríe de oreja a oreja. Recuerdo entonces que Jolene me contó que Olivia y ella habían sido muy buenas amigas.

—Ah, Jolene. Qué criatura más magnífica —dice con verdadero afecto. Su sonrisa se agranda cuando suenan las campanillas de la entrada—. Mira, la hemos invocado.

Me doy la vuelta y veo a Jolene.

Se me forma una sonrisa genuina que delata todo el aprecio que siento por ella.

—¡Hola! —saludo—. ¿Cómo tú por aquí?

Ella se acerca al mostrador, donde estamos Jeremiah y yo. Saluda a Jeremiah con un cabeceo afectuoso, pero se dirige a mí.

—Me he escapado porque no tengo nada hasta después de almorzar —me informa—. He supuesto que estabas aquí.

—¿Me buscabas?

Asiente y suspira.

—Hoy hemos recibido confirmación de reserva de *Pine´s Cabines*, por lo que mañana tienes que dejar libre la cabaña —me suelta.

Y a mí se me cae el mundo a los pies.

—Oh, vaya —musito.

Aunque es algo que sabía que podía pasar, me sienta como un jarro de agua fría. Porque no: no me quiero ir de aquí de momento. ¿O nunca?

—¿Qué es eso de que tiene que dejar la cabaña? —quiere saber Jeremiah.

Jolene suspira con tristeza antes de responder a su pregunta.

—Le arrendamos la cabaña a Rika por una semana, y mañana se cumple el plazo.

—Eso quiere decir que me tengo que marchar —le informo—. Aunque no sé dónde.

Lo último lo he dicho casi para el cuello de mi camisa, pero Jeremiah, que además de la vista tiene el oído muy fino, se cruza de brazos.

—Ah, no. Tú te quedas aquí.

—En Miltown no hay hoteles —le recuerdo.

Jeremiah gruñe, pero luego se ruboriza.

—Pero tienes gente que te aprecia. —Suspira y anuncia—: Te quedarás en mi casa el tiempo que haga falta.

El corazón se me sale del pecho y los ojos se me encharcan de gratitud.

—¿Lo dice de verdad? —digo con un hilo de voz.

Jeremiah asiente, decidido. No lo dudo y, agradecida, le doy un abrazo de oso mientras rompo a llorar. No puedo evitarlo. Siempre me pasa cuando la gente me muestra su cariño.

—Jeremiah, es usted muy bueno —escucho decir a Jolene—, pero lo mejor será que se venga con nosotros.

Suelto a Jeremiah y la miro mientras me sorbo la nariz.

—¿Al rancho? —Jolene asiente—. Pero no quiero molestar.

—No molestas. Además, estoy cansada de estar rodeada de testosterona. Me vendrá muy bien contar allí con una amiga.

El corazón se me estruja un poquito, por lo que rompo a llorar de nuevo mientras soplo a dos carrillos.

Ufff, no puedo con tanto amor. No estoy acostumbrada a él. No desde que murió mi padre.

—Se queda conmigo —sentencia Jeremiah.

—Se viene con nosotros —le planta cara Jolene.

No puedo menos que reír ante esta competencia. Y me siento muy feliz, porque siento que no soy un estorbo para ellos.

Jeremiah gruñe.

—¿Tú qué quieres hacer? —me pregunta.

Lo pienso rápido, pero solo hay un camino posible. No tiene nada que ver que esa opción me facilite volver a ver a Rhys.

Tomo las manos de Jeremiah y le pido disculpas con la mirada.

—Eres muy bueno, y siempre tendré en cuenta que te ofreciste para ayudarme. Pero debido a mis circunstancias, el rancho es la mejor alternativa. Es privado, y allí nadie podrá encontrarme.

Jeremiah agranda los ojos un poco, señal de que ha sospechado que estoy en peligro.

—Además —interviene Jolene—, allí estará protegida.

El buen hombre la mira a ella y luego a mí. Hay preocupación en sus ojos.

—¿Tan mal está la cosa?

Niego para tranquilizarle.

—No, pero podría estarlo —le respondo con gravedad. Al ver su rostro preocupado, le quito importancia a mis palabras pellizcándole las mejillas—. Aunque no vayas a pensar que te voy a dejar tranquilo. Pienso venir todos los días a darte la tabarra.

Lo medita durante un instante.

—Está bien —termina por aceptar—. Además, allí cuentas con jóvenes fornidos que darán la cara por ti. Sobre todo uno.

Y el muy capullo me guiña un ojo.

—Aunque le hayas partido la cara —se guasea mi amiga.

Joder, qué bien suena esa palabra… Espera, ¿qué ha dicho?

—¡Jolene! —amonesto.

—Un momento, un momento —se suma Jeremiah—. Esa historia no me la sé.

Voy a protestar, pero Jolene se me adelanta.

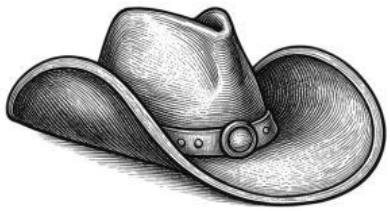
—Pues venga, venga, que yo se la cuento.

Gruño de pura exasperación.

Pero mientras estos dos se ríen de mí, no dejo de pensar en lo fabuloso que es volver a sentirse querida.

En lo maravilloso que es volver a estar en familia.

22



Pedirás al amanecer; agradecerás cada atardecer
(Y entre medias, un milagro)

RHYS

—Qué cojones…

No me veo, pero a juzgar por la carcajada de mi hermano Liam, ahora mismo tengo que tener una expresión que va entre la sorpresa, la incredulidad, el espanto y la fascinación. Creo que es la cara que pondría quien ha estado toda su vida buscando extraterrestres y de pronto se topa con uno.

Miro a Liam, no para regañarle porque se esté partiendo el culo de mí, sino buscando una confirmación de lo que estoy viendo con mis propios ojos.

La encuentro cuando me palmea el hombro y me dirige una mirada más que significativa.

—Hay que tener cuidado con lo que se pide —me dice.

Me echo a temblar.

De pequeño pensaba que Liam tenía el poder de leer la mente, y aunque hoy sé que eso es absurdo, una parte de mí sigue creyéndolo. Pero no es eso lo que me provoca espanto: es el hecho de descubrir lo evidentes que son mis sentimientos hacia cierta

pequeñaja, la misma que ahora está en *mi* rancho saludando a *mi* padre.

Aun desde la distancia, me parece ver que este mira en mi dirección, y no dejo de preguntarme por lo mucho que sabe mi padre aunque parezca que no se entera de nada.

Como siempre que algo me pilla desprevenido, reacciono mal y busco a quien responsabilizar por este cambio de acontecimientos.

O a quien agradecer.

Ahora creo que la culpa la tiene mi padre por obligarme a realizar lo que él llama el Ritual de los Red.

Cuando esta mañana me he despertado, me he enfadado mucho con Dios por no quitármela de la cabeza, pese a mis ruegos. Pero nada, que no había forma y ahí estaba ella, pegada a mis pensamientos cual garrapata emocional.

El canto del gallo me ha sorprendido despierto, señal de que no he dormido nada durante toda la noche. No me voy a mentir a mí mismo ni a fingir que no sé el motivo, porque lo tengo clarísimo; hoy es el día que Rika tiene que dejar la cabaña. Y puesto que no hay hoteles en Miltown, no le queda más remedio que marcharse.

Con semejante panorama me he preparado para pasar el que he presentido iba a ser un mal día.

Me he puesto mil capas, pues en Montana las mañanas muerden un poco. Cuando he bajado, el café ya estaba preparado. De eso se encarga mi padre, pese a las protestas de mi madre, que insiste en levantarse con nosotros a las cuatro y media de la mañana, sin éxito. En esto mi padre se mantiene firme y la obliga a quedarse en la cama. Parece mentira que esta sea la única guerra que mi padre le haya ganado en la friolera de treinta y un años que llevan juntos, aunque creo que, en el fondo, ella se deja ganar.

—¿Una mala noche? —me ha preguntado mi padre después de que al pasar a su lado le haya soltado un gruñido a modo de saludo.

Me he encogido de hombros y le he dado un trago al café. Estaba caliente de cojones y me he quemado la lengua, pero este dolor no me ha molestado. Me ha distraído de mis pensamientos. O lo habría hecho, si no fuera porque mi padre ha insistido.

—¿Te puedo ayudar en eso que sea que te pase?

Le he sonreído.

Mi padre es lo más básico del mundo. Si ve que te pasa algo, lo primero que hace es indagar. Si no logra nada, ofrece su ayuda. Si la rechazas, te da un consejo tonto. De igual modo, siempre hace que te sientas mejor. O, al menos, te hace ver que, pase lo que pase, siempre podemos contar con él.

—No, papá. No está ni en tus manos, ni en las mías —le he respondido. Y he odiado cuando mi voz ha sonado tan derrotada.

Él ha esbozado una sonrisa tranquilizadora.

—Nada está en nuestras manos, hijo. Están en las de nuestro Señor. Solo tienes que pedirle.

Y me ha obligado a salir fuera, convencido de que la cosa era tan simple como pedírselo a Dios.

Y, sin embargo, nada más salir al exterior he hecho justo eso: pedir.

Liam no ha tardado en unirse al ritual, que consiste en tomar nuestro café antes de empezar la jornada. Es momento de disfrutar de la paz, del silencio y la quietud del rancho, de aprovechar para ordenar el trabajo y, de paso, nuestros pensamientos.

Y pedimos. Pedimos que sea un buen día, que la lluvia y el viento nos den una tregua, que no se nos escape ninguna vaca, que nuestros trabajadores no sufran ningún percance y que todo transcurra con normalidad.

Esta mañana, además, y siguiendo el consejo de mi padre, he hecho una petición extra: que si se va, me la quite de la cabeza.

Y ahora está aquí. Y no sé qué pensar.

«Lo mismo solo ha venido a despedirse y a pagar el alquiler», me dice la voz de la razón.

Decido creerla, porque lo último que necesito ahora es una ración extra de esperanza.

Busco respuestas en Liam. Señalo con el pulgar hacia la gran casa y le pregunto:

—¿Qué hace aquí?

Mira en esa dirección, donde Rika está hablando con mi padre, mi madre y Jolene.

—Vive aquí.

Resoplo del mismo modo que mi yegua cuando se exaspera conmigo.

—Me refiero a Rika, no a Jolene.

Liam chasquea la lengua y se rasca la cabeza.

—Ah, eso. Bueno, de forma temporal, Rika también.

Compongo un gesto confundido. Regaño a mi corazón, que ahora está taquicárdico por sobredosis de esperanza.

—¿Desde cuándo? —quiero saber.

Liam se encoge de hombros.

—Pues desde que se ha quedado sin cabaña.

—Y eso lo ha decidido… —animo a que se explique moviendo la mano, enojado porque mi familia no me haya consultado primero.

—Mamá, por supuesto.

O, lo que es lo mismo, quien maneja todo el cotarro en *Red Ranch*. Y, claro, ¿para qué vamos a llevar esa decisión a consenso? Si, total, solo es mi paz mental (y mi corazón) lo que está en juego.

Si hay una cosa que odie con todo mi ser, es que no se tenga en cuenta mi opinión.

Esto es justo lo que mi familia ha hecho, porque si me hubieran preguntado, me hubiera estrujado los sesos para buscar otra alternativa menos incendiaria. Y, sin embargo, una parte de mí (varias, en realidad), está la mar de contenta.

Finjo lo contrario, claro, así que, tras un bufido, vuelvo a mi trabajo, pero la expectación hace que lo haga de puta pena. Los caballos son capaces de detectar el ánimo de los jinetes, y el apaloosa con el que estoy trabajando necesita mucha calma, algo que me ha robado la que ahora mismo está sacando del coche su equipaje.

«Hostias, que sí; que se va a quedar aquí».

Ignoro las ganas de ir a verla y me concentro en el ejercicio con el caballo. Empiezo por unos *rollbacks,* así que insto al apaloosa que gire sobre sus patas traseras. Pongo especial enfoque en que flexione el hombro hacia la paletilla para trabajar en giros cerrados y rápidos.

Solo cuando empiezo a lograr mi objetivo, consigo olvidarme de Rika, aunque sé que es algo temporal, que tan pronto como termine

el trabajo ella va a volver a acaparar toooda mi atención.

Eso sucede sobre las seis de la tarde, cuando decido que está bien por hoy y que es hora de ir a cenar. Guardo al caballo y engatuso a *Snow* con un par de zanahorias. Creo que hoy está celosona porque no hemos ido a cabalgar. Le prometo que mañana nos desfogaremos de lo lindo.

Ambos lo necesitamos.

Con semejante humor, subo a mi cuarto, me pego una ducha y bajo a cenar.

Soy el último, y, aunque me están esperando, todos están sentados. Casi grito de indignación al ver la nueva disposición.

Me coloco al lado de la *preppy* y me cruzo de brazos.

—Este es mi sitio —digo con toda la intención de incomodarla.

—Rhys… —advierte mi madre.

La miro y veo un brillo divertido en sus ojos verdes. Sé que mi reacción es excesiva y que está fuera de lugar, pero estoy un poco enfadado porque nadie me haya consultado. ¿Que sabían que iba a aceptar el plan? Cierto. Pero, hostias, qué menos que decírmelo, aunque sea para prepararme mentalmente.

—¿Qué? —me excuso de malas maneras—. Hay sitios de sobra, no tiene por qué ocupar el mío.

Y no es mentira. La mesa del comedor es de ocho comensales.

Apurada, Rika se levanta.

—No pasa nada —dice, turbada. Señala el asiento que hay a mi lado y pregunta—: ¿Puedo?

Mi madre niega con la cabeza.

—Ahí no. Ese es el sitio de Grace.

—Ni que fuera a venir justo hoy —escucho decir a Liam. Mi madre le taladra con la mirada, mientras que mi padre se sonroja.

Hay mucho dolor en ese rubor, pero no dice nada.

Yo, tampoco. La simple mención del nombre de nuestra hermana mayor, ya es motivo suficiente para aguar la noche, y bastante raruna está ya.

—Ven, Rika, siéntate a mi lado —ofrece Jolene.

Todos la miramos asombrados, pues es el sitio que solía ocupar Olivia cuando venía a *Red House*. El que le ceda un asiento que para

ella es sagrado, es señal de lo mucho que aprecia a Rika.

Esta parpadea, azorada. Creo que se ha dado cuenta del efecto que la oferta de Jolene ha tenido en el resto. Masculla una excusa y se levanta, momento en el que mi madre empieza a disculparse por, según ella, «la mala baba de algunos».

—No importa. Me sentaré donde os parezca bien. Lo último que quiero es molestar.

Me siento como un gusano al ver lo apurada que se la ve, pero luego me dirige una mirada altanera. Esta se le borra cuando mi padre se dispone a bendecir la mesa.

No puedo evitarlo y me atraganto de risa por su cara de desconcierto, pero mi madre me llama la atención con un carraspeo nada sutil.

Ahora es Rika la que aguanta la risa y me mira triunfal.

—… y te damos gracias, Señor, por contar con la compañía de Rika —concluye mi padre.

—Amén —recitamos todos a la vez, menos Rika, que parece un poco perdida y lo dice a destiempo.

—Rika, no has podido venir en mejor momento —se apresura a hablar mi madre—. El domingo celebramos el cumpleaños de Elijah. Ya verás qué barbacoa prepara.

Mi padre se sonroja, pero asiente.

—No es por presumir, pero tiene razón. Hago las mejores hamburguesas de la zona —le dice.

—Es vegana —informa Jolene.

Se me escapa un resoplido. A mi hermana, el pie por debajo de la mesa, y a mi madre la mano.

—Aquí se respetan y se aceptan las creencias de los demás —apunta mi padre, estando de esa forma de acuerdo con la colleja que me acaba de dar mi madre.

Yo me siento muy avergonzado, así que miro de soslayo a Rika para ver si lo ha visto. Sí, lo ha hecho, pero me abstengo de reír al ver su cara de desconcierto. Tal vez para todos sea lo más normal que mi madre vaya repartiendo collejas a diestro y siniestro, pero Rika la mira con pasmo y un tanto escandalizada.

—Mañana me acercaré a Albertsons y compraré tofe —trata de tranquilizarla mi madre. Supongo que cree que Rika tiene esa cara por lo de comer carne y tal.

—Creo que te refieres a tofu —señala Jolene entre risas.

—No, por favor —niega Rika—. Ni se le ocurra hacer nada especial. Y menos tofu. ¡Lo odio!

—Muchacha, entonces tú me dirás qué vas a comer.

Rika agita la cabeza.

—En realidad, soy exvegana. —Se gira hacia mi padre y le regala una sonrisa. Aunque no va dirigida a mí, se me escapa un suspiro—. Estaré encantada de probar una de sus hamburguesas.

—Con la de carne de ciervo te vas a chupar los dedos —apunta mi padre.

Casi nos reímos todos al ver que mi padre no se ha percatado del rostro lívido de Rika. Supongo que los de ciudad pueden lidiar con comerse una vaca, pero zamparse al padre de Bambi son palabras mayores. Desde luego, moralmente inaceptable.

El resto de la cena transcurre sin incidentes, aunque yo soy muy consciente de Rika, sus gestos, sus sonrisas. Y del impacto que estas tienen en mí y en el resto de la familia. Mi padre, en particular, parece fascinado con ella. Me doy cuenta de lo fácil que ha sido que los Red la acepten, lo natural que es verla allí sentada, en nuestra mesa, siendo una más.

Esto me tiene muy desconcertado.

Necesito pensar sobre este particular, así que al terminar la cena salgo fuera con la excusa de fumar. No me quedo en el porche, porque necesito poner distancia. Me dirijo al centenario álamo que hay frente al lago. Allí están dispuestos sillones de madera plegables alrededor de un brasero. Está apagado, señal de que no han pasado por aquí nuestros trabajadores. Supongo quebo al ser viernes, han decidido gastarse el jornal en el *Saloon*.

Por un momento me planteo bajar yo también a Miltown, pero ¿para qué, si lo que me interesa está aquí?

«Ufff, lo fuerte que te está dando con esta chica no es ni medio normal», me amonesto al tiempo que saco un cigarro. Miro al frente y veo que el sol está cayendo, tiñendo Silver Lake de rojo. Mientras

lo contemplo, y de forma casi inconsciente y siguiendo la costumbre, doy las gracias por lo que me ha dado el día.

A la lista de agradecimientos habituales se añade una cosa más; tener aquí a Rika.

A mi espalda escucho un crujido que me sobresalta. No sé por qué me siento pillado, si no estoy haciendo nada.

Sin embargo, no me doy la vuelta, porque sospecho que es Liam y que viene a darme por culo.

—Te advierto que no estoy de humor —le digo mientras saco un mechero.

—Eeeh… Lo siento, no pretendía molestarte.

Pego tal bote, que el mechero se me cae de las manos. Paso de él, porque estoy más interesado en la dueña de esa voz, así que me levanto para encararla.

—No, no… No molestas —me dispongo a tranquilizarla. Y a retenerla—. Lo siento, pensaba que eras mi hermano Liam. Es un poco *porculero*.

—No sé qué es eso, así que… —dice encogiéndose de hombros, pero me percato de que esboza una sonrisa que me sabe a tregua.

—Pues significa que siempre me está pinchando.

—Bueno, eso se te podría aplicar a ti también —me advierte.

—*Touché* —digo, porque es verdad.

Aunque, claro, mis motivos son diferentes de los de mi hermano. Él me pincha por el puro placer de reírse a mi costa. Yo pincho a Rika porque es la única forma que encuentro de acaparar su atención. Aunque luego me deteste. Prefiero su odio a su indiferencia.

Durante un instante nos quedamos callados, mirándonos y sin saber qué decir. Entiendo que soy yo quien le debe una disculpa por lo del beso, pero, cojones, no sé ni cómo empezar, así que con un gesto de la mano la invito a sentarse.

Ella me regala una sonrisa tímida y ocupa un sillón al lado del mío.

Recojo el mechero que se me ha caído y me siento. Como el silencio pesa, procedo a encenderme el cigarro, pero me indigno

conmigo mismo al ver que me tiemblan las manos. Trato de controlarme, así que suelto el humo con calma.

Esta se va por el retrete cuando la escucho suspirar.

—Qué bonito es esto… Pero qué frío —dice arrebujándose con su cazadora de pana rellena de borreguito. Todavía huele a nueva. Supongo que es una de las prendas que compró cuando fuimos a Bozeman, porque, además, es muy del estilo de estos lares.

—No hace ni pizca de frío —la contradigo, pero me dispongo a encender el brasero.

—Para mí, sí. Ten en cuenta que vengo de Los Ángeles, un sitio donde el frío brilla por su ausencia —se justifica fingiendo un escalofrío—. Esto es lo más cerca que he estado del invierno en mucho tiempo.

Termino de prender las brasas y vuelvo a mi sitio.

—¿Tan mal llevas el frío?

No lo pretendía, pero mi voz ha sonado a reproche y desilusión. Ella se percata, porque me dirige una mirada triste que no sé cómo interpretar.

—Supongo que todo es aclimatarse —me dice—. Digo, por la cuenta que me trae.

—¿Por qué? —quiero saber—. ¿Acaso vas a quedarte aquí?

—Si por aquí te refieres a Montana, la respuesta es sí, al menos por un tiempo. —Chasquea la lengua, pero luego se retuerce las manos—. Pero si aquí es *aquí*, en *Red Ranch,* depende.

—¿De qué?

—Pues… de ti.

Hostias.

Por miedo a malinterpretar su respuesta, decido que lo mejor es quedarme callado. Por eso, aprieto los labios con fuerza para que las palabras no se escapen, y me aferro a los brazos del sillón para que mi corazón no me obligue a ponerme de rodillas frente a ella y suplicarle.

Creo que ella ha confundido mi gesto, porque su rostro refleja inquietud.

—Rhys, tenemos que hablar.

Al sondear sus ojos, me doy cuenta de que estamos en un punto de no retorno. Que lo que se diga a continuación marcará un antes y un después entre nosotros, así que me preparo para cuidar mucho mis palabras de ahora en adelante.

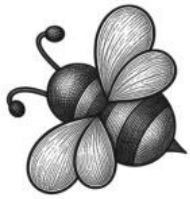
Aunque el bronco que hay en mí, que no sé por qué se cree ganador, está como loco por salir a la pista y darlo todo. Y esto puede ser fatal. No puedo dejar que el torrente de palabras salga por mi boca sin control alguno, porque, y dado que depende de mí, solo hay una respuesta posible:

«Quédate».

Pero no es esto lo que me cuesta tanto retener, sino las palabras que le siguen a esta súplica:

«Para siempre».

23



No responderás ataques con impulsividad o agresión
(¡Pero a veces me lo ponen taaan difícil!)

RIKA

No se puede con este chico, de verdad.

No sé qué he dicho ahora para que esté tan molesto.

Joder, mírale… Si está más tieso que el palo de una escoba y con una cara de perdonavidas que no puede con ella.

De verdad, mi orgullo me insta a que me levante y me pire de aquí, pero la lógica me recuerda que esta es nuestra única alternativa, así que no me queda más remedio que lidiar con Rhys. Mi corazón me dice otra cosa más, pero a este decido ignorarle.

No estoy yo para *tontás* romanticonas.

—Escucha, Rhys, yo no tenía esto planeado —empiezo a decir.

—¿A qué te refieres con *esto*? —pregunta con recelo.

—Venir aquí, a tu rancho —respondo—, pero tu hermana me lo ha ofrecido y no he podido rechazar su oferta.

—¿Porque no tienes adónde ir? —aventura.

Niego con efusividad.

—Porque, ahora mismo, no quiero ir a ningún otro sitio —confieso. Lo miro fijamente y me sorprendo al ver el reflejo del

fuego en sus ojos. O tal vez este sea un fuego interno. Y antes de que me alcance y eche a arder con él, lo sofoco soltándole con dureza—: Pero me iré, si eso te incomoda.

Rhys alza las cejas, sorprendido.

—¿Incomodarme?

Bailo la mano en el aire para relajar un poco el ambiente. No se me da bien enfrentarme a temas serios, así que disfrazo mi inquietud con despreocupación.

O, al menos, simulo que tengo el control, aunque la verdad sea bien distinta.

—A ver, Rhys, pongamos las cartas sobre la mesa. Es obvio que te caigo como el culo, que soy más molesta que una mosca. O un abejorro —corrijo con una sonrisa apaciguadora, pero luego me pongo formal—. Fuera bromas, lo último que quiero es tener problemas contigo.

Rhys parpadea, pero luego suelta un bufido y agita la cabeza, como queriendo decir: «Madre mía, lo que tengo que aguantar…».

—Rika, para empezar, no me caes como el culo…

—Pues no lo parece —le corto, pero él me dirige una mirada admonitoria, así que me callo y le dejo hablar.

Lo hace después de darle una larga calada al cigarro. Por deferencia a mí, gira la cabeza hacia el otro lado al echar el humo.

—No me caes mal, aunque reconozco que a veces me sacas de mis casillas. Me entran ganas de… estrangularte. —Pone las manos en garras y aprieta un cuello imaginario. El mío, vamos—. Pero, si lo pienso con frialdad, no; no tiene nada que ver contigo, aunque sí con tu actitud.

Me pongo más rígida que la cuerda de un arpa.

—¿Mi actitud?

Vuelve a dirigirme esa mirada de reproche, la que me responsabiliza de todos los males del mundo.

—Sí, tu actitud. Si no fueras tan maleducada, tan borde conmigo, yo no reaccionaría tan mal.

Me levanto de golpe y pego un grito indignado.

—Pero ¡si es justo al revés! Si soy tan borde contigo, es porque no haces más que pincharme.

El muy canalla sonríe de medio lado.

—Sí, reconozco que yo tampoco me quedo atrás. —Voy a protestar, pero lo pienso mejor y me marcho. Él lo impide agarrándome de la manga—. Por favor, siéntate.

—¿Para qué? Contigo no se puede hablar.

—Por favor —insiste—. Creo que tenemos pendiente esta conversación. Sin gritos ni peleas. Sin pisarnos cuando hablamos. Pero, sobre todo, con la verdad por delante.

Veo una súplica en sus ojos, a la que sucumbo. Después de resoplar, me dejo caer en el sillón.

Tengo muy mal pronto, así que me obligo a serenarme y a no dejarme provocar.

«Recuerda que dependemos de él. Aunque te ataque, calma», me digo.

—¿Empiezas tú, o lo hago yo? —me dice al ver que me quedo callada.

Es a mí a quien le conviene estar a buenas con él, por lo que decido hacerlo yo.

—Lo haré yo. —Respiro entrecortadamente y meto las manos entre las rodillas al tiempo que alzo la vista al cielo—. No te he mentido antes cuando te he dicho que sí tengo dónde ir. Soy millonaria, así que no me costaría nada encontrar una cabaña de lujo en un resort, pero no es eso lo que quiero. Me gustaría quedarme en Miltown, en *Pine's Cabines*… o en *Red Ranch*. Si esto te causa algún perjuicio, no tienes más que decirlo. En caso de que no te importe que me quede, por mi parte prometo tragarme las réplicas cuando me pinches y esforzarme porque nuestra relación sea, al menos, cordial.

Rhys entrecierra los ojos.

—O sea, que si se me planta en los huevos que te marches, te vas.

Aprieto los labios con fuerza para no caer en su provocación.

Así no se puede, de verdad.

—Sí —admito.

Se echa para atrás y me estudia en profundidad. Miedo me da lo que está rondando por esa cabeza.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué nos caemos tan mal?

Me encojo de hombros, pero decido ser honesta conmigo misma y asumir mi culpa.

—Supongo que, por tu parte, yo fui demasiado borde contigo el día que nos conocimos. —Lo miro y me muerdo el labio al ver que todavía tiene el rostro magullado. Ahora presenta una tonalidad entre el verde y el amarillo—. Y luego lo empeoré al romperte la cara. Así es normal que no me tengas cariño. Más bien, asco.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Asco —repite más para sí que para mí—. ¿De dónde sacas eso?

Bufo. De verdad que no quería abrir este melón, pero veo que es necesario. Digo, si quiero vivir en *Red Ranch* y hacerlo en paz.

—Pues de la cara que pusiste el otro día, cuando te besé.

Ahora su sorpresa es mayúscula, porque tiene los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada.

—¿Tú? ¿Me besaste… tú? —incide.

—Bueno, tú también aportaste tu granito de arena y me correspondiste. Al menos, hasta que te repusiste de la sorpresa y te diste cuenta de a quién le estabas comiendo el morro. —Me regaño a mí misma, porque mi voz ha sonado a reproche.

Rhys niega con la cabeza antes de soltar un suspiro.

—Sabía muy bien a quién estaba besando, Rika —confiesa—. Y no; no fuiste tú quien lo inició. Fui yo quien te empotró contra la pared y quien te metió la lengua hasta la campanilla. —Tira el cigarro las brasas y luego me señala con el dedo—. Era muy, pero que muy consciente de que eras tú, y no cualquier otra, porque, hostia puta, Rika, es algo que llevo arrastrando desde que te conocí.

Me sorprendo por su confesión, pero luego hago un mohín con los labios.

—Entonces ¿por qué me empujaste de malas formas? Parecías…

—Espantado —termina él por mí.

Sí, justo fue eso, más que desprecio o cualquier otra cosa.

—¿Por qué? —quiero saber.

Por un momento lo veo dudar, pero luego asiente. Lo hace con tanta efusividad, que creo que acaba de resolver algún conflicto

interno.

—Porque rompí mi regla de no ser yo quien diera el primer paso a la hora de besar a una chica.

Parpadeo, un poco perdida.

—Pero, el día de la cabaña, te abalanzaste sobre mí —le recuerdo.

Él chasquea la lengua.

—No cuenta. Me acababas de arrear y estaba en shock. Creía que estaba soñando.

Rememoro aquella noche. Me asombro mucho al descubrir que, pese a que ha pasado solo una semana, parece que sucedió hace eones.

—Ah, sí. Pensaste que yo era la rubia con la que fuiste a la cabaña.

Compone una sonrisa ladina, pero luego se torna tímida.

—Te aseguro que no era su rostro el que yo estaba viendo. Que no era a ella a quien creía estar besando.

No hace falta que añada nada más. El fuego y la fiereza de sus ojos al clavarse en los míos son toda una declaración.

Carraspeo, porque por un momento se me pasa por la mente levantarme, ponerme a horcajadas sobre él y…

—Supongo que hay una historia detrás de esa promesa —digo antes de hacer cualquier tontería.

—La hay.

Como se queda callado, agacho la mirada.

—¿Y quieres contármela?

—No es que quiera. Es que debo hacerlo para que no vuelva a haber malentendidos entre nosotros mientras estés aquí. —Se mira las uñas y luego se echa un poco hacia adelante. Cuando empieza a hablar de nuevo, clava la vista en las brasas—. La primera vez que me pillé por una tía fue a los dieciocho años. Vino a Miltown de veraneo con su madre y se alojaron en *Pine´s Cabines*. Tendrías que ver a esas dos: eran las tías más buenas que habíamos visto en nuestras vidas, hasta el punto de que todos los hombres estábamos babeando por ellas. Yo, al menos, por la hija, al ser de mi edad.

»Era de esas chicas que lo tienen todo; cara, cuerpo y una sensualidad arrolladora. Le bastaba con mirarte para ponértela dura. Ella sabía el efecto que causaba en los demás, porque siempre estaba hablando de cosas picantes, teniéndonos a todos los jóvenes del pueblo a sus pies y con la polla más que preparada por si éramos el elegido. No sé cómo, pero me pillé a lo bestia en plan superchungo y obsesivo, así que hice todo lo posible para llamar su atención. La competencia era feroz, en concreto con Duncan, mi mayor rival. —Rhys sonríe con afecto, pero luego su semblante se pone grave—. Fue de esos flechazos en los que no piensas en las consecuencias y no te importa a quién pisar, así que para ser yo el caballo ganador, y dado que en atractivo Duncan y yo estábamos muy igualados, hice algo que no se debe hacer nunca: le dije cuántas vacas tenía.

Alzo las cejas al ver por dónde van los tiros.

—O, lo que es lo mismo, presumiste de dinero.

Rhys asiente. Me mira de reojo y aprecio el remordimiento y la vergüenza en sus ojos. Luego, hace una mueca cínica.

—Fue muy tonto por mi parte, porque les di lo que venían buscando: un paleto al que hacerle todo el lío.

—Te quiso echar el lazo —aventuro.

Niega con la cabeza.

—Hizo algo peor. —Observo su perfil. Su nuez sube y baja, supongo que por el peso de los recuerdos—. No solo era guapa, sino que era muy lista. Tenía el tipo de inteligencia ladina, así que estuvo investigándome. Cuando determinó que era una presa perfecta, empezó a jugar conmigo. Unas veces parecía que me iba a elegir y otras pasaba de mí como de comer mierda. Me volvió loco, hasta el punto de desesperarme, sobre todo cuando la veía tontear también con los demás. Coqueteaba con todos, pero luego no se decidía por ninguno. Ahora sé que lo hacía para darme celos y tenerme en la palma de su mano.

»Una noche pillamos unas cervezas. No tardaron en hacernos efecto y empezamos a desinhibirnos. Creo que fue ella la que, como que no quiere la cosa, empezó a hablar de cuáles eran sus fantasías sexuales. Recuerda que éramos unos adolescentes y que estábamos

cachondos todo el santo día. Ella nos contó que su sueño era que la trataran como una puta y que la… forzaran. Lo dijo entre risas, con ese aire suyo de colegiala cachonda y monja descarriada, pero me miraba con intención. Me dio mucho miedo confundir las señales, pero antes de marcharse a su cabaña me susurró que esa noche su madre había ido a una fiesta y volvería tarde. Que dejaría la puerta abierta por si a alguien se le ocurría hacer realidad sus fantasías. Supe que era una indirecta muy directa cuando me tocó la polla. Cualquiera que lo hubiese visto pensaría que era un roce casual, pero no fue así: me la estrujó, así que ¿qué quería decir eso?

—Pues, a todas luces, que quería tener sexo contigo —reconozco.

—Eso mismo pensé yo —coincide—. Así que he aquí el cóctel: alcohol, un joven como loco por meter y una invitación. ¿Resultado? Pues un crío con muchas ilusiones que se cuela en una cabaña para hacer realidad la fantasía sexual de la chica por la que suspira.

Rhys se queda callado. Debido a la gravedad del asunto, respeto su silencio y aguardo a que quiera seguir contándome su historia.

Lo hago con el corazón un poquito estrujado, porque sospecho que no pinta bien la cosa.

—No te vayas a creer que no me olía algo raro, pues mientras me colaba en su cabaña me entraron muchas dudas. Pero cuando entré a su habitación, me recibió con una sonrisa y los brazos tendidos. Así que me abalancé sobre ella y la besé, pero entonces empezó a gritar y a pedir que parase… Y yo, como un gilipollas, pensé que estaba siguiéndome el juego, por lo que seguí forzándola —dice entrecomillando la última palabra—. Hasta que su madre, teléfono móvil en mano, entró en la habitación. Me estaba grabando.

—Qué hijas de puta… —se me escapa al intuir cómo acaba la historia.

Rhys se gira hacia mí y asiente con la cabeza.

—Sí, qué hijas de puta.

—¿Estaba todo planeado? —Es una pregunta retórica, porque la respuesta es más que obvia.

—Así es, aunque en ese instante no lo supe. En lo único en lo que pensaba era en que tenía que salir de ahí echando leches. —

Mira al suelo y gruñe—. Al día siguiente, mi hermano, que ya había empezado a trabajar en el departamento de policía, vino a arrestarme.

—¿Te denunciaron?

—Por allanamiento, acoso e intento de agresión sexual a una menor de edad —recita.

—¿Menor? —pregunto, un pelín conmocionada por el cariz que estaba tomando la historia.

—No había cumplido los diecisiete, aunque nos dijo a todos que tenía diecinueve años, y, créeme, los parecía. Incluso más.

Yo cierro los ojos al intuir el daño que le he hecho con todas mis acusaciones pasadas.

—Joder, Rhys… te pido perdón —le pido.

Veo que se siente descolocado, pero luego cabecea al adivinar a qué me refiero.

—No tenías forma de saberlo.

No puedo evitarlo y le tomo las manos. No me conformo con apretárselas, sino que les doy un pequeño beso. Ya no se las suelto.

—De todas formas, reitero mis disculpas. ¿Qué pasó después? —quiero saber.

Él contempla nuestras manos entrelazadas y hace una mueca tierna con la boca. Dictamino que le gusta el gesto.

—Pues que la madre se presentó en *Red Ranch* para negociar con mi padre un acuerdo económico a cambio de retirar la denuncia. —Compone un gesto de puro cinismo—. Nada, no mucho; unos míseros doscientos mil dólares.

Silbo, maravillada.

—Anda que pidieron poco. Tu padre no dudaría en pagar, claro —observo.

Me asombro mucho cuando Rhys me mira escandalizado.

—Al contrario. Le pidió que siguiera adelante con la denuncia, porque si yo había hecho algo tan horrible, debía asumir las consecuencias.

Chasqueo la lengua.

—No conozco mucho a tu padre, pero intuyo que él sabía que esa mujer tenía todas las de perder.

Rhys piensa sobre ello durante un rato. Al cabo, asiente.

—Tienes razón; él sabe muy bien los valores que nos ha inculcado. Y nunca, jamás, forzaríamos a una mujer. Es muy bueno, pero no tonto, así que decidió ponerlas a prueba negándose a pagar. No eran estúpidas, e intuyeron que aquí no había de donde rascar, así que retiraron la denuncia y se marcharon en busca de otro tonto que entrara en el juego.

—Pero ¿por qué no quisieron ir a juicio? Si apretaban las tuercas, incluso lograrían más dinero.

—O no. No querían juicios que podían alargarse en el tiempo, sino dinero fácil y rápido. —Sonríe con cinismo—. Debido a los contactos de mi hermano Jack en la policía, averiguamos que no era la primera denuncia falsa que interponían, que eran unas estafadoras que se dedicaban a chantajear a los padres de los pobres críos que caían en sus redes. No me vayas a malinterpretar —se apresura a añadir—, no me quiero quitar culpa. Me regí por la polla.

Niego con la cabeza.

—Tú lo has dicho; eras un crío.

Asiente antes de lanzar un largo suspiro.

—Desde ese día, me aterra ser yo quien dé el primer paso, por muy claras que sean las señales. Es algo que he llevado a rajatabla, menos contigo. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, me asusté mucho, por eso reaccioné así, y más al ver que tú parecías consternada por lo que acababa de suceder, como si no lo quisieras en absoluto.

¿Consternada? Mucho. Porque aquel beso cambió las reglas del juego, la percepción que tenía de él y la magnitud de mis sentimientos por él.

Pero no estoy preparada para confesar eso, porque es dar un paso que no sé si puedo (o debo) dar.

Aún.

—Dices que fuiste tú quien me empotró, pero lo cierto es que yo también quería ese beso —admito. Rhys abre un poco los ojos y ladea la cabeza. Me odio mucho cuando veo que tengo que matar la

esperanza que muestran ahora mismo sus ojos aguamarina—. Pero no puedo permitírmelo, Rhys. Yo… no estoy para estas cosas.

—Define estas cosas —me pide.

No sé qué responder, pero al final decido confesarle la verdad.

—Estos días he pensado mucho. No sé si te habrás dado cuenta, pero suelo ser un amor. —Se ríe por la nariz, así que le amonesto golpeándole el hombro—. No te burles, que hablo en serio.

—Perdona —se disculpa—. Y sí, tienes razón; eres un amor con todos. Menos conmigo —puntualiza—, aunque creo adivinar la razón.

Lo miro, sorprendida.

—Ah, ¿sí?

—Sí —confirma—. Pero no te lo voy a decir. Digo, si no quiero parecer un creído.

Sonrío con maldad.

—Eso lo eres aunque tengas la boca cerrada, así que venga: suéltalo.

Se recuesta en el sillón y se limita a contemplarme.

—¿Nunca te has preguntado por qué siempre te estoy pinchando?

Me encojo de hombros.

—Por lo que ya te he dicho antes: porque he sido una borde contigo. No has hecho más que responder a mis provocaciones. Aunque, entre nosotros, lo has hecho de muy malas formas. Tienes peor pronto que yo —le acuso medio en broma.

—Sí, puede ser por eso, pero yo me decanto más por lo otro: no me gusta…

—No, si eso lo tengo claro —le corto—: no te gusto nada.

Vuelve a quedarse callado y a mirarme de esa forma que me pone tan nerviosa. Tan en guardia.

Suspira, pero no aparta los ojos de mí.

—Te equivocas —habla al fin—. No eres tú lo que no me gusta; es el hecho de que me gustes lo que me tiene encabronado. Y creo que a ti te pasa lo mismo.

Parpadeo, confundida. Inspiro un par de veces para pensar sobre ello. Al hacerlo, un hilo de vaho se escapa por mis labios. Lo observo hasta que se desvanece, ya que no me atrevo a mirar a los ojos de

Rhys, que espera una réplica por mi parte. O una confirmación, porque, joder, vaya si tiene razón.

Soy muy consciente de que ahora la pelota está en mi tejado, pero ¿quiero bajarla? Hacerlo sería adentrarme en un terreno desconocido en el que está en juego mi corazón.

Y lo último que necesito es acabar con él destrozado.

—Cierto, Rhys —termino por confesar, aunque mi tono de voz refleja que esto, lejos de ser algo bueno, es una putada. Y de las gordas—. Pero ahora mismo no tengo la cabeza para enredarme contigo. Ni con nadie.

Le echo un vistazo y lo veo suspirar, desencantado.

—Vale —acepta—. ¿Y puedo saber por qué?

¿Quiero que lo sepa? Bueno… eso es harina de otro costal. Pero si quiero aclarar las cosas entre nosotros, tengo que responder. Decido hacerlo con una versión edulcorada de la verdad.

—No sé si te habrás preguntado alguna vez qué me ha traído a Montana.

Rhys me mira con un deje especulativo, pero se encoge de hombros.

—Supongo que tiene algo que ver con tus redes sociales.

Me sorprendo por lo acertada que es su conjetura.

—¿De dónde sacas eso?

—Bueno, eres una *influencer* que viene a un Estado en el que la cobertura brilla por su ausencia y que no quiere conectarse a internet.

Ladeo la cabeza y entrecierro los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Por la cara de agobio que pusiste cuando mi hermana te ofreció el wifi de la peluquería. —Eso me sorprende, no porque mis sentimientos sean tan evidentes, sino por qué él haya pensado sobre ello hasta llegar a esa conclusión. Caray, piensa en mí más de lo que creía—. Además, el día que fui a buscarte para llevarte a KentHat me dijiste que estabas grabando un *tiktok* para subirlo cuando volvieras a L.A., así que o te has tomado unas vacaciones, o ha pasado algo que te ha obligado a alejarte de ellas. A juzgar por la tristeza y la preocupación que a veces veo en tus ojos, me decanto por lo último.

Hago un mohín con los labios.

—No andas mal encaminado —confieso.

—¿Qué pasó?

Me miro las palmas de las manos y suspiro entrecortadamente.

—Bueno, digamos que me ha salido una especie de acosador y, de forma temporal, mi representante me ha aconsejado que desaparezca un tiempo de redes sociales hasta que se canse.

«O hasta que lo atrapen», pienso, pero no lo digo en voz alta, porque sería delatar que la cosa es mucho más grave de lo que he expuesto.

Rhys frunce el ceño. Veo en sus ojos una fiereza que no había visto antes.

—Define especie de acosador.

Carraspeo y me muevo, incómoda. No me gusta pensar en ello.

No quiero que User85432_ controle mis sentimientos. Ni que mi vida gire en torno a él, aunque de forma inconsciente lo está haciendo.

—Bueno, pues alguien que se dedica a acribillarte a mensajes en plan baboso y chungo, a amenazarte, a insultarte… —Veo que estoy hablando de más, así que bailo la mano en el aire—. Nada preocupante, solo gente muy aburrida y con una vida de mierda que quiere verte caer. Lo que viene siendo un *hater*, pero más pesado de lo normal.

Parece tranquilizarse.

—A esa gente mejor no darle bombo.

Asiento para indicar que estoy de acuerdo con él.

—Es justo lo que estoy haciendo; poner tierra de por medio. —Veo que tiene un millón de preguntas, pero esto es lo máximo que puedo contarle, así que añado antes de que las formule—: Y es por eso por lo que la primera noche me mostré tan desconfiada y tan…

—Precavida. —Rhys sonríe y se gira un poco hacia mí—. Sí, ahora tiene mucho sentido tu comportamiento conmigo.

—Y el tuyo —le digo al recordar lo que me ha contado de la chica—. Así que estamos en paz.

Rhys ríe por la nariz y me pongo en guardia.

—¿En paz? ¿Tú crees, Rika?

—¿Qué quieres decir?

Me mira con intensidad y suspira. Para mi sorpresa, incluso para la suya, confiesa:

—Pues que me vuelves loco. —Se quita el sombrero y se peina el flequillo antes de volver a ponérselo—. Que va a ser una tortura saber que estás en la habitación de al lado, verte a cada rato y tener que controlarme para no besarte. ¿Tú a esto lo llamas paz?

El alma se me cae a los pies, porque acaba de describir el panorama que me espera los próximos días.

Para mí también va a ser una tortura.

—Tal vez tengas razón y lo mejor es que me marche. Lo último que quiero es que estés mal.

—Yo no he dicho que esté mal —contradice con una sonrisa de canalla—. Puede ser refrescante introducir un poco de locura en una vida tan rutinaria como la mía.

Capto la insinuación, pero niego con la cabeza.

—No puedo, Rhys. No puedo involucrarme en una relación. Ahora, tal y como está mi vida, no.

Guarda silencio, en el que se limita a escudriñar mis ojos. Al cabo, entrecierra los suyos.

—Sabes que va a ser difícil para ambos.

—Lo sé.

—Y que, si me buscas, me vas a encontrar.

—También lo sé. —Suspiro.

Rhys clava sus ojos en mi boca. Eso hace que me estremezca, y más cuando le veo pasarse la lengua por los labios, con lentitud, deleitándose por anticipado.

«Dios, que no me bese, que con él no me sé controlar». Pero pese a esta petición, me veo incapaz de apartar los ojos de su boca. Joder, qué putas ganas de que la estampe contra la mía.

Rhys, al ver la avidez de mi mirada, sonríe de medio lado y chasquea la lengua antes de apartarse de golpe.

Entonces contempla el cielo, donde la luna está en su cuarto creciente. Qué cosas… Parece que está asomándose a medias a través de una cortina para espiarnos.

—Ni te la he pedido, ni tú quieres dármela, pero no todo el cielo es luna, *preppy*. —Se levanta y me observa desde arriba—. Si tienes un poco de paciencia, puedes ver estrellas fugaces.

La mandíbula se me desencaja un centímetro por la insinuación, pero luego entrecierro los ojos.

—¿Me estás proponiendo echar un polvo de vez en cuando?

Ríe por lo bajo. Lejos de responder, me guiña un ojo y echa a andar.

—¡Rhys! —grito, pero él sigue caminando sin mirar hacia atrás.

Cabreada, cojo una piedra y se la lanzo. Mi cabreo crece cuando esta pasa a su lado sin pena ni gloria y él suelta una carcajada.

—¡*Redneck*! —le insulto.

Él me ignora, al menos durante un corto trecho, pero entonces se da la vuelta y, caminando hacia atrás, vocifera:

—¡Cuando, donde y como quieras, abejorro!

Me muerdo las mejillas por dentro para no sonreír como una gilipollas, porque no sé cuándo, ni dónde ni cómo.

Pero sí sé que quiero.

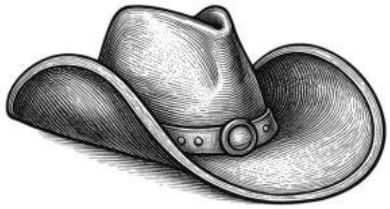
¡Vaya si quiero!

User85432_



Es muy estúpida si piensa que quiero destruirla.
Yo lo que quiero es su dinero.

24



No domarás a quien no quiere ser domado
(O el domado serás tú)

RHYS

Vaya puta noche que he pasado, venga a dar vueltas en la cama, a morder la almohada y a contar ovejas con la vista clavada en el techo. Vamos, lo mismo que la última semana, pero con el agravante de saber que la causante de mis delirios está a tan solo unos metros.

Repaso la conversación que tuvimos una y otra vez. No tanto por lo que dijimos, sino por lo que callamos. En concreto, ella.

Algo me dice que, por mucho que le quite hierro, el asunto del acosador es más grave de lo que sostiene, porque dudo que una persona lo deje todo por un par de comentarios hechos a mala baba. Qué va. Ahí hay algo muy gordo.

Me prometo averiguar más al respecto, pero como el despertador suena, me levanto de un salto. Me cruzo con Liam y con mi padre en la cocina, y tras un café rápido (y nuestro ritual), me dirijo al establo y me pongo con los caballos, ya que trabajan mejor antes de que atice el calor, si es que lo hace.

Liam ha dicho que huele a nieve, así que es probable que nos sorprenda una tormenta de nieve a lo largo de la mañana.

De hecho, los hombres se quejan del drástico descenso de temperaturas. Yo no. Ahora mismo, estoy sudando como un pollo. Claro que el alazán ruano que entreno tiene mucho que ver.

Es relativamente nuevo, pero ya ha aceptado las riendas y cada vez le he ido metiendo poco a poco más peso, hasta que se acostumbre al mío. El problema es que no lo hace, y me cuesta Dios y un triunfo mantenerme sobre él más de un segundo.

—Venga, que ya casi te haces con él —escucho guasearse a mi hermano Liam después de que el caballo me tire.

Ootra vez.

Muchos vaqueros se han acercado a verme trabajar. Creo que en el fondo les encanta ver cómo me derriban.

—Vete a la mierda —le digo mientras me sacudo el polvo del trasero, pero justo capto algo que hace voltearme.

Y entonces la veo venir, con sus vaqueros ajustados, su camisa de cuadros que a duras penas puede contener su pecho, sus botas y su cabello recogido en dos coletas que desatan mi imaginación calenturienta.

A mi izquierda se oye una risa capciosa, pero estoy tan obnubilado que no puedo dejar de mirarla, al menos hasta que escucho al caballo relinchar. Lo contengo y lo monto de nuevo. Lo hago con toda la chulería del mundo para lucirme ante ella, pero el puto caballo no está por la labor y se alza sobre las patas traseras, tan brusco, que casi me derriba.

Cabreado, me giro a los hombres, que se están descojonando de mí. Me esfuerzo en tomar el control, más que nada porque Jolene y Rika se han acercado a verme y no me apetece hacer el ridículo en su presencia.

Logro dominarlo, pero estoy tan nervioso que el alazán lo presiente y empieza a corcovear como un cabrón.

—Me cago en la puta hostia —mascullo entre dientes y mientras hago presión con las rodillas para refrenarlo.

No me gusta tirar de las riendas, pero al final me veo en la obligación de hacerlo. Me aferro a él con todas mis fuerzas, porque

por mis santos bemoles que Rika no va a ser testigo de mi caída.

—¡Vamos, Rhys! —escucho decir a Jolene.

Miro primero a mi hermana y luego a Rika, que tiene una expresión de preocupación.

Me entretengo más de la cuenta, momento en el que el alazán frena en seco y dobla las patas delanteras para…

Seeep. Para lanzarme por los aires.

—¡Joder! —exclamo justo antes de estamparme contra el suelo.

Lo hago despatarrado y dando un par de vueltas sobre mí mismo, desollándome las manos y, con probabilidad, el trasero.

Una caída de lo más aparatosa y vergonzosa.

—¡Rhys! —escucho decir a Rika, pero cuando miro en su dirección veo que está saltando la valla y que se dispone a venir a auxiliarme.

Con los ojos fuera de mis órbitas, aterrado, alzo la mano para detenerla, pero antes de que pueda decirle que se quede donde está, ya está encima de mí.

—¡Rhys, Rhys! —me dice tocándome todo el cuerpo buscando daños—. ¿Estás bien?

Gruño, pero el terror me puede al ver que el caballo viene sin control alguno derecho hacia nosotros.

Con un rugido, la tomo de la cintura y ruedo con ella para ponerla bajo mí y protegerla con mi propio cuerpo. Tiemblo de pavor y me preparo para lo peor.

Pero lo peor no llega, porque Liam, sin dudarlo, también ha saltado la cerca y se ha hecho cargo del caballo.

Vuelvo a temblar, esta vez de pura rabia. Me incorporo un poco para contemplar a la culpable de que hayamos estado a punto de ser coceados por un caballo salvaje.

Rika me mira con los ojos muy grandes, y parte de mi furia se disipa al ver el terror reflejado en su semblante, en sus labios temblorosos. Por un momento me pierdo en sus ojos, pero luego recuerdo dónde estamos y lo que ha estado a punto de pasar, así que me levanto, la obligo a hacer lo mismo y a abandonar el cerco.

Voy a echarle un rapapolvo de padre y muy señor mío, pero mi hermana se adelanta y la abraza con fuerza.

—Joder, Rika, qué miedo he pasado. —Se aparta y la revisa de arriba abajo para comprobar su estado—. ¿Estás bien?

Rika, que sigue asustada, asiente. Creo que todavía no es consciente del peligro al que se ha expuesto, porque nos mira sin comprender.

—¿Qué va a estar bien? —mascullo sacudiéndome para quitarme el polvo—. Está como una puta cabra.

Rika achica los ojos.

—Hay que ver lo poco que me gustan los animales a mí, y lo mucho que te gusta a ti compararme con ellos —dice con la respiración entrecortada.

Creo que todavía no se ha repuesto del susto.

—Solo es una forma suave de decir que estás para encerrarte.

Exhala un gritito descreído.

—Y eso me lo dice un tío que pretende montar a un caballo salvaje.

—No, te lo dice un tío que sabe que cuando un caballo está desbocado, lo mejor es apartarse de su camino, no cruzarse en él.

Se lleva una mano al pecho, indignada.

—¡Encima que me preocupo por ti!

Abro y cierro la boca un par de veces, pero entonces veo que es justo lo que ha hecho.

Un calorcillo grato se instala en mi pecho, aunque ni harto de vino voy a demostrar lo mucho que me ha impresionado su hazaña.

Vamos, ni de lejos. Tiene que saber hasta qué punto se ha puesto en peligro.

—No necesitaba tu preocupación, Rika. Lo que has hecho es la mayor gilipollez del mundo. —Para reforzar mis palabras, la señalo con el dedo. Ella me lo aparta de un manotazo, molesta, pero yo sigo con mi regañina—. ¿Cómo se te ocurre saltar al ruedo con un caballo encabritado?

—¿¡Cómo se te ocurre a ti montarlo!? —me rebate.

Y sí, lo hace a gritos. Supongo que para igualarse a mí.

—¡Yo trabajo en esto! ¡Soy un experto!

—Uy, sí. ¡Menudo experto! —se mofa poniendo los brazos en jarras—. Y lo que he visto ¿qué era? ¿Que, de pronto, te han

entrado ganas de darle un besito al suelo?

Me giro hacia mis hombres, que tratan de sofocar la risa. Están encantados con el espectáculo. Yo, no. Y no solo porque ella se me esté encarando y me esté dejando a la altura del betún delante de ellos; es que todavía no me he repuesto del mayor susto de mi vida.

Sí, aún me tiembla todo el cuerpo solo de pensarlo.

—Me estás poniendo en ridículo delante de mis hombres —le digo entre dientes.

—No, señor mío. Te pones tú solito al pretender domar a quien no quiere ser domado.

—Creo que no habla de caballos, Rhys —escucho decir a uno de mis hombres.

Le fulmino con la mirada, pero ni se inmuta. Al fin y al cabo, es Rudolph, el trabajador más antiguo del rancho y que me ha visto en pañales.

—Con esta yegua lo llevas claro —se anima a guasearse otro.

A este le enseño los dientes, porque es de mi edad. Y dado que es reciente y yo soy el hijo de quien le da de comer, agacha la cabeza.

Me olvido de él y vuelvo mi atención a Rika, que me desafía con la mirada. Me acerco un paso con el propósito de intimidarla y me cierno un poco sobre ella. Entrecierro los ojos para que vea que no estoy jugando.

—Reconoce que has hecho una estupidez.

Se cruza de brazos y me dirige una mirada de arrojo.

—Explícame por qué ha sido una tontería.

Me pellizco el puente de la nariz.

—¿Tú has visto que Liam, Jolene o cualquiera de mis hombres hayan hecho siquiera amago de ir a ayudarme?

—Tal vez ellos estén acostumbrados a verte salir disparado de un caballo, pero yo no. Y perdona si casi me muero de la preocupación.

Trato de encubrir una sonrisa mordiéndome las mejillas por dentro, pero, joder, qué condenadamente difícil me está resultando.

—¿Tanto? —digo en un susurro.

—Tanto —confirma. Fija la vista a un lado y suspira, derrotada—. Ni siquiera lo he pensado. Solo he actuado.

Clavo mis ojos en los suyos cuando al fin se atreve a mirarme. Lo hace con la misma intensidad con la que, con toda probabilidad, lo hago yo.

—Uuuh —escucho decir a mis hombres, a quienes les dirijo un gesto de advertencia.

—No seáis críos —regaño, pero para no quedarme de nuevo embobado con Rika y darles así más motivo de burla, voy a recoger mi sombrero.

Liam, que ya ha aplacado al alazán, me mira divertido. Creo que se ha dado cuenta de que ando raro. Y es que, la verdad, me duelen la pierna y el culo una barbaridad.

—Ni una palabra —le advierto en voz baja antes de volver donde Rika, que se está sacudiendo el trasero.

Gruño para mis adentros, porque me hubiera encantado hacerlo yo.

—Si quieres te ayudo —le digo, guasón.

—No, gracias —dice retorciéndose un poco para revisarse el trasero—. Apenas me he manchado. —Termina de sacudirse y me mira de arriba abajo. Ahora esboza una sonrisa ladina—. Al contrario que tú.

Y empieza a palmearme el polvo. Yo me dejo hacer, divertido, pero entonces me quita el sombrero y lo sacude. Lo observa con atención, le da un soplido y, satisfecha, intenta colocármelo. Para ello se tiene que poner de puntillas, pues yo, lejos de agacharme, me yergo para obligarla a pegarse a mí.

En vez de enfadarse ante el impedimento, ladea la sonrisa, se aparta y se pone el sombrero.

En su cabeza.

Mi sombrero. En *su* cabeza.

Los vítores, las chanzas y los «¡Uuuh» de los trabajadores son ahora incontrolables, al igual que los latidos desbocados de mi corazón.

Ante el jaleo, a ella se le borra la sonrisa y mira en derredor.

—¿Qué… qué pasa?, ¿qué he hecho?

Jolene menea la cabeza, resignada pero divertida.

—Te has puesto el sombrero de Rhys —le informa a Rika, que achica los ojos.

No se está enterando de nada.

—¿Y?

Yo sonrío de oreja a oreja, pero es Rudolph quien responde por mí.

—Que quien se pone el sombrero, monta al vaquero.

—Es la norma —confirma Louis, otro trabajador.

Ella los observa y luego voltea de nuevo hacia mí, a la espera de que lo niegue.

No lo hago.

—Es así —digo mostrándole las palmas de la mano y encogiéndome de hombros, como diciendo que las reglas no las he escrito yo.

Ella resopla y me dirige una de esas miradas de las suyas, esa que dice sin palabras «Pero qué asco das».

A mí ya hasta me duele la cara de tan grande que tengo la sonrisa. Para pincharla, subo y bajo las cejas. Rika, airada, se pega a mí. Tiene que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

—O sea que, para insinuarse a un chico, ¿tan solo tienes que ponerte su sombrero?

Le hago un gesto a modo de confirmación. Chasquea la lengua y, risueña, se quita mi sombrero y me lo tiende.

Suspiro, desilusionado, pero cuando voy a cogerlo me dedica una sonrisa de oreja a oreja y se lo pone de nuevo.

Me pongo rígido de golpe y el aire me abandona los pulmones.

No estará insinuando que…

—Ahora la cuestión es —empieza a decir, pero se calla para ponerse de puntillas y susurrarme al oído—: ¿querrá el vaquero ser montado?

Y se marcha hacia el establo.

Yo me quedo inmóvil, sin saber muy bien lo que está pasando y sin creer que me acaba de proponer…

Sí.

Lo acaba de proponer.

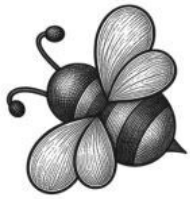
La prueba está en la mirada que me dirige antes de entrar al establo.

—¿Vas tú, o voy yo? —me reta mi hermano Liam.

No le respondo con palabras, sino asestándole un codazo en el estómago que solo logra arrancarle una carcajada.

Y luego, voy.

25



Serás coherente entre lo que dices y lo que haces
(O aprende a filtrar tus palabras)

RIKA

Dios, pero ¿qué estoy haciendo?

No puedo creer que me haya insinuado de esa forma, y menos delante de todo el mundo. Seguro que ahora mismo deben de pensar que soy una fresca, algo que no soy. Al menos, no en condiciones normales.

Creo que es por el subidón de adrenalina. Solo eso explicaría que después de llevarme el susto de mi vida, ahora que todo ha pasado, me haya comportado así.

Y que esté tan cachonda. Mucho. Tanto, que el roce de la costura de mis pantalones vaqueros, que más ajustados y revientan, me está matando. Y encima, el bobo este que no viene.

Me apoyo en una puerta de madera y cierro los ojos, rezando porque venga y así no quedar (más) en ridículo delante de sus hombres.

¡De Jolene!

La culpa ha sido de ella, por empeñarse en enseñarme *Red Ranch* y mostrarme el día a día en el rancho. Yo pensaba que

íbamos a ir a ver a las vacas, pero me ha dicho que están en el pasto de otoño, que otro día iremos en *quad* (ni de coña me monto yo en eso), así que me ha propuesto enseñarme los caballos. El plan me ha encantado. No por ver a los caballos, sino por ver a quien los doma.

Y ahí estaba él, montado sobre uno, concentrado en su trabajo, moviéndose a la par con el animal, con tal naturalidad, que no se sabía dónde empieza uno y dónde terminaba el otro.

Ha sido la cosa más sexy que han visto mis ojos.

Al menos, hasta que el caballo ha perdido el control y lo ha lanzado por los aires. He entrado en pánico, tanto, que no he dudado en ir a socorrerlo.

Vamos, ni lo he pensado.

Visto ahora en frío, reconozco que he hecho una tontería y que me merecía la regañina de Rhys, pero me ha sentado como el culo que él y sus hombres se rieran de mí por lo del sombrero. ¿Y yo qué iba a saber esa norma absurda, que, de seguro, se han inventado para cachondearse de mí? Vamos, digo yo que, si fuera cierto, Jeremiah me habría hablado de ella.

Eso ahora me es indiferente.

Lo importante es que he dejado de ponerme barreras y estoy dispuesta, ¡estoy como loca!, por que esto pase.

Si es que viene…

Después de lo que hablamos anoche, tengo claras dos cosas: que él no va a dar el primer paso y que yo quiero darlo.

Sin lunas mediantes. Solo estrellas fugaces.

Me gustaría culpar a mis lecturas actuales (*cof*, *cof*, *dark romance*) de que vaya por la vida más caliente que un mandril, o a mi carencia de sexo (léase: coito). Incluso a la adrenalina de los últimos minutos, pero la verdad es que Rhys es el único culpable de mi estado, que si eliminamos las variables anteriores de la ecuación, daría el mismo resultado.

¿Que voy a cometer una estupidez? Ya te digo yo a ti que sí. ¿Que puede que me caiga con todo el equipo? Puede. ¿Que esta relación está abocada al fracaso? De perdidos, al río. Total, sé nadar…

Como decía mi padre, nadar y nadar y ahogarse en la orilla.

Oye, que lo mismo estoy anticipándome y no voy a tener que plantearme siquiera el presente, porque el gilipollas este sigue sin venir al establo.

Me pongo roja de vergüenza, porque después de airear mis bragas (quien dice bragas dice intenciones) delante de todo el mundo, eso me dejaría en muy mal lugar.

—Se va a cagar —mascullo entre dientes, pero entonces alguien me tira de una de las coletas.

No lo hace con delicadeza, así que pego un grito e intento librarme del agarre.

—¿Pero qué coño…? —digo cuando me zarandean la cabeza.

—¡*Snow*, para! —oigo gritar a Rhys.

Como el tal *Snow* me tiene sujeta por la coleta, no puedo girarme hacia él, así que me dirijo a Rhys.

—¡Dile que me suelte!

—Eso hago —dice llegando a mi lado, pero observo que tiene una mirada divertida.

Toma algo de una bolsa que hay colgada en un gancho cerca de donde había estado apoyada y se lo da a mi atacante. Cuando este me suelta, me doy la vuelta para darle un puntapié, pero me encuentro con unos dientes enormes y unos labios que se mueven.

Se está riendo de mí. El puto caballo que me ha atacado se está descojonando de mí y, de paso, llenándome de babas. Rhys, al ver mi cara, también se ríe.

Puto *redneck*.

—¡No te rías, imbécil, que casi me arranca la cabeza! —protesto ajustándome la coleta que me ha deshecho el puñetero animal y echando a correr al otro lado del establo, lejos, muy lejos de sus dientes.

Rhys agita la cabeza, pero entonces le da una zanahoria al caballo y le acaricia detrás de la oreja.

—Nah, es inofensiva. —La mira con desconcierto—. Es raro que se comporte así. ¿Qué le has hecho? —me acusa.

Pego un grito indignado y me llevo una mano al pecho. Siento mi corazón retumbando bajo la palma de mi mano, pero yo ya no sé si

ha sido por el susto que me ha dado la yegua, o por anticipación.

—¿Yo qué le voy a hacer? De haber sabido que aquí hay caballos, ni loca me hubiera metido aquí.

—¿Y qué pensabas encontrar en un establo? ¿Unicornios? —se guasea.

—Desde luego, no una yegua asesina.

—¿Qué va a ser asesina? —la disculpa.

A juzgar por la forma en que la yegua responde a sus caricias, sospecho que es suya.

—¡Quería comerme! —insisto.

—Ella, no. —Deja de acariciar al animal y camina hacia mí. Retrocedo un paso al ver su mirada hambrienta—. Yo, en cambio…

Me topo con un obstáculo. Por si acaso, echo un vistazo hacia atrás para comprobar que no es otro box y así evitar que otra yegua celosona me ataque.

Resulta ser la pared del fondo.

—¿Qué les das, que las tienes a todas locas? —digo con una sonrisa cuando al fin se detiene frente a mí.

—No lo sé. Dímelo tú —me reta. Lo hace con la voz baja, en un susurro grave y ronco que cae en mi estómago y provoca que los capullos que allí moran se conviertan en crisálidas y empiecen a revolotear.

Bufo solo para aliviar la creciente tensión sexual que se arremolina en mis entrañas.

—Es muy engreído por tu parte dar por sentado que me tienes loca.

—Niégalo.

—Lo niego. No estoy loca. —Chasqueo la lengua y le dirijo una mirada sensual—. Solo un poco… cachonda.

Rhys agranda los ojos, pero luego sisea.

—Cuidado, Rika. Nunca provoques a un bronco. Son… —Sus ojos se resbalan por mi rostro hasta caer en mi boca. Una de las comisuras de sus labios se eleva de forma lenta, sensual—: *Somos* impredecibles.

—Como las tormentas, ¿no?

Asiente y clava los ojos en mi pecho. Casi me siento desnuda ante su escrutinio salvaje.

—Cierto. Pero tanto los caballos como las tormentas tienen algo en común.

—¿Qué cosa? —digo en un susurro.

Me regaño (o no) cuando mis caderas se adelantan buscando su contacto.

Sí, para provocarle.

Rhys agacha la cabeza. En respuesta, yo echo la mía hacia atrás y le ofrezco los labios, pero el muy cretino se detiene justo a un centímetro de distancia.

—Que envían señales antes de desatarse.

—Como la calma que precede a la tormenta, ¿no? —advierto ante su contención.

—Entre otros indicadores —responde.

Coqueta, le pongo las manos sobre el pecho y le acaricio por encima de la camisa de franela. Algo se deshace dentro de mí cuando le escucho gemir, algo líquido y caliente que llega a mojar mis bragas.

Su corazón, como el mío, golpea fuerte bajo las costillas.

Desbocado.

Desatado.

—¿Este indicador? —le digo poniendo una mano en su corazón. La otra baja, traviesa, hasta depositarse en el bulto que se le ha formado dentro del pantalón—. ¿O este?

—Me estás matando. Lo sabes, ¿verdad? —musita.

Y sí, lo sé. Me lo están chivando sus pupilas dilatadas por el deseo. Su boca de labios flojos y húmedos preparándose para un beso. Su respiración cada vez más entrecortada. Su pelvis buscando el calor de mi mano. Su contención.

Sonrío con picardía.

—No vas a romper tu promesa, ¿verdad?

—No.

—¿No?

Gruñe cuando abarco su erección y la estrujo un poquito. Me siento muy poderosa al percibir su temblor, tan incontrolable, que

tiene que apoyar las manos en la pared, una a cada lado de mi cabeza.

Creo que es consciente de lo intrusivo e intimidatorio que es ese gesto, porque las aparta de golpe.

—Huye —me advierte.

Ni de coña.

Niego con la cabeza. Rhys casi ruge.

—Pues bésame de una puñetera vez.

—¿Cómo se piden las cosas?

Sí, estoy siendo cruel, pero no sabía hasta qué punto es excitante ser quien tiene la sartén por el mango. Lo sexy que es verlo a merced del poder que él mismo me ha dado.

—Que me beses, hostias —ruge.

Yo sonrío, porque me había equivocado. Yo no tengo el poder, aunque él, tampoco. Aquí quien maneja el cotarro es el deseo.

—¿Es eso una orden?

Niega y tiembla. Está a un paso de perder el control.

Yo también.

—Es una puta súplica.

Lo beso. Incapaz de soportarlo más, de pretender resistirme al deseo, le echo las manos al cuello, le atraigo hacia mí y elevo una pierna para rodear sus caderas.

Es la señal que él estaba esperando, porque se abalanza sobre mi boca y me devuelve el beso. Despiadado, salvaje, incontrolable. Y, al mismo tiempo, dulce y suave. Como un buen trago de whisky, que al principio te carraspea la garganta, pero luego te inunda de calor.

Su lengua se entrelaza con la mía, que la busca y la tienta, curiosa. Me toma por la cintura y me pega a él. Una mano aprieta mi trasero contra su erección, mientras que la otra me apresa un pecho y lo pellizca con inquina. Creo que, en el fondo, quiere castigarme por haberle torturado.

Pierdo el control, presa de un deseo como nunca antes había experimentado, olvidándome de todo lo que no sea él, su boca devorando la mía y sus manos recorriendo mi cuerpo, ajena a lo que sea que haya fuera del establo.

Al apocalipsis que quiera desatarse en este momento.

—Joder, Rika… —Murmura entre beso y beso—. No tienes ni puta idea de las veces que he soñado con esto. —Me muerde el labio inferior con saña antes de invadir mi boca de nuevo con una lengua de la que me vuelvo adicta por momentos—. Ni puta idea —repite en un jadeo quedo.

Tal vez no.

Lo que sí sé es la cantidad de veces que yo lo he soñado. Que yo, al resguardo de unas sábanas, he fantaseado con esto una y otra vez, cada orgasmo mayor que el anterior aunque menos satisfactorio. Porque luego, cuando apartaba mi mano y abría los ojos, no lo veía a él, sino unas vigas de madera que me recordaban mi soledad.

Ahora contemplo otras vigas, muy parecidas a aquellas, con la diferencia de que aquí no estoy sola, que siento la lengua de Rhys en mi cuello.

Vuelvo a cerrar los ojos para perderme en el placer cuando desciende hasta encontrar la clavícula, que muerde con sañosa travesura. Su gruñido (o reclamo, no tengo claro lo que es) provoca mi jadeo.

—Rhys… —susurro cuando entierra el rostro entre mis pechos, pero suelto una carcajada cuando agita la cabeza y resopla imitando el relincho de un caballo—. ¡Rhys!

—¿Qué? —me abronca—. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto.

Voy a protestar, pero me toma la boca de nuevo en un beso salvaje mientras me desabrocha la camisa.

Cuando libera un pecho de la copa del sujetador y se lo mete en la boca, entiendo que se nos está yendo de las manos. A él, porque ya está imparable. A mí, porque no quiero detenerle.

Gimo, mucho, cuando juega con el pezón. Lo muerde, lo chupa, lo lame con cuidado y luego lo sorbe con ansia. A mí me contagia un poco de ese apremio, porque de pronto me pican las manos por la necesidad de tocarle. Estoy harta de su espalda, que mis uñas ya se saben de memoria, así que meto la mano entre los dos y le toco por encima del pantalón.

Él gruñe de placer. Yo de frustración.

No me sirve. El tacto del vaquero se me hace áspero, así que le desabrocho el pantalón con una destreza que se me hace rara si tenemos en cuenta lo mucho que me tiemblan las manos por las ganas que tengo de tocarle, de sentir su suavidad y su calor. El calzoncillo se interpone en mi camino y bufo de impaciencia.

Rhys suelta una risilla engreída al ver mi desespero, pero me ayuda bajándose un poco el pantalón y los putos calzoncillos.

Ahora ya sí le toco. Suelto un gemidito de placer al comprobar que el tamaño y el grosor eran los imaginados. Me apunto pagarme a mí misma cien dólares por haber ganado la apuesta. Pero entonces él libera mi pezón y grito de pura indignación. La protesta muere cuando me toma los labios y los mordisquea, cuando sus caderas se mecen contra mi mano y gime por el placer de mis caricias.

Subo y bajo la mano, con delicadeza unas veces, rápido y fuerte otras. Río cuando lo veo cerrar los ojos con deleite si soy suave, pero luego, cuando aumento la velocidad, ruge y me detiene.

—Vas a lograr que me corra —me regaña.

—¿Y? ¿No estamos aquí para eso?

Niega con la cabeza.

—No me quiero correr en tu mano. Me quiero correr aquí.

Aquí es mi coño. Por si me quedan dudas, posa una mano sobre él y me empieza a acariciar por encima del pantalón.

Estoy tan cachonda, que solo con eso estoy al borde del orgasmo.

—Joder, Rika… Estás la hostia de caliente.

Río con travesura.

—«Y los pecadores arderán en el infierno» —recito.

—Pues ardamos —me dice antes de volver a besarme.

Pero ni pecamos ni ardemos, porque justo escuchamos una voz.

—Rhys, te necesitamos por aquí.

Quiero gritarle a Liam (porque es él) que se vaya a la mierda, que yo lo necesito más, pero entonces comprendo dónde estamos y lo que va a pasar si no lo detenemos ahora.

No es que me importe hacerlo en un establo con un montón de caballos, uno de ellos asesino, mirándonos, pero tampoco quiero dar

el espectáculo, así que dejo de toquetear la polla de Rhys y le pongo las manos en el pecho.

Creo que él ni siquiera ha escuchado a su hermano, porque me regaña con los ojos.

—Liam —le advierto en un susurro.

La voz me tiembla.

Rhys me mira sin comprender, pero luego vuelve al ataque. Le detengo haciendo presión con las manos en su pecho.

—Liam —repito—. Está en la puerta.

Rhys echa un rápido vistazo hacia atrás. Ni siquiera se molesta en subirse los pantalones.

—¿Qué cojones quieres, eh? —le espeta.

Su voz, ronca, también le tiembla un poco.

Liam, que está medio dentro y medio fuera, ni siquiera nos mira. Le tengo que agradecer que nos dé algo de intimidad. La interrupción, sin embargo, no se la perdonaré en la vida.

—Ha venido McGregor con un nuevo caballo. Necesitamos tu visto bueno.

Tanto Rhys como yo dejamos salir el aire al mismo tiempo. Lo hacemos despacio, no sé si para no mandar a Liam a tomar por culo o para sofocar este deseo que, visto lo visto, ahora mismo no puede ser atendido.

—Ve —le digo en un susurro.

Rhys me contempla la boca. Lloriquea.

—No quiero.

Sonrío y le acaricio la mejilla.

—Luego seguimos.

Me mira con intensidad.

—Ya lo creo que sí.

Y se marcha antes de hacer una tontería. Como, por ejemplo, pasar de su hermano, del caballo nuevo de McGregor y del mundo en general y follarme una, y otra, y otra vez.

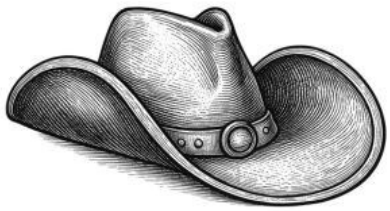
Camina con paso airado, la barbilla bien alta y abrochándose el pantalón. Antes de desaparecer por la puerta, se gira a mirarme. Lo hace con una advertencia en sus ojos aguamarina: la de que ni con alas me escapo de él.

¡Qué chico más tonto!

Como si yo fuera una chica que no cumpliera sus promesas. Como si yo no fuera consecuente con mis palabras.

Como si yo, aunque quisiera, fuese capaz de detener esta tormenta.

26



Amarás el rancho por encima de todas las cosas
(Hasta que aparezca alguien que ponga tu mundo patas arriba)

RHYS

Quiero matar a alguien. Me da igual a quien. Solo sacar mi pistola y ¡*bang, bang*!, a tomar por culo.

Liam tiene muchas papeletas. Mientras camino a su lado, lo miro de reojo. El muy cabrón ni se digna a devolverme la mirada, a sabiendas de lo que se va a encontrar en mis ojos: rabia y despecho. Una parte de mí, la coherente, sabe que el pobre no tiene culpa de la frustración que ahora mismo me embarga, pero esa parte es tan pequeña que pasa desapercibida.

En semejante estado para mí no tiene valor eso de *No matar al mensajero*. Me la pela. Que no me hubiera jodido el polvo.

McGregor es otro candidato ideal para mis prácticas de tiro, por inoportuno. No puede venir el lunes, como quedamos. No. Tiene que hacerlo justo hoy. Porque sí. Porque se le ha plantado en los cojones que le viene mejor. Como si nuestro deber fuese estar a su disposición. Como si no tuviéramos otra cosa mejor que hacer que atender al señorito.

Como si los demás no hubiéramos estado a punto de hacer realidad nuestros sueños.

Le saludo de malas formas, por supuesto. Mi padre, que es quien va a pagar, también ha venido a ver el caballo y me amonesta con los ojos. Normal. No es habitual que yo me muestre de mal humor, y menos cuando está por medio la compra de un caballo.

McGregor, ajeno a mi inusual comportamiento, comienza a hablar de las maravillas del caballo. No le hago ni puto caso, porque él, por vender, puede decir lo que quiera; ya me ocuparé yo de comprobarlo por mí mismo.

Miro con disimulo a mi espalda, y suelto un gruñido cuando veo a Rika saliendo a hurtadillas del establo. Un codazo de mi hermano Liam me advierte que mi gruñido está durando más de la cuenta, y que más que mostrar frustración, ha sonado a reclamo.

No se equivoca.

Mi padre, que finge escuchar a McGregor, me contempla con una ceja alzada. Creo que él también se ha dado cuenta de que mi gruñido viene a decir «Macho querer hembra».

Por suerte, el vendedor ha abierto el remolque para mostrarnos a un magnífico cimarrón palomino, así que mando al *Unga, unga* a las cavernas, al bronco a boxes y a Rika a darse una vuelta lejos, muy lejos de mis pensamientos.

Digo, si quiero centrarme en mi trabajo.

—Bueno, ¿qué? —dice el ranchero frotándose las manos—. ¿Es o no es una preciosidad?

—Precioso, sí —convino—. A ver, sácalo. Quiero ver cómo corcovea.

McGregor hace una señal a los hombres que han venido con él y, entre dos, lo sacan. Parece tranquilo, pero me percato de que no es mansedumbre, sino cautela. Creo que si se le planta una sola mosca en el lomo, se va a poner a corcovear. Es algo que sé. Llámalo instinto. Llámalo experiencia. El caso es que, lo llames como lo llames, sé que este caballo es muy impredecible.

Mi trabajo es convertir ese rasgo en algo bueno, algo a lo que sacarle partido para que dé un buen espectáculo en el rodeo.

Un simple vistazo me basta para saber que este caballo no lo va a dar. Me giro hacia mi hermano Liam, que, al igual que yo, lo está observando con los ojos entrecerrados. Nuestras miradas se cruzan durante una milésima de segundo.

Cabecea casi de forma imperceptible, confirmando mis sospechas.

Liam no es entrenador, pero parece tener una conexión especial con los caballos, sobre todo con los que tienen algún problema conductual. Este es el caso. Lo sabemos por la forma que tiene de abrir la boca y sacar la lengua para librarse de la embocadura.

Por si acaso, y para no cerrarme en banda, me acerco al caballo y lo estudio con detenimiento. Hago que ande, que gire, incluso que se enfade un poco para que corcovee. Cuando el caballo se acostumbra a mi tacto, le toco por todas partes y descubro varias cositas que no me gustan ni un pelo.

Lo descarto sin inmutarme.

—No vale.

Mi padre me mira, sorprendido.

—Ni siquiera lo has montado —me gruñe McGregor.

—No me hace falta.

McGregor se pone a mascullar no sé qué cosas de niñatos que no tienen ni idea y que van dando lecciones a los mayores, cuando deberíamos tener la boca bien cerrada, pero mi padre le interrumpe. Tan solo le ha bastado levantar la mano para acallar la diatriba del hombre.

—¿Seguro, Rhys? —me pregunta.

—Del todo. Tiene un trascorvo en la pata trasera, lo que puede afectar la absorción de impactos. Esto lo desestabiliza y podría poner en riesgo al jinete.

—Sin contar con que tiene tics —señala Liam—, lo que hace sospechar que está echado a perder por estrés o trauma.

McGregor lo mira de arriba abajo y bufa.

—Qué sabrá un…

—Un ¿qué? —digo acercándome a él hasta ponerme a un dedo de distancia.

McGregor, que es mucho más bajo que yo, tiene que echar la cabeza hacia atrás. Me siento muy victorioso al verle deglutir.

—Un… un… ¡un vaquero! —termina por decir—. Todos sabemos que él se dedica a las vacas, no a los caballos.

—Cierto —digo entre dientes—. Él no *sabe* de caballos, pero yo sí. Y de vicios ocultos, también —acuso.

McCregor abre mucho los ojos. Veo en ellos, además de sorpresa, enojo.

—¿Me estás llamando estafador?

—Nadie llama nada a nadie —interfiere mi padre.

Solo reculo cuando me pone su mano en el hombro. Aun así, mis ojos advierten a McGregor que no se pase ni un pelo.

Este se gira entonces hacia mi padre. Hay una nota de respeto y angustia en su voz. Normal; si a mi padre le da por decir por ahí que ha intentado venderle un caballo con vicios, se le acaba la reputación y, por lo tanto, el negocio.

—Te lo juro, Elijah. No tenía ni idea. El veterinario me ha dicho que estaba en perfecto estado.

—Pues despídele —le aconsejo.

Asiente, pero se vuelve hacia mi padre. Este está muy serio.

—Disculpa, Elijah. No quise… —Mira de reojo a Liam y se pone un poco colorado—. Ofenderos.

Mi padre solo asiente, pero luego se va sin despedirse.

Yo me cruzo de brazos, invitando al ganadero sin palabras que coja su caballo y se marche por donde ha venido.

—Capullo —mascullo cuando McGregor me da la espalda para irse.

Sé que me ha escuchado, porque gira un poco la cabeza, aunque finge que no lo ha hecho y se monta en el coche.

Mi hermano Liam me palmea en el hombro, ignoro si para indicar que está de acuerdo conmigo, o para aplacar mis ganas de romperle la cara al ganadero.

No sé qué me cabrea más; que haya querido engañarnos, que haya insultado a mi hermano o que por su culpa no haya podido terminar lo que había empezado con Rika.

El caso es que ahora mismo el impredecible soy yo, así que me marcho antes de hacer una tontería y me dirijo al establo, ensillo a *Snow* y salimos a cabalgar.

Al cabo de una hora, me siento más tranquilo y menos frustrado, por lo que vuelvo con el alazán.

Él también está más receptivo.

Nos sorprende una tormenta de nieve que me obliga a detener el entrenamiento. No dura mucho, lo justo para ponerlo todo blanco. Ha sido de esas nevadas que tal y como empiezan, acaban, pero dejan huella.

Como Rika.

Algo se me agita en el pecho, pues es justo lo que va a hacer; dejarme una brecha en el corazón cuando se marche.

Porque se va a ir.

Agito la cabeza para sacarla de mis pensamientos y voy junto al resto de hombres, que han detenido también sus faenas y están almorzando unas gachas que ha hecho Liam. Gracias a la nevada hace un poco menos de frío, aunque, por otro lado, estamos acostumbrados a temperaturas bajas. Ocupo uno de los sillones de madera frente al brasero y acepto una cerveza que me tiende uno de los trabajadores.

Durante un breve instante, todo es como antes de que Rika apareciera en mi vida. Las mismas caras, los mismos chistes marranos y los mismos problemas de rancho.

Lo mismo de siempre, pero distinto al mismo tiempo. Y comprendo que esta diferencia es porque yo ya no soy yo.

El Rhys de antes no aparece por ningún lado, por mucho que lo busque. El Rhys que amaba el rancho por encima de todas las cosas, ha desaparecido, porque ahora hay alguien que le ha arrebatado la exclusiva sin proponérselo.

Esa misma que en este preciso instante ha salido al porche.

Y a mí se me detiene el corazón.

«Ufff, Rhys. Qué cagada… qué gran cagada», me advierte una voz.

Contengo un poco la respiración al ver su sorpresa al descubrir la nevada, pero algo me sacude por dentro cuando observo el impacto

que el paisaje tiene en ella. Lo veo en la forma que su mandíbula cae ligeramente. En la intensidad con la que quiere captar cada detalle del entorno. En el modo en que se abraza, como si temiese salirse de sí misma y perderse.

Y entonces, lo sé.

Ya es oficial: la he cagado.

Sufro un escalofrío. Es tan evidente, que Liam me mira con travesura.

—¿Frío?

—Al contrario —le digo.

Sonríe y dirige la vista hacia el porche, donde la causante de mi desconcierto sigue maravillada. Ahora está apoyada en la barandilla contemplando el paisaje. Suspira.

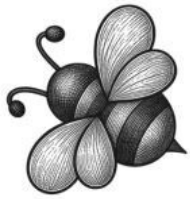
Al cabo de un rato, mi hermano vuelve a hablar.

—Ella no lo sabe —me susurra sin dejar de mirarla—, pero se acaba de enamorar.

No pregunto de qué o a quién se refiere. Ni siquiera me molesto en mentirme a mí mismo. Ya, no. ¿Para qué? Y aunque sé que Liam se refiere a que Rika le acaba de entregar su corazón a Montana, respondo:

—Yo también.

27



No mendigarás por un *like*
(Y mucho menos a quien no se lo merece)

RIKA

Cuando tenía unos trece años, a mi padre tuvieron que operarle de unas cataratas que llevaba arrastrando desde mucho antes de tenerme. Decía que para qué se iba a operar, que ya estaba muy mayor, que, total, ya lo había visto todo, que no tenía tiempo para esas cosas.

Eran excusas fáciles y baratas para no admitir que le aterraba pasar por quirófano. Creo que, por su edad, le daba miedo no soportar la anestesia. Al final aceptó solo porque le juraron (y perjuraron) que sería local.

Todavía recuerdo cómo lo miraba todo después de la operación, entre maravillado y perplejo.

—Lo que hace el miedo, Rika —me dijo un día—. Por su culpa, y por mi cabezonería, casi me voy de este mundo sin saber lo preciosa que eres. Lo azules que son tus ojos…

Ahora, mientras veo a Rhys charlando con sus hermanos y unos trabajadores, me doy cuenta de que yo he estado a punto de

cometer el mismo error: preferir vivir en las tinieblas antes que enfrentarme a mis miedos.

A mis verdades.

Como mi padre, me maravillo al ver a Rhys con otros ojos, recién operados de prejuicios, miedos y dudas. Ahora, libre de la neblina que me impedía verle de verdad, me gusta lo que veo.

Veo a un hombre risueño, divertido, picarón. Un hombre que se entrega a su trabajo, al rancho, con la alegría del que ama lo que hace, lo que le rodea y a quien está a su lado. Un hombre dedicado a su familia, a sus caballos, a sus amigos. Un hombre a quien se le escapa la risa por la boca, y el alma por los ojos. Un hombre capaz de subirte al cielo con solo rozarte.

Un hombre que nunca dejará de sorprenderme.

Al igual que Montana.

Cuando pensaba que esta tierra no podía impresionarme más, lo hace con una nevada en pleno septiembre, cuando el otoño apenas si ha empezado a gatear. Seguro que terminará derritiéndose, pues no ha nevado lo suficiente y no hace tanto frío, lo justo para ofrecerme un paisaje de un albor que ciega y quita la respiración.

Y siento que una parte de mí ya pertenece a este lugar. Que, sin darme cuenta, Montana me ha robado el corazón.

Suspiro mientras me emborracho del paisaje que se me presenta. Las zonas donde no ha llegado la nieve siguen de un verde esplendoroso, y Silver Lake, ahora que ha dejado de nevar y el cielo se ha despejado de nubes, ha adquirido un tono azul intenso.

El aire huele a nieve, a pino y a madera, lo que me hace inspirar con deleite.

Y entonces, me atiza un recuerdo. Golpea ahí, con saña, con fuerza, dejándome K.O.

Lo peor de la nostalgia es que ataca cuando menos te lo esperas. A veces se presenta con un sonido, como una canción que habla de pequeñas mariposas, o con un olor, como el del chocolate la mañana de Navidad. Otras, como esta, con una nevada que te lleva al pasado, a una casa de piedra en Monmouth, Maine. A días de risas y juegos, a concursos de muñecos de nieve y a largas

jornadas de pesca en el lago Annabessacook. A tardes de cuentos al calor del fuego de una enorme chimenea.

A una infancia feliz donde todavía podía disfrutar de la compañía de mi padre.

Tiemblo de rabia por lo que me arrebataron. La vida, a mi padre. La codicia, aquella casa.

Siento una losa en el pecho, el latigazo de necesidad que siempre traen consigo los recuerdos, y lloro.

Lo hago en silencio, sin hipidos, ni gemidos de dolor; solo lágrimas que al fin se ven libres. Lágrimas que ni siquiera me molesto en limpiar cuando percibo que alguien se coloca a mi lado.

Es Rhys.

Lo sé sin mirarlo, porque mis ojos parecen haberse quedado anclados en el paisaje que me lleva a otra vida donde yo soy la *Little Butterfly* de mi papi. Pero lo huelo. A su perfume con notas dulces y amaderadas mezclado con su aroma de serie; un popurrí olfativo que contiene su propia esencia, alfalfa, tierra mojada, humo de tabaco, leña y aire de las montañas.

No me gusta que me vea descompuesta, pero ¿qué le voy a hacer? ¿Cómo voy a detener las lágrimas, ahora que al fin son libres de rodar por mis mejillas sin miedo? ¿Cómo ponerle freno a una emoción demasiado tiempo contenida?

Así que no; no me molesto en fingir que estoy bien ni en ocultar las evidencias.

Él no dice nada, solo está ahí, con los antebrazos apoyados en la barandilla del porche contemplando el paisaje en absoluto silencio, pero lo siento.

Y, no sé por qué, de pronto tengo muchas ganas de que esos brazos enormes me envuelvan y buscar refugio en su pecho. Y eso hago. Me giro hacia él y le miro para que vea en mis ojos la necesidad que tengo de abrazarle.

Casi me estampo contra él cuando, después de una sonrisa, la más bonita del mundo, abre los brazos.

Y ahora sí sollozo. Suena a alivio, a suspiro, a gratitud. Y a otra cosa que me aterra, pero que ya no puedo seguir ocultando: Rhys se ha convertido en mi pilar.

Él no dice nada, solo me da tiempo. Y consuelo.

Me aparto, más tranquila y sosegada, y le dedico una triste sonrisa. Él me limpia las mejillas con los pulgares y busca mis ojos.

—¿Mejor?

Me encojo de hombros.

—Al menos, más ligera.

Me acogota, pero lejos de besarme en la boca, lo hace en la frente. Y ese gesto me derrite.

—¿Damos un paseo?

Me sorbo la nariz y trato de recomponerme.

—¿Así? —digo señalando la nieve.

Ríe por lo bajo. Lo hace de forma suave, dulce, y ese sonido cae directo a mis entrañas.

«Ay, Rika, en qué berenjenal te estás metiendo».

—Bueno, tenía pensado ir en caballo.

Agrando un poco los ojos.

—Estás de broma. No sé montar.

—Te llevaré en *Snow* —propone.

—¿En tu yegua celosona y asesina? No, gracias.

Vuelve a reír.

«Joder, joder, joder…». Porque esa risa es adictiva. Y yo no tengo ni pizca de fuerza de voluntad para resistirme a ella.

A todo él.

—Ya verás cómo al final os hacéis amigas.

Ese *final* me recuerda que soy ave de paso. Que, a la larga, me voy a tener que marchar.

«Porque tienes una vida que retomar», me advierte ButterWill. «Tienes contratos que cumplir, por no hablar de hacer todo lo posible para que te nominen a los premios de…»

Se calla de golpe cuando doy una palmada imaginaria. Creo que me la he cargado… Al menos, no vuelve a colarse en mis pensamientos.

—Lo dudo mucho. No mentía ni exageraba cuando te dije que los animales no son lo mío.

Se mete las manos en los bolsillos y chasquea la lengua.

—Pues es una pena, porque justo te quería enseñar mi colonia de gatos.

—¡Espera! —digo agarrándole del brazo cuando hace amago de marcharse—. En ese caso, sí, quiero.

Rhys me mira con una intensidad que no es ni medio normal. Incluso siento cómo su bíceps se tensa bajo mis dedos.

—Cuidado, Rika. Un hombre esperanzado podría malinterpretar esas dos palabras.

Abro la boca para decir algo, pero Rhys, sin cortarse ni un pelo, me agarra de la cintura y me estampa un beso en la boca.

Es como la tormenta; intempestivo, y rápido, y breve. Muy breve, coño.

Pero se ha hecho notar. Vaya si lo ha hecho.

—Pues venga, vamos.

—¿Andando? ¿No será peligroso?—pregunto. Puede que él esté acostumbrado a andar entre la nieve, pero yo estoy un poco desfasada.

De hecho, no he vuelto a pisar la nieve desde los catorce años; las últimas navidades que pasé con mi padre en Monmouth. Desde entonces, no he tenido valor de enfrentarme a los recuerdos.

—Iremos en SxS.

—Uy, qué mal ha sonado eso.

Me guiña un ojo.

—No tiene nada de sexual. Es como un todoterreno, pero versión mini.

—Viniendo de ti, todo es sexual —le amonesto.

—Pero nada es mini —añade moviendo las cejas de arriba abajo, pícaro

—Ya vi, ya —digo en un susurro, pero al ver el brillo travieso de sus ojos, le doy un empujón—. Venga, antes de que me arrepienta.

Rhys se dirige al garaje. En el camino tropiezo y resbalo un par de veces, momento en el que él aprovecha para reírse de mí. Yo le golpeo, claro, hasta que, cansado, y cual niña que necesita que la sostengan, me agarra de la mano.

No me la suelta ni cuando atravesamos el camino pavimentado, libre de nieve.

Intento no darle importancia a lo mucho que me gusta ese agarre, pero tampoco me quiero privar de él.

Así, con las manos enlazadas, entramos en el garaje, donde hay varios vehículos aparcados. Se dirige al SxS y se sube. Determino que es seguro, así que me monto a su lado.

Hacemos el camino en silencio, hasta que llegamos a una casa a medio construir. La fachada es de piedra y madera y tiene dos plantas, techo a dos aguas y un porche de ensueño que da a un pequeño bosque. A lo lejos se ve *Red House* y Silver Lake, y a la izquierda, muy al fondo, la cresta de las Montañas Rocosas.

—Qué chula… —digo en un murmullo.

Rhys se sonroja.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Por qué no está acabada?

Suspira y contempla la fachada. Hay algo más que orgullo en sus ojos aguamarina; hay anhelo.

—Porque no me da la vida.

Me giro hacia él, asombrada.

—¿Es tuya?

Asiente, pero no añade más. Entramos y empieza a mostrarme el proyecto; la enorme chimenea en el salón; la cocina y un baño, que ya están terminados pero sin amueblar, una zona destinada al comedor y otra al despacho. Me lo cuenta con entusiasmo, como el que muestra sus juguetes a otros niños para impresionarlos, aguardando una ovación con cada descubrimiento.

Y eso hago; halagarlo. No porque él espere eso de mí, sino porque tal y como está distribuido, el resultado final tiene que ser impresionante, muy parecido a *Red House*.

Luego sube unas escaleras. Esta planta es diáfana, pero me cuenta cómo quiere distribuir las habitaciones.

—¿Cómo lo ves? —me pregunta.

Y, no sé por qué, sospecho que me está pidiendo opinión. Le digo la verdad: que todo me parece de ensueño.

Sonríe satisfecho, pero luego me lleva hasta los gatos. Los veo desde lejos, porque son ciento y la madre y me da un miedo que te cagas que se abalancen sobre mí. Se lo hago saber, pero él se ríe.

—No puedo culparlos —me dice.

Va hasta un rincón y empuja un sillón que coloca frente a un ventanal, al lado de otro. Mientras yo contemplo el paisaje, él da de comer a los gatos, les pone agua, les dice palabras cariñosas que me provocan una sonrisa moñas y luego viene a sentarse a mi lado. Trae a los gatos que rescató el otro día.

Me tiende uno, pero rechazo su oferta. Vamos, ni harta de vino.

Monísimos, sí, pero de lejos.

Ambos contemplamos a los gatos durante un rato, cómodos con el silencio, hasta que él lo rompe.

—¿Por qué llorabas antes?

Lo pregunta sin mirarme, al menos al principio, porque luego gira la cabeza hacia mí y busca mis ojos.

Yo me encojo de hombros.

—La melancolía, que es una perra de cuidado.

Chasquea la lengua.

—Sé lo que es la melancolía. Y eso no lo era —medio me regaña.

Respiro por la nariz de forma lenta, pausada, sopesando si abrirme a él.

Decido hacerlo.

Le hablo de mi padre. De lo pronto que se me fue. Del vacío que dejó. De lo mucho que lo quería y él a mí. De la añoranza, de la necesidad que tengo y que siempre tendré de él. De lo bueno y divertido que era, de sus enseñanzas, incluso de sus broncas cuando las hormonas entraron en escena y me hicieron creer que era más lista que nadie y que los mayores no tienen ni idea de nada. Hablo desde la rabia por lo arrebatado y desde el miedo de la adolescente que se quedó desamparada, pero también hablo desde el más profundo de los cariños.

Le hablo con el corazón en un puño, con lágrimas en los ojos y sintiendo que la soledad en la que me suelo escudar se disipa un poco.

Y él escucha. Y me mira. Y veo que me ve.

Me ve bien, tal vez demasiado. De esto me percato cuando vuelve a hacerme otra pregunta. Esta vez, va directo a la yugular.

—¿Y tu madre?

No sé si quiero abrir ese melón. No sé si estoy dispuesta a enfrentarme a toda la mierda que va a salir si abro esa herida.

Suspiro con resignación.

—No estoy en buenos términos con ella —confieso.

Rhys procesa la respuesta. Luego se gira más hacia mí.

—¿Por qué?

Me gusta esto de Rhys. Él no interroga. No avasalla. Solo invita a hablar.

Pero hablar duele, porque supone mirar hacia dentro. Y, sin embargo, lo hago.

—Porque hizo algo muy malo conmigo.

—¿Te… pegó? —sondea él.

Río sin humor.

—Hizo algo más doloroso que pegarme: me utilizó.

Se hace un silencio pesado, hasta que siento que Rhys me toma la mano. ¡Qué pequeñita se la ve entre la suya! ¡Qué calorcillo más grato me recorre!

Entonces comprendo que si quiero seguir adelante, si quiero que *Rika* tome el control, tengo que cortar la parte podrida de la fruta, porque, oye, lo mismo estamos a tiempo y podemos salvar algo de ella.

Quizá no esté todo perdido.

—A pesar de lo que se creyó, no fui un error. Fui la consecuencia de un plan muy bien elaborado por las dos partes: mi madre para forzar un matrimonio que asegurase su futuro, y mi padre tener el hijo que el amor de su vida no pudo darle.

Sonrío con afecto al recordar el día que mi padre me habló sobre ello. Sin tapujos. Sin adornos. Con el riesgo de que yo pensase lo peor de él.

No lo hice.

—Mi padre era así; cuando amaba, lo hacía fuerte, sin condiciones ni consecuencias. Amaba a lo bestia, por eso, pese a que Maggie, su primera esposa, no le dio descendencia que perpetuase su legado, no la dejó.

—¿No pensaron en la adopción?

Niego con la cabeza.

—Según me contó, no era ese su plan de vida. Su felicidad, por lo único que vivía mi padre, era por Maggie. Lo de tener hijos y tal les daba igual; ellos lo que querían era estar juntos por siempre jamás. Pero ese *jamás* llegó para ella. Y con su muerte mi padre perdió las ganas de vivir, pero justo entonces conoció a mi madre.

—Y se enamoró de ella.

Ladeo la boca con puro cinismo.

—¡Pero qué romántico nos has salido, *redneck*! No. Ni de lejos. Mi padre era así: veía un buen negocio y a por él que iba Solo vio una oportunidad y la aprovecho.

—Ser padre al fin.

Me encojo de hombros.

—Más bien, una razón para seguir viviendo. —Suspiro con nostalgia, pero luego agito la cabeza. Cambio de actitud de forma radical al seguir hablando—. En cuanto a ella… No es ningún secreto que mi madre se acercó a mi padre por su dinero. Mala actriz, peor cantante y a las puertas de los treinta años, tenía que asegurarse un futuro. Encontró en mi padre al candidato ideal; obscenamente rico y más solo que la una después de enviudar. —Hago un inciso y sonrío con amargura al recordar algunos comentarios hechos por lo *bajini* de gente a la que le pierde un salseo—. Como ves, no se mintieron. Vino a ser una gestación subrogada, salvo con la diferencia de que mi padre se casó con mi madre. Fue una mera transacción donde cada uno obtenía algo. Una vez que mi madre cumplió con su parte, se marchó. Lo hizo por la puerta grande, con una pensión garantizada, y con la única obligación de venir a verme una vez al mes y que sus devaneos amorosos no fueran de dominio público.

—Vaya, todo muy…

—¿Pragmático? ¿Conveniente? —le ayudo. Casi río por su cara de desconcierto.

Normal. Él se ha criado en una familia tradicional donde el pilar es el amor.

—Frío —determina.

Yo niego con la cabeza.

—Tal vez mi gestación lo fue, pero créeme que nunca he sentido falta de cariño, al menos por la parte paterna. Mi padre me quería con locura y se encargó de que no me afectara carecer de una madre al uso. Y, créeme, lo logró. No echaba de menos tener una figura materna. Es más, no entendía muy bien qué pintaba en mi vida. Era el suyo un *amor* por imposición, e incluso a veces me molestaban sus visitas, que, por cierto, no pasaban de la media hora.

—Normal. Era una extraña para ti.

Achico los ojos y miro al frente.

—¿Suena muy mal si digo que creo que no la quiero?

—Un poco. —Se ríe por lo bajo, pero luego golpea su hombro con el mío—. Pero solo si no conoces la historia.

Asiento, agradecida porque no me juzga.

—Entonces no sabía por qué me causaba tanto rechazo. Cualquiera puede pensar que era porque le echaba en cara su ausencia, que estaba enfadada con ella por no comportarse como una verdadera madre, pero no es así. No se puede añorar algo que nunca se ha tenido. Creo… El caso es que ahora sé que ya desde niña intuía su veta narcisista, su egoísmo e incluso su avaricia. —Río por la nariz de pura amargura—. Joder, si ya con trece, cuando venía a verme, le preguntaba a mi padre cuánto le había pedido esta vez. Mi padre me regañaba, claro, porque no quería que yo sufriera. Él siempre ha endulzado las cosas entre nosotras. Era más bueno…

Una lágrima cae por mi mejilla y la limpio con rabia. Me sigue doliendo mucho su muerte.

Rhys me aprieta la mano para hacerme saber que está ahí, pero lo que consigue que sienta que, en efecto, me apoya y me sostiene, es la tierna sonrisa que me regala.

—¿Qué pasó cuando murió? Supongo que tu madre te metió en un colegio de esos super caros donde solo te dejan salir en vacaciones.

—Pues mira, no. Contra todo pronóstico, se hizo cargo de mí. —Chasqueo la lengua—. Aunque, claro, no le quedaba otra, si quería ser la albacea fiduciaria. —Rhys resopla al ver por dónde van los tiros. Yo inspiro para ordenar mis pensamientos—. Esto lo supe

después, porque ahora que mi padre no estaba para defenderse, me hizo creer que fue él quien no le dejó vivir con nosotros, que debido a que no se llevaban bien, ella se vio obligada a apartarse de mí. Que lo hizo por mi bien, decía.

—Qué hija de… —Se detiene a tiempo y se lleva las manos a la boca—. Perdón, perdón.

Detengo sus excusas alzando la mano.

—Dilo, dilo; qué hija de puta. Es algo que no le voy a perdonar, porque aunque no la creí, sí sembró en mí algo de dudas. Era muy manipulable —reconozco con tristeza.

—Espero que, al menos, ejerciera su papel de madre. O lo simulara.

—Uy, vaya si lo hizo. De pronto era la madre más abnegada del mundo, la que presumía de hija, la que hacía que nos vistiéramos a juego, la que, sin la prohibición expresa de mi padre, me exhibía en sus redes sociales. Se hizo cargo de todo, desde lo que vestía, lo que estudiaba, con quien me relacionaba y lo que comía.

Rhys ladea un poco la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—Por eso eres vegana.

No pregunta. Afirma.

—Exvegana —corrijo levantando un dedo, pero luego me muerdo el labio—. Me convirtió en un títere. En su muñeca preferida. Y, lo peor, es que yo me dejé. Creí que había cambiado y que, fíjate qué tontería, me quería.

Rhys niega con la cabeza.

—No puedes culparte por ello. ¿Cuántos años tenías? ¿Catorce?

—Quince —le digo.

—Quince —repite él con una sonrisa triste—. Una chica que ni es niña, ni mujer. Una persona a medio formar que, durante toda su existencia ha sido amada, protegida y mimada hasta la extenuación. Creo que es normal que quisieras llenar el vacío que dejó tu padre. Nadie puede reprocharte que quisieras complacerla si con ello lograbas sentirte menos sola.

—Ya, pero ¿sabes qué? Que así es como me sentía pese a todas sus atenciones. Siempre he tenido la sensación de que yo daba más de lo que recibía. Y me odio por ello. Me odio por reclamar un amor

que tendría que ser mío por derecho propio. Como bien has dicho, y solo para llenar el vacío que dejó mi padre, me aferré a la idea de conquistarla.

Rhys chasquea la lengua. Veo que sus ojos se endurecen.

—Un hijo no tiene que buscar el cariño de una madre. Es algo que, se sobrentiende, debe venir de serie. Un niño nunca debería mendigar amor.

Y eso era justo lo que había hecho: mendigar. Desde los quince años, no he hecho otra cosa más que arrastrarme por unas migajas de afecto. Convertirme en alguien que no soy. En alguien que habla, viste y vive como ella quiere.

En alguien que mató a la niña que era para convertirla en un producto.

—Pues esta es mi historia. Mola, ¿eh? —digo para quitarle hierro al asunto.

Rhys agita la cabeza.

—Ni un cacho. Es horrible. —Asiento, porque, ¡qué coño!, tiene razón—. Antes has dicho que no estás en buenos términos con ella.

Me pongo rígida. No por la pregunta en sí, sino porque me pongo enferma solo de pensar en ella.

—No. Y temo que es para siempre. Lo que hizo no tiene perdón.

Rhys cabecea, aceptando que sea tan tajante con mi madre.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ya que estamos —digo encogiéndome de hombros. Porque sí: me lo quiero quitar de encima. Al menos, con él—. ¿Te acuerdas cuando hablamos en la cabaña sobre mis inicios en Instagram? —Rhys asiente y yo sonrío—. Me preguntaste qué cambio. Pues esta es la respuesta: ella cambió mi contenido. —Hago una pausa y suspiro—. Cuando mi padre murió, y pese a que mi madre se hizo cargo de mí, me sentí muy sola, así que me refugié en los libros. Mi padre no quería que tuviera redes sociales, pero a mi madre no le importaba y me dio permiso para abrirme una cuenta enfocada en la literatura. No sé cómo fue, tal vez porque es verdad lo que dice mi representante sobre mi carisma, pero el caso es que empecé a tener cada vez más seguidores. Yo no lo tenía en cuenta, porque me daba un poco igual el número. Me bastaba con saber que había gente que

compartía mi amor por los libros. Además, yo no tenía ni idea de lo que significaba crecer en Instagram. Mi madre, en cambio, sí. Vaya si lo sabía.

—¿Y qué significa?

Hago una mueca de desprecio.

—Monetizar por visitas, tener propuestas de colaboraciones, contratos… A la larga, ganar dinero. No me preguntes cuánto, pues no tengo forma de saberlo. Aquella cuenta la gestionaba ella al ser yo menor de edad y, entre nosotros, lo de las métricas, las visitas y los seguidores me traía sin cuidado. Pero ahora sé que debió de ganar un pastón a mi costa.

Siento que Rhys se pone rígido.

—¿Te robó?

Asiento, porque fue justo lo que hizo. Durante cinco años, yo no vi ni un solo dólar.

—Ella lo llama gestión parental —digo haciendo el signo de las comillas—, pero vamos, que es lo mismo que robar, porque todo iba a su cuenta particular.

—¿Eso es legal?

Asiento.

—Al ser yo menor, para monetizar la cuenta tenía que estar a nombre de un adulto: ella. Ahora sé lo que había detrás, pero entonces yo pensaba que mi madre se involucraba tanto en mis redes solo para apoyarme, que, tal vez, con la edad estaba cambiando y empezaba a quererme algo. No mucho, no es una mujer que derroche cariño, pero me bastaba con lo que me daba. Y, claro, la pobre niña que se ha quedado huérfana del mejor padre del mundo estaba encantada con las atenciones de su madre. ¿Para qué iba a preguntarme si había segundas intenciones?

—¿Cuándo lo descubriste? —quiere saber.

—Con la pandemia, cuando Musically fue absorbido por TikTok y este empezó a tener éxito. Como yo ya era mayor de edad cuando me abrí la cuenta, y dado que ya contaba con muchos seguidores en Instagram que se sumaron a esta nueva red, vi que se podía ganar mucha pasta con ello. Te juro que antes de eso no tenía ni idea. Tal vez porque, al tenerlo, nunca le he dado la menor importancia al

dinero —confieso encogiéndome de hombros—. Fue cuando me di cuenta de que mi madre me había utilizado. Que solo me prestaba atención porque veía que podía sacar tajada conmigo.

—Hostias… —masculla.

Sonrío, porque ese *hostias* ha sonado a «¡Qué hija de la gran puta!».

—Donde yo veía a alguien apoyándome —continúo—, solo había una persona que seguía moviéndose por sus intereses. Por eso, entre vídeos de recomendaciones literarias, me colaba un champú, un labial o una crema ideal para el *skincare*. Que, ya me dirás tú, qué necesidad tiene una cría de diecisiete años de echarse cremas a diestro y siniestro… A lo tonto a lo tonto, la temática de mi canal cambió de forma radical. Cada vez eran menos los posts literarios y más los de *outfits*, maquillaje y *style life*. Más los: «Erika, hay que cuidar el peso», «Erika, mañana tenemos un desfile», «Erika, ¿has firmado ya el contrato que te he dejado en tu escritorio?». Yo no lo veía, pero ya no se molestaba en fingir ser mi madre y se mostraba como lo que era en realidad: mi representante. Y así, sin darme cuenta, convertí un *hobby* en un trabajo que ella gestionaba. Para cuando me quise dar cuenta, ButterWill se había hecho con el control de mi vida.

—ButterWill es… —me anima a explicarme.

—Yo. Me puse el nombre porque mi padre me llamaba siempre mariposilla, así que hice una mezcla del apodo y mi apellido. Ahora… lo odio. Odio a ese monstruo en el que me he convertido. Y, lo peor, me odio a mí misma por dejarme moldear.

Rhys niega con la cabeza.

—No puedes culparte. No lo hagas, Rika. Solo aprende de ello.

Lanzo un largo suspiro.

—En ello estoy, Rhys.

Me aprieta la mano, dándome ánimos, y yo cierro los ojos. Sin abrirlos, continúo hablando.

—Pero no fue eso lo que me hizo echarla de mi casa, y de mi vida. —Tiemblo solo de recordarlo—. Eso no era más que dinero, nada que no se pudiera recuperar. O perdonar. Pero la villa de Monmouth… Dios, cómo me dolió eso. —Hago una pausa cuando

siento una punzada en el pecho. Siempre me pasa. Siempre me dolerá. Y por eso, siempre la odiaré—. La eché de mi vida el día que me enteré de que había vendido la casa en la que pasé casi toda mi infancia.

Rhys alza las cejas, sorprendido y escandalizado al mismo tiempo.

—¿Podía hacer eso? Me refiero —añade al ver que lo miro sin comprender— a que se supone que un albacea debe actuar en beneficio del menor, nunca perjudicarle.

Niego con la cabeza.

—No solo no me perjudicó, sino que además engrosó mi cuenta bancaria.

—Pero te quitó un activo inmobiliario.

Hago una mueca de asco.

—Que estaba casi en ruinas y cuyas reparaciones costaban más de lo que valía la casa. Es más, como agente inmobiliaria, supo sacarle partido y la vendió, así, en estado ruinoso, casi por el doble de su valor. A la hora de hacer dinero es buenísima —digo con cinismo—. Y de convencer a los demás de qué es lo mejor para ellos, también. No podía hacer nada aunque quisiera. Ni me molesté en llevarla a juicio. ¿Para qué? Ya era demasiado tarde y no podía recuperar aquella casa. Me bastó con echarla de mi vida.

—¿No tienes nada de contacto con ella?

Niego con la cabeza.

—Al principio sí, pero no era bueno para ninguna de las dos, pues siempre terminábamos discutiendo y echándonos muchas cosas en cara.

Rhys se ríe sin humor.

—¿Qué puede echarte ella en cara a ti?

Lo miro fingiendo que su pregunta es muy absurda.

—Pues ¡todo lo que ha hecho por mí! ¡No me abandonó, sino que se hizo cargo de mí! ¡Si no fuera por ella, ButterWill no hubiera llegado tan lejos! Por Dios, Rhys, tienes unas cosas… ¡Si es la madre del año! —escupo, pero luego agito la cabeza y clavo la vista al frente, donde las copas de los pinos aún tienen restos de la nevada.

Ahora, mientras contemplo un paisaje tan parecido a aquel que duele, me permito el lujo de odiar. Odio al tiempo, que te arrebata todo, hasta los recuerdos. Y odio a mi madre, por no darme lo que me correspondía por derecho propio, y no hablo solo de una casa que vendió sin consultarme. Hablo de un amor que nunca supo darme. Tal vez porque no lo sentía.

Me obligo a reconocer que la odio, porque me quitó mucho y no me dio nada. Me obligo a verla como lo que es, una narcisista que no supo o no quiso hacerlo mejor. Y me obligo a dejar que aquello que no he querido ver, que me dolía mirar, se muestre ante mis ojos.

Porque para dejar ir el rencor, hay que enfrentarse a la verdad. Aunque duela.

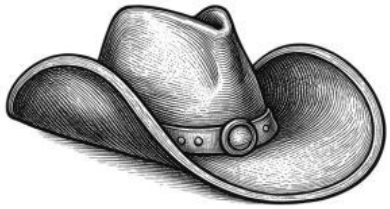
Es como una hostia de realidad a la que no quieres enfrentarte, pero debes hacerlo, aunque te desgarre por dentro.

Ahora entiendo que este corte es necesario para que el pus salga y no termine infectándolo todo. Así que aprieto, aprieto, aprieto… hasta que la herida está limpia.

Fresca, dolorosa, sangrante. Pero limpia.

Al fin limpia.

28



No tomarás más de lo que te proporciona el rancho
(Yo es que siempre he sido muy ambicioso)

RHYS

Rika llora.

Lo hace en silencio, el mismo en el que yo me sumo, porque hablar no tiene caso.

¿Qué se puede decir después de una historia así? Pues que ahora la entiendo. Que todo tiene sentido.

Y que la quiero un poquito más.

Este descubrimiento debería llenarme de congoja, y de hecho lo hace, pero tan pronto como te haces a la idea, lo aceptas con calma. Es como cuando ves venir un alud y te preparas para lo peor, pero luego, a toro pasado, dices: «Pues tampoco era para tanto».

De modo que aquí andamos, con la vista clavada al frente, pero mirando hacia dentro, las manos enlazadas y el corazón un poquito encogido.

Al cabo de un buen rato, sonrío cuando la escucho suspirar, señal de que ha pasado página. O, al menos, que se ha reconciliado consigo misma.

Incluso tal vez con la idea de que nunca va a poder cambiar a su madre.

Aunque vaya tela…

—Ufff, eso ha sido intenso, ¿eh? —es lo primero que dice.

—Mucho —coincido. Pero no solo por lo que me ha contado ella, sino por lo que me ha susurrado mi corazón—. ¿Mejor?

—Muuucho mejor —dice asintiendo con fervor y abriendo mucho los ojos—. Tengo la sensación de que me he quitado de encima una paca de alfalfa.

No puedo evitarlo y me echo a reír.

—Ay, ay, que al final hacemos de ti toda una *cowgirl*.

—Bueno, ya tengo sombrero y botas, ergo… —se ríe de sí misma.

Suspiro aliviado al ver que la tormenta ya pasó. Aunque no me importa aguantar otro chaparrón a su lado.

—Lo siguiente es montar a caballo.

—Nunca —dice negando con la cabeza.

—Yo podría enseñarte —le insisto.

No sé por qué me encabrona tanto que se niegue a aprender. Tal vez porque quiero que se involucre en mi mundo.

En mi vida.

—Que no, Rhys, que ni te molestes. —Suspira y mira a su alrededor—. Me gusta esto.

—¿Mi casa? —indago.

Se encoge de hombros.

—Estar aquí. Contigo —confiesa. Lo ha hecho bajito y se ha puesto sonrosada.

Yo me tengo que morder las mejillas por dentro para no sonreír como un bobo. El intento se va por el retrete cuando ella me mira con esos ojazos azules.

Lo hace con tal intensidad, que me sobreviene un escalofrío.

—Me ha gustado que te abrieras a mí. —Por una vez, no hay ningún doble sentido en mis palabras.

Ella también lo siente así, porque no suelta ninguna réplica mordaz. En cambio, dice:

—Es lo justo. Ayer fuiste tú quien me dejó ver tu corazoncito. Es de recibo que yo confíe en ti.

—Igualito es —digo restando importancia a lo mío. Vamos, es que no hay ni punto de comparación.

—Pues sí, igualito. Un trauma por otro.

—Ya, pero es que los tuyos son muy jodidos, Rika. Nada que ver con lo mío.

Se encoge de hombros y aparta la vista a un lado. Después de un largo silencio, sonríe con maldad.

Yo me alegro mucho al ver que vuelve a ser la Rika de siempre.

—Así que este es tu picadero —me suelta a bocajarro.

Me pongo rígido. No sé por qué coño ha llegado a esta conclusión.

—¿Tú ves un colchón en algún lado?

Se gira hacia mí y alza las cejas.

—¿Y desde cuándo se necesita un colchón para echar un polvo rápido?

Chasqueo la lengua.

—Es que, *preppy*, mis polvos no son rápidos.

Chista y hace un gesto descreído.

—Promesas, promesas, promesas.

—Ya lo verás. —No me contradice, y eso me hace el hombre más feliz del mundo—. Al margen de cómo sean mis polvos, que, ya que parece que tanto te interesa son muy largos y muy concienzudos —le advierto con un guiño mientras me levanto para dejar los gatitos en su sitio—, nunca he traído una chica aquí.

—Mentiroso —la escucho decir a mi espalda—. Seguro que las traías con la excusa de enseñarles las constelaciones. O las estrellas fugaces —me recuerda.

Me río por lo bajo, pero cuando me doy la vuelta, la veo que se dispone a mirar por…

—¡No! —grito.

Pero es demasiado tarde. La respiración contenida de Rika es la prueba de ello.

Porque acaba de descubrir a dónde apunta mi telescopio.

—¡Serás… capullo! —grita—. ¡Me has espiado!

Pillado, me froto la cara con las manos.

—Te juro que no es lo que parece.

—¿No? ¿Me vas a decir que la mira no estaba dirigida hacia *mi* cabaña?

—Sí, es solo que… Te prometo que no te espiaba. Bueno, sí, solo una vez, pero me detuve a tiempo de…

—¿A tiempo de qué? —pregunta, retadora.

Tiene las manos en las caderas y la cabeza ladeada, a la espera de que me explique.

Vuelvo a mi sillón y me dejo caer en él. Lo hago con toda la frustración y la vergüenza que me embargan. Y con el temor de haber echado todo a perder, pues no debo olvidar que Rika ha venido a Montana porque un tipo la acosaba.

Ufff, a la mierda que se va todo.

—Fue sin querer. O no… El caso es que quería echar una ojeada, pero te juro que dejé de mirar cuando vi lo que estabas hacien…

Su grito escandalizado, y avergonzado, me detiene.

—¿Qué. Coño. Estaba. Haciendo? —quiere saber llevándose una mano al pecho.

Tiene el rostro todo sonrojado. Con total seguridad, yo también.

—Bueno, digamos que estabas *leyendo*.

Ahora su cara es escarlata. Creo que se siente tan abochornada al saberse pillada, que no puede ni hablar. Así que continúo haciéndolo yo.

—Juro que dejé de mirarte, Rika. Hasta yo tengo un límite.

Asiente. No sé si porque me cree, o porque prefiere creerme.

Baja la vista al suelo y suspira. Cuando me vuelve a mirar, veo un brillo extraño en sus ojos azules.

—¿Qué hiciste?

—Ya te he dicho que dejé de mirar y…

—No —me corta—. Después de verme. ¿Qué hiciste?

Ahora el que tiene el rostro escarlata soy yo. Pero respondo:

—Leer.

La risa le sale a trompicones.

—Venga ya. ¿Leer? —Asiento con gravedad para que vea que no estoy mintiendo. Rika entrecierra los ojos—. ¿Qué leías?

Le digo el título. Ella agranda mucho los ojos.

—Venga ya.

Me encojo de hombros.

—Leí un par de párrafos en tu casa y me llamó la atención, así que me lo compré.

—¿Por qué? —Lo pregunta con la voz muy aguda, la incredulidad muy marcada.

—Porque me pareció interesante. Y marrano —añado con toda la intención—. Y porque lo estabas leyendo tú.

Hace una mueca con la boca. No sé si por enojo, o para detener una sonrisa.

—¿Creías que podías conocerme mejor si leías lo mismo que yo?

¿Para qué negar lo obvio?

—En parte. Pero ahora sé que, tal y como están las cosas, eso es lo último que quieres que un hombre te haga. Digo, por lo de tu acosador —me apresuro a añadir al ver su ceño fruncido.

Ahora se muestra tímida, porque parpadea rápido sin atreverse a mirarme.

—Créeme que cuando pienso en ti, lo último que me viene a la cabeza es mi acosador.

Vuelvo a morderme las mejillas por dentro. Decido sondearla.

—Así que no descartamos lo de que te persiga por el bosque con una máscara.

Me mira como si estuviera loco.

—Pues claro que lo descarto. ¿En pleno bosque, con todo lleno de bichos y de animales salvajes? ¿Con el frío que hace? Vamos, ni de coña. Y desde luego, nada de follarme un cuchillo, con el miedo que me dan.

—Pero si decías que eras una experta en trinchar el pavo —me guaseo.

Me hace una mueca.

—¿Y qué tiene que ver?

—Nada, cosas mías. Entonces, ¿lo descartamos todo? ¿Hasta lo de la máscara de calavera?

—Eso, sobre todo. —Se acerca a mí y, para mi sorpresa, se sienta a horcajadas sobre mí—. Prefiero que lleves tu sombrero y

que ocultes la mitad de tu cara con esto.

Y juguetea con el pañuelo que llevo anudado al cuello. Gimo cuando, además, se balancea un poco sobre mí. Mis manos acarician sus muslos y suben hasta atrapar su trasero.

—Así que te molan los bandidos tipo *western*.

Niega con la cabeza, pero entonces me acaricia la mejilla y se inclina sobre mí.

—Me molas tú.

Y me besa. Lo hace de forma lenta, suave, mordisqueando mis labios y deleitándose con ellos. Pero luego supongo que, como me pasa a mí, pierde un poco los papeles, porque me mete la lengua y busca la mía.

Ahora la beso yo. Lo hago con todas las ganas contenidas y abrazándola con fuerza, pero sin ninguna intención de ir más allá.

No, tengo claro que aquí y ahora no vamos a follar. Lo sé, porque ni ella ni yo buscamos nada más allá de esto; besarnos. Abrazarnos. Sentirnos.

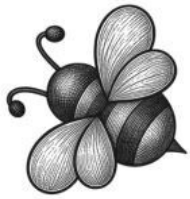
Tal vez porque sus traumas están aún flotando en el aire. Y porque un beso no siempre tiene que terminar en sexo.

No, no todo se reduce a lo físico. A veces hay que darle espacio a otras cosas que no podemos ver ni tocar, sino solo sentir.

Así que siento. Asusta un poco, pero me gusta. Y aunque sé que esto es algo temporal, que Rika tiene vida muy lejos de Montana, y de mí, decido aprovechar al máximo lo que quiera ofrecerme.

Porque es de codiciosos querer más de lo que nos dan.

29



Aceptarás que hay seguidores de paso
(Por mucho que tú quieras retenerlos)

RIKA

Pese a ser más rico que Craso, mi padre no era de gastar.

Algunos lo tacharon de tacaño, con todo el dineral que tenía, pero a él no le gustaba tener más de lo que necesitaba.

Odiaba la acumulación.

Todavía recuerdo nuestras disputas, si se les podía llamar así, los días previos a la Navidad, cuando antes de escribir mi carta a Papá Noel me obligaba a hacer inventario de mis juguetes para no pedir algo que ya tuviera, amén de donar aquellos con los que ya no jugaba por el motivo que fuera.

—Un juguete viejo por cada nuevo que pidas —me decía—. Recuerda que hay que desprenderse de lo innecesario. Si no lo haces, el armario se llenará y no tendrás espacio para nada nuevo.

Me pregunto si, de algún modo, mi padre me estaba dando una lección de vida.

Ahora entiendo que mi armario siempre ha estado a reventar de cosas inservibles, rotas. Cosas que ya no me gustaban. Cosas que

hacían tanto ruido en mi cabeza y ocupaban tanto espacio en mi corazón, que no dejaban entrar nada nuevo.

Me ha gustado mucho hacer limpieza en *mi armario* esta tarde. Ha sido duro, no voy a engañarme, y doloroso, pero tan necesario como el respirar. Ahora estoy mucho más libre, más ligera, más fresca, aunque me siento un poco mal por haber usado a Rhys de basurero emocional.

«Soltar para sanar».

He soltado, y mucho. Por ese lado, bien, pero por otro, mal. Porque ahora que hay tanto espacio en mi cabeza, lo poco que hay hace eco. Ahora que ya no hay distracciones, que al fin he dejado entrar este nuevo sentimiento en mí, todo parece girar en torno a Rhys.

Ay, Rhys. ¿Qué voy a hacer con él?

He tomado a lo largo de mi vida muchas y muy malas decisiones, y quizás enredarme con él sea una de ellas, pero ni quiero ni puedo resistirme a esto que sea que pasa entre nosotros.

De modo que no me queda otra que ignorar todas las señales de alarma.

Ya lloraré después.

«Nadar y nadar y ahogarse en la orilla».

Es extraño, pero antes me abandonaba al sueño para no pensar en mis problemas. Ahora, no. Ahora me enfrento a ellos (porque mis sentimientos son un problemón y de los gordos, y si no tiempo al tiempo) despierta, con la vista clavada en las vigas del techo y las manos en la nuca, el corazón latiendo rápido y la respiración un tanto agitada.

Joder, que esto es un puto desastre, pero aquí ando, como loca porque me lleve por delante.

Tan solo tengo que mantener a raya mis ilusiones. Mientras sea consciente de que Rhys es ave de paso, todo irá bien.

Satisfecha mi conciencia, me dispongo a dormir, pero después de cuatro o cinco vueltas, no logro ni amodorrarme. Creo que mis tripas rugiendo tienen algo que ver, pues debido a la carga emocional del día, apenas he probado bocado.

Miro la hora y veo que no son ni las tres de la mañana. Ni de coña voy a aguantar hasta el desayuno, así que me levanto para robarle a Charlotte una galleta con la que matar el hambre.

Red House es enorme. No sé cómo será la planta de arriba, pero seguro que las habitaciones son tan grandes como la mía, que se encuentra en la planta inferior. Creo que me han instalado allí para contar con privacidad, cosa que agradezco. Mi habitación está en el ala oeste. La cocina, en cambio, se encuentra en el lado contrario. Está caldeado, y como es tan temprano, no me molesto en ponerme una bata. Total, llevo unos pantaloncitos cortos de pijama y una camiseta lo suficientemente larga como para taparme hasta la mitad de los muslos. Gracias a los ventanales, y a que hay luna llena, no tengo ninguna necesidad de encender las luces, así que me oriento y me dirijo a la cocina. Antes de entrar percibo una tenue luz, procedente de la nevera abierta.

Coño, no esperaba encontrarme a nadie. Y yo con estas pintas.

—¿Hola?

El bulto emerge tras la puerta de la nevera.

—¿Rika?

Suspiro aliviada al reconocer la voz de Rhys.

—Sí.

Le veo buscar en la penumbra el interruptor de la pared. Parpadeo cuando se hace la luz, pero luego, al recuperar la visión, me fijo en Rhys y en lo que lleva (y en lo que no) puesto.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando lo que sea que le tapa las piernas.

Prefiero mirar eso a su torso desnudo. Digo, si no quiero entrar en combustión espontánea.

Él frunce el ceño antes de contemplarse a sí mismo. Cuando vuelve a clavar sus ojos aguamarina en los míos, tiene una ceja arqueada.

—¿Esto? Mis calzoncillos.

Río a trompicones.

—¿Calzoncillos? ¿Hasta los pies?

Creo que ha notado mi burla, porque se ha ruborizado de vergüenza.

—¿Y? Aquí hace un frío de la hostia, sobre todo por las mañanas. ¿No te gustan, o qué?

—Me parece una paletada de cuidado.

Y, sin embargo, es lo más sexy que han visto mis ojos. Me debato entre soltar una carcajada, o ponerme a babear.

Se acerca a mí y, raudo, me toma en sus brazos.

—Te encantan las paletadas.

Niego con la cabeza, pero le dejo que me mordisquee el lóbulo de la oreja.

—Ni de lejos. Ahora, en cuanto a los paletos, no tengo nada que objetar.

Se aparta de mi cuello para mirarme a los ojos. Lo hace enfurruñado.

—¿Cómo que *los paletos*? ¿Así, en plural?

Me encojo de hombros fingiendo despreocupación ante su explosión de celos, pero en el fondo me encanta.

—He visto a cada espécimen…

Irritado, me toma por la cintura y me aprieta contra él.

—¿Quién? Dime sus nombres para matarlos.

Rompo a reír. Lo hago por lo bajo, pues no es plan de despertar a toda la casa con mis carcajadas.

—Hombre, dudo mucho que quieras matar a tu hermano mayor.

Ahora es él quien ríe. Me toma por la cintura y me sube a la isla. Estoy a punto de pegar un gritito porque la encimera está pelada de frío, pero entonces asalta mi boca.

Lo hace con un beso rápido. Un beso de esos de reclamo.

—Bueno —dice acoplándose entre mis piernas y tomando mi cara entre sus manos—. Contra Liam no puedo competir.

Mientras dejo que me mordisquee la mandíbula, quiero decirle que no hay competencia que valga, porque en cualquier universo, este o el de más allá, él, y solo él, es la opción ganadora, pero, oye, tampoco quiero inflarle el ego.

—Pues no. No hay ni punto de comparación —replico, traviesa.

No pilla la indirecta y se enfurruña.

—Yo también soy guapo.

Niego con la cabeza, pero ahogo un gemido cuando me recorre la yugular con la punta de la lengua.

—Reconoce que él lo es más.

Ahora es él quien gime, porque le estoy acariciando la espalda y le he clavado un poco las uñas.

—Pero yo soy mejor persona —insiste.

Atrapa con sus dientes mi labio inferior y tira de él. Siento un calor instantáneo que me recorre todo el cuerpo.

Dios, estoy cachondísima.

—Ni de coña. Liam es un encanto, y lo sabes.

Gruñe, molesto, pero luego toma mis caderas para inmovilizarme mientras él se pega más a mí.

Todo él.

Ladea la sonrisa y me mira travieso al tiempo que restriega su erección contra mi entrepierna con toda la intención de provocarme.

Como si necesitase más incentivos…

—Pero yo la tengo más grande.

Río y jadeo al mismo tiempo.

—Has conseguido que, cuando vea a Liam, me fije en su entrepierna para comprobarlo.

Vuelve hacer ese gesto posesivo de apretarme contra él, en plan «¡Mía, hostias!», que, además, acompaña con un pellizco en el pezón.

Casi grito de puro placer. Para no hacerlo, comprimo los labios.

—De eso nada —protesta con un jadeo—. Te prohíbo que mires la polla de mi hermano.

Río por la nariz.

—¿Quién eres tú para prohibirme nada? —le ataco.

Hace un mohín con la boca. Parece un perrillo apaleado.

—Nadie. Solo un… *redneck*.

Niego con la cabeza y le acaricio con el pulgar el labio inferior mientras se lo miro.

—No eres un *redneck*. Eres *mi* r*edneck*.

Y lo beso, porque no quiero decir nada de lo que luego pueda arrepentirme. Como que me tiene loca. Que nunca había sentido tanto, y en tan poco tiempo, por nadie. Que no me conformo solo

con estrellas fugaces. Que si quiere, le doy la luna. O, ya puestos, el sol, aunque me achicharre. Que tal vez esto sea amor. Que, quizás, podamos escribir nuestra propia novela romántica. Pero ¿para qué? ¿Para darle ilusiones y, de paso, alimentar las mías? No, mejor emplear la boca en otra cosa, como, por ejemplo, en aprenderme de memoria la rugosidad de su lengua.

Entonces recuerdo dónde estoy, y que si no paramos ahora, vamos a terminar haciéndolo en la isla de la cocina, así que le aparto un poco para tomar aliento y pensar con claridad.

—Se nos está yendo de las manos —le digo.

Rhys me mira sin comprender, los ojos nublados por el deseo, pero tras tragar saliva con esfuerzo, asiente.

Luego, junta su frente en la mía. Como yo, respira a borbotones y jadea.

—¿A qué habías venido? —pregunta, creo que en un intento de pensar en otra cosa que no sea en este deseo que nos ahoga.

—Tenía hambre.

Ríe por lo bajo, ladino.

—Pues júntate conmigo.

Ambos sabemos que no se refiere a comida.

Sin embargo, se aparta y va hasta la nevera. Yo parpadeo, confusa. Odio el frío que me atiza de golpe. Me asusta lo adictivo que me está resultando su calor.

—¿Qué te apetece? —pregunta rebuscando en la nevera. ¿Que qué me apetece? Pues él. Todo él. De arriba abajo—. Hay restos de estofado, tarta de queso… ¿O prefieres que te haga unos huevos revueltos?

Buah, me muero de amor. Y de hambre, también, porque la sola mención de comida hace que mis tripas se pongan a protestar, indignadas por mi indiferencia hacia ellas.

«Luego», les prometo.

Ahora… ahora tengo un apetito del todo distinto.

Me bajo de la isla y voy hacia él. Le abrazo desde atrás y pego la mejilla en su ancha, tatuada, musculosa y desnuda espalda.

—Pues, por preferir, prefiero que vengas a mi habitación.

Siento que se pone rígido. Durante todo un latido ni se mueve ni pronuncia palabra, pero luego gira la cabeza hacia mí.

Suelto su cintura y retrocedo un paso, tímida de pronto al ver cómo sus ojos desprenden fuego.

Nos miramos con intensidad, inmóviles. No sé si espera algo más de mi parte, pero al recordar la jugarreta que le hicieron, soy yo la que da un paso hacia él.

Al ver el gesto, gruñe y se abalanza sobre mí.

Ya no hay delicadeza, ni juegos de seducción. Solo hay dos personas hambrientas la una de la otra, dos corazones que buscan latir al unísono, dos bocas que se funden en un beso un tanto loco.

Rhys me toma en brazos y me lleva en volandas a mi habitación. Tropieza con algo al atravesar el salón, pero salvo un quejido de dolor, no dice nada y sigue su camino.

Ya en mi habitación me echa en la cama y no tarda en reunirse conmigo y cubrir mi cuerpo con el suyo. Yo abro las piernas para acogerle y las enrollo en su cintura, mientras mi pelvis busca su erección. Recorro su espalda con mis manos y nos besamos ahora ya a la desesperada.

Toma una de mis trenzas para enrollarla en su mano. Supongo que pretende inmovilizarme.

Qué tonto… Ni que me fuera a escapar de él.

Con la otra mano, me sube la camiseta. No tardo en ayudarle a quitármela, quedándome tan solo con el pantaloncito de pijama.

—Qué hermosura… Qué barbaridad —dice antes de meterse un pecho en la boca.

Grito cuando me mordisquea el pezón, pero entonces lo sorbe con ganas. Echo la cabeza hacia atrás para perderme en el placer que esto me provoca, mientras siento lava líquida derramarse entre mis piernas.

—Rhys —susurro su nombre.

No sé si lo digo para que pare, o para que siga.

Ignoro si me ha escuchado, pues está muy ocupado jugando con mis pezones.

Siempre he sido un poco sensible a ellos, pero no tanto como ahora. Y no tiene nada que ver con el hecho de estar ovulando, sino

con la persona que los está acariciando; con su destreza, su cuidado, incluso su brutalidad.

Si sigue así, voy a alcanzar un orgasmo. Pero se detiene.

El muy maldito para de golpe y hace fuerza con los antebrazos para sostenerse y así poder mirarme a la cara.

—Hostias, ¿tienes algo? —Agrando un poco los ojos al saber a lo que se refiere. Luego, niego con la cabeza—. ¿Por qué no?

—¿Tal vez porque no he venido a Montana buscando esto? —replico con sarcasmo.

Él se rasca la cabeza.

—Y supongo que tampoco tomas algo… Estoy limpio, te lo juro.

—No. Dejé la píldora anticonceptiva hace unos meses porque me sentaba mal.

Y porque ya no tenía con quien follar.

—Joder… —Se quita de encima de mí y se deja caer al lado.

Le veo que se tapa los ojos con el brazo y que se lleva una mano al pecho.

—Po… podemos limitarnos a jugar —murmuro, un tanto desencantada.

Aparta el brazo y resopla.

—¿Qué? No, ni de coña. Solo dame tiempo… —No ha pasado ni medio segundo cuando añade—: Vale, ya está.

Salta de la cama y echa a correr hacia la puerta. Me siento y me cubro con la sábana mientras lo veo salir de la habitación.

No tarda en asomar la cabeza por la puerta.

—No te dormirás, ¿verdad?

—Depende de lo que tardes —le digo resoplando.

Es trola. Le esperaría toda la noche.

Todo el día.

Toda la vida.

Creo que se ha tragado mi amenaza, porque sale escopetado de nuevo. Mientras lo espero, pienso en asearme un poco, pero entre que lo decido, ya ha venido de vuelta.

Me muestra una caja con una sonrisa triunfal, como si fuera la llave de la felicidad.

Para mí, lo es.

—Qué rápido —le digo tendiéndole los brazos.

—Cuando las ganas de joder aprietan…

No tarda en meterse en la cama conmigo.

Primero me besa, con esa ansia contenida tan característica en él, con esos ronroneos de placer que me vuelven loca. Pronto se olvida de mis labios y desciende por mi cuello. Me retuerzo cuando juega a clavarme los dientes en la clavícula, y grito de alegría cuando vuelve a lamer y a chupar mis pezones. Atrapa un pecho de forma posesiva, mientras que la otra mano se cuela entre mis muslos y empieza a acariciarme el clítoris.

—Ufff, si sigues así, me voy a ir ya mismo.

Ríe por lo bajo.

—¿Tan pronto? ¿Tantas ganas me tenías?

No le respondo. Estoy muy ocupada concentrada en esos dedos que ahora están presionando, fuerte, fuerte, mi clítoris, como para lidiar con su vanidad.

Suelto un gemido de alivio cuando lo libera de la presión, pero entonces empieza a acariciarlo con movimientos circulares al mismo compás que su lengua en mi pezón.

—Me matas, Rhys —digo entre jadeos cuando el placer sube y sube, pero él, lejos de darme lo que quiero, corta mi orgasmo una y otra vez con un pinzamiento en el clítoris.

Yo resoplo, refunfuño, me retuerzo, le araño cuando me impide rozar el cielo, lloro cuando vuelve a llevarme al límite. Pero siempre me deja ahí, en el borde.

Entonces comprendo lo que está haciendo.

—¿Estás practicando *edging* conmigo?

—Desde que lo leí en la novela, me tiene intrigadísimo. ¿Te gusta?

Qué pregunta tan tonta.

—Claro, pero en otro momento puedes experimentar todo lo que quieras. Ahora déjame correrme de una vez —le regaño.

Se ríe, travieso, pero me da un beso rápido en los labios y luego se pone de rodillas entre mis piernas.

—Sus deseos son órdenes, *preppy*.

Agarra mis nalgas y se inclina sobre mi sexo. Alzo un poco la cabeza al ver que no se abalanza sobre él, sino que parece estar muy concentrado mirándolo. Me atiza un ramalazo de pudor y vergüenza. ¿Y si huele? ¿Y si no le gusta? ¿Y si mis labios son demasiado pronunciados? ¿Y si las prefiere sin depilar del todo? ¿Y si…?

—Joder, qué preciosidad de coño.

Sonrío, pero se me borra de la cara cuando siento su lengua tanteando mi clítoris. Me tortura con su delicadeza, con su suave y pausada (demasiado pausada, joder) exploración. Lengua arriba, lengua abajo, ahora un pequeño mordisco, de inmediato una succión controlada… Me tantea metiéndome un dedo, pero luego añade otro y busca ese punto que hace que me derrita. Mueve los dedos dentro de mí mientras reverencia la vulva con su boca.

Lento.

Muy lento, joder.

Le animo moviendo las caderas, pero si capta el mensaje, se la pela, porque sigue así, concienzudo, terco en su languidez.

Solo cuando saca los dedos empapados, cuando me lubrica con mis propios fluidos, cubre todo mi sexo con su boca, me vuelve a tomar por las nalgas y entonces…

Entonces sé lo que es una verdadera entrega. Porque es lo que está haciendo Rhys ahora; entregarse a mí. Darme placer sin pensar en el suyo. O, tal vez, obteniendo placer solo por el hecho de dármelo a mí.

Ahora, (¡sí, oh, sí!), devora. Lame, chupa, se emborracha con mis fluidos y se alimenta de mis gemidos. Gruñe de placer cada vez que yo alzo las caderas y ahogo un grito en la almohada, que no me ha quedado más remedio que ponerme en la cara si no quiero despertar a toda la casa. Me tortura metiendo y sacando sus dedos, cada vez más rápido, cada vez con lengüetazos más desesperados, abrasándome con su aliento que delata el infierno por el que él también está pasando.

Y entonces el placer llega. Cegador. Abismal. Incontrolable ya.

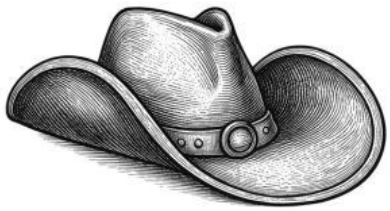
Me pierdo en él, conteniendo la respiración y los gemidos, los ojos cerrados porque esa luz celestial me ciega, y todo el cuerpo

rígido para atrapar el orgasmo. Y solo cuando las oleadas de placer vapulean mis sentidos, cuando retenerlo ya es imposible, me sacudo y grito y me abraso, con un orgasmo tan fuerte, que me aterra.

Así que lloro. De placer, sí, pero también de tristeza, porque ahora que he vislumbrado lo que puede ser mi futuro con Rhys, me va a costar muchísimo separarme de él.

Y como estoy tan sensible, dejo escapar una confesión que queda amortiguada por la almohada con la que me tapo la cara.

30



Amarás sin miedo y con paciencia
(Sin miedo, dice…)

RHYS

¿Puede haber algo más hermoso que ver cómo se corre la mujer que te ha robado el corazón?

Ya te lo digo yo: no.

Ahora mismo me la suda si yo no obtengo un orgasmo. Si me dijera: «Ah, gracias. ¿Me dejas dormir ahora?», no me importaría lo más mínimo. A sus pies, señora. Mi deseo insatisfecho queda relegado a un segundo plano solo por saber que ella ha obtenido el suyo.

Así que aquí ando, con la mejilla apoyada en su muslo y acariciando con languidez su sexo mientras la contemplo.

Ha apartado la almohada y ahora me muestra su rostro sonrosado, con una ligera pátina de sudor y una media sonrisa que sé que me va a perseguir en sueños por el resto de mi vida.

Tiene los ojos cerrados, pero al cabo de un rato abre uno y luego el otro. Clava la vista en el techo durante un instante, aunque no tarda en alzar un poco la cabeza para mirarme a mí.

—Hey —me dice.

—Hey. —Le doy un suave beso en el interior del muslo antes de volver a apoyar la mejilla en él—. ¿Qué tal se está por ahí arriba?

—¿En el cielo? —pregunta—. Nah. Ha estado bien.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Cómo que bien? —Se limita a reírse por lo bajo. Yo insisto—. ¿Solo bien?

Chasquea la lengua, pero luego se mueve y me hace señas para que me aparte. Gateo para dejarme caer a su lado en la cama.

—A ver, el cielo está de puta madre, y he visto muchas estrellas fugaces, pero estaba muy solita —dice quitándome los calzoncillos.

La ayudo levantando un poco las caderas. Y de pronto está sobre mí, sentada a horcajadas y arañándome, pícara, el pecho, mientras se restriega contra mi erección.

—Pues tendremos que poner remedio a eso, ¿no te parece?

Gimo cuando empieza a mordisquearme el cuello y a acariciarme el pecho.

—Ya mismo —promete.

Y entonces se quita sobre mí para acoplarse entre mis piernas. Con una fuerza que no sé de dónde coño ha sacado, me agarra por las pantorrillas y me recoloca.

—Mmm —ronronea mirando mi erección—. Qué bonita. Y qué grande.

Sonrío con engreimiento. Rika se inclina sobre ella y me echa el aliento.

—Vas a torturarme, ¿a que sí? Por lo del *edging*.

—Cómo lo sabes —se guasea.

Busco una réplica mordaz, pero se me olvida cuando empieza a tocarme. Mi polla y yo pegamos un respingo cuando la acaricia de forma muy suave en la base, apenas un roce que bien he podido imaginar. Recorre todo el tronco con lasitud hasta llegar a la punta, donde atrapa una gota de líquido preseminal y se lo lleva a la boca.

—Me estás matando.

Joder, me extasía.

Me mira a los ojos y empieza a masturbarme. Ahí, toda ella tranquila mientras yo me muero porque me la casque a lo bruto. Sin piedad.

Otro día me encantaría perderme en los preliminares, pero ahora que tengo su atención, lo que quiero es librar el deseo retenido durante toda una semana.

Joder… ¿Tan solo hace una semana? ¿Cómo es posible? ¿De qué manera se ha colado en mi vida para que parezca que lleva desde siempre formando parte de mí?

¿Y cómo cojones voy a hacer para formar yo parte de ella?

«Ahora, no, Rhys», me amonesto.

Tal vez mañana deba pensar sobre ello, en estrujarme el coco para retenerla a mi lado, pero no ahora, cuando ha empezado a lamerme y a mordisquearme.

Es todo un espectáculo ver cómo mi polla se cuela en su boca, pero tengo que dejar de contemplarla porque hace una cosa rara con la lengua y me atraviesa una ola de placer, tan grande, que hago un esfuerzo titánico para no correrme.

—Hostia puta… —mascullo.

Ella se carcajea. Yo la regaño.

—Tú haz eso otra vez y verás lo que pasa.

—¿Qué pasa? —pregunta batiendo sus pestañas de forma inocente.

—Juega y verás.

Me ignora y vuelve al ataque. Cuando empieza a sorber con ahínco, tengo un momento de pánico. A duras penas logro controlarlo, y para no tentar a la suerte, la aparto de golpe.

Ella protesta entre risas, y trata de escabullirse, pero la intercedo justo cuando está por salir de la cama. La tumbo y me coloco sobre ella.

La beso para acallarla. Mientras, me ladeo un poco para acceder a su sexo y acariciarla. Lo hago despacio, suave. Lo hago así porque necesito un poco de calma, un instante de sosiego para recuperar el control, porque sé que en cuanto entre en ella, estaré perdido.

Rika gime y yo, goloso, bebo ese sonido mientras le mordisqueo el labio inferior. Me emborracho de sus jadeos, y cuando ella se vuelve a encender, yo ya estoy a un tris de explotar. Por ello, cojo de la caja que he dejado sobre la mesilla un preservativo. Lo abro con

los dientes, y no tardo en colocármelo. Ella se prepara abriéndose para mí y alzando un poco las caderas.

Antes de metérsela, la miro a los ojos. Veo deseo en ellos, pero es su sonrisa la que me da todos los permisos del mundo y entonces…

Entonces vamos de la mano al puto cielo.

Lo hacemos despacio, disfrutando del camino, pero el placer es tan loco que me obliga a aumentar el ritmo.

Ahora ya estoy imparable, y salgo y entro en ella de forma desesperada, alentado por el modo en que recibe mis embistes y por sus gritos de placer, que tengo que amortiguar con besos si no quiero despertar a toda la familia.

Rika se entrega así: sin reservas. Sin contención. No se avergüenza de su cuerpo, que exhibe sin pudor, y mientras que unas veces se deja hacer, otras ella es la que manda, como ahora, que cansada de que haya bajado el ritmo, me clava las uñas en el trasero y me pega un bocado en el hombro mientras gruñe algo.

Creo que ha dicho algo así como: «Dame duro, joder».

Me hubiera gustado eternizar el momento, pero el orgasmo me pilla desprevenido. Hace su aparición a lo grande, devastándome por dentro y por fuera. Al placer se le mezcla una extraña y loca emoción que se desborda en forma de lágrimas al mismo tiempo que mi semen sale disparado. Ahora soy yo quien ahoga mis gemidos en su boca, que me los devuelve cuando ella también logra su orgasmo. Su vagina estruja mi polla una y otra vez al ritmo de sus convulsiones hasta vaciarme por completo.

El placer remite, pero no la emoción. Esta aumenta y me mantiene tembloroso, los ojos cerrados para atrapar el momento y perderme en la luz. Siento los latidos de su corazón, que, junto a los míos, poco a poco se van calmando al compás. Respiro en su boca, no sé si para atrapar su aliento, o para ofrecerle el mío. Y así permanecemos durante un buen rato, y yo ya no sé dónde empieza ella y donde acabo yo.

Solo sé que ahora somos uno.

Lo malo del pasaje que hemos comprado al cielo es que es muy breve, y de pronto volvemos a la tierra. Tan calientes han estado

nuestras pieles, que ahora sentimos frío, así que me aparto de Rika y me retiro con cuidado el preservativo. Busco la colcha y, después de acurrucarme, nos cubro con ella.

Rika, que parece que le cuesta más regresar a la Tierra, reacciona al fin y se acomoda entre mis brazos.

Durante un buen rato ninguno decimos nada, perdidos en el recuerdo de lo que acabamos de vivir. Puede que también en nuestros pensamientos.

En nuestros sentimientos.

Yo, al menos.

Cuando abro los ojos al fin, ella me está mirando. Hay tal intensidad en esos ojazos azules, tanta emoción, que me siento sobrecogido.

Y esperanzado.

Y eso es malo, muy malo, porque no es ningún secreto que la esperanza es una hija de la gran puta.

Decido ignorar todas las dudas y los nubarrones que amenazan con joderme la vida, y presto atención a lo único que ahora mismo me da la felicidad: la sonrisa de Rika.

—Hey —susurra.

—Hey —le devuelvo el saludo. Le doy un beso en la frente—. ¿Qué tal por el cielo esta vez?

Se ríe por lo bajo. Su risa reverbera en mi pecho. Se aparta un poco para mirarme a los ojos y me da un besito en la barbilla.

—De diez. —Inspira y se recoloca en mis brazos—. Ni punto de comparación con el primer viaje. Gracias por acompañarme.

¿Gracias a mí? ¡Gracias a ella! Por permitirme tocarla. Besarla. Amarla.

«Gracias por existir», le grita mi corazón.

—De nada —digo, en cambio—. Podemos repetir siempre que quieras. Tengo un montón de pasajes.

Alza la cabeza. Apoya el codo en la almohada y la cabeza en la mano.

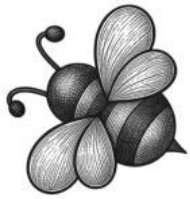
—¿Cuántos son un montón?

«Hasta que te canses de mí».

—No sé. Un montón —insisto.

—¿Mil? ¿Dos mil?
La tomo por la barbilla y le doy un suave beso en los labios.
—Todos, Rika. Si tú lo quieres, todos mis pasajes son para ti.

31



Tendrás mucho cuidado con lo que confiesas
(Aunque te mueras de ganas de gritarlo a los cuatro vientos)

RIKA

¿Sabes esa sensación de tener la garganta llena de palabras?

Son hijas de la emoción y nacen en el corazón. Viajan por todo el cuerpo, dejando estragos a su paso. Suben por el esófago para concluir el recorrido en la boca, donde, al ser pronunciadas por los labios, serán libres al fin. Pero ellas no saben una cosa: que muchas veces, lo que encuentran es una prisión.

Ya lo decía mi papi; somos dueños de nuestros silencios, pero esclavos de nuestras palabras.

Por eso, callo. Porque sé que, si hablo, tendré que atenerme a las consecuencias. Y esto es algo que me aterra.

Callo, sí, por mucho que prefiera corresponder a su declaración. Porque, que me aspen si Rhys no acaba de pedirme… ¿qué? No lo sé. Algo.

Un presente. Un futuro.

Lo primero puedo dárselo. Lo segundo, no.

Así que envío las palabras al cuarto oscuro, con la promesa de dejarlas salir cuando esté a solas.

Casi suspiro aliviada al ver que Rhys no espera ninguna réplica por mi parte. Me mantiene abrazada, los ojos cerrados y una sonrisa que delata lo feliz que se siente.

Tal vez la mía se le parezca mucho.

Como me siento sudada, me levanto para darme una ducha. Él no tarda en unirse a mí. Y dado que nos teníamos tantas ganas, acabamos haciéndolo de nuevo.

Y es cuando terminamos, mientras nos estamos secando, que se me escapa una exclamación al ver lo que tiene en el trasero. Algo que mis dedos han tocado, pero no han reconocido: la piel quemada de una herradura marcada a fuego.

—Rhys… —digo señalándosela.

Él se gira a mirársela. Veo que se ruboriza, pero no dice nada.

Yo busco sus ojos. En los míos hay una petición.

Quiero saber. Pero creo que Rhys no quiere que sepa. Lo compruebo cuando zanja con un escueto:

—Es una chiquillada.

Niego con la cabeza.

—A un chiquillo no se le marca —insisto.

Rhys parece tener un debate interno. Lo sé, porque sus ojos aguamarina se oscurecen.

Y mira que eso es imposible.

—Prometimos no hablar de ello —dice al cabo de un rato.

Rehúye mi mirada, así que me coloco frente a él y tomo su rostro entre mis manos.

—¿Tu padre…?

Agranda los ojos por la tontería que acabo de insinuar.

—¿Qué dices? Mi padre sería incapaz de hacer semejante burrada.

Chasqueo la lengua.

—Así que hemos pasado de una tontería, a una burrada.

Se sabe pillado, porque se ruboriza.

—Es un secreto que no me atañe a mí solo, Rika. Si así fuera, no tendría ningún problema en contártelo, pero… No quiero que pienses que no confío en ti. Al contrario.

Veo súplica en sus ojos, y aunque al principio me duele que me lo cuente, luego comprendo que hay parcelas de intimidad que nunca deberían exponerse.

Creo que los secretos son tan personales, que no tienen por qué compartirse. Qué leches; no deben hacerlo. Si alguien te pide que le confieses uno, huye. Mi padre me advertía de las personas que pretendían saberlo todo de ti. Decía que su egoísmo las hacía ambiciosas. Peligrosas. Malas.

«Huye de quien te exige que le cuentes algo que no quieres contar», me solía decir. «Llevan un luminoso que dice: lo voy a usar en tu contra».

Y a mí me gustaría ser muchas cosas para Rhys, pero, desde luego, no una *red flag* andante.

Así que asiento.

—Lo entiendo. Pero si alguna vez quieres hablar de ello… —dejo en el aire.

Él me mira, pero no dice ni hace nada más que clavar sus ojos en mí. Al cabo de un rato, musita:

—Gracias.

Chasqueo la lengua.

—¿Por respetar tu silencio?

Niega con la cabeza.

—Por dejarme la puerta abierta para cuando esté preparado para revelarlo.

Qué tonto. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que ya le he tendido el felpudo de bienvenida?

Volvemos a besarnos. Y a abrazarnos. Y a hacer el amor no sé cuántas veces. Muchas, para lo que tengo por costumbre. Pocas, para lo que me gustaría.

Y todas y cada una de ellas me lleva al mismísimo cielo.

No abandona mi cama hasta pasadas las cinco de la mañana. Es muy pronto para mí, aunque muy tarde para él. Flipo mucho cuando me dice que suelen empezar a trabajar a eso de las cuatro.

—Pero si es domingo —me quejo.

—Un rancho no sabe de eso —me dice mientras se pone el calzoncillo.

Joder, qué cosa tan hortera. Y tan sexy. Y tan… ¿Por qué coño se ríe ahora?

—Tú sigue mirándome así y verás —me advierte.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo te estoy mirando?

—En plan: Te voy a comer. Otra vez —añade.

—Eso siempre —se me escapa.

Su sonrisa me deslumbra. Regresa a la cama, gatea hasta ponerse a mi altura y me da un fuerte, sonoro y breve beso en los labios.

—Pues estás tardando —me susurra.

Empieza a mordisquearme el cuello, pero luego sus manos, que ya se conocen de memoria mi cuerpo, me tocan allí donde más me gusta.

Mientras nos rendimos al deseo, no dejo de pensar en lo rápido que se han conocido nuestros cuerpos, en lo bien que nos acoplamos. Parece que lo hemos estado haciendo toda la vida. Que cada uno ha nacido para el otro.

Con él me siento libre, ligera, osada. Me encanta cuando le arrebato la batuta y soy yo quien marca el ritmo, pero casi me gusta más cuando, cansado de mis juegos y desesperado, me la quita y toma el control. No tarda en perderlo. Yo, también.

Y ambos acabamos mirándonos a los ojos, con sorpresa, miedo y esa emoción que ya tiene nombre y hasta apellidos.

—Hey —me dice al cabo de un rato. Todavía tiene la respiración agitada.

—Hey —le saludo.

Nos sonreímos. Creo que él también se ha dado cuenta de que con ese *Hey* decimos lo que ninguno de los dos nos atrevemos a confesar en voz alta.

Tal vez por miedo a anticiparnos. O a presionar al otro. A falta de palabras, quiero abrazarlo, estrecharlo fuerte contra mí, pero él es más rápido y ya se está levantando. Vuelvo a sentir ese frío que tanto odio, por lo que me tapo con la colcha hasta el cuello.

—¿A qué hora terminarás?

Se encoge de hombros.

—Hoy mucho antes. Como es el cumpleaños de mi padre, hoy no nos libramos de la misa. ¿Vienes?

Finjo un estremecimiento.

—Me da urticaria.

—¿La iglesia?

—Los curas —respondo—. Además, tengo que hacer una cosa.

—¿El qué?

—Quiero ir a KentHat. —No le digo para qué.

Gruñe con fingida exasperación.

—Lo que te gusta pasar tiempo con ese cascarrabias.

—Me encanta —coincido.

—¿Vas a almorzar con él?

—Seguro que me obliga a ello —digo con un suspiro—. No va a parar hasta cebarme.

Suelta una carcajada.

—Tranquila, que ya te haré yo sudar luego.

—Promesas, promesas, promesas…

Chasquea la lengua y me señala con el dedo.

—No te entretengas mucho en KentHat. Sobre las cuatro o así empezará la fiesta de cumpleaños de mi padre.

—Vendré antes, pero supongo que tú estarás liado con tus caballos —digo en un susurro. Odio cuando siento que mi voz está impregnada de vulnerabilidad.

—Siempre puedes ir a verme al corral —me invita.

—Ni de coña —me carcajeo—. Ya sabes la mala relación que tengo con los animales. —Rhys agita la cabeza, dándome por imposible. Como veo algo de tristeza (y decepción), añado—: Además, no quiero molestarte.

Odio estar pidiendo una migaja de afecto. Odio sentirme tan pequeña.

Rhys vuelve a la cama. Vuelve a besarme. Y vuelve a hacer que me sienta grande.

Importante.

—Tú nunca, escucha bien esto, nunca, jamás, molestas. —Me besa para demostrármelo, pero como se nos empieza a ir (otra vez)

de las manos, se aparta con un gruñido—. Salvo cuando te pones en plan abejorro.

Echa a correr entre risas, a tiempo de evitar que le alcance el almohadón que le he tirado.

Cuando al fin sale por la puerta, me dejo caer en la cama. Lo hago con una sonrisa que me abarca toda la cara, el corazón saliéndoseme del pecho y esa sensación de sentirme más viva que nunca.

Más real.

Más yo.

Se me escapa una exhalación, larga, y con ella una verdad que ya no puedo ignorar.

Ahora, por fin, sé a lo que se refieren las novelas cuando hablan de suspiros de enamorada. Porque, me guste o no, me he enamorado del paleto. Así que, y puesto que ya estoy sola, susurro al aire:

—Te quiero, r*edneck*.

Qué cosas… cuando lo dices en voz alta, el sentimiento se hace más real y te resulta más fácil y cómodo repetirlo.

Y digo esto porque ahora mismo me muero por salir fuera y gritarlo a los cuatro vientos, pero como tengo cierto sentido del ridículo, y más orgullo del que me gustaría, me lo guardo para mí.

Ah, pero la emoción es más grande, y por miedo a decírselo a quien no debo (léase, Jolene), busco a quien sí (léase, un cascarrabias que también me ha robado el corazón).

Aprovecho para dormir un rato hasta que baje a almorzar con Jeremiah, pero apenas si lo hago un par de horas. Como tengo tanto en qué pensar, y todavía estoy con los sentimientos a flor de piel, decido salir a correr. Cuando vuelvo, todos han bajado al pueblo a misa. Me tomo mi tiempo en ducharme y en hacerme unas trenzas antes de bajar a Miltown.

Conforme me alejo del rancho, la euforia que he sentido durante toda la mañana se va disipando. Creo que tiene algo que ver que las dudas hayan aprovechado la distancia para florecer. Porque no sé qué voy a hacer con mi vida. Sí sé lo que quiero, pero no sé si puedo. O si debo.

Desanimada, llego a la calle principal y aparco frente a KentHat.

Jeremiah me dará todas las respuestas que necesito.

Aunque la sombrerería tenga puesto el cartel de *Cerrado*, yo sé que él está dentro, así que llamo al timbre.

No tarda en aparecer.

Lo hace gruñendo, despotricando por molestarle en su «día libre» (todos en Miltown saben que no lo tiene), pero al verme se le forma una sonrisa que no tarda en disimular.

—¿Qué haces aquí, eh?

—Yo también me alegro de verte —le digo con retintín.

Emite ese gruñido que ya me conozco entre desagrado y regocijo y se aparta a un lado.

—¿Has almorzado?

—No. Tenía la esperanza de que me invitaras.

—Mira que me sales cara.

—Anda y no protestes, que tienes más dinero que Dios.

Ni lo afirma ni lo niega. Solo ríe.

—A las gachas les faltan un poco. ¿Tienes prisa?

—Pues no. Así, además, aprovecho para comprarle un regalo a Elijah.

—Ya decía yo que había una razón oculta. Me extrañaba mucho que quisieras venir a ver a este viejo cascarrabias.

—Que no sirva de precedente, pero lo cierto es que me moría por verte.

—¿A mí? —se asombra. Esta vez lo hace de forma genuina.

—Claro. Eres mi sombrerero preferido.

—Pues, teniendo en cuenta que soy el único, poco halago es ese —refunfuña.

Le pellizco la mejilla de forma maternal.

—Sabes que eres mi mejor amigo por estos lares.

Chasquea la lengua, supongo que para quitarle importancia, aunque el rubor de sus mejillas delata lo mucho que le gustan mis palabras.

Llevo el sombrero que me hizo, pero debo de llevarlo ladeado porque me lo recoloca. Cuando termina, me mira con afecto.

—Todavía no has elegido una toquilla —señala.

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no he pensado en ello. Quiero que sea algo importante. Algo que me distinga, aunque no sé qué.

—Lo sabrás cuando lo veas —asegura. Luego, se frota las manos —. Bueno, ¿y qué tienes en mente regalarle a Elijah?

Me acaricio el cuello.

—Contaba con tu ayuda. No tengo ni idea, pero supongo que un sombrero, o unas botas… ¿Qué? —pregunto cuando resopla.

—Esos regalos son excesivos para alguien a quien acabas de conocer.

—Pero puedo permitírmelo —me excuso con un encogimiento de hombros.

De hecho, suelo ser bastante espléndida y mis regalos son brutales. Algo me estruja las entrañas al caer en la cuenta de que tal vez me haya excedido en mis regalos. Y de que muchos de mis *amigos* se arriman a mí solo por mi *generosidad*.

Creo que Jeremiah se percata de mi gesto contrariado, pero no dice nada. Solo sacude la cabeza.

—No todo es cuestión de dinero, Rika. Son demasiado personales —me desaconseja—. Un regalo así puede llegar a incomodar.

Dejo caer los hombros, abatida.

—Entonces, ¿qué le compro?

Me toma del codo y me conduce hasta una de las vitrinas.

—Una hebilla para el cinturón. Es un regalo muy apropiado; no muy caro y bastante recurrente. Además, a Elijah le encantan.

Me siento más animada, así que estudio las hebillas. Pese a lo que me ha dicho, descarto las de latón y elijo una de plata. También descarto aquellas que tienen una cabeza de res o de caballo, porque entiendo que tendrá a patadas de ellas.

Elijo, en cambio, una que tiene grabado un oso *grizzly*. Me recuerda un poco a él; grande, fuerte, poderoso, sabio, protector.

—Excelente elección —me felicita Jeremiah—. Le va a encantar.

—¿Eso crees?

Jeremiah asiente, pero yo me siento un tanto insegura. Porque quiero que le guste a Elijah. Quiero caerle bien. Quiero que me

acepte. Quiero formar parte de su familia.

Demasiado tarde me doy cuenta de que esa emoción que me embarga desde que conozco a Rhys se desborda en forma de lágrimas y un sollozo.

—Rika, niña —susurra Jeremiah, asustado al verme así.

No puedo responder y rompo a llorar. Raudo, me estrecha entre sus brazos.

Buah, lo que me faltaba. Ahora sí que sí me descompongo del todo.

—¿Qué te pasa, niña? —me pide al cabo de un buen rato.

—Ay, Jeremiah… Que me he metido en un lío muy gordo.

Porque querer a Rhys es lo mejor que me ha pasado, pero me aterra el después. El jodido y puto futuro.

Jeremiah no dice nada. Se limita a abrazarme, a transmitirme una calidez que me recuerda lo sola que estoy. Lo mucho que necesito el calor ajeno.

Al cabo de un rato, el buen hombre me aparta para buscar mis ojos.

—¿Quieres hablar de ello?

¡Vaya si lo quiero! ¡Vaya si lo necesito! Así que me abro a él. Cuando termino de hablar, tiene una expresión preocupada.

—Dime una cosa, niña. Si Rhys te pidiese que te quedes, ¿lo harías?

Lo miro de hito en hito, porque para esa pregunta sí tengo respuesta. Pero es justo esto lo que más me jode.

Mi felicidad no debería depender de lo que otra persona quiera hacer conmigo.

Ya estoy cansada de esto. Estoy harta de esperar a que los demás me resuelvan la vida.

Ahora lloro, pero con rabia. Lo hago con la cabeza gacha, no para que Jeremiah no vea mis lágrimas, sino porque me avergüenzo de mí misma. De mi falta de iniciativa. De limitar mis pasos a mi zona de confort.

A no arriesgar. A dejarme llevar.

Alzo la cabeza y voy hasta un espejo. Necesito decirle a esta nueva chica que sí puede, que ya está bien de tanta tontería, tanto

miedo y tanta pasividad. Pero me devuelve la mirada otra chica, una que, aunque se cree fuerte, no es más que el reflejo de lo que los demás quieren y esperan de ella.

A esa chica tengo que matarla.

Y lo voy a hacer ahora. Aquí.

—Jeremiah, ¿me acercas unas tijeras?

El buen hombre retrocede, espantado, cuando me giro hacia él. No sé si lo hace porque ha adivinado mis intenciones, o por la sonrisa que se me ha plantado en la cara.

Tal es mi determinación, que no duda en ir hasta el mostrador, de donde saca una tijera. Cuando me la tiende, pregunta con recelo.

—¿Qué vas a hacer?

Mi voz no tiembla cuando respondo:

—Mi toquilla, Jeremiah.

Y agarro una de mis trenzas y… la corto.

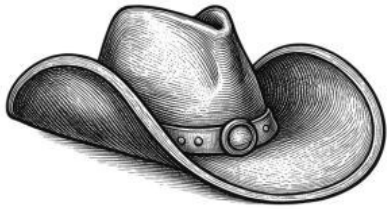
Y, con ella, toda relación con ButterWill. Corto todo miedo. Toda duda. Toda incertidumbre. Corto un pasado, y un presente que siento ajeno.

¡Ris, ras, y a tomar por culo todo y todos!

Ahora sí. Al fin me siento yo.

Y Rika Williams tiene muy claro lo que quiere en la vida.

32



Asumirás las consecuencias de tus actos
(Y las de los demás)

RHYS

Hoy va a ser un día caluroso.

Así es el tiempo en Montana; un día te pilla una tormenta de nieve, y al día siguiente atiza un calor más propio de julio que de finales de septiembre.

Apenas es mediodía, y ya estoy sudando como un pollo. Y no, hoy no tiene nada que ver con que el alazán me lo esté poniendo difícil. Es más, a lo largo de la mañana hemos avanzado muchísimo.

—Hoy estás sembrado —escucho decir a mi hermano Jack desde la valla del corral—. Cómo se nota que estás más ligero.

Y se parte el culo, el muy cabrón.

Le ignoro, porque desde que hemos salido de misa, no ha hecho más que tocarme los cojones con sus pullitas. Creo que Liam le ha dicho algo, aunque no sé cómo se ha enterado él. Tal vez escuchó gritar a Rika esta madrugada. O tal vez me ha delatado mi cara de felicidad. Da igual: lo sabe. De eso me he dado cuenta cuando esta mañana, nada más verme, ha levantado y bajado las cejas de forma alternativa mientras me llamaba campeón.

Sigo con el verdadero *campeón*, el alazán, que hoy está más receptivo. O tal vez el receptivo sea yo. Quizás ya no note mi nerviosismo, ni mis dudas, ni mi preocupación, acaso porque la felicidad ha borrado cualquier nubarrón que me hacía peligroso para él, así que hemos avanzado mucho en el entrenamiento.

Qué feliz me siento, hostias.

Es una felicidad que asusta un poco, pero a la que no quiero renunciar. Vamos, ni harto a sopa. ¿Que luego el porrazo va a ser demoledor? ¿Y qué? Sé dónde me estoy metiendo y lo que me estoy jugando.

Solo espero una señal de la Providencia que me muestre el camino y convencer a Rika para que no se vaya. De momento, me basta con disfrutar de lo que me da, que para mí ya es mucho.

Mientras trabajo con el alazán ejercicios de *leg yield*, pienso en todo lo que me he metido con Jack en el pasado, cuando empezó a tontear con Olivia. Qué patético me pareció entonces. Cuánto le entiendo ahora.

No quiero pensar en Olivia, porque hacerlo duele. Pensar en ella es recordar lo mucho que la quería, lo muchísimo que la queríamos todos. Es recordar que se convirtió en alguien muy importante para mí, en una hermana de vida. Es recordar que le entregamos el corazón, le abrimos la puerta de *Red House* y le otorgamos nuestra confianza. Es recordar que una mañana, sin venir a cuento y a menos de una semana de su boda con Jack, desapareció sin dejar rastro y sin dar ninguna explicación.

Pensar en Olivia es un recordatorio de que todo lo que está bien, puede acabar mal. Que Rika, como ella, también es californiana, y que llegará un punto en el que tendrá que decidir si quedarse, o irse.

No, no quiero que la sombra de Olivia enturbie un día tan bonito.

Decido dejar el entrenamiento porque hace demasiado calor para el bronco, que ya se resiente. Total, ya son las dos y dentro de poco empezaremos con los preparativos de la fiesta de cumpleaños. Subo a darme una ducha, que falta me hace. Cuando bajo, mi padre ya está al frente de la barbacoa, encendiendo el fuego. Como está

tonteando con mi madre, cojo varias cervezas y voy a sentarme en los sillones que hay bajo el álamo, junto a Liam y Jack.

—Gracias —me dice Jack aceptando la cerveza que le ofrezco—. Estábamos comentando si esta noche habrá también orquesta.

Frunzo el ceño.

—¿También?

—Anda y no te hagas el loco, que tú fuiste el director —se guasea Liam.

Él y Jack se pegan codazos y empiezan a descojonarse.

—Cretinos… —Pero no estoy enfadado, porque sé que en el fondo se alegran por mí.

—Por cierto, ¿dónde anda? —quiere saber Jack.

—Está con Jolene en la peluquería —responde Liam por mí—. Querrá ponerse guapa para ti.

Sonrío con ternura y miro al frente.

—Ella siempre está guapa.

No sé si es por cómo lo he dicho, o por la cara que pongo, que exclaman entre risas:

—Uuuh.

—Callaos ya, bobos.

—Sí que te ha dado fuerte, sí —dice Liam.

—Me gustaría poder decir que me alegro por ti, pero…

Miro a Jack con rabia. No hace falta que termine la frase, porque ese *pero* es un mal indicador por sí mismo.

—Aguafiestas —le increpo—. ¿Quieres dejarme vivir un poquito más en mi nube de algodón?

Liam alza las cejas, sorprendido.

—Entonces, ¿ya es oficial?

La sonrisa se me borra para que vea que voy en serio.

—No tengo claro a qué te refieres. Si es a nuestra relación… —Dejo la frase en el aire con un encogimiento de hombros antes de dar un trago a mi cerveza—. Si es a que me he pillado por ella, la respuesta es sí. Hasta las trancas.

Ambos escupen sus cervezas y me miran, atónitos.

—¿Acabas de confesar que…?

—Que me estoy enamorando de ella, seeep —admito. Total, van a estar tocándome los huevos hasta que lo haga, así que mejor dejar las cosas claras de una vez.

—No te creo. ¿Tú, enamorado? —dice Jack. En verdad parece atónito.

—Alguna vez tendría que pasar —replico con un suspiro resignado.

Jack me mira con preocupación.

—Ya, pero es… californiana.

—Lo sé.

—Y puede que se marche —insiste. Lo hace con todo el resentimiento del mundo hacia las californianas. Hacia una, en concreto.

Vuelvo a suspirar, triste de pronto.

—Ya, eso también lo sé.

Jack se muerde el labio, tal vez para detener un consejo que no he pedido.

Sí, sé muy bien cómo puede acabar esta historia, pero no por ello voy a perder la ocasión de aprovechar el momento.

Quién sabe. Tal vez logre reescribir el cuento.

—Si quieres un consejo…

—No —le corto.

Jack se encoge de hombros.

—No es que me caiga mal —insiste. Yo hago un revuelo de ojos —. De hecho, me cae de puta madre. Pero te quiero, hermano, y lo último que deseo es que pases por lo que yo.

—Eso no va a suceder —digo entre dientes—. Yo sé muy bien a qué atenerme.

—Sí, claro. El niño es más listo que nadie, no como su hermano, que fue un pringado que se dejó engañar —dice con sarcasmo. Creo que se ha enfadado, porque bufa, se levanta de golpe y se marcha.

Liam y yo nos limitamos a observar cómo acude junto a nuestro padre. Al cabo de un rato, mi hermano mayor vuelve a hablar.

—No se lo tengas en cuenta. No habla él. Habla el resentimiento.

Suspiro y me saco un cigarrillo.

—Eso lo sé.

Se gira un poco hacia mí. En su rostro veo preocupación.

—Te queremos, Rhys. Y no queremos que sufras.

—También lo sé. Pero me temo que eso ya es inevitable, ¿no? —Creo que lo he dicho con demasiada desesperación en mi voz, porque me aprieta el brazo con afecto.

—No puedes empezar esta batalla ya derrotado, hermano. Si la quieres, lucha.

No le respondo que hay batallas en las que no hay victoria posible. Y, no sé por qué, pienso en otra batalla perdida. En otra persona cuya amistad anhelo por encima de todas las cosas.

Con un suspiro, miro al frente.

—Me ha preguntado por la marca —confieso.

Liam se gira un poco hacia mí. Bebe un trago, se toma un segundo y luego habla.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada. Que fue una chiquillada. No… —Titubeo—. No he podido contárselo.

Liam chasca la lengua.

—Ese secreto ya pesa demasiado, Rhys.

—Juramos no decir nada.

Él niega con la cabeza.

—Lo pediste tú. Tú no quieres que se sepa la verdad.

Me agito un poco en el asiento, como siempre que recuerdo aquella noche.

Hará ya cosa de doce años, pero duele igual que entonces. Todavía resuenan en mi cabeza el relinchar del bronco recién adquirido del señor Mike. Aún escucho los gritos de júbilo de Jason, el hermano del medio de los Larson, cuando lo montó, sin silla ni riendas. Y despierto por las noches con el grito horrorizado de mi hermano Jack, advirtiéndole que se bajara.

Y luego… Un caballo que corcovea. Jason saliendo disparado. Jason cayendo de espaldas. Jason exhalando su último aliento. El silencio que precede a los gritos de agonía de la señora Larson. La locura desatada de Mike Larson. Una acusación. Una lección. El dolor del hierro cadente abrasándote la piel.

Una familia destruida. Una amistad rota.

—Fue idea mía montar el nuevo bronco de Mike Larson —insisto.

—Querías montarlo tú, Rhys. No obligaste a Jason a hacerlo.

Como siempre que pienso en ello, me pongo furioso.

—¿Ah, no? ¿Acaso no lo empujé a hacerlo? ¿No me metía con él porque no sabía montar tan bien como yo, pese a ser mayor? ¿No estaba el pobre Jason tan cansado de las burlas que quiso demostrarnos que sí sabía montar?

Liam suspira y me mira con lástima.

—No fuiste tú quien lo retó. Todos sabemos que fue…

—¡Cállate! —exclamo entre dientes.

Me levanto, furioso, y voy hasta el establo. Preparo a *Snow* y salgo a galope con ella.

No tendría que haber sacado el tema. Sacarlo me hace mal. Provoca que me suba la bilis.

Tal vez Liam tenga razón y este secreto pesa demasiado, pero prefiero que siga ahí, encerrado. Hablar de ello, sacarlo a la luz, contarle a Rika o a quien sea qué fue lo que pasó, hace que la verdad sea más real: que, en efecto, fue un accidente. Pero yo necesito la otra versión; la que me hace responsable de su muerte.

Necesito la culpa para no tener que cargar con el peso de ser yo quien sigue con vida y Jason bajo tierra.

Porque fue idea mía. Porque yo no detuve a Duncan cuando empezó a meterse con su propio hermano, cuando lo llamó nenaza, inútil, ni cuando le retó a montarse. Porque yo, pese a mi juventud, ya era un experto. Porque, en teoría, yo sería el primero en montarlo para ver si era seguro para el resto.

Pero no hice nada. Y eso me hace culpable. Y esta culpa, para mí, es necesaria. Es el precio a pagar. Es mi especial forma de hacerle justicia a Jason.

Así que no: no quiero que la verdad ensucie su muerte. No quiero que nadie diga: «Fue un accidente. El chico no sabía ni subirse a un caballo». Prefiero que sigan creyendo que «Fue el joven Rhys quien le obligó a hacerlo».

Desde ese día, nuestras familias se enemistaron. Los Larson me culpan a mí, y mi familia a Duncan. Porque no son tontos, y saben que quien calla otorga.

Quiero a Duncan con todo mi corazón, y una y mil veces volvería a aceptar la culpa en su nombre, pero me dolió mucho que ni siquiera asumiera su parte de responsabilidad. Que me dejara solo ante el peligro, porque esta culpa debía ser compartida.

Supongo que lo es, en cierto modo. La mirada avergonzada que siempre me dirige Duncan cuando nos cruzamos es la prueba de ello.

Como no puedo cambiar el pasado, regreso al presente.

Me gusta el hoy. El hoy es bonito, con un cielo de un azul intenso que me recuerda a los ojos de Rika, así que vuelvo a la casa para ver si ya ha llegado. Dejo a *Snow* en su box, me quito el polvo del camino y voy a buscarla.

La veo junto a mi padre, con la falda vaquera del primer día, su sombrero, las botas y una camisa blanca anudada en la cintura. La veo diferente, aunque no sé por qué.

Tal vez mis ojos la vean más hermosa, si cabe, por haberla hecho mía.

«Mía». Qué palabra tan corta, y cuánto significado puede llegar a tener.

Conforme me acerco a ella, frunzo el ceño, porque aunque no llego a determinar qué, veo algo que la hace distinta.

Rika se gira y sonríe de oreja a oreja al verme. Es la misma sonrisa de siempre, los mismos ojazos azules, la misma naricilla, los mismos labios gordezuelos. Pero parece otra. Mucho más liviana. Más feliz. Más en calma.

Más… libre.

Y entonces, lo veo. O, mejor dicho, no veo lo que siempre le acompaña: sus trenzas.

Casi corro hacia ella, que acude a mi lado. Cuando nos encontramos, le acaricio la poca melena que se ha dejado, apenas por encima de los hombros. Se la ha ondulado, y eso hace que su rostro se vea más juvenil. Menos cargado.

—Rika… —musito cuando veo que me mira con intensidad—. ¿Dónde están tus trenzas?

La veo tragar saliva.

—Una parte de ellas, aquí —responde señalándose la toquilla de su sombrero—. Lo demás, lo tengo guardado.

Le doy un beso rápido en los labios y la tomo por la cintura.

—Yo quiero una toquilla igual. Así siempre llevaré encima algo tuyo.

Pone un gesto que me hace sentir muy esperanzado. Quiero creer que es amor. ¡Ojalá!

—¿Por qué querrías hacer eso? —me dice componiendo un mohín cariñoso.

La pregunta me parece muy absurda, así que le respondo con otra.

—¿Por qué te las has cortado?

Lanza un largo y sonoro suspiro.

—Porque pesaban demasiado.

De pesos yo también sé mucho, así que la entiendo a la perfección. Una parte de mí se pregunta si, al igual que ella, yo debería librarme de mi carga.

Tal vez con Rika lo haga. De momento, estoy muy ocupado en detectar si ella está mal. Intento leer en sus ojos, pero no veo dolor alguno por la pérdida. Es más, veo alivio.

—¿Estás bien?

Asiente, y una lágrima cae por su mejilla.

—Mejor que nunca, Rhys. Mírame: ya no soy ButterWill.

El corazón se me detiene, pero no me atrevo a preguntar de qué forma esa decisión me atañe a mí. A nosotros. Si eso quiere decir que va a cambiar L.A. por Montana. Una vida tras la cámara, por una vida real. Una vida en la que yo estoy a su lado.

Pero me trago las dudas, porque no es mi momento. Es el suyo.

Bebo sus lágrimas y durante un buen rato respeto su duelo, porque para bien o para mal, ButterWill ha formado parte de ella durante demasiado tiempo.

La abrazo y la acuno mientras se despide de ella. Gruño cuando, al cabo de un par de minutos, se desembaraza de mis brazos.

Por mí, seguiría así por toda la eternidad.

—¿Te gusta? —dice quitándose el sombrero.

Asiento y le acaricio primero el cabello, luego la mejilla.

—Ahora, al fin, se te ve a ti.

Su sonrisa me deslumbra.

Hostia puta, me tiene comiendo de la palma de su mano.

—Gracias. Necesitaba oír eso —me susurra—. Necesitaba saber que los demás no ven a ButterWill cuando me miran.

Niego con la cabeza y la miro con toda la ternura y el amor que siento por ella.

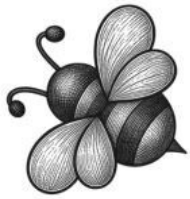
—No conozco a esa. Yo conozco a esta que tengo delante. A ti. A mi Rika.

User85432_



Sé muy bien cómo sacar a una zorra de su madriguera;
dándole donde más le duele.

33



No temerás tener competencia
(Salvo que sea una diosa del Olimpo)

RIKA

A lo largo de mi vida he leído suficientes novelas románticas como para saber que cuando más feliz estás y parece que todo está en su sitio, siempre viene algo a joderte tu historia de amor.

Conflicto, lo llaman.

El caso es que siento que estoy viviendo un sueño y que va a suceder algo que me haga volver a la realidad. Ahora mismo estoy en el limbo, disfrutando de este trocito de cielo, pero con todas las alarmas puestas para no quedarme dormida y que la hostia después no sea peor de lo que ya va a ser.

Me jode mucho esta sensación, vivir con la expectativa de que algo va a venir a trastocarme. Se supone que he matado a ButterWill, que ahora yo soy la dueña de mi vida y que es Rika quien lleva las riendas. Entonces, ¿por qué espero que el destino me haga la zancadilla de un momento a otro?

Sarah dice que tiendo al autoboicot. Tal vez tenga razón.

Hablando de mi amiga/*repre*; no suelo pensar mucho en ella, porque aquí, en *Red Ranch*, mi burbuja particular, me siento a salvo,

protegida. Incluso en Miltown soy una más, pues bajo a diario al pueblo y ya todos me conocen. A mí, a Rika. No me he encontrado con nadie que me haya reconocido por mis redes sociales.

Es por esto por lo que me he *olvidado* de mi anterior vida y del motivo que me trajo aquí, aunque influye mucho que no tenga ninguna noticia por parte de Sarah.

Más de una vez he estado a punto de llamarla, pero luego recuerdo que prometí no hacerlo salvo que fuera una emergencia. Debería ser ella quien me llamase. No sé qué pensar del hecho de que no se haya puesto en contacto conmigo desde el primer día. Quizá porque no tenga nada nuevo que contarme, o lo que es lo mismo: no han atrapado a mi acosador.

Aquí, en Montana, esto no me importa. Tal vez debería coger el teléfono, llamarla y decirle que cierro todas mis redes. Que hasta aquí ha llegado ButterWill. Que ahora soy otra persona y que no puedo ni quiero regresar a ese mundo.

No lo hago, pues me va a calentar la cabeza y a decirme que ni hablar, que una cosa es desaparecer por un tiempo, y otra hacerlo para siempre, porque tengo miles de contratos que cumplir y bla bla bla.

Sarah puede ser mi mejor amiga (la única, hasta que conocí a Jolene), pero cuando se trata de dinero, no hay amistad que valga. No es ningún secreto que yo, para ella, soy la gallina de los huevos de oro. No puedo culparla. Así la conocí. Así se presentó ante mí. Que luego, y para sorpresa de ambas, nos hiciéramos amigas, fue casi un milagro.

—Uy, uy. ¿Y esa cara?

Dejo de hacer garabatos en un cuaderno y levanto la vista hasta Jeremiah. Lanzo un suspiro y dejo caer los hombros.

A este hombre no se le pasa ni una.

Como cada día, he venido a KentHat para seguir aprendiendo del mundo de la sombrerería. Al ver que sigo aquí, que ya ha pasado casi un mes y que no tengo intención de irme, Jeremiah pone más ilusión y ahínco a sus clases.

Dice que voy a ser su sucesora. Es muy optimista en este sentido. Ni que fuera a lograr tener su maestría.

—Estaba pensando en mi amiga Sarah —le respondo.

—¿La echas de menos? —pregunta con afecto.

—Sí y no. No solemos vernos muy a menudo y vamos a nuestra bola, pero me tiene un poco mosca que durante todo un mes no me haya llamado.

—Tal vez esté ocupada.

—Tal vez. Sarah siempre está liada.

Y no es mentira. Con tan solo treinta y cinco años es la dueña de una de las mejores agencias de *influencers* de Los Ángeles. Pero eso nunca ha sido motivo para no hablar conmigo.

Como no quiero tener que contarle toda la película a Jeremiah, dejo el asunto en el aire. Prefiero que crea que estoy nostálgica a trasladarle mis inquietudes. Porque sí, me preocupa y mucho no saber en qué punto está la investigación, si se lo han tomado en serio o si no le han dado la más mínima importancia. Después de todo, en L.A. los casos de acoso están a la orden del día.

Por suerte, Jeremiah no insiste. Está muy ocupado mirando mi cuaderno.

—¿Y eso? —me dice señalando un dibujo en concreto.

—¿Esto? Pues unas botas, Jeremiah.

Me amonesta con un gruñido.

—Ya sé que son unas botas. Pero me gusta el diseño del bordado de la caña.

—¿De verdad?

—Sí. Me parece precioso —reconoce.

Me sonrojo un poco. Jeremiah no es un hombre dado al elogio. El hecho de que muestre tanto interés es todo un orgullo para mí.

Contemplo el dibujo que he hecho casi sin pensar y sonrío. Lejos de ser uno de los diseños típicos, *western*, *eagle* o llamaradas, he dibujado las alas de una mariposa cola de golondrina, las preferidas de mi difunto padre.

—¿Podrías hacer este patrón en grande y en papel de calco?

Me llevo una mano al pecho.

—¿Vas a usar el diseño en unas botas de verdad?

Ríe por lo bajo.

—Pues claro. Además, este será tu regalo de cumpleaños. Es dentro de poco, ¿no?

Asiento y le doy un abrazo. Para mi asombro, él me lo devuelve. Así de moñas nos pilla una clienta.

Me pongo rígida nada más verla.

Sé que se llama Helena, que es la chica más popular de Miltown y que es asquerosamente guapa, alta, sexy y explosiva. Que me odia, porque en el *Saloon*, las veces que nos hemos cruzado, me ha mirado como si yo fuera poco menos que estiércol.

Ah, y que se follaba a Rhys.

Incido mucho en el tiempo pasado. No quiero darle alas a mi yo celosa.

De hecho, nada más verla, esta voz, que está cargada de veneno, me ha dicho: «Ahí tienes tu conflicto». Espero que no. Para mi historia de amor con el paleto espero un conflicto mayor, no una simple competencia por el amor del *macho bravío*, ni una ex metemierda. Ufff, este cliché no lo soporto. Demasiado manido.

—Ah, buenos días, joven Larson.

La chica le dedica al sombrerero una sonrisa ladeada.

—Helena, Jeremiah —corrige con tono de regaño—. Que me has visto en pañales.

—Eso es verdad —dice Jeremiah con un encogimiento de hombros. Se vuelve hacia mí—. Es amiga de mi Olivia.

Aunque se ve que le tiene afecto, no veo en sus ojos la devoción que siente por Jolene, así que intuyo que esa amistad no era tan estrecha.

—Hola —saludo levantando la mano.

No me devuelve la sonrisa, sino que me mira de arriba abajo.

—Rika es mi ayudante —informa Jeremiah. Es muy sensible a los ambientes, así que creo que ha detectado nuestra… ¿rivalidad?, ¿frialdad?, ¿tensión?

—Sí, la conozco —dice—. La he visto varias veces en el *Saloon* con los Red.

Ha pronunciado el apellido con desprecio. Qué hipócrita… Como si no se hubiera abierto de piernas más de una vez.

Rhys me contó que los Larson y los Red llevan muchos años enemistados por lo que les sucedió de adolescentes. Pese a que al final confió en mí y me explicó lo de la marca de herradura en el trasero, lo hizo sin entrar en detalles, salvo que hubo un muerto y que él cargó con toda la culpa.

Pobre mío…

El caso es que, desde entonces, los Larson y los Red no se hablan, pero tal parece que eso no es impedimento para que Helena y Rhys hayan tenido un lío.

Total, no incumplían ninguna norma. Para follar no se necesita hablar. La lengua está muy ocupada en otros menesteres…

Hiervo de puros celos.

Tal vez he debido de gruñir por lo bajo, porque Jeremiah trata de cubrirme con un carraspeo.

—Supongo que vienes a recoger el sombrero que me encargó tu padre. —Helena asiente—. Me quedan un par de retoques, pero te los puedo hacer en un momento.

Helena le sonríe de oreja a oreja.

Jo, da asco de lo guapa y de lo buena que está. Entiendo que los hombres (Rhys en particular), le echen la caña. Coño, si hasta a mí me gusta. O lo haría, si a) yo no fuera tan heterosexual y b) Helena no tuviera esa cara de creída, soberbia y prepotente.

—Está bien, no me importa esperar.

Jeremiah se va al almacén y me deja a solas con ella. Creo que era lo que Helena pretendía, porque tan pronto como el hombre desaparece por la puerta, clava sus ojos azules en los míos y sonríe con una maldad que asusta.

Seeep. Aquí viene el conflicto.

—Bueno, con todo lo que nos hemos visto por ahí, ya era hora de que nos presentaran como es debido.

Finjo sorpresa.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —Desde luego, no me voy a amedrentar—. Al fin y al cabo, estoy con los Red.

—¿Y? —pregunta con genuina confusión.

Parpadeo un par de veces. Pienso si su intención es tenderme una trampa o algo parecido.

—Pues que los Larson y los Red no se hablan.

Ladea la cabeza. Un precioso, sedoso y brillante mechón de pelo rubio se resbala por su brazo. No sé por qué, pero por primera vez en un mes, echo de menos mi melena. Iba a saber esta lo que es tener pelazo.

—¿Quién dice eso?

—Me lo ha contado Rhys.

Achica los ojos. Y se pone seria.

—¿También lo de Jason?

—Sí, también eso.

Para mi sorpresa, silba, maravillada.

—Madre mía, lo pillado que tiene que estar por ti si te ha hablado de ello. —Se queda callada y me preparo mentalmente para todo el veneno que, de seguro, está a punto de soltar. «No te creas nada de lo que diga», me aconsejo. «Solo quiere separaros. Hacerte daño». —. Pero ¿y tú?

Frunzo el ceño.

—¿Yo, qué?

Me mira como si fuera muy boba.

—Que qué sientes tú por él.

Bufo.

—Ni que eso te importara.

Me ignora por completo y se golpea los labios y compone un gesto pensativo.

—Por la forma que tienes de mirarle —discurre—, sé que estás pillada por él, y mucho. Incluso me gustaría creer que estás enamorada de él.

—Repito, no es asunto tuyo —insisto. Pero como el que habla con la pared, porque va a lo suyo, a tocarme los ovarios un rato.

—Aunque me preocupa un poco de qué palo vas con él.

Lo ha dicho con un tono bajo y casi amenazante. Yo resoplo.

—¿Por qué? ¿Tanto te jode que se haya retirado del mercado?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

Madre mía, más *villana de cuento* y no nace.

—Así que eso también te lo ha contado. ¿Y qué te ha dicho?, ¿que solo pasó un par de veces?, ¿que es cosa del pasado?, ¿que

estaba borracho y que cayó en mis redes?

Entrecierro los ojos. Aquí viene el conflicto.

«Tch, tch, que viene, que viene*, tch, tch,* que viene, que viene*»,* canturreo para mis adentros*.*

Alzo la barbilla, orgullosa. Ella está de pie y yo sentada, pero dado que la banqueta es muy alta, y detrás del mostrador hay una plataforma, la diferencia de altura entre ambas no se aprecia. Eso me hace sentirme más grande. Me da seguridad.

—¿Acaso es mentira? —contraataco.

—Pues no —dice para mi sorpresa. Luego, me guiña un ojo—. De hecho, el pobre ni lo vio venir. Íbamos muy borrachos, al menos, la primera vez. Las siguientes han sido… Mmm… por pura costumbre. Y morbo. Me pone mucho saber que alguien le puede ir con el cuento a mi padre.

Lo ha dicho con un brillo en los ojos que va del regocijo al desprecio. Me da en la nariz que no está en buenos términos con el señor Larson.

—No me interesan tus polvos con Rhys —la corto de mala gana.

—¿Celosa? —No te jode, la otra, las preguntas tan tontas que me hace—. Porque no tienes motivos. Al menos, conmigo.

Parpadeo, atónita.

Espera, espera… ¿Dónde está el conflicto? ¿Se ha marchado? ¿O solo era fruto de mi imaginación y de mis dudas?

—¿No? —pregunto. En mi voz hay incredulidad. Y también, una pizca de inseguridad. Odio mostrarme tan vulnerable ante ella.

Helena baila la mano en el aire.

—Ni de coña. Respeto mucho la propiedad ajena.

—Entonces, ¿por qué insistes en saber de qué palo voy con él?

Hace un mohín con los labios y un gesto con la cabeza. Al cabo, responde:

—Los Red y los Larson somos enemigos por imposición, pero eso no quita que nos tengamos cariño. Mucho, de hecho. Tanto, como para alegrarnos por las cosas buenas que les pasen. Al menos, algunos. —No dice quién. Tampoco hace falta. Creo que los hijos son buena gente, pero el padre debe de ser un bicho malo. Eso se nota

en el modo en que se endurece su mirada por el simple hecho de pensar en él—. Quiero a Rhys con todo mi corazón, Rika.

No me amilano por la amenaza intrínseca, aunque una parte de mí se sabe culpable, porque soy incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Y?

Apoya las manos en el mostrador y se inclina sobre él. Al fin me atrevo a mirarla y…

Y me cago viva.

—Pues que como le rompas el corazón, te vuelo la tapa de los sesos. Tengo muchas pistolas y soy cojonuda disparando.

Alzo el mentón, altiva. Mi seguridad se va por el retrete cuando mi garganta se pone a deglutir.

—A lo peor soy yo quien termina con el corazón roto.

Eleva un hombro con indiferencia.

—Ese sería tu problema. Yo me preocupo por los míos.

No podemos seguir hablando, porque Jeremiah entra en la tienda con una caja que, supongo, contiene el sombrero de Mike Larson.

A juzgar por el rubor de sus mejillas, ha escuchado toda la conversación. Agradezco que no se haya metido.

Creo que esto era algo que teníamos que resolver Helena y yo.

—Ten, muchacha.

—Gracias, Jeremiah. ¿Cuánto es?

El señor Kent baila la mano en el aire.

—No te preocupes. Ya lo cargo en la cuenta de tu padre.

Ella se pone colorada.

—Mejor te lo pago ahora. —Rebusca en su bolso mientras farfulla algo sobre no querer tener deudas—. Aquí tiene.

El señor Kent mira el dinero con reticencia, pero al final lo acepta.

—Por cierto —dice Helena—. ¿Sabemos algo de Oli?

Jeremiah agita la cabeza.

—Nada.

Veo que Helena deja caer los hombros, pero luego se endereza y se obliga a sonreír. Esta no le llega a los ojos, que ahora muestran tanta tristeza que parte el alma.

—Bueno, seguiremos esperando.

Y se marcha.

Antes de salir por la puerta, simula que me dispara con la mano. Yo bufo. Jeremiah se ríe por lo bajo.

—No se lo tengas en cuenta.

Por el ventanal del escaparate veo que Helena se monta en una camioneta. Tan pronto como se marcha, me giro a Jeremiah.

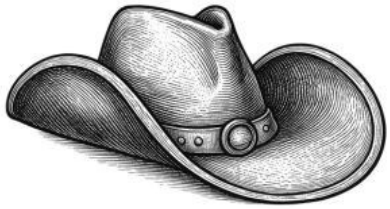
—Toma, pues claro que se lo tengo en cuenta. Me ha dicho que si le hago daño a Rhys, me va a volar la tapa de los sesos. Y a esta la creo capaz.

—Bueno —dice escrutando mis ojos—, pero eso no va a pasar. ¿O sí?

¡Ay, cómo me encantaría poder responder a esa pregunta! Porque tengo claro que lo último que quiero es hacerle daño a Rhys.

Pero la vida no va de lo que tú quieres.

34



No dispararás por ira, ni hablarás por enojo
(¡Bang, bang!)

RHYS

Hoy hace justo un mes que conozco a Rika.

Poco, dirían algunos. Toda la vida, según mi percepción, porque tengo la sensación de que la conozco desde siempre. Tal vez mi memoria cognitiva hizo clic el día que me la encontré tirada en la carretera y todo lo anterior a ella ha quedado borrado, o tal vez es tan insustancial que no merece la pena recordarlo.

Lo del transcurso del tiempo siempre me ha parecido muy chocante. Creo que la humanidad, en nuestro afán de controlarlo todo, lo midió en términos absolutos, cuando la realidad es que el tiempo es muy relativo.

Tal vez para algunos un mes tiene, redondeando, una media de cuatro semanas, treinta días, setecientas treinta horas, cuarenta y tres mil ochocientos minutos y dos millones seiscientos veintiocho mil segundos. Para mí, en cambio, el tiempo está hecho de momentos. Un mes tiene un par de confidencias, decenas de despertares, cientos de besos, miles de sonrisas y millones de latidos desbocados. Pero la verdadera razón por la que no me gusta

cuantificar el tiempo es porque, al hacerlo, te vuelves más consciente de su paso.

No, yo no quiero mirar el calendario, porque cuando lo hago, los ojillos se me van al mes siguiente, y asusta un huevo enfrentarse al futuro si no las tienes todas contigo. Esto de no saber qué va a pasar, de vivir siempre con la incertidumbre, es una putada muy grande.

Pero aunque quiera apartar la vista hacia otro lado, el tiempo se encarga de hacerse notar, y más en un rancho.

Este año el puto invierno se va a adelantar.

Me lo ha chivado el viento, que suele avisar de su llegada. Por norma general, la época de ventiscas empieza a mediados de noviembre, pero estamos casi a finales de octubre y aquí los tenemos. Ya lleva dos días así, indicio de que no es algo fortuito, que han venido para no marcharse. Pero no es esto lo que me asusta; es el frío que vendrá luego. Ese que tanto odia Rika.

Mejor no pensar en ella ahora y centrarme en recoger los caballos. Los pobres no soportan el viento. Es una de las inclemencias climáticas que más les estresa. El ruido constante y el movimiento del entorno les genera inseguridad, por no hablar de los potrillos, que al estar menos acostumbrados, están muy sensibles y asustadizos.

Nada, mejor dejar el entrenamiento por hoy.

Como no tengo otra cosa que hacer, voy a preguntarle a Liam si necesitan mi ayuda, pero dice que dejará la revisión de cercas para otro momento.

—Total, es trabajar para nada, con este puto viento —me grita.

No lo hace porque esté enfadado ni porque esté lejos. Es que, en verdad, es ensordecedor.

—Ya, yo estoy igual. He tenido que poner los broncos a resguardo.

—Pues si no tienes nada que hacer, ¿me llevas?

Recuerdo entonces que la camioneta de Liam, para variar, está en el taller. Es una Ford 150 del 90, toda una reliquia. Tiene muchas millas a su espalda y está un poco cascada, pero él se niega a

deshacerse de ella, porque es la primera camioneta que le regaló mi padre.

Liam es muy sentimental.

Y muy tacaño.

—¿A dónde vas? —quiero saber, aunque ya hemos echado a andar hacia la cochera.

—A KentHat, a por unas botas nuevas —me informa.

Le sonrío de oreja a oreja.

—De puta madre.

Ladea un poco la boca.

—Sabía que no te negarías. Porque sospecho que Rika está allí.

Suspiro y asiento con la cabeza. Lo hago con fingido hastío.

—Se pasa allí todas las mañanas. No sé qué le dará el viejo cascarrabias.

Ríe mientras abre la puerta de la cochera.

—Mira que tener celos del pobre Jeremiah…

—No tengo celos de él —protesto mientras me subo a mi camioneta—. Pero sí del tiempo que pasan juntos.

Liam también se monta y pongo el motor en marcha.

—Es bueno que quiera aprender ese oficio —comenta mientras se abrocha el cinturón—. Es señal de que piensa establecerse aquí.

No digo nada, pero me gustaría creerlo. Quiero pensar que Rika se está aclimatando, aunque me asusta mucho el tema del invierno. Es una amenaza que está ahí, pero de la que no hablamos. Solo nos dejamos llevar, aunque somos conscientes de que, tarde o temprano, tenemos que enfrentarnos a ello. De momento, vivo mi particular luna de miel.

Me centro en el camino para no pensar al respecto.

Joder, es que, de verdad, me atormenta muchísimo.

—Por cierto, ¿vas a bajar a la fiesta de Halloween que va a hacer Paul en el *Saloon*? —pregunto a Liam cuando salimos del rancho y tomamos la carretera que va a Miltown.

—¿Hay que ir disfrazado?

—A la fuerza —me río—. Paul dice que, puestos a hacer el ridículo, o lo hacemos todos, o ninguno. Yo, desde luego, sí que lo voy a hacer. Me mola hacer el notas por un día.

—Déjame adivinar; te vas a poner unos pantalones negros tipo cargo, unos guantes, una máscara de calavera azul y nada más.

No puedo evitarlo, suelto una carcajada y me palmeo el muslo.

—¡Hostia puta, qué buena idea Liam! Ni lo había pensado. Pero no… Eso mejor me lo dejo para luego.

Aparto la vista de la carretera hacia mi hermano. Lo hago subiendo y bajando las cejas de forma alternativa.

—Desde que leíste ese libro, estás obsesionado con esa idea, ¿eh?

—Para qué te voy a engañar —confieso—. Entonces, ¿qué? ¿Vas a bajar?

—Qué remedio.

Le hago burla.

—¿Y de qué te vas a disfrazar?

—¿Yo? De toro sentado —responde en un tono que viene a decir: «Es obvio, ¿no?».

—Qué gilipollas eres —me carcajeo.

Se ríe por lo bajo.

—Coño, más fácil imposible. Me hago unas trenzas, me pongo el traje ceremonial que me hizo mi abuela para el *Powwow*, un bonete de guerra y mancho el filo de un hacha con kétchup. Acojonados los veo ya a todos al verme de esa guisa.

—Eso no da miedo. Lo arreglarías si al menos te pintas la cara de cadáver. Ya sabes, en plan espectro. Hostias, lo de los espíritus indios recién salidos del cementerio sí acojona.

—A ver, que yo ya tengo una edad.

Alzo las cejas.

—¿Me estás diciendo que cuando cumpla treinta y dos años voy a ser así de muermo? Pues mátame antes, por favor.

—Y una mierda. No me apetece que tu novia se vengue de mí.

Novia… Qué bien suena esa palabra.

«Hay otra que suena mucho mejor», me dice una voz moñas, cursi y empalagosa.

«No te vengas arriba, anda», corto la fantasía, porque si la dejo, se va a poner a buscarle nombres a nuestros futuros hijos.

Son tres. Dos varones y una hembra. Me da igual cómo sean los niños, pero mi princesa es una calca a la madre.

Hostia, lo que llego a desvariar.

Tanto me he perdido en esta ensoñación, que cuando me quiero dar cuenta ya estamos aparcando frente a KentHat.

Antes de bajarme la veo en el escaparate, subida a una escalera de mano y decorando el ventanal con falsas telarañas. Al verme, saluda con la mano. Lo hace con tanta efusividad, que el pecho se balancea.

Suspiro. No hace mucho que mi cara ha estado entre ellos.

Liam y yo no tardamos en entrar a la sombrerería. Jeremiah está en el mostrador, dándole vapor con la plancha a un sombrero.

—Buenos días, señor Kent —decimos mi hermano y yo casi al mismo tiempo.

Solo nos gruñe.

—Hola, Rika —saluda mi hermano, pero se va derecho al mostrador.

Yo no. Yo voy a por mi presa. Ella se deja cazar, claro.

La tomo por la cintura para bajarla de la escalera y la aprieto contra mí.

—Hey —saludo buscando su mirada azul.

Creo que lo he dicho con demasiada intensidad, porque se sonroja.

—Hey. —Me da un rápido beso en los labios al tiempo que mira de reojo al señor Kent. Me resulta raro que se muestre tan tímida, cuando en la intimidad es tan, pero tan desinhibida—. Estoy decorando el escaparate para Halloween. ¿Qué te parece?

Contemplo el escaparate, pero, *inter nos*, me la pela. Me gusta más mirarla a ella, por muy bonito que lo esté decorando.

—Está muy chulo. Llama mucho la atención.

Y no es mentira. De hecho, ahora mismo se han detenido dos chicas frente a él.

—¿Has escuchado eso, Jeremiah? —le grita al sombrerero.

El buen hombre resta importancia con un gesto de la mano. Creo que Rika ya le conoce muy bien, porque ni se inmuta por su desdén.

—¿Qué hacéis por aquí? —me pregunta.

Yo no la he soltado, y ella me ha echado las manos al hombro, así que estamos abrazados.

Pero no lo suficientemente cerca, hostias.

—Hemos tenido que dejar de trabajar por el viento.

—Ufff, ya he visto. Antes, cuando he salido a visitar a tu hermana a la peluquería, casi salgo volando.

—Tranquila, que yo te sujeto —digo pegándola más a mí.

El sonido de campanas nos indica que las chicas al final se han decidido a pasar, así que Rika se aparta un poco de mí.

—¿Os podemos ayudar?

—No, solo queremos echar un vistazo —dice una de ellas.

Recupero toda la atención de Rika, que ahora juega con el cabello de mi nuca.

—Había pensado que, tal vez, y dado que no tienes gran cosa que hacer, podríamos ir a Bozeman.

—¿Qué quieres comprar? ¿Tu disfraz?

Se ríe.

—No, ya tengo uno.

—¿Y de qué será? ¿Enfermera sexy de Silent Hill?, ¿Miércoles Adams sexy?, ¿psicópata asesina sexy?

—Uy, lo de psicópata me mola.

—¿En plan Harley Queen sexy?

—No. Mejor tipo *cowgirl* pirada.

—¿Sexy?

Se ríe.

—¿Por qué todos tienen que ser sexy?

Bufo.

—Porque tú misma eres sexy.

—Es que te como entero —dice antes de ponerse de puntillas para tomar mi boca. Lo hace con un beso de esos que encienden, un anticipo de en lo que derivará luego, cuando estemos a solas, en su cuarto.

Un beso que, dado el sitio, tiene que ser breve. Pero no es este pensamiento lo que hace que nos detengamos, sino las palabras que escuchamos a continuación.

—Qué zorra.

Suelto a Rika y me giro para increpar a la chica.

—¿Disculpa?

Pero agrando mucho los ojos cuando descubro que una de ellas, la que creo que ha hablado, nos está grabando con el móvil.

Bueno, no a mí. A…

—¡No! —grita Rika, las manos levantadas a modo de escudo y miedo en sus ojos.

No. No es miedo. Es terror.

—¡No, no, no! —insiste al tiempo que retrocede, pero la chica, al ver que tiene toda su atención, se adelanta un paso para tener un primer plano de ella.

Voy a interceptarla cuando algo que dice mientras graba con el móvil y avanza hacia ella me deja paralizado.

—¡Mirad a quien tenemos aquí! A ButterWill, ni más ni menos, poniéndole los cuernos a TomRedit con un paleto mientras él está en el hospital.

Ehhh… ¿perdona? ¿Qué es lo que acaba de decir?

Estupefacto, me giro hacia Rika. Esta se ha llevado las manos a la boca y tiene los ojos fuera de sus órbitas. Yo busco su mirada, a la espera de que la saque de su error, pero ella ni siquiera repara en mí, pues tiene los ojos clavados en la chica que ha hablado.

Tiene que ser un error. Tiene que ser un puto malentendido. ¿Entonces, por qué Rika actúa así? ¿Por qué mi corazón va a mil por hora?

—Creo que te estás confundiendo —intervengo. Me pongo entre las chicas y Rika para que dejen de grabarla—, así que ya os estáis pirando de aquí.

Pero Rika me aparta y se dirige a la chica.

—¿Qué le ha pasado a Tom?

Y esa pregunta me mata. Porque suena a que ella sí sabe de quién está hablando. Y, dada su preocupación, debe de ser alguien importante. Alguien tan cercano a ella como para que otra chica se ofenda al verla en brazos de otro hombre y la llame zorra.

—¿Tom? —repito yo, los ojos fijos en los suyos.

Pero Rika sigue sin mirarme.

—¿Quién es Tom? —escucho decir a Jeremiah.

La chica no responde, sino que continúa con su ataque.

—Y ya os dije que su pelo era falso. ¡Mirad! —Y acerca más el móvil a Rika, cuya melena no es ni una cuarta parte de la que solía ser.

Rika titubea y retrocede un paso.

—Por favor, no subas eso —le pide en un hilo de voz. Tiene lágrimas en los ojos.

—La gente tiene que saber cómo eres en realidad. —Sonríe, triunfal—. Y yo voy a ser quien te desenmascare.

—Te vas a hacer viral —se carcajea la amiga.

—No, por favor —insiste Rika, pero yo, que estoy viéndolo todo como en un partido de tenis, la tomo por los brazos cuando trata de huir.

Al fin reacciono. Y lo hago mal. Muy mal. No con las chicas, sino con Rika.

—¿Quién cojones es Tom? —casi rujo.

Al fin repara en mí. Al verme, cae en la cuenta de que estoy aquí, y de que he sido testigo de las palabras de la chica.

Como no habla, ni reacciona, la zarandeo un poco.

—¡Responde! —no puedo evitar gritar.

—Rhys —me advierte Liam.

Paso de su cara. Estoy muy pendiente de que Rika responda.

—Tom es su novio —lo hace la chica por ella.

Pero yo tengo la vista clavada en Rika.

—¿Lo es?

Mi voz suena suave, con una calma que contrasta con la tormenta que se está desatando en mi interior y que me está devastando.

—Rhys…

—¡¿Lo es?!

Sí, vuelvo a gritar. Lo hago porque ella no lo está negando. Porque veo dolor en sus ojos. Y arrepentimiento. Y autodesprecio. Y culpa.

Muuucha culpa.

Aprieto la mandíbula con fuerza cuando siento que el labio inferior me tiembla. De hecho, todo yo lo hago.

Ella solloza. Y yo ya no necesito más.

—Rhys —me implora. Tiene lágrimas en los ojos.

Yo, también.

Aprieto los labios con fuerza, porque lo que pugna por salir de ellos, no es nada bueno. Es un insulto. Qué hostias, es la madre de los insultos. Y aunque estoy tan furioso como para verlo todo rojo, para querer gritar, rugir, despotricar, destrozarlo todo, hay ahí dentro algo que me contiene, que no me permite dar rienda suelta a la rabia, al dolor, a la decepción. Tal vez la certeza de que si abro la boca, todo habrá terminado entre nosotros. Y una parte de mí, el amor que aún siento por ella, la esperanza de que no sea más que un malentendido, quiere creer que no todo está perdido.

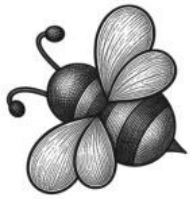
Pero tengo un pronto malísimo, como ya he dicho muchas veces. Por eso, solo la miro.

Luego, me largo. No sé dónde, pero lejos muy lejos de ella. Lejos, muy lejos, de este dolor.

Ella no me sigue.

El dolor, sí.

35



Evitarás el conflicto
(Pero, por favor, que el conflicto también me evite a mí)

RIKA

Hace poco más de un mes creí saber lo que era el verdadero miedo, cuando recibí un mensaje en el que se adjuntaban fotografías y vídeos míos muy íntimos. Y ojo, no me refiero a imágenes subidas de tono, que también las había, y a patadas, sino que fueron robadas en momentos muy personales. En mi propia casa. En una fiesta privada. En un baño público… Da igual que esté más o menos vestida, que haya más o menos gente, lo inocente o lo comprometida que sea la situación: acojona saber que alguien te ha seguido y te ha grabado con la única intención de chantajearte. Que se ha colado en tu casa.

En tu vida.

Es un miedo que te hace querer echar a correr, dejarlo todo atrás y esconderte en el lugar más inhóspito del país. Un miedo que te obliga a mirar a tu espalda a cada momento, a agachar la cabeza por miedo a que te reconozcan y a desconfiar de cualquiera que pretenda echarte una mano.

Pensaba que lo peor que podía sucederme era que alguien me reconociera.

Me equivocaba.

Lo peor, lo más terrorífico que he experimentado jamás, es enfrentarme a la mirada cargada de odio, dolor, rabia y decepción que me dirige Rhys antes de salir por la puerta.

—¡Rhys!

Quiero echar a correr tras él, pero me detiene la mano de Liam agarrándome del brazo.

—Ahora no, Rika.

Me siento morir. Quiero rugir, gritar, arañar… Quiero matar a esas chicas. Quiero matar al culpable de que esté en esta situación. Y me quiero tirar por un puente. ¡Catapum!, y todo al fin termina. El dolor. La incertidumbre. La pena. La rabia.

«Ahí tienes tu conflicto», me dice una voz. Está llena de desprecio.

No puedo culparla.

—Por favor, Liam —le imploro.

Él, más grave que nunca, niega con la cabeza.

—Ahora no —insiste—. En este instante Rhys no piensa. No razona. Es muy rencoroso cuando le traicionan. Ahora lo ve todo rojo y no te dejará explicarte. Porque hay una explicación, ¿verdad?

No le reprocho que haya una nota casi amenazante en su voz.

Gimoteo mientras asiento.

Tal vez Liam tenga razón y ahora no sea el momento de hablar con Rhys.

«Los problemas, de uno en uno», me solía decir mi padre. Así que eso hago: priorizo. Y antes de intentar solucionar algo con Rhys, si es que no está ya todo perdido, tengo que lidiar con estas dos chicas para impedir que publiquen ese vídeo. Así que me voy derecha a ellas.

—Por favor, no lo subáis —suplico por millonésima vez.

Las chicas, lejos de compadecerse de mí, se ríen y echan a correr hacia la salida.

Jeremiah las intercede a mitad de camino, cierra la puerta con cerrojo y la bloquea con su cuerpo.

—De aquí no sale nadie hasta que se aclaren las cosas —dice cruzándose de brazos.

Da miedo. Con su altura, su volumen y su ceño fruncido, ahora mismo parece un titán.

—No puede retenernos aquí. Es ilegal —replica la morena, la que ha grabado todo el tiempo.

—Por favor —insisto poniéndome a su altura—. No publiquéis eso. No tenéis ni idea del daño que podéis hacer si lo subís.

—Pues haberlo pensado antes de comportarte como una…

—Trae eso para acá —gruñe Liam arrebatándole el móvil.

La chica grita, entre asustada e indignada.

—¡Devuélvemelo!

—Y una mierda.

—¡Es mío! —replica.

—Te has metido con quien no debías, niñata —escupe Liam.

—Sally, llama ahora mismo a la policía —le pide a la amiga.

—Eso, llama —anima Liam.

Lo veo todo como si estuviera fuera de mí. Tal vez he disociado. Tal vez el dolor es tan grande, que mi mente no ha podido soportarlo más y se ha salido fuera de mi cuerpo.

Yo solo lloro. Mientras Liam y Jeremiah se enfrentan a las chicas, solo puedo llorar. Lo hago en silencio, sin hipidos ni sollozos desgarradores. Solo un torrente de lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Por favor —suplico por última vez a la chica. Trago saliva, porque tengo un nudo que me atenaza la garganta—. No me importa que lo subas, pero no ahora. Espérate para hacerlo. —Se me escapa un sollozo.

No me preocupa mostrarme tan vulnerable. Ni tan derrotada. Yo solo quiero evitar…

—¿Por qué? —pregunta la chica.

Ha dejado de enfrentarse a Liam y a Jeremiah y ahora me presta toda su atención. Tiene las cejas arqueadas y la frente arrugada, entre intrigada y alarmada.

Miro a los hombres antes de responder.

—Porque no quiero que me encuentre.

«Y porque no quiero perjudicar a nadie».

Tal vez ha detectado el pánico en mi voz, ya que achica los ojos y ladea la cabeza.

—¿Quién? ¿TomRedit?

Niego con la cabeza.

—Un… seguidor. Me están extorsionando.

Porque User85432_ es más que un acosador. Es una mala persona que se ha colado en mi vida, que ha inmortalizado mis mejores y peores momentos y pretende sacar provecho de ello. Muuucho provecho.

No me molesto en ocultar mi miedo, ni mi desesperación. Ella lo percibe, porque agranda un poco los ojos y mira a la amiga. Esta, que no ha sido testigo de nuestro intercambio de palabras, no es consciente del cambio de la morena y dice:

—Ya viene la poli. Os vais a cagar. Os van a meter un paquete que… ¡Joder! ¿Ya están aquí? Pues sí que son rápidos en este pueblo —se asombra cuando llaman a la puerta.

Jeremiah se aparta para abrir. Al ver a Jack, siento que el corazón se me encoge un poquito. Gimoteo agradecida por su presencia, pues ahora mismo es el ancla que necesito. Viene acompañado del joven policía, pero este se mantiene al margen.

Jack nos mira a todos, confuso.

—¿Quién ha llamado? —quiere saber.

—Yo —dice la chica adelantándose—. Nos están reteniendo contra nuestra voluntad…

—Cállate, Sally —le pide la amiga, sin apartar los ojos de mí. Se adelanta un paso y me toma de las manos—. ¿Estás en peligro?

Asiento. El labio inferior me tiembla tanto, que antes de responder lo muerdo.

—Es un loco. Me está pidiendo dinero por unos vídeos, pero no solo amenaza con destruir mi carrera, sino que está dispuesto a hacerme daño para conseguirlo. A mí y, de forma colateral, a Tom.

La tal Sally, que al fin creo que se está enterando de la situación, suelta una exclamación ahogada.

—¿Y por eso le dieron una paliza a TomRedit? —pregunta—. ¿Por eso está tan preocupado por ti? ¿Por eso dijo que tuvieras cuidado

en su vídeo?

La miro sin comprender, pero entonces proceso sus palabras y…

—¿De qué estás hablando? —pregunto. Siento tal desesperación, que no puedo evitar apretarle las manos con fuerza—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por eso has dicho antes que Tom estaba en el hospital?

—Ya ha salido, pero le dieron una paliza de muerte. Lo contó en su cuenta de Twich. ¿No lo has visto? —responde Sally por su amiga.

Yo niego con la cabeza.

Esta trastea con el móvil y me lo tiende.

—Mira, aquí.

Miro, y algo se me rompe por dentro. Es Tom, con su mismo pelo negro ondulado y despeinado, su corte *mullet*, sus gafas de pasta que yo misma le regalé, sus ojos azules, sus labios gruesos. Con ese aire de *nerd* atractivo, sus enormes cascos y su sonrisa tímida, casi infantil.

Tom, el mismo de siempre, pero distinto. Y no solo porque tenga la cara destrozada, mucho peor a como se la dejé yo a Rhys, sino porque su mirada, de ordinario risueña, incluso traviesa, ha dado paso a otra que me deja sin respiración; seria, atemorizada, desesperada.

Soy consciente de lo mucho que me tiemblan las manos. Yo, y el resto, porque al verme en este estado se sumen en un silencio sepulcral mientras veo el vídeo.

«Hola a todos. Quiero aprovechar este post para aclarar un par de cosas. La primera es que sí, es cierto que he estado ingresado en el UCLA Health, y que haya sufrido diversas lesiones, como podéis apreciar. Lo segundo; esto de aquí, estos morados y estos puntos, son reales y no maquillaje, como han insinuado algunos *haters*. Esto que me ha pasado no forma parte de una estrategia para subir seguidores o hacerme viral. Y, en tercer lugar, no, no he tenido un accidente con el *Lambo* por ir borracho o drogado, que os montáis unas películas que son para flipar. No tengo que daros explicaciones, pero lo voy a hacer solo para que la gente me deje en paz, dejen de especular y publicar vídeos conspiranoicos a mi costa. El pasado fin

de semana fui víctima de una agresión. Salía de un evento en Hollywood Park cuando, de la nada, me interceptó una furgoneta negra. Os juro que parecía de película de terror. Una vez dentro, me llevaron a una nave y me dieron una paliza que… Dios, duele solo de recordarlo. Después de usarme como saco de boxeo durante una hora o más, me volvieron a meter en una furgoneta y me dejaron tirado en el parque MacArthur. Creo que allí me desmayé, porque cuando desperté, ya estaba en el hospital. Desde aquí hago un llamamiento a toda la comunidad para que localicen al buen samaritano que llamó a la ambulancia. Lo juro, *bro*, te debo una.

»¿La razón de la agresión? No tengo ni puta idea. Descarto el robo, porque no me quitaron el móvil, y eso que es un iphone 17 pro max. Solo sé que, antes de perder el conocimiento, me dijeron: «Dile que pague». No sé a quién se refería, ni si esto tiene que ver con otro altercado que sufrí hace poco más de un mes y… Bueno, eso no importa ahora. Solo quiero callar bocas y mandarle una advertencia a cierta mariposilla, donde quiera que esté: no te la juegues. Esto va en serio».

—La mariposilla eres tú, ¿verdad? —me dice la morena.

La miro y asiento. Pero entonces el peso de la realidad, y de la culpa, caen sobre mí como una puñetera losa de cemento: han dado una paliza de muerte a Tom, y sé quién, y por qué.

Contra todo pronóstico, no lloro. Creo que estoy vacía de lágrimas, o tal vez el ataque de pánico que sufro me impide hacerlo. Lo que sí sé es que voy a morir, que necesito aire, pero no llega a mis pulmones. Boqueo, hiperventilo para lograrlo, pero sigo sin respirar.

No sé si pasan segundos, o minutos. Alguien, no sé quién, me ha puesto una bolsa de papel en la boca y me insta a respirar. Creo que ha sido Jack. Tiene los mismos ojos del hombre al que acabo de romper el corazón con una mentira.

O con una verdad no contada.

No puedo pensar en él. Ahora mismo, pesa mucho más la culpa.

Vuelvo a romper a llorar. Gracias a ello, también logro respirar.

—¿Mejor? —escucho decir a Liam.

Niego porque, no, no estoy mejor. Sí, puedo respirar, pero ¿qué hago con mi corazón sangrante?

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Jack.

Suspiro y miro a las chicas. No me apetece que unas desconocidas escuchen lo que tengo que decirle a Jack. No quiero dar más de qué hablar.

—Liam, devuélvele el móvil.

La morena agranda los ojos. Liam, en cambio, los entrecierra.

—¿Estás segura?

No, no lo estoy. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero asiento para tranquilizarle. Cuando se lo da, la chica parece no saber qué hacer con él. Aprovecho ese momento de dudas para acercarme a ella.

—Os lo voy a pedir una vez más: por favor, no subáis el vídeo. No solo por el acosador. En realidad, ya no me importa que todo se vaya a la mierda, el *hate* que me caiga o que pierda ocho millones de seguidores de un plumazo, pero en esto no estoy yo sola. Si lo subís, también podéis perjudicar mucho a Tom. —Miro en concreto a Sally, que parece la más indignada porque le haya puesto los cuernos a mi *novio*—. Mucho. De verdad, no puedo contaros por qué, solo que las redes sociales no son como creéis. Hay mucha mierda, mucha envidia y cosas muy turbias detrás. Peligrosas —incido.

Las chicas se miran entre ellas. Después de lo que me parece una eternidad, asienten. Sin mediar palabras, la morena trastea con el móvil.

—Borrado —dice la chica mostrándome la galería.

Dejo escapar un jadeo y, agradecida, me echo en sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias —susurro.

La chica me devuelve el abrazo. Es breve, pero sincero. Cuando nos separamos, nos miramos a los ojos.

—No es tan guay ser *influencer*, ¿eh?

Río y me limpio la nariz con el dorso de la mano.

—Nada nada guay.

Miro a Sally y veo lástima en sus ojos. No me molesta. Yo también me la tendría. De hecho, y sin saberlo, me la he tenido

durante demasiado tiempo, hasta que al fin me liberé.

Antes de abandonar la sombrerería, la morena se da la vuelta hacia mí.

—Estás mucho mejor con el pelo corto. Se te ve más a ti.

Me echo a llorar como una tonta, porque no hace mucho el amor de mi vida me dijo lo mismo.

—Vayamos al almacén —dice Jeremiah echando el cierre a la tienda.

Jack le pide a su compañero que le espere en el coche. Creo que ha estimado que lo que voy a contar es muy íntimo. Tan pronto como se marcha, el resto nos dirigimos al almacén. El señor Kent me obliga a sentarme en la mesa donde otras veces compartimos almuerzo, risas y confidencias. Me sirve un vaso de agua y cede su asiento a Jack, que espera a que me reponga. Cuando lo logro, me toma de la mano.

—¿Nos contarás ahora a qué ha venido eso?

Hago un gesto de asentimiento.

Porque necesito ayuda. En concreto, la suya.

—Todo comenzó hará cosa de unos meses, cuando hackearon mi cuenta de TikTok y me pidieron dinero por ella. Esto es algo que está a la orden del día, así que no me preocupé gran cosa. De hecho, la agencia que me representa tiene un departamento específico para estos casos, por lo que no tardamos en recuperarla sin tener que pagar por ella. Nos lo tomamos como una anécdota, un caso más entre miles. Hicimos mal, porque el acosador no había elegido mi cuenta al azar, ni es el extorsionador corriente. Es alguien que va a por todas.

»Tenéis que saber que detrás de los *influencers* hay todo un equipo, que no todo lo manejas tú. En mi caso soy muy independiente, pero delego en la *community manager* el tema de responder comentarios y mensajes. Es ella la encargada de filtrar todo lo que me envían, así que al principio los mensajes del acosador pasaron desapercibidos. ¿Quién iba a hacer caso a un tal User85432_? No era más que un usuario más, sin nombre, así que no le dio importancia. El acosador debió de frustrarse al ver que no le respondíamos, que ni siquiera leíamos sus mensajes, así que

aprovechó para hacerse notar en mis directos. Tenía cientos de comentarios suyos, algunos halagándome, otros insultándome, y otros, los más repetitivos y escritos en mayúsculas: ¡LEE MIS MENSAJES! Fue tan insistente, que a la fuerza reparé en él. Se lo comenté a Sarah, mi representante, pero esta le restó importancia. Yo no, y dado que cada vez era más y más agresivo, me pudo la intriga y abrí sus mensajes.

—¿Qué encontraste? —quiere saber Jack.

Me echo a temblar solo de recordarlo.

—Había cientos y cientos de fotos y vídeos míos.

—¿Comprometidos?

Asiento.

—La mayoría. Imágenes donde aparezco desnuda. Follando. Esni… —Me muerdo el labio, contrita—. Esnifando. Fue solo una vez y porque iba con un pedo monumental —trato de excusarme con desesperación.

Me aterra que su opinión sobre mí cambie. Me duele decepcionarles. No puedo soportar que me dejen de querer y…

Jack me aprieta las manos. Y yo sollozo de alivio al ver la comprensión en sus ojos aguamarina.

—No te castigues por ello. Todos hemos hecho tonterías de joven —me anima Jeremiah.

Le miro, emocionada por su comprensión. Y luego, a Liam, que coincide con sus palabras con un gesto. No me siento juzgada, y eso hace que me sienta agradecida por las personas que me rodean.

—Fue… aterrador —continúo—. Ver todos mis defectos y mis momentos más oscuros grabados, bajo la amenaza de salir a la luz y acabar con mi carrera, es lo peor que me ha pasado en la vida, después de la muerte de mi padre y de perder a Rhys —murmuro.

—A Rhys no le has perdido —me anima Liam—. Solo necesita tiempo y una explicación.

—Sobre todo, tiempo —coincide Jack mirando a su hermano con preocupación.

Ojalá tengan razón.

—¿Fuiste a la policía?

Niego con la cabeza a la pregunta de Jeremiah.

—Al principio, no. Juro que en ningún momento pensé en negarme, así que preparé el pago.

—¿Cuánto te pidió? —pregunta Jack.

—Al principio, cuatrocientos mil, pero luego subió cincuenta mil dólares más.

Todos silban, salvo Jack, que frunce el ceño. Parece que quiere decir algo, pero se lo calla y me anima a que continúe.

—¿Y pagaste? —pregunta.

Lanzo un suspiro antes de negar.

—Me detuvo mi amiga Sarah. Me pidió que esperase, porque el tipo no iba a publicar esas fotos de la noche a la mañana. Dijo que le diera largas hasta que encontráramos una solución.

—En eso tiene mucha razón —sostiene Jack.

—Sí, pero ese tiempo fue horrible. Os juro que me planteé retarle a que las subiera, aunque eso supusiera acabar con mi carrera, pero esas fotos podían perjudicar a terceras personas. Tenía que pensar en ellas, no solo en mí, así que hice lo que me pidió mi amiga: darle largas. El capullo empezó a ponerse cada vez más agresivo e insistente, hasta que dio la cara.

—¿Cómo?

Pongo las manos entre mis rodillas y alzo la vista al techo. Una lágrima corre por mi mejilla.

—Un día me interceptó en un parking de un centro comercial y disparó.

Todos sueltan una exclamación ahogada. Jeremiah, además, un exabrupto que no le pega nada.

—¿Te dio? —quiere saber Liam.

—No —respondo—. De hecho, ni siquiera me estaba apuntando a mí. Creo que no fue más que una advertencia, una forma de presionarme. Jugó la mejor baza: la culpa. Porque puedo soportar lo que me hagan a mí, pero cuando mi mierda le salpica a los demás, la cosa cambia bastante. No puedo permitir que pongan en peligro a otra persona. Y creo que el acosador lo sabe, porque disparó a la persona que iba conmigo. Por suerte, la bala apenas le rozó, pero la advertencia estaba clara: iba a por todas.

—A ti no quería hacerte daño, pero sí a tu acompañante.

Cerré los ojos con fuerza.

—Si algo le hubiera pasado a Tom…

—¿Quién es Tom? —pregunta Jack.

Me sonrojo al responder.

—Mi novio. —Clavo la vista en Jack, pero al ver la dureza de su mirada, la bajo al suelo para no enfrentarme a su odio. Una cosa es que pasen que yo haya tonteado con las drogas, y otra haber engañado a su hermano—. Al menos, de cara a la galería.

Jack ladea la cabeza con interés, así que me animo a contarles la verdad.

—En realidad, sí fuimos novios, al menos durante un tiempo, hasta que descubrí que no estaba enamorada. Me costó mucho cortar, porque él sí estaba muy pillado, pero a la larga comprendió que era mejor salvar nuestra amistad. Eso sí, decidimos no hacerlo público, al menos hasta que finalizase el contrato.

—¿Teníais un contrato de pareja? —pregunta Jeremiah, un poco escandalizado.

Veo que tengo que explicarles cómo funcionan las redes sociales.

—Veréis, ambos somos muy populares, él en su modalidad y yo en la mía, así que cuando empezamos a salir, las marcas se volvieron locas por hacernos un contrato conjunto de colaboración. Al ser dos personas en lugar de una, se multiplica el alcance, sin tener en cuenta que se llega a nuevos nichos de mercado. Trabajando en pareja, además, logran un mayor *engagement*, más autenticidad por cercanía y más credibilidad —digo haciendo el signo de las comillas—. Una credibilidad que se aseguran a base de cláusulas en el contrato. En el nuestro, por ejemplo, tenemos que seguir siendo pareja hasta el próximo San Valentín.

—¿Por qué ese día? —pregunta Liam.

Pongo los ojos en blanco.

—Porque son de un cursi que dan asco. Tienen preparado un evento que apadrinaremos juntos y nos tenemos que mostrar más enamorados que nunca. Somos la pareja ideal de TikTok. El gancho perfecto.

—¿Qué repercusiones tiene romper antes el contrato?

Suspiro.

—Nos dieron un jugoso anticipo, que tendríamos que devolver en su totalidad, sin contar con lo que nos pagarían después de la fiesta. Lo que hagamos luego, les trae sin cuidado. Yo tengo un patrimonio muy alto y me puedo permitir esa sanción, pero no así Tom, que viene de la nada. Invirtió todo el dinero en una casa nueva para su madre, el pobre.

—¿Por eso te has asustado tanto cuando las chicas te han grabado? —indaga Liam.

—En parte. A la marca le trae sin cuidado lo que hagamos en nuestra privacidad, siempre que en público sigamos siendo la pareja ideal. Sacar a la luz una infidelidad sería inadmisible por cualquiera de las partes, sin contar que todos, tanto la marca como Tom y yo, perderíamos credibilidad. Pero lo que me ha asustado es que expusieran mi localización.

—Porque viniste aquí a esconderte —aventura Liam.

Asiento.

—Después del altercado en el parking, tuve claro que no podía dejar el asunto al azar, así que nos fuimos a casa de Tom y le conté todo. Mientras nos reponíamos del susto, llamé a mi amiga Sarah, que además es mi representante, para que nos dijera cómo proceder. Ella insistió en que debíamos denunciarlo a la policía, y que no lo hiciéramos público de momento. El agente que vino prometió investigar sobre ello, pero Sarah, que es muy protectora además de controladora, decía que lo mejor era que me marchara de L.A. mientras durase la investigación. Y es por eso que vine aquí. Pero ahora tengo… —Trago saliva con esfuerzo. Me duele solo de pensarlo—. Tengo que pensar en Tom, porque estoy segura de que ha sido el acosador quien le ha dado una paliza de muerte. Que es un mensaje para mí.

—Quiere que regreses.

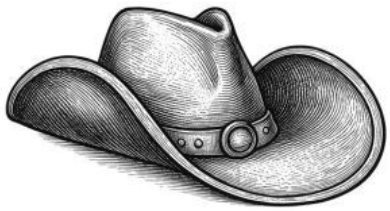
—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

Miro a Liam. Lo hago con tristeza, porque, por mucho que lo piense, no encuentro otra solución.

—Volver.

36



Escucharás antes de juzgar
(Eso díselo a mi orgullo)

RHYS

Antes de que todo se fuera a la mierda entre los Larson y los Red, los chicos construimos una cabaña en una zona escondida, muy cerca del río Gallatin y en lo que nosotros llamamos tierra de nadie. Es de difícil acceso, por eso apenas es transitada y en el pasado nos otorgaba la privacidad que buscábamos. En esa cabaña sucedieron gran parte de mis primeras veces. La primera cerveza. El primer cigarro. La primera vez con una chica. La primera ceremonia de sudación dirigida por Liam.

Era nuestro punto de encuentro, nuestro lugar de fiestas y el sitio perfecto para desahogarnos.

Después de la muerte de Jason, dejamos de ir. Pero que no lo visitemos no quiere decir que exista y que no sepamos que podemos contar con él en momentos de crisis, como le pasó a Jack cuando Olivia se marchó, que se refugió en él durante toda una semana.

Ha pasado de ser nuestro sitio de recreo, a nuestro Santuario, el único punto al que ir cuando el dolor es tan grande que te impide respirar.

Si he de ser sincero esperaba encontrar la cabaña derruida, pero, para mi sorpresa, está impoluta, tanto la estructura como su interior, señal de que alguien la ha ocupado.

Titubeo antes de entrar, por miedo a encontrarme con un desconocido, pero no hay nadie. Y está tan cuidada, que no puedo evitar preguntarme quién es el que se encarga de mantenerla así. Algo me golpea en el pecho, porque todo está igual que la última vez que estuve allí. El mismo sofá que trajimos de *Red Ranch*. La misma estantería repleta de revistas a cada cual más guarra. La misma mesita en la que tanto jugamos al póker. Los mismos sacos de dormir doblados y apilados. El mismo brasero improvisado donde quemábamos *marshmallows,* asábamos las truchas recién pescadas en el río y donde nos reuníamos en círculo a contar historias que, más que miedo, daban risa.

Los recuerdos me asaltan y me obligan a retroceder. Cuando salgo al porche, me dejo caer en el suelo, entierro la cabeza entre las piernas y me lamento por todo lo perdido. Al dolor de Rika se le suma el de la añoranza, que atiza fuerte, así que rompo a llorar. No sé el tiempo que lo hago. Bien puede haber transcurrido un minuto como toda una estación. Suficiente para perder la noción del tiempo.

Horas, a juzgar por la posición del sol.

A lo lejos escucho el sonido de un caballo. Ni siquiera miro en esa dirección, pues supongo que se trata de Liam. Cuando el jinete llega a la cabaña, se apea y, sin decir nada, se sienta a mi lado.

Ahogo un sollozo al reconocer su olor.

No me hace falta girar la cabeza para saber quién es. Solo hay una persona capaz de usar un perfume tan intenso.

Duncan.

—¿Todavía sigues usando Invictus? —le pregunto después de sorberme la nariz.

Por el rabillo del ojo veo que se encoge de hombros.

—Me gusta tanto como antes.

Resoplo. Me limpio las lágrimas con la manga de la camisa. No lo hago porque me avergüence llorar delante de Duncan. Total, no sería esta la primera vez.

—Es tan apestosa como entonces —le regaño.

No nos miramos. Creo que tanto a él como a mí nos aterra mirar a los ojos al otro y descubrir que la amistad está del todo muerta. O que está tan viva, que duele.

Da igual. El resultado es el mismo, rehuir la mirada. Tampoco es que me haga falta. Está aquí, a mi lado, en silencio, compartiendo mi dolor.

Cuando me escucha suspirar por quinta vez, se gira un poco hacia mí.

—¿Todo bien?

Niego con la cabeza, pero no puedo hablar. No me ha dado tiempo a poner mis ideas ni mis sentimientos en orden. Todavía duele el engaño de Rika. Todavía estruja la nostalgia.

—¿Es por la chica?

Sonrío, porque, joder, ni siquiera ha especificado. De todos modos, tampoco es necesario. Todos en Miltown, él incluido, me han visto comportándome como un gilipollas con ella. Al pensarlo, me sonrojo, avergonzado.

No sé por qué termino contándoselo todo. Lo bueno. Lo malo. Las dudas. El miedo. Las verdades. Las mentiras.

Él me escucha, en absoluto silencio. No interrumpe, no cuestiona. Solo escucha.

—No te puedes fiar de las apariencias —dice al cabo de un buen rato de silencio—. Fíjate, si no, en nosotros; fingimos odiarnos, pero nos queremos con locura. Yo, al menos, te quiero, hermano. Más que a nadie en este mundo.

Sus palabras me caldean un poco el corazón.

—Ya sabes que yo también te quiero —digo en un hilo de voz y con los ojos clavados en las puntas de mis botas.

—Sí, lo sé. Esas cosas se saben, ¿a que sí?

Creo que Duncan quiere decirme algo, pero no llego a saber qué. Supongo que tiene algo que ver con Rika.

—Lo nuestro es distinto.

—Sí, claro, distinto, pero lo mismo. Igual se puede fingir el odio, como el amor.

—No te pillo.

Bufa.

—Os he visto, Rhys. No una, sino muchas veces. Y os he visto, porque os he espiado. Desde el principio supe que tú estabas loco por ella, pero necesitaba saber que ella era buena gente, que no iba a hacerte daño, como aquella… —Se calla, furioso, pero luego suspira—. Y, tío, la chiquitaja está loca por ti.

—¿Qué parte de *me ha engañado* no has entendido?

—Esas cosas no se fingen —continúa, ignorando mi sarcasmo—. Así que lo que está en el asador no son vuestros sentimientos, sino la verdadera naturaleza de su relación con el pavo ese. ¿Y si, como nos sucede a nosotros, ella ha fingido tener novio por, yo qué sé, algún tipo de acuerdo? ¿Y si esa relación, y perdona que lo entrecomille, no es más que pura fachada? Hay un huevo de relaciones falsas en Tiktok, solo por colaboraciones. Tú mismo has dicho que te confesó que su vida era una farsa antes de venir aquí.

Frunzo el ceño por sus palabras. ¿Y si tiene razón? ¿Y si me he precipitado sacando conclusiones que nada tienen que ver con la realidad?

—Tú debes de conocerla mejor que nadie, así que ¿tú crees que, si ella en verdad estuviera con otro, no lo habrías sabido?

—Joder… —susurro, porque mi corazón conoce la respuesta—. Quizás tengas razón.

—Siempre la tengo —se chulea.

Eso es algo que en el pasado me sacaba de mis casillas. Ahora no. Ahora me hace sonreír.

—¿Y qué hago?

—Escuchar, Rhys. Como lo hace un buen ranchero; sin juzgar. Trágate el orgullo y ese pronto tan malo que tienes y dale un voto de confianza. —Se levanta y se sacude el polvo del trasero. Lo veo de reojo, pues sigo sin poder mirarle a la cara.

Con parsimonia, se dirige a su caballo.

—Sabes cuál es el camino. Ahora, ¡sígueloˡ —recita simulando voz de vieja mientras se aleja.

Sonrío, porque su imitación de la Abuela Sauce en Pocahontas, nuestra película preferida de críos, sigue siendo la hostia de buena.

Al verlo montarse en el caballo, frunzo el ceño. No quiero que se vaya. No quiero seguir fingiendo que somos enemigos. Quiero poder

abrazarlo con fuerza.

—¡Duncan! —llamo. Él solo ladea la cabeza, a la espera de que yo hable—. ¿Por qué has venido tú?

Mi (en)amigo hace girar a su caballo y echa su sombrero un poco hacia atrás. Hay rabia en sus ojos azules, la misma que me atiza a mí al ver su ojo morado.

No digo nada y él tampoco. No hacen falta explicaciones entre nosotros.

Y no me sorprende que su padre sea tan violento con sus hijos después de la muerte de Jason. Lo que me extraña es que Duncan no le devuelva el golpe. Por no hablar de Tayler.

Siento una tristeza enorme por él mientras lo veo alejarse. Por la situación en sí. Por lo absurdo de esta enemistad. Porque no sé si la vida me dará la oportunidad de volver a tener una conversación con mi mejor amigo.

Encierro la rabia y la tristeza cuando lo pierdo de vista y subo casi a la carrera el monte. Tropiezo varias veces y resbalo, porque el viento me arrastra. Y porque tengo tanta prisa por hablar con Rika, por escucharla, que no le presto atención al terreno.

Al fin llego al camino donde he dejado la camioneta. Al subirme, compruebo con asombro que son las tres de la tarde.

He estado en la cabaña casi cuatro horas.

—Mierda, mierda —mascullo. Agarro el móvil y mientras conduzco a toda velocidad llamo a Rika, pero no tengo cobertura—. ¡Me cago en la puta hostia!

Lo lanzo a un lado y piso el acelerador a fondo.

Cuatro horas son muchas, y me da miedo que Rika se haya asustado por mi reacción y se…

Joder, no quiero ni pensarlo.

Por fin llego a *Red Ranch*.

—Dios… —suspiro aliviado al ver en el garaje el coche de Rika. Me apeo y voy a la carrera a la casa. Nada más entrar en el vestíbulo veo a mi familia sentada en los sillones frente a la chimenea. Recorro el rostro de todos, pero no encuentro el que estoy buscando, así que ignoro a mi madre cuando dice mi nombre y me dirijo al cuarto de Rika.

Al ver que no está, regreso al salón.

—¿Dónde está Rika?

Liam, que se ha levantado, camina hacia mí. Me coloca las manos en los hombros. Me da tranquilidad, pero esta se va a la mierda cuando veo pesar en sus ojos.

—Rika se ha marchado.

—Pero he visto su coche en el garaje —digo señalando con el pulgar a mi espalda, confundido.

—Lo he traído yo —responde mi hermano mayor.

Trago saliva con fuerza.

—¿Y dónde está ella? ¿Se ha quedado con Jeremiah?

Liam niega con la cabeza.

—La hemos dejado hace tres horas en el aeropuerto de Bozeman. A estas alturas debe de estar aterrizando.

Miro a Jolene, buscando una confirmación. Ella asiente con tristeza. Y yo siento que mi vida se derrumba.

—No hemos podido impedírselo. Es muy cabezota —excusa mi hermana a su amiga.

—Pero… Su coche está aquí —insisto. Noto que mi voz, además de incredulidad, hay una obcecación muy dañina con negar la verdad.

—No podía dejar el coche en el aeropuerto. No sabe el tiempo que le va a llevar arreglar sus asuntos en Los Ángeles.

—¿Qué asuntos?

—Siéntate, anda.

Es Liam quien me lo cuenta todo.

Mientras me explica lo que ha sucedido, yo me siento dividido. Por un lado, muy aliviado al saber que lo suyo con el tal Tom ha sido tal y como Duncan lo ha expuesto: una pareja de conveniencia. Pero, por otro, aterrado al conocer el peligro que está corriendo.

Ahora todo tiene sentido; su miedo a que la reconocieran, su desconfianza hacia los desconocidos, su empeño en disfrazarse.

Todo.

—Estúpida… No tendría que haberse marchado así. Tendría que haber esperado a que lo atrapen.

—Y por eso mismo vino aquí, huyendo de él —sostiene Liam—. Pero ahora ha entendido que no puede seguir escondiéndose sin poner en peligro a gente de su entorno más cercano.

Trago saliva con fuerza.

—¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué no me dijo la verdad, que no era su novio?

—Porque no podía comprometer al chico ni al contrato que ambos firmaron. Aunque al final las chicas entraron en razón, Rika no podía contarte delante de ellas que en realidad Tom no era su novio.

Eso lo comprendo. Y hasta veo normal, llámame loco, que sacrificara nuestra relación por proteger a su exnovio, así de leal es ella. Pero me lleva los demonios que haya sido tan insensata como para regresar a Los Ángeles.

—Dios… —exclamo, desesperado y llevándome las manos a la nuca.

No sé qué hacer. De verdad que no sé qué cojones hacer para protegerla. Para ayudarla.

Mi padre, hasta ahora callado, se adelanta al ver mi desasosiego y me aprieta el brazo.

—Tranquilo, Jack está investigando. Lleva todo el día con ello. Lo atraparemos.

Lo miro como si quisiera creerle, pero lo cierto es que, ahora mismo, lo último que necesito son palabras de consuelo. Quiero hechos. Quiero ver a ese tío en la cárcel. O, mejor, con un tiro en la frente.

Jack aprovecha para llamar por teléfono. Mi padre, lejos de hablar con él, me tiende a mí el móvil.

—Es Jack. Mejor habla tú con él.

—Jack —digo tan pronto como agarro el teléfono—. Soy Rhys.

Escucho su suspiro.

—Contigo quería hablar. ¿Estás con Liam?

Asiento, pero luego recuerdo que él no puede verme.

—Sí. Me ha contado todo.

Hay un breve silencio.

—¿Y cómo estás?

Sé lo que me está preguntando, porque él más que nadie sabe lo rencoroso y cabezota que suelo ser. Lo mucho que me cuesta bajarme de la burra cuando me hieren.

Procedo a tranquilizarle.

—Yo bien, pero acojonado por Rika. Me mata no saber nada.

—Acabo de hablar con ella. Ya ha llegado a Los Ángeles —me informa.

—No debisteis permitir que se marche —le regaño. No me molesto en ocultar lo desesperado que me siento.

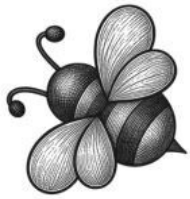
—En eso coincido contigo. —Es muy raro que mi hermano me dé la razón, así que me pongo en guardia. Veo que no me equivoco cuando añade—: No pinta bien la cosa.

—¿Por qué? —pregunto.

Hay una pausa eterna que me pone la piel de gallina.

—Será mejor que vengas al departamento.

37



No le entregarás tu confianza a cualquiera
(A nadie)

RIKA

Decir que el viaje ha sido horrible es quedarme muy corta. He llorado tanto, que todo el mundo me miraba. No me ha importado llamar la atención. Ni siquiera me ha preocupado que puedan reconocerme. Es más, algunos lo han hecho y han decidido inmortalizarlo. Unos con fotos. Otros, con vídeos.

Me da igual.

Ahora mismo solo pienso en todo lo que tengo encima, en que han hecho daño a alguien a quien aprecio por mi culpa, en que yo misma le he roto el corazón a la persona que más quiero en este mundo y en que no sé cómo coño voy a salir de este atolladero.

Nah, me importa una mierda que mañana mi cara roja y empapada de lágrimas esté en todas partes.

Por fin aterrizamos, y como tengo tantas ganas de ir a ver a Tom, soy la primera en abandonar el avión. Agradezco no llevar equipaje. Así me evito tener que esperar por él.

Si he de ser sincera, me he marchado de Montana tan aprisa que no he pensado en ningún momento que estaba dejando mis pertenencias y el coche de Sarah allí. O tal vez mi subconsciente ha

omitido esta información a mi cerebro para así tener una excusa para volver. Pero no es solo mi equipaje y el coche lo que se ha quedado en Montana, porque mi corazón está donde quiera que se encuentre Rhys, así que no tengo más remedio que volver allí.

A Montana.

A Rhys.

Pero ahora no puedo permitirme pensar en él, aunque esté siempre en mi pensamiento, y en mi alma, veinticuatro siete. Ahora es momento de resolver problemas. De expiar culpas. De reconocer mis errores.

Antes de ir a ver a Tom paso por mi casa. La siento ajena, fría, tan grande como la soledad que alberga. Nada más traspasar la puerta, me saluda el vacío. No hay comité de bienvenida, ni rostros familiares que me reciban con una sonrisa, solo la fría indiferencia del personal de servicio, tan acostumbrados a pasar desapercibidos, que desaparecen con discreción a mi paso hasta mi cuarto.

No voy a estar mucho tiempo. El justo y necesario para recuperar mi móvil. Cuando lo enciendo, tengo tantas notificaciones, que asusta. Las ignoro, porque lo primero y más importante es enviarle un email a Jack para avisarle de mi llegada. Aprovecho y le adjunto un archivo con todas las fotos y vídeos. Luego, me guardo el móvil en el bolsillo. No me demoro mucho más, pues el taxi está esperando fuera.

Ya en él, le doy una dirección. Tengo media hora hasta mi destino, así que hago de tripas corazón y me enfrento a algo que me he negado a hacer hasta ahora: revisar las fotos y los vídeos.

Si bien es cierto que las he visto antes, nunca lo he hecho con detenimiento, así que me pongo a ello. Al hacerlo, veo algo raro en ellas, aunque no puedo determinar qué. Observo un vídeo en particular, ese en el que aparezco follando en el baño de una discoteca. La luz es muy mala y mis gemidos se escuchan por encima de la música, que suena enlatada. Al chico lo conozco bien, pues es del grupo de *influencers* en el que me solía mover. Es muy mono, y siempre me estaba tirando la caña, pese a que creía que yo estaba con Tom. Ese día en concreto hacía un mes que lo habíamos dejado, por lo que no vi mal alguno en caer en las redes de Robert.

El polvo fue brutal, a juzgar por mi cara desencajada. O no tanto, porque luego cada cual se fue por su lado. Creo que entendimos que no teníamos nada en común. O tal vez yo fui solo una muesca más para él.

Trato de recordar si había alguien más en el baño, pero iba un poco bebida y estaba demasiado cachonda como para fijarme en eso. A saber. Es una de esas discos en las que todo está permitido y todos allí actuábamos con absoluta libertad, ya que los móviles están prohibidos.

Frunzo el ceño, porque, entonces, ¿cómo me grabaron?

Estoy dándole vueltas al asunto cuando me entra una llamada al teléfono provisional, el que he estado usando durante el último mes.

Sonrío al ver el nombre de Jack en la pantalla. No puedo menos que sentirme agradecida y muy querida por la velocidad de su respuesta.

—Hola, Jack —le saludo.

—Hola, Rika. ¿Qué tal has llegado?

—Cansada —digo con un suspiro—. ¿Has visto el correo que te he mandado?

—Sí. Por eso te llamaba.

Me sonrojo un poco. No es plato de gusto que el que ha sido tu cuñado durante el último mes te vea en pelotas. Follando. Esnifando.

Joder.

«Hay que hacerlo. Hay que pasar por esto», me digo.

Total, no a mucho tardar, lo va a ver todo Dios.

—¿Has encontrado algo?

El suspiro cansado y pesaroso que escucho al otro lado de la línea hace que me ponga más tensa que la cuerda de un arpa.

—Sí. O, más bien, no.

—Aclárate, por favor —le pido. No estoy para juegos de palabras y necesito que me digan las cosas claras, sin adornos.

—Rika, ¿quién telefoneó a la policía el día que os dispararon en el parking?

—Creo que Sarah. De hecho, fue idea de ella hacerlo. Yo no quería llamar por miedo a que el acosador se enterase y, en

represalia, terminase subiendo los vídeos, pero Sarah insistió. ¿Por qué?

Otro suspiro de cansancio. En mi imaginación, lo veo sentado en su escritorio pinzándose la nariz.

—Porque… No hay denuncia.

Parpadeo como una boba.

—¿Cómo has dicho?

—Que no hay denuncia —repite.

Busco una explicación.

—Lo mismo han archivado el caso —aventuro.

—No me estás escuchando bien. No he dicho que hayan sobrestimado el caso, ni que lo hayan archivado. Digo que no hay ninguna denuncia a tu nombre.

No puedo evitarlo y suelto un grito por la sorpresa. El taxista me mira por el espejo retrovisor, pero no atiendo a su pregunta de «¿Todo bien, señorita?». Estoy muy centrada en mi conversación con Jack.

—A lo mejor la puso al suyo.

—¿Al de Sarah Jones? No. Tampoco he encontrado nada.

—¿Y de Tom?

—Si me das el nombre completo, lo averiguo.

—Reynolds. Thomas Reynolds.

—Aguántame un segundo. Estoy metido en el NCIC, pero aquí la cobertura ya sabes que va como el culo… Ya. Espera —me pide. Lo hago en silencio, con el corazón en vilo—. Vaya.

—¿Qué has visto?

—Nada relacionado con tu caso. Pero tiene un arresto por robo y conducción bajo los efectos del alcohol y otra por posesión de estupefacientes.

Suspiro con resignación.

—No fue un robo. El *Lambo* era mío.

—¿Tienes un Lamborghini? —pregunta maravillado.

Me encojo de hombros.

—Entre otros.

—¿Y por qué viniste a Montana con esa chatarra?

—Porque Sarah dijo que lo mejor era que no usara uno de mis coches para que el extorsionador no rastreara las matrículas, así que me prestó el suyo. En cuanto a lo de las drogas… De un tiempo a esta parte va con malas compañías, pero es un buen chico —lo excuso.

Y no es mentira. Tom es una de esas personas buenas por naturaleza, con más complejos de los que le corresponde. Antes de tener una cuenta de Twitch sufrió mucho bullying. Es un chico muy atractivo, o al menos yo se lo veo, pero llevaba unas pintas que no le hacían justicia. No ayudaba que siempre estuviera encerrado en su habitación jugando y descuidando mucho su imagen, pero luego todo cambió. Dio un estirón para bien, y un cambio de registro para mucho mejor.

Ahora tiene un aire de *nerd* buenorro que las trae a todas locas.

Viene de una familia muy pobre, pero gracias a que empezó a tener seguidores y a monetizar, su situación económica ha cambiado mucho.

Nos conocimos en la agencia y sufrimos una especie de flechazo. Ilusorio, como el tiempo demostró después, pero de ahí nació algo mucho más bonito que una relación romántica; la amistad.

Por eso no quiero joderle más de lo que ya lo estoy haciendo, aunque sea de forma involuntaria.

Bueno, de forma directa también un poco, porque el arresto por conducir borracho al que ha hecho alusión Jack fue responsabilidad mía.

Ese día yo me pasé de copas y él se ofreció a conducir mi *lambo*. La noticia transcendió y le funaron en redes por mi culpa.

De lo que no tenía ni idea era de lo de la posesión de drogas, aunque no me extraña nada, pues desde hace unos meses tiene un podcast con *TheProvoker*, un *streamer* muy polémico que quiere hacerse viral a costa de airear las mierdas de los demás. Nadie sabe su verdadera identidad, pues siempre va con la máscara de *Ghost face*, pero en el mundillo se rumorea que es el proveedor oficial de cocaína entre *influencers*, así que no; no me extraña nada que Tom esté tonteando con las drogas por su culpa y que le hayan pillado.

Me anoto mentalmente tener una charla al respecto con mi ex en cuanto lo vea.

Jack me trae de nuevo a la realidad al seguir hablando.

—Lo de tu amigo es irrelevante, aunque me extraña mucho que no haya denunciado esta última agresión. El caso es que no hay ninguna denuncia, Rika.

Me paso la mano por el rostro y lanzo un largo suspiro.

—Igual el policía que se presentó en el departamento de mi ex no me tomó en serio.

Ni yo misma me creo esta conjetura. Jack, a juzgar por el resoplido, tampoco.

—Pediré un registro de llamadas para ese día —me pide—. En cuanto al material que me has enviado…

—Dios… —no puedo evitar lamentarme, pero me obligo a pensar que Jack es un profesional.

—Tranquila —me pide con voz suave, que luego se endurece—. Necesito que las revises bien.

El suspiro me sale a trompicones.

—Sí, en ello estaba cuando me has llamado.

—Perfecto. Debes analizarlas a conciencia. Si ves algo raro, que esté fuera de lugar o que te llame la atención, llámame.

—Gracias, Jack. —Me muerdo el labio superior, pero al final no puedo evitar preguntar—. ¿Cómo está Rhys?

—Acabo de hablar con él, viene para acá, pero tranquila; Liam le ha puesto al día. Creo que no se lo ha tomado a mal.

—Gracias a Dios.

—Estamos en contacto, Rika —se despide—. Y cuídate mucho.

—Lo haré —le prometo.

Cuando cuelgo, me reclino en el asiento. Despejo la nube que me atora la cabeza y que me impide pensar masajeándome la sien.

«No hay denuncia», es el único pensamiento claro. Pero ¿por qué no? ¿Por qué Sarah no la puso? ¿O tal vez se traspapeló? Pero Sarah, que se encargó de estar al tanto de la investigación, debería de haberse dado cuenta. Y si es así, ¿por qué no hizo nada? ¿Qué gana Sarah con no poner la denuncia? Si, total, fue ella quien insistió en llamar a la policía. ¿Qué cojones se me está escapando?

Miro por la ventanilla mientras recreo los hechos del día del asalto. Hay ahí algo que no tiene sentido, que no me cuadra, pero no logro verlo. Solo recuerdo ver a Sarah frente a mí animándome a respirar mientras le dice algo a Tom, no recuerdo qué.

Decido que lo mejor, antes de pasarme a ver a Tom, es ir a hacerle una visita a Sarah, la única que, de momento, puede darme respuestas.

—Disculpe, necesito volver —le pido al taxista—. Tengo que pasarme antes por Vine Street.

Creo que el taxista ha detectado la angustia y la urgencia en mi voz, porque pega un volantazo para cambiar de sentido.

—No hace falta que corra tanto —le regaño cuando veo que conduce a toda pastilla.

—Lo siento, señorita. Creía que el asunto era grave.

—Sí, pero no tanto como para jugarme la vida —resoplo, pero grito cuando lo veo esquivar un coche de forma más que temeraria.

Tan deprisa va, que cuando me quiero dar cuenta ya estamos frente a *Trends Agency*, la oficina de representación de mi amiga Sarah.

Le pido al taxista que siga esperando (con la promesa de una cuantiosa propina) y me dirijo al edificio. Cuando entro, la recepcionista, que está al teléfono, me mira sin reconocerme, pero al ver que voy derecha a una puerta a la izquierda, el despacho de Sarah, se levanta y camina corriendo hacia mí.

—Disculpe, no puede entrar… ¡Disculpe! —grita, pero es demasiado tarde.

Ya he entrado.

Sarah me mira una vez como si fuera un molesto insecto y aparta la vista, pero rápidamente esta vuelve a mí.

Ahora tiene los ojos agrandados de estupor. Al menos, al principio. Luego, explota.

—¿Qué haces tú aquí? ¡¿Y qué cojones le ha pasado a tu pelo?!

—Renovarse o morir —es mi sencilla explicación.

—Lo siento, señorita Nowak —se excusa la recepcionista. Parece aterrada. Normal, Sarah impone mucho—. No me ha dado tiempo a…

—Lárgate —la corta—. Y cierra la puerta al salir.

Aunque se dirige a ella, no aparta sus ojos oscuros de mí.

—¿Sabes la cantidad de contratos que vamos a perder por… esto? —brama señalando mi pelo.

—Y más que vamos a perder —aviso.

Ella entrecierra los ojos y se cruza de brazos.

—Se suponía que estabas en Montana.

—Hasta hace cuatro horas, así era.

Se levanta y camina hacia mí. Lo hace con el dedo apuntándome, pero no es esto lo que provoca que me encoja. Es su altura. Su pose. El poder y la autoridad que destila.

—Te advertí que te quedaras allí hasta nueva orden.

Ignoro su acusación. Ya no tiene poder sobre mí. La representante, ya no.

La amiga es otro cantar.

—Un mes, Sarah —reprocho—. Un mes y ni una puta llamada ni mensaje tuyo, ni siquiera para contarme lo de Tom.

Veo que se pone rígida.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo dijeron unas chicas que me reconocieron en Miltown.

—¿Por eso has vuelto? —Asiento y ella bufa—. Estúpida.

Ignoro su insulto y la encaro.

—¿Por qué no me avisaste?

Chasquea la lengua, se recoloca las gafas y se apoya en el escritorio.

—Para evitar que hagas justo esto. —Y me señala de arriba abajo—. Sabía que ibas a presentarte aquí.

—¿Y? Joder, Sarah, que aunque no sea mi novio, es mi amigo. Le tengo mucho cariño.

Veo que hace un mohín con la boca.

—Te dije que no te preocuparas por él. Yo me ocupo de ello.

Me adelanto un paso con los brazos en jarras.

—¿Ah, sí? ¿Igual que te ocupaste de la denuncia? —digo con retintín.

No se pone ni un poco colorada, sino que me mira a los ojos sin pestañear. Y yo no sé qué pensar. No ayuda que en este momento

mi móvil no deja de vibrar. Lo saco de mi bolsillo solo para apagarlo, pero cambio de idea al ver que es Jack otra vez.

—Disculpa, Sarah, tengo que atender esta llamada.

Mi amiga/*repre* asiente y regresa a su sillón. Yo le doy la espalda para hablar por teléfono.

—¡Jack!

—No. Rhys.

El corazón se salta un latido y mis piernas cobran vida propia y empiezan a temblar, tanto, que me tambaleo.

Su tono de voz ha sido rudo, seco, por lo que no sé a qué atenerme.

—Rhys —balbuceo como una tonta—. ¿Cómo estás? ¿Tú…? —Trago saliva con fuerza—. ¿Estás enfadado conmigo?

—¡Pues claro que estoy enfadado! —trona—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Cierro los ojos con fuerza. Me pican por las lágrimas que intento detener. No lo logro, así que lloro.

Jack tenía razón y no se lo ha tomado a mal.

Se lo ha tomado a peor.

—Yo… lo siento, todo tiene una explicación…

—Sí —me corta—, que eres una insensata. —Compongo un gesto de sorpresa y miro a los lados—. ¿Cómo se te ocurre, con la que tienes encima, volver a Los Ángeles? Ese loco ha pegado una paliza a otra persona para presionarte. No quiero ni imaginar lo que puede llegar a hacer contigo.

Noto la desesperación en su voz. Cuando hablo, en la mía hay algo muy parecido al alivio al ver que no todo está perdido entre nosotros.

—¿Estás cabreado porque me he marchado, no porque te haya mentido?

Hay un silencio que se me hace eterno.

—De lo último ya hablaremos. Ahora, lo que importa, es ponerte a salvo. De momento, no regreses a tu casa. He visto los vídeos y…

—¡Rhys! —grito, escandalizada. Aterrada. Desolada. Muerta de vergüenza.

—Era necesario —murmura tras un suspiro.

Ahora lloro sin contención.

—Por favor… No me juzgues.

De nuevo un silencio. Imagino que, como yo, a Rhys le embarga una emoción muy grande.

—Esa no eres tú —dice con contundencia—. Esa es ButterWill.

Sollozo.

—Escucha —continúa—, ya hablaremos en casa de todo esto. —«En casa». Qué bonito sería… Qué imposible lo veo ahora—. Lo importante es que te escondas. Vete a un hotel y espera allí a que yo llegue…

—¡No! —grito poniéndome en pie.

Me niego. Tengo que impedir a como dé lugar que Rhys venga a L.A. No puedo permitir que se ponga en peligro por mí.

Dios, solo de pensar que algo malo le pase, el corazón se me detiene.

—Me da igual cómo te pongas, *preppy*. Ni un tornado me impediría ir a tu lado.

—No lo entiendes, Rhys. Esto lo tengo que resolver yo.

Se escucha una risa baja carente de humor.

—No puedes mantenerme al margen —insiste—. Ya no hay un yo, ni un tú, sino un nosotros. Tus problemas son los míos.

Lo quiero. Lo quiero más que a mi vida. Es imposible querer más a nadie. Por eso, hago lo que tengo que hacer: protegerlo. A costa de mi felicidad. Incluso a costa de la suya.

—En eso te equivocas, Rhys —digo con dureza.

—¿A qué te refieres?

Me meto el puño en la boca para no echarme a llorar por lo que estoy a punto de decir. Pero no tengo más remedio. Porque si no le destrozo el corazón ahora, no parará hasta venir aquí.

Y no puedo permitir que le hagan daño.

A él, no.

Puedo soportar vivir sin él y sabiendo que me odia. Pero me es imposible imaginar un mundo donde él no existe.

—Que lo nuestro era pasajero. Que solo era cuestión de tiempo que yo volviera a Los Ángeles. Que nunca… Nunca he tenido intención de quedarme.

Rhys jadea. O gruñe. O… no sé cómo clasificar esa exhalación.

—Tienes que estar bromeando, Rika —dice con incredulidad—. Sé lo que vivimos. Sé lo que teníamos.

Ahora lloro. Lo hago en silencio, ahogándome con mis propias palabras.

—Entonces, ¿por qué nunca hablamos de futuro? Porque sabíamos la verdad, Rhys. No teníamos planes porque en el fondo sabíamos que yo terminaría cansándome de Montana. Y es justo lo que ha pasado. Ahora que he vuelto, me he dado cuenta de que todo lo que vivimos no fue más que un espejismo.

Hay un silencio que se me clava como puñales.

—¿No me quieres? —pregunta en un hilo de voz.

Dios, está llorando. Y yo no puedo soportarlo.

—No. —«¡¿Cómo puedes dudarlo siquiera?!».

—No te creo —dice con terquedad.

«No me obligues a esto, Rhys», le pido en silencio. «No hagas que juegue la baza de la crueldad».

—Lamento mucho si te he dado a entender lo contrario.

Se ríe largo y tendido. ¡Cuánta amargura hay en esa risa!

—¿De verdad crees que me voy a tragar eso?

Seeep.

Es hora de ser cruel.

—¿Y tú, de verdad te has creído que yo iba a tener algo contigo? ¿Con un paleto? ¿Con un *redneck*? —pregunto con desprecio—. Vamos, Rhys, por favor. —Qué buenísima actriz soy. Hasta Sarah ha alzado las cejas, sorprendida, al escuchar mi tono de voz cargado de sarcasmo—. Te creía más inteligente.

Agurdo aferrada al teléfono, a la espera de su réplica. Pasa una eternidad hasta que vuelvo a escuchar su voz.

Sus palabras me sorprenden, no tanto por lo que dice, sino por la neutralidad de su tono.

—Lo conoces.

Parpadeo, confusa.

—¿Cómo dices?

—Que lo conoces —repite—. Mira el vídeo donde apareces esnifando.

Y cuelga.

Además de con el corazón en un puño, me deja tan perpleja que contemplo el teléfono como una boba.

Tal es mi estupefacción, que Sarah frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mirándome por encima de sus gafas.

No me entretengo en detalles que nada le importan, sino que voy derecha al grano.

—Ha dicho que lo conozco.

—¿A quién?

No me molesto en responder. Abro mi correo y busco el vídeo al que ha hecho alusión Rhys. Lo miro una vez, y dos, y tres…

Ver las imágenes me retuercen las entrañas, pero me obligo a hacerlo. En él aparezco yo en primer plano, con un turulo en una mano, taponándome una fosa de la nariz con un dedo e inclinándome sobre una mesa de cristal donde hay distribuidas varias líneas de cocaína. La culpa y la vergüenza me carcomen al ver mis ojos vidriosos, borracha perdida, a punto de traspasar un límite para el que no sé si estoy preparada. Y entonces, justo antes de esnifar, alzo la mirada y sonrío. Pero no es esta sonrisa lo que me sorprende: es la mirada fija y directa a la cámara.

Suelto una exclamación ahogada.

—Joder… tiene razón. Estoy sonriendo al objetivo, como si lo conociera…

Alzo la cabeza de golpe y miro a Sarah. Amplío la imagen y se la muestro. Hay dureza y una acusación en mis ojos.

En los suyos, nada.

Solo ladea la cabeza para mirarlo. Suspira con ¿alivio? antes de abrir un cajón de su escritorio.

—Está bien. Ya es hora de que sepas la verdad.

Me tiende un dosier pesado. La miro sin comprender, pero tan pronto como lo abro y veo su contenido, todo empieza a cobrar sentido.

No sé el tiempo que pasa. Tal vez minutos. Tal vez horas.

Yo solo leo. Y lloro. Y me retuerzo de pura rabia.

—¿Cómo lo supiste?

—No lo sabía. Lo sospechaba, así que investigué por mi cuenta.

Parpadeo mucho y muy rápido, asombrada por todas las molestias que se ha tomado mi amiga.

Luego, me hierve la sangre de pura rabia.

—¿Esto es incriminatorio? —quiero saber.

Sarah niega con la cabeza.

—No lo sé. No sé si las pruebas son suficientes, por eso no te he dicho nada antes. Solo esperaba que diera un paso en falso mientras tú estabas fuera. De momento, está siendo demasiado prudente, aunque ahora este vídeo lo cambia todo.

—Me la suda —casi escupo—. Me da igual si confiesa o no. Yo lo que quiero es terminar de una vez. Y sé cómo hacerlo. ¿Vienes conmigo?

—¿A dónde?

—A acabar con esta pesadilla.

Mi voz ha sonado tan calmada, que Sarah retrocede un paso.

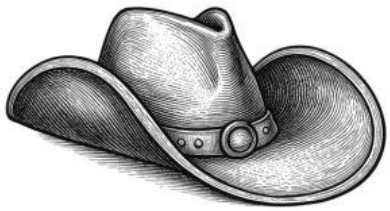
—¿Qué vas a hacer? —pregunta en un hilo de voz.

Creo que le ha asustado mucho mi determinación. Yo sonrío de oreja a oreja y le agarro por la muñeca para que no se me escape. Ni con alas se va a librar de esta.

La necesito, como al mismo aire, para llevar a cabo mi plan.

—Un directo.

38



Aceptarás que no puedes controlar una tormenta
(Aunque esta se desate dentro de ti)

RHYS

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Jolene.

Sonrío mientras cuelgo. Hay en esa sonrisa poca alegría, mucha tristeza y es muy pequeña, pero ahí está, porque todavía hay esperanza.

—Ha cortado conmigo —anuncio.

Mis padres me miran como si estuviera loco. Quizás lo estoy.

—¿Y por eso sonríes? —pregunta mi hermana con escepticismo.

No es normal que yo, que suelo ser muy visceral, me tome las cosas con tanta calma.

—No. Por lo cabezota que es. —Me giro entonces hacia Liam, que asiente con camaradería—. Y por lo condenada, exasperante e inoportunamente leal que puede llegar a ser.

—No te pillo —dice mi padre.

—Está claro —le explica Liam por mí—. Rika ha buscado la forma de mantener a Rhys al margen, y por lo tanto, a salvo. Piensa que al echarle de su vida, él se va a sentir tan dolido que se va a olvidar del asunto.

—Lo lleva claro —digo entre risas descreídas.

—Pero en cierta forma tiene razón —interviene Jack—. Es algo que debe solucionar ella.

Miro a mi hermano como si fuera gilipollas.

—¿Enfrentándose al tipo sola?

—Confía en Rika —me pide mi padre.

—No, si yo confío en ella. Lo que me acojona es hasta dónde puede llegar su acosador.

—Creo que solo quiere su dinero —sostiene Jack—. De hecho, cuando me habló de ello, me extrañó mucho la cantidad que le pidió.

—¿Cuánto? —quiere saber mi padre.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares.

Mi padre silva.

—Eso es mucho dinero. ¿Tanta pasta tiene Rika?

Asiento.

—Es la heredera de IronPeak Petroleum, además de *influencer* —informo—. Una de las más famosas del país.

—¿Eso da dinero? —pregunta mi padre, asombrado.

—Si tienes ocho millones de seguidores, sí. Además de monetizar por visitas, gana dinero con colaboraciones.

—Con lo sencilla que parece —interviene mi madre—. Cualquiera diría que es multimillonaria.

—Lo que me ha extrañado —continúa Jack— no es tanto que sea mucho o poco, sino la cantidad en sí. ¿Por qué no redondear y pedir medio millón? Son solo cincuenta mil dólares más.

Frunzo el ceño.

—Tal vez porque solo necesita esa cantidad y no quiere abusar —sostiene mi hermana.

Liam y yo la miramos y bufamos.

—A ver, Jolene, una persona que juega tan sucio, eso se la suda —le recrimino.

Jack, en cambio, niega mis palabras.

—Tal vez Jolene tenga razón. Lo mismo se ha visto obligado a ello…

—Porque es para pagar una deuda —aventuro por él. Jack asiente. Yo me he hecho a temblar—. Eso lo hace más peligroso. Si cuenta con un plazo para saldarla, se va a poner nervioso y puede cometer una tontería.

Todos, al mismo tiempo, empiezan a hablar, hasta que Jack da una palmada, llamando nuestra atención.

—Dejad la cháchara y seguid buscando.

Todos, sin excepción, volvemos a nuestros portátiles.

Después de pasar un rato en el departamento, Jack y yo hemos venido a *Red House* con la intención de seguir investigando. Todos, hasta mi padre, que no tiene ni idea de internet, estamos buscando como condenados entre los contactos de ButterWill.

Por suerte, es de esas *influencers* que no suelen tener muchos seguidos en redes, solo gente de su agencia o con su mismo estatus en cuanto a popularidad y dinero se refiere.

Me anoto tener una charla con ella en el futuro sobre el clasismo que se gasta. Y sobre la frivolidad. Y sobre…

«Esa no es Rika».

No voy a mentir y a decir que sus fotos y vídeos me han dejado indiferente. Sería de tontos. A nadie le agrada ver a la mujer que amas follando con otro. Me han llevado los demonios, pero ¿quién no ha tenido un pasado? Sería muy hipócrita por mi parte. Además, ¿qué culpa tiene ella de que alguien haya decidido grabarla? Así que hago de tripas corazón y veo los vídeos y las fotos una y otra vez a la busca y captura de un detalle que arroje luz sobre la identidad de su extorsionador.

Hemos adelantado mucho, sobre todo cuando hemos concretado que debe de ser alguien de su entorno, alguien con acceso a su casa, a su intimidad.

A su vida.

Y, entre nosotros, Rika no es una de esas personas que abra las puertas de su mansión a cualquiera. Cierto que solo hace un mes que la conozco, pero por lo que me contó de su pasado, dudo mucho que le entregue su confianza a cualquiera. Por lo tanto, eso nos limita a una cantidad de cuatrocientas veintidós personas, los que ButterWill sigue.

Hemos dividido los sospechosos entre seis, así que aquí estamos, buscando una aguja en un pajar.

Es Jolene la primera que habla después de mucho tiempo. Lo hace con un grito que por poco me da un infarto.

—¡Rika ha subido algo a TikTok!

Me levanto y voy junto a ella, que está señalando la pantalla de su portátil.

—¿Ha subido un vídeo? —pregunto, un tanto confuso.

No creo que le haya dado tiempo a ello. O que, tal y como está el panorama, tenga muchas ganas de hacerlo.

Jolene niega con la cabeza.

—Es un anuncio de que va a hacer un directo a las siete. Dice que va a dar un comunicado.

Tengo un mal presentimiento, pero me lo guardo. Me aterra lo que pueda decir en el directo. Lo que pueda llegar a exponerse.

—Falta una hora aún —dice mi madre—. Voy a preparar unos sándwiches.

—En realidad, dos horas —corrige Jack—. Ahora mismo en Los Ángeles son las cinco.

—Mejor me lo pones. Ninguno hemos almorzado.

—Yo no tengo hambre —le digo antes de que abandone el salón.

—Tú vas a comer como que me llamo Charlotte Red. Hay que coger fuerzas.

No le refuto que qué fuerzas se van a coger con un mísero sándwich. A juzgar por el revuelo de ojos de mi padre, sé que ha pensado lo mismo.

El tiempo parece haberse puesto en mi contra, empeñado en quebrar mi serenidad y mi paciencia, pues la aguja del reloj no avanza.

Rezo porque Rika sea puntual.

Lo es.

A las ocho en punto, las siete en Los Ángeles, justo cuando termina la cuenta atrás, el anuncio desaparece de la pantalla y aparece su rostro en primerísimo plano.

El corazón me da un vuelco. Qué bonita es. Y qué triste, pero decidida se muestra. Qué ojazos.

Y cuánto la quiero, hostias.

—Sube el volumen —le pido a Jolene.

Rika mira directo a la cámara. No sonríe. Está más seria que nunca. También parece preocupada, pero cuando empieza a hablar, no titubea ni un ápice.

«Muy buenas, mariposillas. Esta noche me presento ante vosotros, no como ButterWill, sino como la persona que hay detrás del personaje: Rika. Lo hago a cara descubierta, sin maquillaje, sin filtros y sin mentiras. Y antes de que empecéis a conjeturar sobre mi cabello, la respuesta es sí: era mío, solo que me lo he cortado. No ha sido un accidente, ni una de esas decisiones tomadas a lo loco después de una crisis existencial: era muy consciente de lo que estaba haciendo. Era mi forma de cortarle las alas a ButterWill. De matarla y ser libre al fin.

»Sí, amigos, ButterWill tenía que morir. Esa no soy yo. Ya no. Nunca más. ¿Significa eso que voy a cerrar la cuenta? Puede. Tal vez solo cambie el contenido y regrese a mis orígenes. O quizás crearé una nueva y empezaré de cero. Me gusta el mundo de las redes, pero solo desde una perspectiva lúdica, nada laboral. Sin presiones, ni colaboraciones. Sin constancia. Sin estrategia ni plan de contenido. Siendo sincera, aunque sea políticamente incorrecta. Solo yo, una cámara, y las cuatro chorradas que me apetezca contaros».

Rika, que iba caminando mientras hablaba, se detiene y se apoya contra una pared. Cierra los ojos y suspira, como si esta parte hubiera sido la fácil y se preparase para lo difícil. Me doy cuenta de que no es ella quien está grabando, porque por un momento se atusa el cabello con ambas manos antes de continuar.

«Creo que es necesario que os explique el porqué de este cambio. No tengo por qué hacerlo, pero, después de todo, soy quien soy gracias a vosotros. Para bien y para mal. Así que ahí van mis razones; durante tres meses, me han estado chantajeando con publicar unos vídeos muy comprometidos a cambio de dinero. Al principio no le di importancia, pero hubo un episodio que lo cambió

todo: me asaltaron. Y, lo peor es que no iba sola. Ese día TomRedit y yo teníamos que grabar una colaboración en un centro comercial y, cuando salimos, alguien nos disparó. Corrección: disparó a Tom. Después de eso, recibí un mensaje del acosador donde me advertía que la próxima vez no iba a fallar».

Rika traga saliva, pero se repone y alza el mentón desafiante. Se aparta de la pared y empieza a caminar de nuevo hasta detenerse frente a una puerta.

Cuando vuelve a hablar, lo hace muy bajito.

«Ya no podía ocultarlo, así que lo puse en manos de la policía. O eso creía… El plan era que mientras durase la investigación, me escondería y me mantendría apartada de las redes sociales para que el acosador no siguiera mi rastro. De hecho, los vídeos que habéis visto el último mes son borradores que Sarah ha ido subiendo para no levantar sospechas. Todo iba genial, así, entre comillas, pero esta misma mañana me he encontrado con dos chicas que, además de reconocerme, me han contado lo que le ha pasado a TomRedit. Y he tenido que volver».

Hace un mohín con los labios. Cualquiera diría que es un puchero, pero hay tal dureza en sus ojos, que me descuadra.

«Ya no puedo permanecer al margen. Ni quedarme con las manos quietas. Voy a hacer lo que tengo que hacer, aunque para ello todo Dios me vea desnuda…»

—No, Rika —me escucho decir, aterrado por lo que intuyo que va a pasar ahora.

«… Así que si tú, User85432_, estás viendo esto, tengo un mensaje para ti».

—Qué coño… —dice Jack.

—¡Silencio! —grita mi padre.

Yo solo estoy sin respirar, los ojos agrandados y con el corazón en un puño, a la espera de que ella diga algo.

El mundo se me cae a los pies cuando anuncia:

«Hazlo».

—¡No! —grito, pero me sorprendo mucho cuando la persona que está grabando baja el teléfono y solo se ve el suelo.

Todos miramos estúpidamente el portátil.

—¿Qué sucede? —quiere saber mi padre.

—¿Ha cortado el directo? —pregunta, en cambio, Liam.

Jolene va a responder, pero entonces se ven dos pares de pies corriendo.

—¿¡Qué coño está pasando!? —grito con desesperación.

Al borde del pánico, contemplo que a la imagen de una puerta abriéndose se le suma el sonido de golpes. Luego, se escucha un rugido de rabia y un «¡Hija de puta!», justo antes de que la cámara deje de enfocar al suelo para hacerlo a…

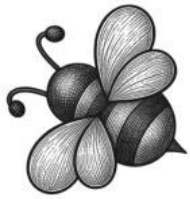
—¡No! —grito, desesperado.

Porque no sé cómo protegerla. Porque escapa de mi control.

Porque Rika acaba de hacer la cosa más temeraria, insensata, aberrante y estúpida del mundo: acaba de meterse en la boca del lobo.

O, lo que es lo mismo, en casa de su acosador.

39



No convertirás la polémica en show
(¿Que no? Sujétame el cubata)

RIKA

Cuando era pequeña, una de las estancias que más me gustaba visitar de mi mansión era el despacho de mi padre. Tenía unas *vibes* superchulas y un olor que transmitía paz, tranquilidad. Era un reflejo de la naturaleza de mi padre, de su sabiduría, de su templanza, de su profesionalidad. Era tal el buen rollo que había en la habitación, que ya de adulta era allí donde solía grabar mis vídeos. Si, por algún casual, ese día algo me altera, para llamar a la calma, me basta con leer la frase que mi padre tenía enmarcada sobre el escritorio. Una frase que siempre ha guiado mis pasos.

«Es en los momentos de decisión cuando se forma tu destino».
Tony Robbins

Mientras Sarah y yo trazamos un plan en el taxi de camino a WestWood, pienso mucho sobre esta frase. Yo no sé si la decisión que acabo de tomar es buena o mala, si esto cambiará mi destino de forma radical, pero cuando no tienes tiempo para pensar y actuar es la única opción, no te queda más remedio que jugártela.

Y eso estoy haciendo: actuar. Porque estoy cansada de estarme quieta. Porque me lleva los demonios que me tomen por tonta. Porque lo tengo que parar yo.

No tardamos en llegar a destino, así que inspiro para tomar fuerza antes de abrir la puerta que me separa de mi acosador.

Sé que está viendo mi directo. Y lo sé por los gritos, los insultos y los golpes que se escuchan tras la puerta desde donde estamos emitiendo.

Por fin abro. Lo encuentro de pie, con los ojos clavados en la pantalla, el rostro contraído de rabia y los puños apretados. Entonces se da cuenta de que está saliendo en mi directo y agranda los ojos. Luego, se gira hacia mí cuando hago aparición en su cuarto de grabación.

Lo veo parpadear con incredulidad. Me mira a mí, luego a Sarah y a lo que lleva en las manos: mi móvil grabándolo todo y un spray pimienta. Sé que como arma es poca cosa, pero ni ella ni yo tenemos una pistola y, como diría Rhys, es un elemento disuasorio cojonudo.

Percibo su temblor, no sé si por rabia o por saberse pillado, pero como no es tonto, mira el móvil de nuevo y traga saliva.

—ButterWill, qué sorpresa —es lo primero que dice.

Lo hace sonriendo. Me da mucha grima esa sonrisa. Es la de un animal que se sabe atrapado. Y eso le hace peligroso.

Como él, yo también actúo con cautela.

—Llámame Rika. Y sorpresa, ¿por qué? —pregunto con fingido desconcierto.

Su nuez vuelve a subir y a bajar al mirar de reojo al móvil.

—No sé. Te hacía en Monta… —Agranda los ojos y cierra la boca de golpe al percatarse de que acaba de meter la pata.

A mí me sorprende que sepa mi paradero del último mes, así que me giro a Sarah.

—¿Le dijiste dónde estaba?

—Qué va —responde esta, tan asombrada como yo.

—Lo mismo a ti también te hackeó el teléfono —aventuro.

Él se sonroja. Está ahí plantado como un pasmarote, sin saber cómo actuar ni a qué atenerse, así que, de momento, solo escucha y

aprieta la mandíbula con fuerza.

Joder, si hasta se oye cómo le rechinan los dientes.

—Lo daba por hecho, pero la única vez que hablamos, no dimos ningún dato —me dice mi amiga.

—Ya sé. Lo mismo también ha hackeado tu email y se ha topado con la factura del taller de Gordon. ¿Fue así? —le pregunto a él directamente.

—No tengo ni puta idea de lo que estáis hablando —se defiende —. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué estáis haciendo un *live*?

—Obvio —digo barriendo la habitación con la mano—. Para atraparte.

—No va a decir ni pío. Tonto no es — indica Sarah.

—Largo —nos pide señalando la puerta—. No tengo tiempo para vuestras gilipolleces. Estoy en mitad de una partida y…

—Qué mentiroso eres —le increpo—. Sarah, graba la pantalla para que nuestros espectadores comprueben que estaba viendo este directo. Por cierto, ¿cómo vamos?

Sarah se ríe. No deja de enfocarnos en ningún momento.

—Esto está que echa humo. Casi cinco millones de espectadores y subiendo.

—Apaga eso —exige él caminando hacia Sarah.

Me interpongo en su trayecto.

—¿Por qué? Si hasta nos están mandando regalos. Prometo darte la mitad de lo que moneticemos. Porque la cosa va de dinero, ¿no, Tom?

Mi exnovio retrocede un paso y mira a Sarah. Cuando vuelve la vista a mí, lo hace con odio.

—No sé de qué estás hablando.

Me encojo de hombros.

—Da igual que te hagas el tonto. Te tenemos, Tom. Lo sabemos todo.

Veo que palidece, pero sigue comportándose con reserva.

—¡Te acaban de enviar un Pegaso! —exclama Sarah.

Agrando los ojos.

—¡No jodas! ¿En serio?

Porque un Pegaso se canjea por cerca de seiscientos dólares. Hay que ver lo que les gusta a algunos el chisme. La gente o está muy mal, o le sobra el dinero. Quizás ambas cosas.

—Ya te digo —coincide Sarah—. Venga, mariposillas. Si llegamos a los cinco millones, os damos una exclusiva. Os garantizo que no es *clickbait*. ¡Es un bombazo!

Finjo escandalizarme.

—Pero ¡Nowak! ¡No podemos hacer eso! ¡Estaríamos incumpliendo un contrato!

Tom sabe a lo que me refiero, porque contiene el aire con brusquedad y rompe a sudar.

—No… no podéis hacer eso. —Luego, se gira hacia mí. Veo una súplica en sus ojos—. *Tú* no puedes hacer eso.

Me golpeo los labios con los dedos.

—Mmmm… ¿No puedo? Bueno, tendría que devolver el dinero que nos pagó la marca.

—Exacto —se adelanta. Hay esperanza tras el cristal de sus gafas.

Pobre. Ni que tuviera una oportunidad.

—Ya, pero *yo* sí puedo permitírmelo. ¿Lo voy a hacer? No sé, no sé… ¿Cómo lo ves, Sarah? ¿Qué dicen los espectadores?

—Que des la exclusiva —responde mi amiga.

—¡No! —grita Tom dando un paso hacia mí.

Sarah es más rápida y le apunta con el spray pimienta.

—Como la toques, te dejo ciego —dice en un susurro amenazante.

Tom la mira asustado. Luego se dirige a mí.

—ButterWill, por favor. No lo hagas —implora.

Lo observo a la espera de que llegue la compasión, pero esta no hace acto de presencia. Es más, ahora mismo siento un odio visceral.

Yo confiaba en él. Creía que éramos amigos. Que me quería, aunque fuera solo un poquito, cuando lo único que le interesaba de mí era mi dinero. Exprimir al máximo la gallina de los huevos de oro.

Como mi madre.

—Rika —corrijo de malas formas—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Venga, dame una buena excusa. Pero una que me convenga a mí, no a ti, para variar. Una de la que tú no te aproveches, como haces siempre.

Ladea la sonrisa.

—¿Yo, aprovecharme de ti? ¿De una *nepobaby* cuyo único mérito es tener el pelo largo, un buen par de tetas y haber nacido en una familia con dinero y fama? ¿De una que lo único que sabe hacer en la vida es subir bailecitos y, encima, hacerlos mal?

Aprieto la mandíbula con fuerza, porque veo que siempre me ha despreciado.

O mucho peor: me odia. Lo veo en sus ojos. En la forma en que sus labios se han convertido en una fina línea blanca. En sus puños apretados.

Me odia, y mucho.

—Sí, de esa misma —contraataco—. De una por la que, gracias a salir con ella, te subieron los seguidores como la espuma y te empezaron a llover los contratos. De una de la que vivías a cuerpo de rey, que te compró un equipo nuevo, te alquiló este apartamento y se gastó un pastizal en insonorizar este cuarto. De una que te lo pagaba todo porque, *¡oh, mi sueño es comprarle una casa a mi madre! ¡Qué buen hijo soy!* Y luego voy y descubro que la tienes muerta de asco y que todo lo que te prestaba te lo gastabas en tus vicios.

—¡Me ha costado mucho llegar hasta aquí como para que vengas a joderme! —me grita.

—Has empezado tú —le rebato con una calma que estoy muy lejos de sentir.

Tom abre y cierra la boca, hasta que al final masculla una palabra.

Pego un grito con incredulidad.

—¿Me has llamado zorra?

—Lo ha hecho —me confirma Sarah.

—¡Zorra! —repito indignada—. Te vas a cagar. —Carraspeo y le ofrezco mi mejor ángulo a la cámara, a la que miro—. Atención a mis mariposillas: Tom y yo somos uno de los clichés preferidos entre

las lectoras de novela romántica: el *fake date*. Seeep, como lo oís: hace meses que rompimos. Todo era mentira. Una trola como una catedral. Os hemos estado tomando el pelo.

Ahora Tom tiembla de rabia y me dirige una mirada de odio. Sin esconderse al fin. Mostrando su verdadera cara.

—Hija de puta —susurra. Mira, este insulto no me duele tanto como el de zorra—. ¿Qué pretendes?

Me encojo de hombros y alzo las manos.

—Devolverte el golpe. Tú me chantajeas, yo te jodo la vida.

Se pone rígido ante mi acusación, pero luego ha debido de recordar que sigue en directo porque se ríe. Lo hace con sarcasmo.

—Tú lo flipas, ¿no? ¿Acaso no has visto mi cara? Estoy así por tu culpa.

Emulo su carcajada.

—¿Por mi culpa? Por la de tu adicción al juego, más bien. ¿A cuánto dice el informe del detective que asciende la deuda por las partidas ilegales de póker, Sarah?

Casi rompo a reír de nuevo al ver el asombro manifiesto de Tom.

—¿Qué… qué detective?

Sarah lo ignora y me responde a mí.

—A cuatrocientos mil dólares.

Me acaricio la barbilla y finjo sopesar ese dato.

—Cuatrocientos mil —recito—. ¿A qué me recuerda esa cifra? ¡Ah, sí! ¡Es la misma que me pidió mi chantajista! Al menos, las primeras veces. Me pregunto por qué luego subió la cantidad. ¿Será por avaricia? ¿Será porque se confió en que iba a pagar y continuó apostando? ¿O tal vez será porque alguien más se subió al carro?

—¡Yo lo sé, yo lo sé! —indica Sarah levantando la mano que sostiene el spray.

—Estáis mal de la cabeza —escupe Tom mirándonos a una y a otra. Al fin se dirige a mí—. Es muy grave lo que estáis haciendo. Me estáis acusando en público ¿de qué? ¿De chantajearte?, ¿con qué?, ¿por qué?

—¿De qué? Tú lo has dicho, de chantajearme. ¿Con qué? Con fotos y vídeos tomados, según análisis de perspectiva, desde unas *Smart glasses*. —Señalo sus gafas, unas Ray-Ban Meta que yo

misma le regalé y que, según el informe del detective, dejan una huella digital en las imágenes tomadas. Él agranda los ojos al ver que no estamos jugando. Que podemos hacerle mucha pupa—. ¿Por qué? Por lo mismo por lo que te dieron una paliza: por tu adicción al juego.

Se ríe por la nariz, pero luego entrecierra los ojos y me apunta con el dedo.

—¿Sabes que puedo demandarte por calumnias?

—¡Hazlo! —ladro. Ya no me molesto en ocultar mi enojo y lo encaro—. ¡Ten los cojones de ir a la policía y demandarme! Tengo dinero, tiempo y abogados para hacer una contrademanda. ¿Y sabes qué más tengo? Los ovarios suficientes como para afrontar las consecuencias si se te ocurre publicar esos vídeos.

—No lo va a hacer. Son su baza. Su seguro —señala Sarah.

Ya ni ella ni yo nos lo tomamos con humor. Ahora vamos a por todas.

—Bueno, ahora que sabe que no le voy a pagar, tal vez decida subirlas por venganza. Pero, ¿sabes qué? Que lo haga, si tiene huevos. Ya no me importa.

Veo que Tom se pone rojo antes de desplomarse en el sillón, derrotado. Al verlo así, una parte de mí, la antigua novia, la amiga, la empática, da igual quién, quiere compadecerse de él.

Pero mi yo actual, Rika, está muy enfadada.

Está que trina.

—¿Por qué, Tom? —le pregunto—. ¿Por qué hacerme pasar por esto? Entiendo que estés desesperado y que hayas tomado medidas drásticas, pero ¿no podías hacer algo tan sencillo como pedirme ayuda?

Tom agita la cabeza y se ríe con cinismo.

—Sí, claro —bufa. Me mira como si fuera muy tonta—. Venga, sé sincera, ButterWill; con todo lo que me has prestado ya, ¿me ibas a dar cuatrocientos cincuenta mil dólares más?

Yo sonrío. Lo hago de forma lenta, casi chulesca.

Él, no. Él se lleva las manos a la boca al darse cuenta de que acaba de delatarse.

—¿Cómo sabes que son cuatrocientos cincuenta mil dólares? —le obligo a explicarse.

Parpadea mucho y muy rápido. Está rojo como un tomate.

—Lo has dicho antes —tartamudea. Se sabe acorralado, porque abre y cierra las manos de forma compulsiva.

—No. He dicho la cifra exacta que pediste al principio, no a cuánto ascendía la cantidad posterior.

Tom empieza a hiperventilar y rompe a sudar.

—¿Por qué? —Exijo saber—. Tal vez no te diera todo el dinero, pero podía ayudarte a conseguir el resto. —Miro al techo y suspiro—. Ahora es tarde.

—Tú no sabes con quién me la estoy jugando. ¡Van a matarme! —grita.

Qué tonto. Qué estúpido es. ¿Cómo pude verlo atractivo alguna vez? ¿Cómo pude llegar a pensar que era inteligente? ¿Acaso no se da cuenta de que, cuanto más habla, más se incrimina?

—Perdona, Tom, pero ese es tu problema.

Aprieta los labios con rabia.

—Tú no eres así. Tú no dejarás que me hagan daño. ¡Tienes que ayudarme! —grita al borde de la desesperación.

—¡Haber pensado antes en pedirme ayuda! Joder, Tom, ¿sabes el miedo que he pasado?

Tom va a replicar, pero recuerda que Sarah sigue grabando y cierra la boca de golpe.

—Tenemos lo que queríamos; una confesión, aunque sea de forma indirecta —dice Sarah—. Será mejor que vayamos a la policía. A la de verdad —concluye con retintín.

Miro a Tom, que ahora ya no puede, ni quiere, disfrazar todo el odio que me tiene.

—No he confesado nada. No tenéis nada. ¡Nada! —grita poniéndose en pie.

Siento lástima por él. La prefiero al odio. Este último es la cólera de los débiles, mientras que la primera es la venganza de los fuertes.

—Eso ya se verá, Tom. Mi única intención era decirte a la cara que sé que tú eres User85432_. Y, ¿sabes qué? Solo porque soy

buena persona podría plantearme no denunciarte, pues gracias a ti he encontrado al amor de mi vida.

—Qué romántico —se burla—. ¿Y quién es? ¿Un *redneck*?

¡Qué ganas me entran de soltarle una hostia! ¡Plas!

¿Con qué cara se atreve a meterse con lo más grande que me ha pasado en la vida?

—Uy, lo que le has llamado. Escucha, rata inmunda —digo mirándolo con desprecio. Manda huevos que todavía tenga los santos bemoles de desafiarme, cuando sabe que yo tengo la sartén por el mango—; yo, y solo yo, puedo llamarle *redneck*. Nadie más, y menos tú, un muerto de hambre que no eres ni la mitad de hombre que él. Eres más tonto, más débil, más feo y… y… ¡Y la tienes muuucho más pequeña! —Sí, estoy siendo infantil, pero con el cansancio, la tensión y los nervios no se me ha ocurrido un insulto más elaborado—. Vámonos, Sarah. Hemos acabado aquí.

Por si acaso, Sarah no corta el directo mientras nos marchamos. Antes de desaparecer, ella se gira hacia Tom.

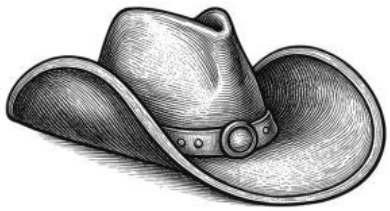
Lo mira con dureza. Con desprecio. Y con una amenaza implícita.

—A partir de este momento, *Trends Agency* rompe toda relación contractual contigo. No contarás con los beneficios de la Agencia, ni con el sistema de pluses, ni con el apoyo legal que ofrecemos gratuito a todos los representados. Estás solo, Tom.

Echa a andar de nuevo, pero se detiene y sonríe con maldad.

—Ah, y dile a tu compinche que él no se va a ir de rositas. Sé quién es. Y aunque no tenga nada contra él, sí tengo poder suficiente en el mundillo para destruirle. Total, más de uno me lo agradecerá…

40



Respetarás el silencio del amanecer
(*Y la voz de quien amas*)

RHYS

No sé qué es peor; verla frente a su acosador, o no verla en absoluto.

Miro como un bobo la pantalla, a la espera de que vuelva a aparecer, pero solo hay un mensaje que dice que el *live* ha finalizado.

—Y ahora, ¿qué?

Me giro hacia mi padre, pero es Jolene quien le responde.

—Ha dejado de emitir en directo. Supongo que va a la comisaría. Esperad, le voy a mandar un mensaje.

—Esa loca ha dicho que lo mismo no lo denuncia —gruño.

Todavía tiemblo de nervios. Hasta que no la vea, hasta que no la escuche, no me voy a quedar tranquilo.

Qué hostias… Hasta que no la tenga junto a mí.

—Creo que ha cambiado de opinión cuando te ha insultado —comenta mi padre con regocijo.

—Te quiere —me dice Liam dándome una palmada en el hombro.

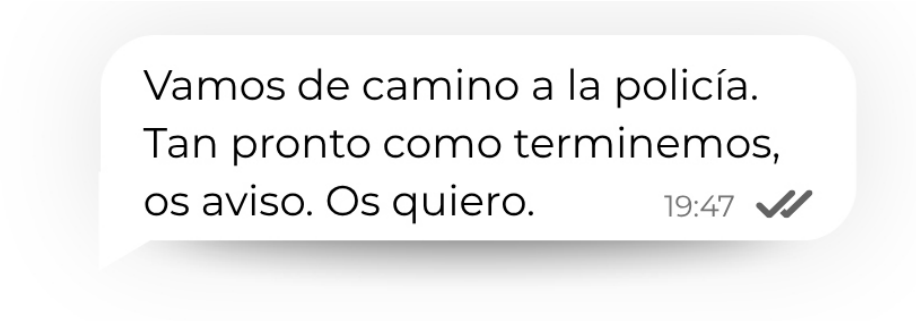
«He conocido al amor de mi vida», recuerdo. Y como me hace sentir tan bien, lo recreo en mi cabeza una y otra vez.

—Lo sé —digo sonrojándome, henchido de orgullo.

Siempre lo he sabido. Lo hice hasta cuando pensé que todo se iba a la mierda. Incluso cuando dudé de ella, pero, hostia puta, qué jodidamente bueno es escuchárselo a ella.

Acordamos darle una tregua a Rika para que se le pase la impresión, a que lo gestione todo, pero Jolene, que es una cagaprisas, ya le está mandando un mensaje.

Rika no tarda en responder.



Exhalo largo y tendido. Mi madre confunde ese suspiro, porque me dice:

—Paciencia, hijo.

Agito la cabeza.

—Suspiro de alivio, mamá. Me daba mucho miedo que al final no lo denunciara. A veces peca de buena.

Me da un abrazo que me sabe a gloria. Es uno de esos abrazos de madre en los que encuentras refugio y consuelo.

—Verás que todo va a salir bien y pronto la tendremos en casa.

Reprimo las ganas de llorar. No porque me avergüence hacerlo delante de mi madre. De hecho, si tuviera que llorar, solo delante de ella me sentiría libre de hacerlo, pero ahora no es el momento.

Me asusta mucho que, con cada lágrima vertida, pierda la cordura. Y la esperanza. Así que no; no lloro y aguanto el tipo como un campeón.

Al cabo de un par de horas empiezo a desesperarme. Tanto, que sé que estoy sacando de sus casillas a mi familia con mis bufidos, mis resoplidos y mis paseos de un lado a otro.

—Por Dios, que alguien apague la máquina de suspiros —protesta Liam con exasperación.

—Me gustaría verte a ti en mi lugar —me defiendo.

—No, gracias. Si siendo mi cuñada estoy en un sinvivir, imagínate si además es la mujer que amo.

Jack, sentado a su lado, sufre un visible, y descomunal, escalofrío.

Creo que está recordando esas horas en las que nadie tuvo noticias de Olivia, hasta que Jeremiah le llamó para decirle que se había marchado sin intención de volver.

Qué duro tuvo que ser. Cómo le entiendo ahora.

Aunque, *inter nos*, espero que mi final no se le parezca en nada.

Al fin suena el teléfono de Jolene, que lo pone en manos libres.

—¡Rika!

—No, soy Sarah, su representante —responde una voz. Todos dejan caer los hombros, desilusionados. Yo, en cambio, me pongo rígido. No sé cómo tomarme que sea ella y no mi chica la que está llamando—. ButterWill ha caído redonda.

Detecto ternura en su voz. Y cansancio. Me cae bien solo por las molestias que se está tomando con Rika.

—Normal —dice Jack—. Ha sido un día muy largo.

Se queda corto. Es el rey de los días largos.

—Mucho. Ella quería llamaros en cuanto saliéramos de la comisaría, pero ha sido montarse en el coche, y quedarse frita.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Jack.

—Bastante bien. La policía dice que hay pruebas suficientes, así que, y ahora sí que sí, todo está en manos de la justicia.

—Pero ¿han detenido a Tom? —pregunto.

Me preocupa mucho que esté libre. Me aterra que, en última instancia, y llevado por la desesperación y el odio, le pueda hacer algo a Rika.

—Hay una orden de arresto a su nombre. Supongo que ya habrán ido a por él. Mientras, me llevo a Rika a mi casa. Hasta que

no lo atrapen, no voy a dejarla sola.

—Gracias —musito, aliviado.

Lo último que quiero es que Rika vuelva a su mansión. Sola. Sin nadie en quien apoyarse cuando despierte y el peso de lo sucedido caiga sobre ella.

—No hay de qué —me dice con afecto—. Solo llamaba para tranquilizaros, porque he supuesto que estabais con el alma en vilo. De momento, poco más hay que hacer. Creo que es ella quien debe responder a vuestras preguntas, así que os aconsejo que descanséis hasta que se despierte.

Le agradecemos las molestias y todos se van a dormir.

Yo también me retiro, pero lejos de subir a mi habitación, me voy a la suya, con la esperanza de que allí, entre sus cosas, con su aroma aún en las sábanas, pueda tranquilizarme un poco.

No lo hago, aunque tampoco tenía esperanza de hacerlo.

Para matar el tiempo, y hasta que tengamos noticias suyas, me entretengo en revisar su perfil, pero me resulta muy extraño.

Ella misma es una desconocida para mí. Esa que baila, que muestra su vida de lujo y que se ríe sin ganas no es mi Rika.

Sigo bajando hasta el principio, pero por mucho que trato de encontrar parecido, no lo consigo. Recuerdo que me dijo que se abrió la cuenta de TikTok en la pandemia, cuando, después de años de control materno, ya se había convertido en una muñeca rota. Me decanto entonces por el perfil de Instagram, porque fue allí donde empezó.

No me interesan los últimos años, así que voy al inicio, al año dos mil quince. Sonrío, y me enternezco, porque ahí está mi chica. Es una versión muy joven, y al ser tan menuda parece una niña, pero al fin encuentro lo que estoy buscando: a la verdadera Rika, esa que encontró refugio en los libros tras la muerte de su padre. Esa que, mientras muestra una novela y la comenta, le brillan los ojos.

Ahí está esa sonrisa tímida en la que se le arruga la nariz, y ese ceño fruncido cuando algo le desagrada.

Río a carcajadas por un vídeo en el que grita como una descosida mientras es perseguida por una oca, y otro en el que no

hace falta que el guardia real del palacio de Buckingham le recuerde que no debe traspasar la línea, pues está casi a dos metros del caballo. Suspiro con ternura al ver que le dirige la misma mirada cautelosa que a *Snow*.

Y me emociono con una foto en particular. En el fondo se aprecia un lago y, más allá, montañas nevadas. Intuyo que están en Maine, en la casa de su infancia. En primer plano aparece Rika mucho más joven, tal vez con seis o siete años. Contempla con devoción a un señor mayor de quien ha heredado el azul de sus ojos. El hombre la mira a su vez con un amor infinito, y la tiene en brazos. Ambos sonríen. Ambos son felices. Ni ella ni él necesitan nada que no sea la compañía y el amor mutuo.

A la foto le acompaña una canción. Es *Butterfly*, de *Smile*, según Instagram. Casi lloro al leer la leyenda.

¡Qué ganas tengo ahora mismo de abrazarla! ¡Cómo me gustaría poder, y saber cómo, llenar todo ese vacío, esa soledad!

Me pierdo durante tanto tiempo viendo su perfil, que me quedo sin batería. Maldigo, pero poco o nada puedo hacer hasta que se cargue, así que aprovecho para darme una ducha.

Durante el último mes he dormido más en esta habitación que en mi propio cuarto, así que tengo parte de mi ropa aquí, junto a la suya. Me estoy vistiendo cuando Liam entra al cuarto.

Lo hace sin molestarse en llamar y un poco a la carrera.

—¿Y tu teléfono?

Miro a la mesilla.

—Cargándose. Me he quedado sin bat…

—No importa. Vamos —dice tirando de mi brazo.

—¿Tenemos noticias? —le pregunto mientras le sigo.

Lo hago abrochándome la camisa.

—Ha mandado un mensaje a Jack para avisar de que va a hacer una videollamada.

—¿A Jack?

«¿No a mí?», me susurran mis inseguridades.

Quizás mi voz ha delatado mi desilusión, porque mi hermano me mira por encima del hombro y resopla.

—¿Y por qué crees que te he preguntado por el teléfono? Rika le ha dicho a Jack que ha intentado ponerse en contacto contigo, pero que lo tenías apagado.

Un grato calorcillo me invade al saber que he sido la primera persona a la que ha llamado.

Cuando llegamos al salón, no me extraña ver a la familia al completo allí reunida. Creo que, como yo, ninguno ha descansado, a juzgar por sus rostros.

Acepto la taza de café que me ofrece mi madre y me dejo abrazar por ella.

—¿Has dormido algo, hijo?

—Qué pregunta, mamá —le amonesto con cariño. Para endulzar mi sarcasmo, la beso en la coronilla—. ¿Y vosotros?

Todos se encogen de hombros.

—Ya lo haremos —responde Liam—. Ahora lo importante es Rika.

Jolene enlaza el teléfono de Jack con la televisión del salón y nos arremolinamos en el sofá. Como Jack y yo somos los más altos, nos sentamos en el suelo.

Pasan dos minutos, y tres, y cuatro. Al llegar a diez, yo ya me estoy mordiendo las uñas.

Justo cuando creo no poder soportarlo más, el teléfono empieza a vibrar. Jack acepta la videollamada y entonces aparece ella. No está sola, sino que una mujer, muy esbelta y elegante, la acompaña. Supongo que es Sarah, pero no son sus ojos negros ni su rostro de belleza clásica los que me interesan.

Ahora mismo, solo tengo ojos (y corazón) para Rika.

Tiene el cabello mojado, y está sin maquillaje. Va vestida muy parecida al día que se presentó en la peluquería, allá por el pleistoceno. Reconozco esa sudadera. Es su preferida.

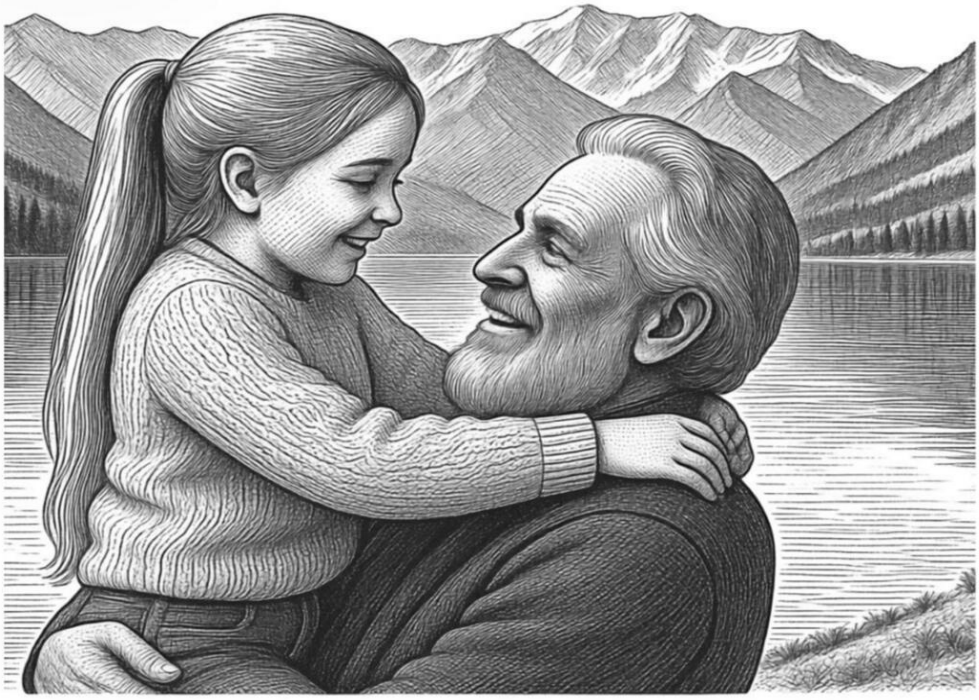
Suspira, pero luego esboza una sonrisa triste. El cansancio se ve reflejado en las profundas y oscuras ojeras, pero lo que hace que sienta un pinchazo en el pecho es ver que sus ojos, de normal azul cielo, están apagados.

Me hago la promesa de hacer que le vuelvan a brillar.

Y es cuando decido que, cueste lo que cueste, me voy a casar con ella.

butterwill

♫ Butterfly, Smile



11 mil Me gusta

14 de marzo de 2016

butterwill Un año sin ti, papi. 😢 Eras más que mi padre. Eras mi amigo. Mi confidente. Mi conejillo de indias. Mi compañero de juegos.

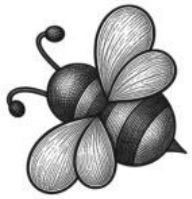
Eras, y lo serás siempre, mi mundo. Me lo enseñaste todo, menos cómo seguir adelante sin ti. Te echo horriblemente de menos.

Te dejo por aquí nuestra foto preferida. Espero que, desde donde estés, puedas verla.

Te quiere, siempre, tu little butterfly. 🖤🖤

#littlebutterfly #mipapiesmiheroe #amoamipadre

41



Tendrás claro cuál es el objetivo de tu canal
***(Primero tendré que aclararme yo*)**

RIKA

No esperaba a la familia al completo, pero ahí están. Los señores Red están sentados en el sofá. A su espalda, de pie, Jolene y Liam. En el suelo, a los pies de sus padres, están Jack y Rhys.

Rhys.

El corazón se me detiene al verlo. Tiene el cabello mojado y rostro de cansancio, pero se le ve tan guapo como siempre.

No sonríe, solo tiene la vista clavada al frente. No sé cómo tomarme que esté tan hosco.

«Pero está aquí», me digo. Eso debe de ser una buena señal, ¿no?

No las tengo todas conmigo. Sé que es muy orgulloso, y lo cierto es que lo traté fatal. Prácticamente le empujé a odiarme.

Dios, espero que no…

«Después, Rika», me amonesto. Ahora tengo otro asunto que tratar.

Miro a Sarah, que está a mi lado. La pobre tampoco ha debido de dormir gran cosa, pues tiene unas ojeras que le llegan al suelo.

Es lo único que delata que ha pasado una mala noche, porque su cabello, negro, brillante y cortado al estilo Cleopatra, está impecable, así como su ropa.

Yo, en cambio, luzco una sudadera, unas mallas cortas y unas zapatillas. Me gustaría aparecer frente a los Red con algo más presentable, pero no he tenido tiempo de ir a mi casa (y tampoco quiero ir aún) y esto es lo único que me cabía en la mochila que me he traído de Montana.

—Hola a todos —saludo.

—Madre mía, Rika, la que has montado. —Es Jolene la primera en hablar.

No puedo evitarlo y suelto una risilla.

—¿Lo has visto?

—Lo hemos visto todos —responde ahora Jack—. Estábamos en modo detective cuando has empezado el directo.

Asiento, agradecida por todas las molestias que se han tomado.

—Os presento a Sarah, mi amiga y representante. —Sarah agita la mano—. Le he pedido que esté conmigo en esta llamada, pues hay muchas cosas que es mejor que las explique ella.

—Sí, hablamos anoche —dice Jack—, cuando veníais de poner la denuncia.

Sarah asiente y le sonríe.

—¿Cómo ha ido con la policía? —quiere saber Elijah.

Suspiro, porque echaba mucho de menos esa voz de barítono que da seguridad.

—Bastante bien. Mis abogados creen que, entre la confesión y las pruebas que ha ido recopilando Sarah, hay motivos suficientes para declararle culpable.

Todos, sin excepción, dejan caer los hombros, como si se hubieran quitado un peso de encima.

—Qué buenas noticias. Pero, sin embargo, creo que te expusiste sin necesidad —me abronca Jack.

Me muerdo el labio inferior.

—Tom es ambicioso, no un asesino.

—Pero eso no tenías forma de saberlo —apunta Liam.

Miro su rostro en la pantalla y luego busco a Rhys. Sigue con los ojos clavados en el suelo, pero veo que se le mueve un músculo de su mandíbula.

Madre… Lo enfadado que está.

Trago saliva antes de responder a Liam.

—¿Qué iba a hacerme en un directo? ¿Cubrirse más de mierda? Lo dudo.

—Pero ¿cómo supiste que era él? —pregunta Jolene.

—Rhys me dio la pista. —Al nombrarle, alza la cabeza y mira al objetivo.

Hay dureza en sus ojos, pero algo más. No sé qué es. Determinación. Anhelo. Una promesa.

Aparto los ojos de él y me dirijo a todos en general.

—Cuando me envió las fotos y los vídeos, no tuve valor de verlos a conciencia. Tan pronto como vi el contenido, los cerré sin intención de volver a verlos. Nunca. Jamás. Solo sabía una cosa: alguien se había colado en mi casa y en mi vida con la única intención de hacerme daño. Pero ayer me obligué a verlos en profundidad, por mucho que me avergüencen. Un vídeo en particular me llamó la atención. —Titubeo, porque no sé hasta dónde saben los padres de Jack. Rezo para que los hermanos hayan tenido la sensatez de no mostrarles las imágenes. Por si acaso, hablo en clave—. El vídeo en sí no es delator, pero está grabado en una discoteca en la que van muchos famosos, por lo que te obligan a dejar el móvil en una consigna. Lo estipulan así para garantizar un espacio seguro donde poder hacer lo que te dé la gana sin miedo a que alguien te eche una foto. Por eso me extrañó tanto que me grabaran allí. Además, he recordado que ese día acabamos en esa discoteca por pura casualidad, así que, a la fuerza, la persona tenía que ser de alguien de mi entorno, de mi grupo de amistades —digo entrecomillando la palabra.

—Sí —señala Jack—. Rhys fue el primero en apreciarlo. En las fotos, en todas, aparece demasiado cerca de ti. Por narices tenías que verlo. El hecho de que no se ocultase prueba la teoría de que lo conocías.

Miro a Rhys, pero ha vuelto a clavar los ojos en la punta de sus botas. Tiene los antebrazos apoyados en la rodilla y la cabeza gacha. No puedo determinar si se siente dolido o avergonzado de mí.

No lo culpo. Me sonrojo al pensar en el vídeo en el que descubrí la verdad, ese en el que salgo sonriéndole a Tom antes de esnifar la raya que me ofreció.

Bebo un trago de café solo para quitarme el mal sabor de boca.

—Exacto, Jack —coincido—. Y gracias a Rhys, supe que era Tom, y que me grababa con unas gafas que llevan una cámara incorporada. Sarah ha confirmado mis sospechas al darme un dosier con el seguimiento que le encargó a un detective privado. Todo ha empezado a encajar.

—¿Y por eso Sarah no puso la denuncia, porque necesitaba recabar pruebas? —aventura Jack.

Sonrío a mi amiga para que responda ella. Esta carraspea y se acomoda en la silla.

—No. De hecho, contraté al detective justo después de ese día.

—No lo entiendo —habla Charlotte por primera vez.

Sarah asiente.

—Empezaré por el principio. Si debo ser sincera, cuando le hackearon la cuenta a Butter… —Como la miro mal, carraspea y corrige de inmediato—. Perdón, a Rika. No le di importancia. Vamos, nada nuevo sobre el horizonte. Los chantajes y las estafas son el pan nuestro de cada día en las redes sociales, pero entonces mi equipo informático recuperó la cuenta y el chantajista pasó al siguiente nivel. Rika insistía en pagarle, pero yo le pedí que no lo hiciera. Viendo las fotos también me percaté, como vosotros, de que era alguien del entorno de ButterW… ¡Rika, joder, no me pegues esos codazos!—protesta después de clavarle el codo en las costillas. Bufa y se atusa el pelo. Me regaña con la mirada antes de seguir hablando—. Pues eso, que pensé que era alguien conocido. La sospecha se convirtió en certeza el día del asalto.

—¿Qué sucedió? —pregunta Jack.

Sarah asiente e inspira despacio.

—Cuando llegué a casa de Tom, Rika estaba al borde del colapso. Ella quería pagar y olvidarse del asunto, pero yo me negué

en rotundo.

—Sería muy estúpido. Si pagas una vez, te arriesgas a que vuelva a pedirte dinero —apunta Jack.

Me pongo colorada, pero trato de excusarme.

—Estaba desesperada. Me asustaba mucho que hicieran daño a la gente que quiero… Que quería —no tardo en corregir.

Sarah me aprieta la mano y sonríe para darme consuelo.

—Y por eso me tienes a mí, para ser la cabeza pensante cuando todo se pone jodido, Rika.

—Alguien con sentido común, para variar —masculla Rhys.

Me muerdo la réplica y dejo que Sarah siga con su relato. Lo hace después de mirarme divertida, como diciendo: «Joder con el paleto, qué borde es».

—Ese día comprendí que las cosas se estaban poniendo muy chungas, así que decidí que era hora de dejar el asunto en manos de la policía. Me costó mucho que me hicieran caso, porque Tom decía que no hacía falta, que no era más que un rasguño. Lo repitió tanto, que me chirrió.

Me pongo colorada al recordarlo.

—Yo ni me di cuenta. Estaba tan preocupada por él, que en ningún momento pensé que lo que pretendía era evitar la denuncia. Creía que, para no hacerme sentir culpable, le estaba quitando hierro al asunto —me excuso.

—Tom no es tonto y sabía que yo no iba a dar mi brazo a torcer —sigue narrando Sarah—, por lo que al final aceptó. Fue él quien hizo la llamada mientras yo me encargaba de tranquilizar a Rika. La pobre estaba teniendo un ataque de pánico.

—Por eso asumiste que fue Sarah quien llamó a la policía, dada su insistencia —aventura Jack al recordar nuestra conversación.

Me limito a asentir.

Sarah continúa hablando.

—El caso es que cuando llegó la policía, me llamaron la atención varias cosas. La primera, que vino solo un agente.

Veo que Jack alza las cejas y sonríe de medio lado.

—Y la policía, cuando acudimos a una intervención, lo hacemos en pareja.

—Exacto. Ahí fue cuando supe que había algo raro. Además, su cara me sonaba, aunque no llegaba a ubicarlo. Entonces dijo una cosa que me descuadró: que pagase.

Todos sueltan una exclamación ahogada.

—Es lo último que diría un policía —coincide Jack.

—Eso mismo pensé yo, pero él lo justificó diciendo que tendrían dispositivos por la zona cuando se efectuase el pago. Y yo no soy una experta, aunque no creo que la policía se tome tantas molestias. Por un secuestro, tal vez. Pero ¿por un chantaje? Déjame que lo ponga en duda. Antes de eso, intentarían localizarle por la IP.

—Exacto —convine Jack.

Me llevo una mano al pecho.

—Qué tonta he sido. ¿Cómo no me di cuenta de todo antes? —lloriqueo.

—Por suerte yo sí —dice Sarah—, así que al día siguiente lo primero que hice fue llamar al departamento de Los Ángeles con la excusa de saber cómo iba la investigación. Me llevé una desagradable sorpresa cuando me dijeron que no había denuncia. Que, de hecho, no tenían registro ni de intervención, ni de la llamada. Dado que Tom fue el encargado de telefonear a la policía —dice entrecomillando la palabra—, supe que él era el responsable. Al menos, que estaba metido en el ajo, porque, si he de ser sincera, no le creía capaz de hacer algo así. Siempre ha sido uno de mis mejores representados, ya que no me daba ningún quebradero de cabeza. Sin embargo, debo admitir que de un tiempo a esta parte estaba muy cambiado. Me llamaba a cada momento para que le consiguiera contratos, y exigía un caché tan alto que no tenía ningún sentido. No era tan famoso como para pedir tanto dinero. Incluso me enteré de que había empezado a trapichear junto al camello oficial del mundillo.

—Un *streamer* con el que Tom tiene un *podcast* —les pongo al corriente.

—*TheProvoker* —concreta Sarah con desprecio.

—Ha estado implicado en más de una polémica —continúo por ella—. Es un tío muy chungo que se dedica a rebuscar en la basura de los demás para conseguir visitas.

Sarah asiente a mis palabras.

—El tipo oculta su verdadera identidad tras una máscara, así que nadie sabe quién es en realidad. —Se mira las uñas y sonríe con maldad—. A no ser que tengas una agencia de representación y muchos contactos en el mundillo. Así fue como tuve acceso a su historial y pude ponerle rostro.

—El policía —adivina Jack.

Ambas asentimos.

—De hecho, y dada su trayectoria, cuando lo supe pensé que era el cabecilla y que estaba usando a Tom para llegar a Rika, hasta que el detective encontró un correo posterior al asalto en el que *TheProvoker* exigía el pago de cincuenta mil dólares por el trabajo hecho. Antes de eso, yo ya tenía la teoría de que Tom era un simple títere de *TheProvoker,* aunque no tanto como para fiarme de él. Por eso tramé un plan. —Se gira hacia mí con un gesto de disculpa—. Lamento mucho haberte mantenido al margen, pero hasta que no tuviera pruebas, no podía permitir que regresaras. Además, me asustaba que, en un momento de desesperación, terminaras pagando. Total, no sería la primera vez que te convencen para que aflojes el bolsillo.

No me defiendo porque tiene razón.

Nunca le he dado importancia al dinero y me gusta ayudar a la gente. Un psicólogo diría que es mi forma de comprar el afecto de los demás. Yo lo llamo recompensa. Tú me das amistad, yo te pago una operación de pecho. O te alquilo un apartamento. O te regalo un Lamborghini, si, total, yo apenas lo uso y tú serías más feliz con él que yo…

Dios, qué tonta he sido.

—Y por eso le pediste a Rika que se escondiera aquí —señala Elijah.

—Bueno, la idea no era esa, sino que se alojara en un resort —responde Sarah—. Pero, mira, tuvo un imprevisto y resultó mucho mejor —concluye mi amiga apretándome la mano con afecto.

Yo hago un puchero al ver lo moñas que se pone. Es muy raro que se comporte así. De hecho, da grima verla tan sentimental, cuando por lo general se muestra como una perra fría y calculadora.

—En Montana encontró mucho más que un escondite —dice con ternura—. Encontró una familia, una amiga, un amor. Y, lo mejor de todo, se encontró a sí misma.

Sarah y yo hemos hablado mucho. Y aunque la representante tiene un cabreo monumental por la decisión que he tomado, la amiga no puede menos que alegrarse por mí.

Me entran ganas de llorar, pero las controlo.

Sarah retoma su relato.

—Con Rika a salvo y fuera de escena, me dispuse a investigar por mi cuenta. De momento no tenía más que una sospecha, así que necesitaba pruebas. Contraté a un detective privado, y ahí fue cuando descubrí que Tom era adicto al juego. Está hasta el cuello de deudas. Tuvo que declararse en bancarrota e incluso perdió la casa de su madre. La misma que doña espléndida le ayudó a pagar —dice con retintín.

—Oh, cállate ya —le pido—. Creo que ha quedado bien claro que he sido una gilipollas de manual. No me machaques más.

Suspiro y regreso la vista a la pantalla del móvil. Me sonrojo al ver que Rhys ahora sí me mira, pero lo hace con tanta compasión, que aprieto la mandíbula con fuerza.

Acepto cualquier cosa que quiera darme, bueno o malo. Todo, menos lástima.

Eso no lo soporto.

Dejo de mirarle porque duele y porque Sarah sigue con la historia.

—Las deudas, según el informe del detective, las había contraído con diversos casinos. Algunos con fama de no andarse con chiquitas si alguien se hace el loco. Debió de agotar todos los plazos, porque no se le ocurrió otra cosa que pedirle el montante de todas las deudas a un prestamista. En total, cuatrocientos mil dólares. Así que teníamos un móvil…

—Pero no había pruebas suficientes —concluye Jack por ella.

Sarah chasquea la lengua.

—Estaba en ello. De verdad que estaba a esto —dice sin juntar del todo el índice y el pulgar —de encontrar lo suficiente como para ir a la policía. El hecho de que le dieran una paliza, es una señal de

que el plazo se le está acabando, así que solo era cuestión de tiempo que metiera la pata. Hasta que a la señora se le ha ocurrido volver y… Bueno, el resto de la historia ya la sabéis.

Veo que Charlotte se lleva una mano al corazón.

—Ay, hija, menos mal que todo ha pasado. Solo espero que se pudra en la cárcel.

Veo que Jack niega con la cabeza.

—El delito es grave, pero la pena máxima por extorsión es de cuatro años y una multa de diez mil dólares, aunque Rika puede pedir una indemnización civil y daños punitivos.

—No quiero nada —rechazo la propuesta—. Solo que termine todo de una vez.

Creo que la familia al completo está de acuerdo conmigo en que lo mejor es pasar página, a juzgar por sus rostros aliviados.

—Y ahora ¿qué?

Me estremezco, porque quien ha hablado ha sido Rhys. Lo ha hecho con voz tan neutra, que sufro un escalofrío.

Creo que todos son muy conscientes de que esa pregunta tiene muy poco que ver con el caso, y mucho con nosotros, porque carraspean y farfullan una excusa. Sarah es la primera en marcharse. Luego, sin excepción, uno a uno los Red se retiran hasta que me quedo a solas con Rhys.

Así que aquí andamos, Rhys y yo, mirándonos a través de una pantalla.

—Hey —digo.

Le veo tragar saliva, aunque no llega a pronunciar palabra y no corresponde a mi saludo. Aparto la vista e inspiro con calma. Los ojos me escuecen, pero reprimo las ganas de llorar y me preparo mentalmente para lo que tenga que suceder.

—¿No vas a decirme nada? —le digo en un susurro suave.

—Tengo mucho miedo de hablar, Rika —admite.

—¿Por qué? —le pregunto en un hilo de voz.

Sigue sentado en el mismo sitio y con la misma postura; en el suelo y las piernas flexionadas, los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos laxas. Ahora, además, tiene la cabeza echada hacia atrás y los párpados caídos.

—Porque estoy muy enfadado —responde. Abre los ojos y mira al techo—. Y cuando estoy enfadado, puedo decir muchas barbaridades.

Sonrío con ternura.

—Adelante. Te escucho. Me lo merezco. Seré tu *punching ball* —trato de bromear. Me doy cuenta de que mejor no ir por ahí cuando me dirige una mirada incisiva—. Rhys… Lamento mucho todo lo que te he hecho pasar. Siento no haber confiado en ti. Tendría que haberte contado lo de la extorsión, pero no quería preocuparte. No quería… involucrarte.

—Pero es que ya estoy involucrado, Rika. Estoy hasta aquí —dice señalando por encima de su cabeza—. Te lo dije muy clarito: tus problemas son mis problemas. No tenías por qué pasar por esto tú sola. Debiste dejar que te acompañara.

Sollozo y me llevo una mano al pecho.

—Pensaba que estabas enfadado por lo de Tom.

—Eso era una tontería. Me enfadé, sí —reconoce—, porque no me lo esperaba. Luego Duncan me abrió los ojos. Ya te lo contaré después —me dice cuando me dispongo a preguntar—. El caso es que me hizo cuestionarme si yo te creía capaz de hacer algo así y mi respuesta fue un no rotundo.

—No, Rhys. Puedo ser muchas cosas, pero jamás jugaría a dos bandas.

—Lo sé. Esa misma lealtad te ha llevado a permitir que se aprovechen de ti —escupe.

Sufro un escalofrío. ¡No sabe hasta qué punto!

—Al final todo ha salido bien —digo con un suspiro.

Agita la cabeza.

—Pero no había forma de saberlo, Rika. ¿Sabes el miedo que he pasado?, ¿la desesperación?, ¿la impotencia? ¿Tienes idea de lo horroroso que es ver a la mujer a la que amas enfrentarse a un loco?

El corazón me empieza a latir con tanta fuerza, que parece que se me va a salir del pecho. Creo que es el momento de corresponder a su declaración.

—Sé lo horroroso que es tener que echar de tu vida al hombre que amas para no ponerle en peligro.

Rhys sonríe de medio lado, y el brillo de sus ojos delata lo feliz que le han hecho mis palabras.

Mi confesión.

—Si te sirve de consuelo, no me lo creí. Sabía lo que pretendías. —Nos miramos y nos sonreímos, pero luego compone un gesto grave—. Ahora en serio, Rika, ¿cuál es el siguiente paso?

Inspiro y expiro con lentitud antes de responder.

—No he tenido tiempo de hablar con mis abogados, pero según me ha dicho la policía, tengo que estar disponible por si aparecen nuevas pruebas o por si hay que aclarar ciertos detalles que se hayan quedado en el tintero. También es muy probable que el fiscal me requiera para preparar el caso.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

Casi muero de amor al detectar el apremio en su voz.

—La audiencia preliminar será en dos semanas. Hasta ese momento, debo quedarme aquí.

Asiente.

—¿Y luego?

Sé lo que está preguntando. Pero no sé qué responder.

Me miro las manos antes de enfrentarme a él.

—No lo sé. Creo que necesito…

—¿Tiempo? —aventura con dulzura al ver que titubeo.

Yo niego con un gesto.

—Perspectiva, Rhys.

Veo que parpadea, pero luego ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—Entiendo. Necesitas saber si lo que sientes por mí es verdadero o…

—Sé que es real —le corto. He sido un tanto brusca, porque me ha ofendido que dude de mí—. Escucha, *redneck*, ahora mismo, lo único que tengo claro es que te quiero. Con locura.

Me deshago cuando me mira con cara de corderillo.

—Pero… —aventura.

—Sí, hay un pero. Y ese pero no tiene nada que ver contigo, sino conmigo. —Cierro los ojos y resoplo—. Rhys, tienes que entender que yo ya no soy la misma que hace un mes se marchó huyendo de un acosador. Soy otra persona distinta a quien todavía tengo que conocer.

—En eso te equivocas. No eres una desconocida para ti. Rika siempre ha estado ahí, silenciada por la *influencer*. Si quieres encontrarte, te basta con echar un vistazo a tus primeras publicaciones en Instagram. —Sonríe con ternura—. En mi caso, ha sido suficiente un par de posts para verte en esa niña.

Suspiro entrecortadamente.

—¿Has visto mis redes?

—Empecé viendo tus *tiktoks* —confiesa encogiéndose de hombros—, pero esa chica me cae mal. La otra, en cambio… —Sus ojos refulgen de emoción—. Esa es brutal. Es divertida, tierna, creativa, espontánea, cabezota, orgullosa, generosa, leal. Esa es… mi Rika.

Ahogo un sollozo al verme a través de sus ojos. El problema es que el amor suele distorsionar la realidad.

Creo que mis dudas son muy evidentes, porque Rhys sigue hablando.

—Sabes quién eres. Qué hostias, has peleado con uñas y dientes para librarte de ButterWill y que sea Rika quien tome el control, así que ¿a qué le tienes miedo?

Ah, cómo me conoce. Cómo sabe cuál es mi verdadero problema.

—Pues que no sé si voy a ser capaz de aguantar un invierno en Montana, o si voy a poder vivir en un rancho sin entrar en pánico cada vez que me cruce con una vaca. O con *Snow* —digo componiendo una mueca de desagrado, pero no tardo en ponerme seria—. Tengo miedo de no acostumbrarme a vivir en un pueblo tan pequeño. A no saber hacerlo yo sola.

Veo que asiente.

—Si ese es el problema, yo no tengo ningún inconveniente en vivir donde tú prefieras.

Resoplo.

—¿Y matar tu esencia? No, Rhys. Nunca te pediría que dejaras el rancho. Eso te marchitaría y, a la larga, terminaría con lo nuestro.

No se molesta en contradecirme.

—Te voy a hacer una pregunta, Rika; al margen de mí, de nosotros, ¿tú qué quieres hacer? De corazón, Rika. No por mí. No por nosotros, ni porque yo te quiera, sino por ti. Si yo no entrara dentro de la ecuación, ¿te plantearías vivir en Montana, o lo descartarías sin dudar? ¿Qué te diría la Rika de quince años? ¿Y dónde te ves en el futuro?

Lo miro sin parpadear.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

Rhys lanza un largo suspiro.

—Pues es lo primero que tienes que resolver, abejorro. —Lo ha dicho de forma tan dulce, que le sonrío—. Todo lo demás, es secundario.

Cuánta razón tiene.

—Gracias, Rhys —le agradezco con el corazón en un puño.

—¿Por qué?

—Por entenderlo. Por no presionarme.

—Eso nunca, Rika —expresa con fervor—. Sé que esta decisión la tienes que tomar tú sola, que no puedes ni quieres depender de los demás, pero, si ayuda, te diré que te esperaré el tiempo que haga falta. Dos semanas, dos meses… dos vidas… Nah, lo que necesites.

Lloro como una pava. Él, también.

—¿Quién nos iba a decir que íbamos a terminar así? —digo con ternura—. Con lo mal que nos caímos al principio.

—Mujer, es que me estampaste una sartén de hierro fundido.

—Ay, sí —digo llevándome las manos a la cara—. Y tú prometiste vengarte… pero al final me perdonaste.

Rhys alza las cejas, pero luego suelta una risotada.

—¿Que te perdoné? Yo no te he perdonado, *preppy*.

—Ah, ¿no?

—No. De hecho, mi venganza será brutal.

No me creo ni una palabra.

—¿Y cuál será esa venganza?

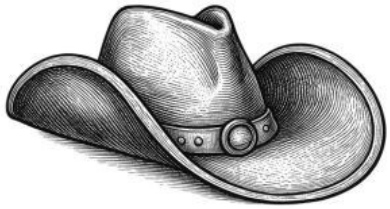
Sonríe con maldad.

Sus ojos, en cambio, brillan por todo el amor que siente por mí cuando responde:

—Ser tu marido.

Y cuelga.

42



No apresurarás lo que necesita madurar
(Santo Job, me llaman)

RHYS

—Mira ese potro. Apenas se tiene en pie y ya quiere echar a correr —señala Liam.

Sonrío al verlo.

Se trata de un *mustang* recién nacido, a juzgar por la inestabilidad de sus patas. Su pelaje es negro, y sospecho que tendrá mal carácter. La madre, una yegua preciosa, parece estar amonestándole por sus prisas.

Hemos detenido la marcha solo para observar a la manada, que corre salvaje y libre por la pradera norte, al otro lado del río.

Es un espectáculo digno de ver.

Mientras lo observo, pienso en lo mucho que me gustaría estar contemplándolo con Rika a mi lado, pero luego me entristezco al caer en la cuenta de que eso no va a pasar.

Nunca.

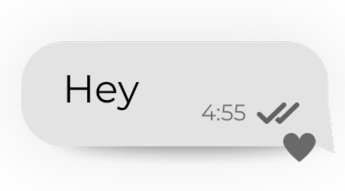
Aunque ha demostrado que en el fondo es una chica humilde, lo de hacer vida de rancho es otro cantar, y mucho menos si los animales están a menos de dos metros de ella.

Qué narices, ni siquiera sé si Miltown será suficiente para Rika. Y sé que ella también tiene sus dudas, de ahí que necesite ver las cosas en perspectiva.

La entiendo. De verdad que la comprendo, pero, hostia puta, lo mala que es la espera.

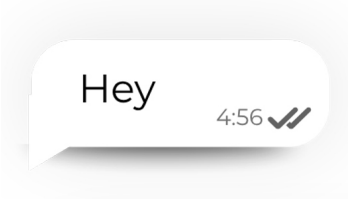
Ayudaría si hablara con ella, pero no quiero hacerlo. No por ganas, sino por sensatez. Me da mucho miedo que, en mi desesperación, termine suplicándole que regrese, así que me limito a darle su espacio y a mandarle un mensaje al día.

Es una sola palabra. Una que me hace sonreír como un bobo, porque la palabra, sin decir nada, lo dice todo.



Es mi forma de decirle que estoy aquí. Que sigo esperándola. Que pienso en ella cada puto segundo del día. Que la quiero.

Ella no tarda en responder. Como yo, lo hace con un simple:



Pero yo leo: «Te echo de menos. No dejo de pensar en ti. Ya queda poco para estar juntos. Y yo también te quiero».

Creo que ese es uno de los mejores momentos del día. Qué leches, es el único momento bueno, porque el resto es un puñetero

infierno.

Es por eso, y dado que en casa todos estaban hasta las narices de mí, que opté por pasar unos días en el campamento de otoño y ayudar a mover el ganado al refugio antes de que nos pille el invierno.

En ello estábamos cuando nos hemos topado con los *mustangs*.

—Qué impaciente es… Ya aprenderá que las cosas llevan su tiempo.

Agito la cabeza, contradiciendo las palabras de mi hermano.

—No es impaciencia. Es persistencia.

—Y pura cabezonería —se añade Rudolph a la conversación—. Ese potro va a tener un genio de mil demonios. —Ríe con maldad—. Me encantaría montarlo.

—Toma, y a mí —reconozco. Río cuando el potro al fin se hace con el control y echa a correr, tan aprisa, que a la yegua le cuesta alcanzarlo—. ¿Veis? Quien la sigue, la consigue.

Mi hermano Liam me mira y sonríe con afecto.

—Eso es. Solo es cuestión de darle tiempo al tiempo. —Rudolph se levanta para retomar nuestro camino cuando la manada emprende la marcha, por lo que Liam aprovecha para decirme—: Lo estás haciendo muy bien, Rhys.

Sé que se refiere a Rika, así que suspiro.

—No te creas. Me está costando Dios y un triunfo no coger el teléfono. O, para el caso, no tomar un avión y plantarme allí con ella.

Chasquea la lengua. Se levanta y me tiende la mano para ayudarme.

—Créeme cuando te digo que nos asombra mucho que no lo hayas hecho ya. Es más, la apuesta es cuatro contra uno —me informa mientras nos dirigimos hasta nuestras monturas.

Yo gruño.

—¿Y quién es el uno?

—Yo —me dice. Aunque no me sorprende—. Sé de sobra cómo eres. Otra cosa no será, pero paciencia tienes para dar y regalar. Y si no, mira el trabajo que haces con los caballos. Tu constancia es lo que te hace ser uno de los mejores entrenadores de la zona.

Tiene parte de razón, porque gracias a los caballos, a lo largo de mi vida he podido trabajar la perseverancia y controlar la impulsividad.

Aunque, claro, Rika no tiene nada que ver con los caballos.

¡Ojalá se pareciera a ellos! A los primeros sé como domarlos. A ella, ni me lo planteo.

No nos demoramos más y nos ponemos en camino, gracias a lo cual me distraigo un poco. No tardamos en llegar al refugio de invierno, el más cercano a *Red House*. Allí, además de paneles de acero, hay una zona techada y cuenta con cinturones de árboles como contravientos naturales.

Con el trabajo hecho, me dispongo a ir al establo para dejar a *Snow*, pero tiro de las riendas cuando la veo.

—Hostia puta —mascullo, maravillado. Por si acaso estoy confundido, le pregunto a Liam, que cabalga a mi lado—: ¿Es…?

—Es —afirma.

Joder, joder, joder…

Rika ha vuelto. Está aquí. En mi rancho.

Se me planta una sonrisa que me cubre la cara, y al grito de *Yihaaa*, espoleo a Snow.

Mientras bajamos la ladera de la montaña a galope, mis ojos están clavados en ella, pero conforme me acerco, la sonrisa se me va borrando.

No llego a comprender qué es lo que estoy viendo.

Rika permanece de pie junto al coche con el que vino a Montana. Lo ha debido de sacar de la cochera y ahora está aparcado frente a *Red House*. Está metiendo el equipaje (supongo que el que se dejó) en el maletero. Y luego están mis padres, abrazándola con afecto. Y Jolene, que está llorando, como si estuviera…

¿Despidiéndose?

Detengo a *Snow* con tanta brusquedad, que se enarbola y pega un relincho. Y justo cuando vuelve a poner las patas en el suelo, a mí me entra la rabia.

Con un gruñido, tiro de las riendas y termino el recorrido.

Ni siquiera me molesto en bajarme del caballo cuando lo detengo frente a ella. Yo no sé si mis padres y mi hermana han

recibido una orden silenciosa, porque salen escopetados hacia el interior de *Red House*.

Ella me mira, pero observo que lo hace con cautela.

Normal… Me conoce e intuirá que estoy que trino.

—Hey —me dice.

Y aunque al principio me descoloca la dulzura de su voz, luego me puede la furia.

Joder, es que no se pone ni un poquito colorada. Va a dejarme y ni se inmuta. Solo se la ve un poco nerviosa, aunque creo que tiene que ver más con que *Snow* le esté enseñando los dientes.

Es que mi chica me es muy leal.

Rika ha debido de detectar mi tirantez, porque empieza a balbucear.

—¿A qué has venido? —le espeto.

Ella abre y cierra la boca, como un pez. Luego, alza las cejas.

—He venido antes porque al final Tom se ha declarado culpable y no ha sido necesaria una audiencia preliminar ni juicio. Creo que Tom ha estimado que está más seguro dentro de la cárcel, que fuera. Después de todo, se ha juntado con personas muy peligrosas y hemos llegado a un acuerdo…

Levanto la mano para interrumpirla.

No quiero detalles, porque tengo muy claro por qué Tom ha reconocido su culpabilidad: Rika ha saldado, si no toda, parte de la deuda. Es su dinero, y yo no puedo culparla, aunque se me llevan los demonios que se sigan aprovechando de ella.

A mí lo que me tiene que importar es lo otro: que el tipo esté entre rejas.

Aunque, bueno, tal vez de esa forma su conciencia se queda tranquila y deja de pensar en ello.

—¿Ya te marchas? —pregunto. Lo hago sin molestarme en ocultar mi rabia.

Ella al principio pega un respingo por mi tono hosco, pero luego achica los ojos y ladea la cabeza.

—Solo he venido a recoger mis cosas. Me fui tan deprisa, que me dejé aquí las maletas.

Snow debe de notar mi nerviosismo, porque no para quieta. Tiro de las riendas para controlarla, pero ni loco aparto la vista de Rika.

—¿Y ya? ¿Ni siquiera tenías pensado despedirte?

Ella compone un gesto confundido. Al menos, al principio, porque luego empieza a ponerse un poco roja. A juzgar por su resoplido, es de rabia.

—Bueno, tus padres me han dicho que estabas en el prado norte y que allí no había cobertura.

—¿Y cómo tenías pensado despacharme?

Ella abre y cierra la boca, como un pez, pero luego sus cejas se juntan.

—¿Qué es despachar? Y bájate del caballo, que me voy a romper el cuello por mirarte.

Bufo, pero hago lo que me pide. Mejor. Así de cerca la puedo intimidar; que no se crea que se lo voy a poner fácil.

Flaqueo un poco cuando estoy a menos de un metro de distancia. Joder, sigue oliendo tan bien como siempre. Y sigue estando tan buena, y tan guapa y tan…

—Joder, ¿cómo puedes oler tan mal? ¿Te has estado revolcando en mierda de caballo o algo así?

…Y tan borde y maleducada.

Sin disimulo, me olisqueo la axila. Vale que no huelo a flores, pero tanto como a mierda…

—No huelo tan mal —protesto.

—Vaya que no —contradice haciendo muecas. Se tapona la nariz y echa un pie para atrás—. ¿No hay duchas allí donde has estado?

—Pues no —respondo con desdén—. Solo el río, y hace un frío que pela como para meterte en él. Además, no he estado fuera más de dos días.

—Pues la próxima vez te llevas toallitas. Digo, si quieres acercarte luego a mí.

—¿Acercarme a ti? —pregunto confundido.

Pero ¿no se marcha?

Ella bufa y me mira de arriba abajo, pero luego entrecierra los ojos.

—¿Qué es despachar? —insiste.

Aprieto la mandíbula con fuerza.

—Dejarme. Así que venga, hazlo. Ya que estoy aquí, te voy a ahorrar tener que dejarme una nota o un mensaje de voz. ¿O acaso me ibas a hacer *ghosting*?

Rika abre los ojos y la boca, sorprendida, pero luego echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿Te hace gracia? —bramo.

—Mucha —reconoce. Tócate los cojones—. ¿Pensabas que te estaba dejando?

Mi corazón se salta un par de latidos.

—¿No?

—No —responde como si yo fuera muy gilipollas.

Ahora mismo me siento así.

—¿No? —insisto.

—Que no… —repite cansinamente—. ¿De dónde sacas eso?

Como un estúpido, señalo el coche. Ella sigue con la vista la dirección de mi pulgar, y aunque al principio lo mira sin comprender, luego alza las cejas.

—Aaah, por eso estás así.

—¿Así cómo? —quiero saber.

—Cabreado —responde con una sonrisa que me está matando—. Has creído que me iba a Los Ángeles.

Entrecierro los ojos y ladeo la cabeza.

—¿Y no es así?

—No.

—Y entonces, ¿adónde vas?

Rika suspira largo y tendido.

—A *Pine's Cabines*. Tu madre me ha arrendado la cabaña. —Se pone en jarras y me amonesta con esos ojos azules que me vuelven loco—. ¿De verdad pensabas que me iba? ¿Qué te estaba dejando? —Resopla por la nariz—. Mal, *redneck*. Muy mal. Eso de desconfiar de la persona que te ama con locura está muy feo.

Me muerdo las mejillas por dentro para no sonreír como un idiota.

Hostias, ahora solo quiero besarla, pero me da apuro abalanzarme sobre ella.

—¿Y por qué no te quedas aquí? —digo señalando *Red House*.

Ella se encoge de hombros.

—Porque necesito mi espacio. No puedo, ni quiero, vivir de tus padres, ni siquiera depender de ti. Necesito hacer todas las cosas que siempre he querido hacer; vivir yo sola, y desenvolverme por mí misma, aprender a cocinar y saber lo que es vivir sin que los criados vayan detrás de mí recogiendo mi mierda. Quiero afianzar mi amistad con Jolene, y aprender el oficio de Jeremiah. Cada vez tengo más claro que me quiero dedicar a ello. —Lo dice como si esa idea le asombrase mucho—. Pero, sobre todas las cosas, quiero demostrarme a mí misma que puedo sobrevivir al invierno de Montana. Aunque sea pegada a la estufa. Por cierto, me tienes que enseñar a encenderla.

Ya no puedo reprimir la felicidad.

—Tú tranquila, que iré todos los días a encenderla.

—¿Y a mí también? —dice con picardía.

Mi sonrisa se vuelve lobuna.

—Oh, sí —prometo.

Rika me guiña un ojo, pero luego su semblante se pone serio.

—Fuera bromas, Rhys, me apetece mucho vivir esta experiencia en *Pine's Cabines.* Al menos, durante un tiempo.

—Vale. Y luego, te casas conmigo.

Quiero rugir al verla negar con la cabeza.

—No lo hagas, Rhys. No me pidas que me case contigo.

No me tomo la molestia de decirle que no es una petición, sino una promesa. Ya lo descubrirá por sí misma.

—¿Por qué no?

—Porque no es el momento, Rhys. Primero tenemos que dejar madurar lo nuestro. No hay prisa.

Pienso entonces en mis caballos. Si algo tengo claro, es que, si los fuerzo, no consigo nada. No se trata de que ellos hagan lo que yo quiero. Si de verdad espero resultados, soy yo quien tiene que ponerse a su nivel, quien se tiene que amoldar a su ritmo de aprendizaje, no al revés.

Así que eso hago.

Me amoldo a ella.

Total, no me queda de otra…

—Vale. Pero que sepas, que voy a intentar convencerte todos los días. Soy muy perseverante —la advierto.

Ella chasquea la lengua.

—Inténtalo. Pero hasta el deshielo, no podré darte una respuesta.

Sonrío de oreja a oreja.

—Hecho.

Nos miramos y nos sonreímos, pero Rika, al ver que no me abalanzo sobre ella, resopla, exasperada.

—¿Todavía sigues con esa estúpida norma de no ser el primero en besar?

Gruño.

—No.

Frunce el ceño.

—¿Y a qué esperas para besarme?

Me acaricio la nuca y la miro con una disculpa en mis ojos.

—Es que huelo mal y…

No me deja terminar. Se echa en mis brazos y es ella quien me besa.

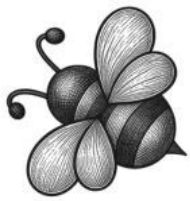
Y sabe tan bien como lo recuerdo. Sabe a menta y a café.

Sabe a promesas de días de risas, tardes de confidencias y noches de pasión.

A futuro.

Y, hostia puta, ¡qué buena pinta tiene ese futuro!

Epílogo Rika



Cinco meses después

Me despierta un ruido. Es un sonido persistente, un *clac clac* que, si bien no es molesto, es lo sobradamente constante como para que mi cerebro se empeñe en prestarle atención.

No sé por qué, pero ese sonido me traslada a otro tiempo, a otro lugar, donde yo tengo seis años y papi es mi héroe. Me lleva en brazos, porque dice que le encanta cargarme. Yo sé que lo hace para darme calor. Tiemblo, así que me aprieta más contra él. Yo sonrío, porque no tiemblo por el frío, sino porque al fin estamos en Maine, el mejor sitio del mundo. Estira el brazo para hacer un *selfie* y me pide que le sonría a la cámara. Yo le sonrío a él. Él, a mí.

—¿Podemos hacer un muñeco de nieve? —le pido.

—¿No tendrás frío?

Miento y digo que no.

Hace mucho frío. Muchísimo. Pero allí, con mi padre a mi lado y la perspectiva de una tarde de juegos, eso no parece importarle a mi cuerpo.

«El frío es más mental que físico», me solía decir mi padre.

Y tenía razón, porque con él se marchó el calor.

Ahora ha vuelto. Y es fascinante que lo haga en un sitio donde hace mucho más frío. Un lugar donde te tienes que poner mil capas de ropa, donde una nevada te deja incomunicada y vives pegada a la estufa. Pero, como en Maine, aquí estoy tan arropada, que el frío pasa a un segundo plano.

El *clac clac* me trae al presente.

Medio dormida, gruño. Seguro que Rhys no ha cerrado bien la ducha. Pero no, pues Rhys está a mi lado.

Así que al final no cumplió su promesa y se quedó a dormir. O puede ser que a medio camino se arrepintió y se dio la vuelta. Da igual, está aquí, pese a su enfado.

Vamos, nada nuevo sobre el horizonte.

Sonrío al recordar la pelea, la misma de siempre desde hace cinco meses. Él quiere que me mude a *Red House*. Yo quiero quedarme en *Pine's Cabines*. Él me amenaza con no pisar la cabaña. Yo le advierto que solo aquí puede gozar de este cuerpo serrano. Él cede, claro. Yo me esfuerzo más para compensarlo. Luego él me pide que me case con él. Yo le respondo que todavía no. Él jura y perjura que, entonces, nada de sexo hasta que acepte. Luego, para que sepa lo que me voy a perder, me echa un polvo que me deja con los ojos en blanco. Y se marcha, pero vuelve. Siempre vuelve para dormir conmigo. A la mañana siguiente, finge estar enfadado, pero antes de marcharse a trabajar, me vuelve a pedir que me case con él. Mi respuesta sigue siendo la misma: Todavía no. Y corta conmigo, pero luego va a buscarme a KentHat, donde trabajo a diario.

Ahora lo miro y pienso en la suerte que he tenido de encontrarle. En lo maravilloso que es quererle y que me quiera. En lo perfecto que es por fuera, y en lo hermoso que es por dentro. En que quiero ser la madre de sus hijos. En lo que…

En lo que ronca, joder.

«Como un búfalo».

Casi río al recordar ese día, más de seis meses atrás, cuando, gracias a *Buffy,* mi vida cambió. Él me obligó a tomar otro camino. Y de pronto me encontré, sin saber que me estaba buscando. Sin saber que andaba perdida.

No he vuelto a verle, pero cada vez que paso por ese punto de la carretera, no puedo evitar buscarlo con los ojos.

Buffy no lo sabe, pero hizo que una muñeca rota se recompusiera y encontrara su destino. Me encanta Miltown, y sus gentes. Me flipa mucho tener un oficio del que aprendo cada día gracias a mi maestro y amigo, porque Jeremiah se ha convertido en mi pilar. Me siento muy agradecida por contar con la amistad de Jolene, a quien cada día quiero más. Me entusiasma tener la aprobación y el cariño de toda la familia Red, sin excepción, a quienes veo todos los días, pues suelo cenar con ellos. Espero como agua de mayo la noche de los viernes en el *Saloon*, donde le doy una paliza a Rhys en el billar pese a todo su empeño.

Y amo mis momentos de soledad, que suelo dedicar a mis novelas, a mis clases *online* de cocina o a algo tan simple como mimarme.

No hay nada en mí de aquella chica que solía fingir ser. No, nada queda ya de *ButterWill*, ni siquiera el canal.

No lo cerré, porque no mentía cuando dije que me gustaban las redes sociales, pero cambié el contenido. Ahora, además de enfocarlo al mundo literario, muestro mis creaciones en KentHat, y, oye, que lejos de perder seguidores, mi comunidad sigue creciendo. Eso sí, lo hago sin presiones, sin contratos ni colaboraciones.

Sarah me dice que soy tonta, que estoy dejando escapar una oportunidad de oro. Claro que cuando habla así, sé que lo hace la representante, cabreada por perder a uno de sus mejores fichajes. Al menos, sabe que como amiga siempre me tendrá. Eso no va a cambiar.

Lo que sí he cambiado ha sido el *nick* del canal. No me apetecía usar mi nombre verdadero, así que encontré uno perfecto, uno que simboliza el autodescubrimiento, la resiliencia, la perseverancia y la productividad*: Bumblebee*[9]*.*

Sonrío al contemplar al responsable de ese nombre. Y de todo lo bueno que hay en mi vida.

El *clac clac* vuelve a llamar mi atención y miro al ventanal.

Al hacerlo, sonrío de oreja a oreja, porque ya es oficial: he sobrevivido a un invierno en Montana.

Salto de la cama y me pongo una bata. Bajo al piso inferior y saco de un cajón un objeto que me guardo en el bolsillo. Luego, hago café.

Creo que el olor ha despertado a Rhys. Río por lo bajo al escuchar un taco de los gordos, porque sé qué lo ha provocado: está amaneciendo. O, lo que es lo mismo, se le han pegado las sábanas y ya llega tarde al trabajo.

No se molesta en ducharse, sino que baja las escaleras vistiéndose a toda prisa.

Me gruñe algo a modo de saludo mientras se calza las botas.

—¿Café?

—No, que voy tarde —me responde.

No se ha molestado ni en peinarse, así que lo hace con las manos antes de calarse el sombrero.

—Luego te veo —me dice encaminándose a la puerta.

—Ejem, ejem —lo llamo—. ¿No se te olvida algo?

Deshace lo andado y me da un beso rápido en los labios. Lo hace gruñendo.

Está saliendo por la puerta cuando lo llamo de nuevo.

—¡Rhys, ten!

Me mira por encima del hombro. Me enternezco, porque todavía tiene los ojos cargados de sueño, como un niño, pero luego, cuando le tiendo un objeto, los abre de golpe.

Lo agarra al vuelo y lo observa sin comprender.

—Mi cumpleaños es dentro de una semana —dice.

Me encojo de hombros.

—Tenía prisa por dártelo.

Veo que hay suspicacia en sus ojos, pero todavía sigue algo adormilado.

—¿Lo abro ahora?

—Cuando quieras —le digo emocionada.

Rhys no se percata de ello y hace una mueca y se dispone a marcharse de nuevo. No ha cerrado la puerta cuando le advierto:

—¡Y ten cuidado al conducir! Ha empezado el deshielo.

Le quita importancia con un gesto de la mano antes de cerrar la puerta.

Yo aguardo, con el corazón latiéndome a mil. Me empiezo a morder las uñas al ver que pasa un minuto. Y dos. Y tres… Hasta que Rhys regresa.

Ahora ya está despierto del todo.

No llega a entrar, sino que se queda en el umbral. Alza la mano, donde sostiene una hebilla de cinturón. Es de plata y tiene grabada una luna llena, con sus cráteres incluidos.

Ladea la cabeza y señala el objeto. Se le ve confundido y, al mismo tiempo, esperanzado.

—¿Y esto? —pregunta. Lo ha hecho bajito, tal vez porque, como a mí, le embarga la emoción.

Ahora estoy muertecita de nervios.

—He pensado que a nuestro cielo le falta algo. No me malinterpretes, las estrellas fugaces están de puta madre, pero creo que ya es hora de contar con nuestro propio satélite.

Rhys parpadea. Observa la hebilla y luego clava en mí sus ojos aguamarina.

—¿Me estás ofreciendo la luna? —pregunta. Creo que solo lo hace para asegurarse de que está entendiendo bien el mensaje.

Yo trago saliva. Joder, estoy emocionadísima.

—Solo si la quieres.

Vuelve a echar un vistazo a la hebilla. Sonríe como un bobo, pero luego compone un gesto enojado.

—Ah, no, señora mía. Esto no te lo permito.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Qué he hecho mal?

Gruñe.

—Quitarle a un hombre la ilusión de hincar la rodilla ante la mujer que ama.

Y se marcha.

Yo me quedo allí, con la risa a medio brotar de pura incredulidad mientras le doy sentido a sus palabras.

Y entonces regresa de nuevo.

Lo hace dando grandes zancadas, hasta detenerse a un palmo de mí. Inspira a trompicones, se quita el sombrero y se arrodilla ante mí.

Ahogo un grito cuando veo que trae una cajita que no tarda en abrir.

—Rika Williams, ¿quieres hacerme el honor de ser mi esposa?

Parpadeo, descolocada del todo.

—¿De dónde has sacado el anillo?

Sonríe con malicia.

—De una joyería.

Estoy tan impresionada, que no bufo por su respuesta.

—Sí, pero ¿desde cuándo lo tienes?

Se encoge de hombros.

—Desde hace tanto, que ya empezaba a pesar.

Agito la cabeza.

—¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo tenías el anillo? —Asiente y yo alzo las cejas—. ¿Y por qué no me lo has dado antes?

—Porque estaba esperando la ocasión perfecta.

—¿Y qué tiene esta de especial?

—Que es cuando me vas a decir que sí —asegura.

Emocionada, le tiendo la mano, porque vaya si tiene razón. Le veo deglutir antes de sacar el anillo de la caja y ponérmelo en el dedo anular.

Me muerdo las mejillas por dentro para que las comisuras de mis labios no se eleven hasta lo imposible.

Rhys se levanta y sella nuestro compromiso con un beso que nos deja sin aliento. Cuando se aparta, yo estiro la mano para contemplar el anillo.

Es precioso en su sencillez.

—¿Y por qué estabas tan seguro? —le digo con lágrimas en los ojos.

Él también está emocionado. Lo sé porque le tiembla el labio inferior cuando me señala la ventana con la cabeza.

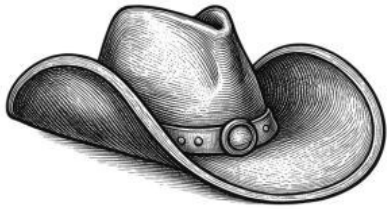
—Porque sigues aquí. Y porque ya ha empezado.

—¿El qué?

Sus ojos refulgen de felicidad. Y de amor. Joder, cuanto amor hay en ellos cuando responde:

—El deshielo.

Epílogo Rhys



Un mes después

Estoy la hostia de nervioso.

Sé que el paso que voy a dar es muy grande, mucho más que el que daremos dentro de seis meses, cuando el señor Kent me entregue en el altar a Rika.

Eso no es más que un trámite. Lo que estamos a punto de hacer, en cambio…

Esto sí que es grande. Es un principio, un cambio que estoy deseando hacer; hoy le voy a proponer que nos vayamos a vivir juntos. Al fin.

Ella no lo sabe, porque lo he llevado en secreto, pero mi casa, *nuestra* casa, ya está terminada. Salvo algunos detalles y decoraciones a su gusto, todo lo demás está listo.

Aquí he estado muy avispado. Con la ayuda de toda mi familia, poco a poco le hemos hecho todo el lío para que, sin saberlo, nos diera pistas de sus gustos personales. Así, Jolene le sacó que le gustaría que la habitación de sus sueños tuviera las paredes en aguamarina y papel pintado con motivos florales, muebles en madera clara y una enorme cama con tres millones de cojines en colores neutros. Gracias a Liam supimos que le gusta el estilo

farmhouse, y por Jack que le horrorizan las alfombras de piel de vaca (o de cualquier animal). Mi madre, muy cuca ella, le pidió ayuda para comprar una vajilla nueva, mientras que mi padre le hizo todo el lío para que eligiera unas cortinas por él, *porque no tenía ni idea y quería darle una sorpresa a su mujer*.

Tan solo le falta un detalle.

Me lo ha hecho Liam, ya que es un artista haciendo grabados en la madera. Lo llevo en el maletero, porque lo acaba de terminar, justo a tiempo de que vaya a recoger a Rika al aeropuerto de Bozeman.

Ha ido unos días para cerrar su mansión en Beverly Hills. Dice que le da pena venderla, y mucho menos alquilarla a unos desconocidos que contaminen el recuerdo de su padre. A la larga, la quiere convertir en un mausoleo.

No puedo culparla.

Ya voy tarde, porque me he topado con dos obstáculos en el camino: un búfalo en mi carril, y un Panamera en el contrario. Casi he sonreído, porque ha sido justo en el mismo sitio donde tiempo atrás encontré a Rika tirada.

Donde todo empezó.

Me hubiera gustado mucho ayudar al pobre tipo a cambiar la rueda que se le ha reventado, pero el inútil ni siquiera tenía una de repuesto. Además, yo tenía mucha prisa por ver a mi chica. Eso sí, le he ayudado a echar el coche a un lado para permitir la circulación, pues al jodido búfalo no le ha salido de los cojones moverse. Mientras apartábamos el coche me han entrado ganas de soltarle una hostia cuando ha empezado a murmurar no sé qué de niñatas que se pican llevando un *Mercedes de mierda*, y que si no fuese porque se le ha cruzado el búfalo y ha reventado la rueda, iba a saber esa loca lo que es un Porsche.

Me he tragado un «Anda y vete a tomar por culo» porque no quería gresca. Es más, y solo porque soy buena persona, le he prometido que avisaría a una grúa (no me voy a dar prisa ninguna, por gilipollas), porque ahí no hay cobertura.

He rechazado los cien pavos que me quería dar a modo de *gratificación por las molestias*.

Imbécil… Este no sabe que ayudar al necesitado es una norma para todo ranchero que se precie de serlo.

Me olvido del *pijo* y me centro en otra *preppy* en concreto, la misma que ya habrá aterrizado y estará poniéndome de vuelta y media por no estar ya allí.

Me equivoco. No porque no esté esperándome, sino porque me recibe con un entusiasmo que hace que se me hinche el pecho de orgullo.

Hostia puta, lo que quiero a esta pequeñaja.

De regreso a casa le cuento el motivo de mi retraso. Ella sonríe, ensoñadora, al recordar aquella vez en la que yo traté de rescatarla.

—Si no hubiera sido por *Buffy*, ahora mismo no estaríamos aquí. —Suspira y mira por la carretera—. Ya verás cómo a ese tipo también le da buena suerte.

A mí el tipo me la suda, así que no añado nada más y le pregunto por el viaje.

Me responde con añoranza, pero creo que entiende que es algo con lo que tiene que lidiar. Me cuenta también que Sarah ha prometido hacernos una visita y que, por supuesto, vendrá a la boda. Que se ha traído un cuadro del despacho de su padre y que piensa ponerlo en el nuestro.

Ahí es cuando yo sonrío como un gilipollas.

—Así que nuestro despacho —le digo.

—Sí, nuestro. Porque aunque no me dejes pagarte la mitad de la casa, también va a ser mía —me advierte—. O a ver si te crees que soy gilipollas y no me he dado cuenta de que tu familia me ha estado haciendo el lío para que elija los muebles y parte de la decoración.

Suelto una carcajada.

—Eso sí —continúa—, nada de gatitos.

Le echo un rápido vistazo.

—Ya tienen un sitio nuevo —informo—. ¿Quieres verlo?

—Claro. Que no quiera que se acerquen a mí, no quiere decir que no me preocupe por ellos.

Y es verdad. Siempre me está recordando que les deje comida, agua o que le dé todos los mismos que ella no se atreve a darles.

La propuesta me viene que ni pintada, porque me da una excusa para llevarla a la casa. Antes de eso, paro en la construcción adjunta, donde está el garaje y donde he colocado la colonia de gatos.

Luego la llevo de la mano hasta la casa.

Cuando se la enseño, grita ante cada descubrimiento. Nuestra habitación, en particular, le hace llorar.

—Dios, es tal y como imaginaba.

Yo sonrío como un tonto.

—Me alegro, porque a partir de ahora, será donde duermas.

Me mira con asombro en sus ojazos azules.

—¿De ahora? ¿Hoy? ¿Ya podemos, por fin, vivir aquí?

No sé si suspirar aliviado, o reír de pura felicidad, porque me doy cuenta de que ella tiene tantas ganas de trasladarse aquí como yo.

—Solo falta un detalle. Ven.

Le tomo de la mano y salgo al porche. Le pido que me espere mientras voy hasta el maletero y recojo el regalo de Liam. Me hago con un martillo y con un par de clavos y regreso al lado de Rika, que espera con las mejillas sonrosadas.

Antes de empezar a clavar el letrero en una de las vigas de madera del porche, le guiño un ojo. Rika quiere asomarse a ver, pero le pido que espere en el sitio. Cuando termino, la llamo con un dedo.

Y rompe a reír.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Vas a llamar a nuestro hogar *Bumblebee*?

—¿Qué hay de malo? —protesto.

Rika se ríe, pero luego inspira con lentitud, orgullosa del letrero.

—Quién iba a decir que un insulto iba a tomar tanto significado.

—Como *redneck* —coincido.

Rika se pega a mí y me acaricia la mejilla.

—*Redneck* nunca ha sido un insulto para mí.

—Ni para mí abejorro —le digo.

Nos besamos, pero luego Rika se aparta. Se apoya en mi pecho y mira el letrero, ensoñadora.

—Es perfecto.

Niego con la cabeza.

—No, aún no. Le falta algo.

Se gira a mirarme.

—¿Qué?

Con una sonrisa que me ocupa toda la cara, saco una navaja del bolsillo trasero de mi pantalón.

Y, ahora sí, libre de dudas, feliz y enamorado, tallo nuestras iniciales en el letrero.



[1] Preppy: Término usado en Estados Unidos para los niños ricos. El equivalente en España sería pijos o cayetanos.

[2] *Oh, oh, here come de popo. Too much murder:* Oh, oh, ahí viene la policía. Demasiados asesinatos.

[3] Canción de Alan Jackson, Little Bitty. Trad: Un buen chico y una linda niña, comienzan de cero en un mundo diminuto. Un plan diminuto y un sueño diminuto, todo forma parte de un diminuto plan.

[4] Nomofobia: miedo irracional y la ansiedad severa que experimenta una persona al estar sin su teléfono móvil, ya sea por olvido, falta de batería, sin cobertura o avería

[5] Wanka Tanka. (Lakota). Entre los Sioux, Gran Espíritu o Gran Creador.

[6] Canción viral de Tiktok. Tokio, de de Leat'eq . Letra*:* Nya, ichi, ni, san, arigatõ! (Trad: Miau, un, dos, tres, ¡gracias!)

[7] Iná (Lakota). Trad: Madre.

[8] Toquilla: banda, cinta o faja decorativa que se coloca alrededor de la copa del sombrero, justo encima del ala. Sirve tanto para adornar y personalizar el estilo del sombrero (vaquero, boho, formal) como para ajustar el calce, y suele fabricarse en cuero, con pedrería o herrajes.

[9] Bumblebee: Trad. Abejorro.

AGRADECIMIENTOS

¿Y a quién mejor que a ti para abrir este apartado?

Sí, sí, a ti, que siempre estás ahí. Que da igual lo que escriba, ni el nombre que me ponga; nunca fallas.

No puedo poner nombres, porque sois tantas, que llenaría páginas y páginas, y ya sabéis que no me gusta desperdiciar papel.

Estoy convencida de que te vas a dar por aludida. Haces bien.

También quiero agradecer a las chicas del taller de escritura, así como al club de lectura. Jo, lo que me aguantáis no tiene precio.

Of course, a mi mitad, por apoyarme siempre. Nana, yo más.

A mis alfas. Y a mis betas.

A Ruth, mi conejilla de indias y correctora.

A Olga Salar, mi *sinopsista* oficial.

Y a mi José. Sobre todo, a ti, que te toca soportar mis momentos de disociación.

SERIE RED RANCH

Un pueblo.
Un rancho.
Una familia.
Cuatro hermanos.
Cuatro historias.

Serie En Amazon

ACERCA DEL AUTOR

Laly Everhart

Laly Everhart escribe. Escribe mucho. Escribe cada vez que puede, y cada vez que no. Lo hace como un trabajo, como un hobby y como un vicio.
Además de escribir, sueña. Lo hace dormida, pero lo hace todavía más despierta. Su segundo nombre es disociación.
Estudió y trabajó como administrativa, hasta que le dio por hacer realidad su sueño de vivir de la escritura.
En ello anda. De momento, vive escribiendo. Y leyendo. Y soñando.
Le gustan los tíos bordes que rescatan gatos y las chicas malhabladas que prefieren salvar a ser salvadas.
Odia las redes sociales, pero la puedes encontrar en su Instagram @lalanuno_
Ah, sí, se me olvidaba. Laly Everhart es el alter ego de Laura Nuño.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Libros De Laly Everhart

Libros De Laura Nuño